MARGARET MEAD

EDUCACION Y CULTURA

EDITORIAL PAIDOS

MARGARET MEAD

EDUCACION
Y
CULTURA

EDITORIAL PAIDOS
BUENOS AIRES

Título del original inglés
GROWING UP IN NEW GUINEA

Traducción de
J. PRINCE

IMPRESO EN LA ARGENTINA
(PRINTED IN ARGENTINA)

Queda hecho el depósito que previene la ley Nº 11.723

3ª edición, 1972

Copyright de todas las ediciones en castellano

EDITORIAL PAIDOS
Defensa 599, 3er. piso. Buenos Aires

INDICE

PARTE PRIMERA

Educación y Cultura en la Sociedad Manus

I. Escenas de la vida de los Manus 19
II. Educación primaria 27
III. La vida familiar 46
IV. La vida social del niño y del adulto 66
V. El niño y lo sobrenatural 78
VI. El mundo de los niños 91
VII. El desarrollo de la personalidad 103
VIII. Actitud manus ante el sexo 114
IX. La adolescente 129
X. El adolescente 140
XI. El triunfo de los adultos 149

PARTE SEGUNDA

Reflexiones sobre los Actuales Problemas Educacionales a la Luz de la Experiencia Manus

XII. El legado de nuestra tradición 157
XIII. Educación y personalidad 165
XIV. La esfera de la imaginación 178
XV. El niño y la tradición 189

Apéndices

I. El método etnológico en psicología social 203
II. Notas etnográficas sobre los Manus 213
III. El contacto cultural en Manus 221
IV. Costumbres relativas al embarazo, al alumbramiento y al cuidado de los niños 235
V. Diagrama de la aldea 238
VI. Ponorama de la aldea visto por dos niñas 245
VII. Una leyenda típica. La historia del pájaro "Ndrame" 263
VIII. Análisis de la población de Peri 265
IX. Planillas empleadas para reunir material 269

INTRODUCCION

EL PROCESO mediante el cual el niño se transforma en un ser adulto, en esa complicada versión individual de su pueblo y de su época, constituye uno de los objetos de investigación más sugestivos que se ofrecen a la curiosidad del estudioso. Ya sea que querramos señalar los intrincados senderos a través de los cuales el tierno infante ha llegado a convertirse en una personalidad, o bien predecir el futuro de otro niño que aún está en mantillas, ya intentemos dirigir una escuela o bien filosofar acerca del futuro de un país, se nos presentará siempre, en el primer plano del pensamiento, un idéntico problema. ¿Qué parte de sus futuras cualidades personales trae el niño al nacer? ¿Hasta qué punto rigen el desarrollo de su personalidad determinadas leyes? ¿Hasta qué extremo y en virtud de cuáles medios depende ese desarrollo de las primeras enseñanzas, de la personalidad de sus padres, de la de sus maestros, de sus compañeros de juego o de la época en que le tocó vivir? ¿Es la armazón de la naturaleza humana tan rígida que se quebrará si se la somete a pruebas demasiado severas? ¿Hasta qué límites de flexibilidad podrá adaptarse? ¿Es posible atenuar el conflicto entre la juventud y la vejez de modo tal que sea menos agudo o de consecuencias más fecundas? Tales interrogantes se hallan implícitos en toda cuestión de índole social: en la decisión de la madre de dar el alimento a su criatura con una cuchara, en vez de obligarla a beber de un odiado biberón; en la inversión de un millón de pesos para la construcción de un nuevo colegio de enseñanza manual; en la propaganda de la Liga Antialcohólica o en la del Partido Comunista. Es poco, sin embargo, lo que sabemos al respecto, pues sólo estamos elaborando métodos que nos aproximen a la solución del problema.

Sin embargo, desde que la historia de la humanidad tomó ese aspecto que simboliza la leyenda de la confusión de las lenguas y de la

dispersión de los pueblos producida después de la torre de Babel, el estudioso de la naturaleza humana tuvo a su disposición un tipo especial de laboratorio. En diversas partes del mundo, en las más espesas selvas y en las islas más pequeñas, grupos de individuos, que diferían de sus vecinos en lenguaje y costumbres, fueron elaborando experiencias que permiten trabar conocimiento con su naturaleza íntima. La incansable imaginación de muchos hombres se manifestó trazando de diversos modos el pasado histórico de la especie, inventando nuevas herramientas, nuevas formas de gobierno, nuevos y diferentes planteos del problema del bien y del mal, nuevos conceptos sobre la posición del hombre en el universo. Un pueblo somete a prueba los efectos de la jerarquía, con su secuela de artificios y convencionalismos; otro demuestra las consecuencias sociales del sacrificio humano en gran escala; el de más allá comprueba los efectos de una democracia amplia e inorgánica. Mientras un pueblo alcanzaba los límites de una licencia ritual, otro imponía a todos sus miembros la abstinencia durante ciertas estaciones o durante años enteros. Mientras uno convertía a sus muertos en dioses, otro prefería ignorarlos, elaborando en cambio una filosofía de la vida para la cual el hombre es como una hierba que nace al amanecer y que es arrancada para siempre a la hora del crepúsculo.

Dentro de las amplias líneas generales que representan las más antiguas pautas del pensamiento y de la conducta, y parecen construir la herencia común de la humanidad, incontables generaciones han experimentado las diversas posibilidades del espíritu humano. Sólo quedaba a los espíritus investigadores, sensibles al valor de esas venerables experiencias, la tarea de leer las respuestas escritas por las formas de vida de los diferentes pueblos. Desgraciadamente, hemos sido ciegos y pródigos en el uso de esos inapreciables testimonios. Hemos permitido que la única información relativa a experiencias que requirieron miles de años para cumplirse, y que somos incapaces de repetir, fuera destruida por las armas de fuego o por el alcohol, por el evangelio o la tuberculosis. Un pueblo primitivo tras otro han desaparecido, sin dejar rastro.

Si un vasto conjunto de abnegados biólogos se hubiera dedicado durante un centenar de años a criar chanchitos de la India o cierto género de moscas, anotando los resultados de esa labor, y algún vándalo despreocupado hubiera quemado ese esmerado registro y muerto a los sobrevivientes de dichas especies, lanzaríamos gritos de indignación ante semejante pérdida para la ciencia. Sin embargo, cuando la historia, sin ningún objeto predeterminado, nos ofrece los resultados, no ya de la experiencia de un siglo sobre chanchitos de la India, sino los de una experiencia de millares de años sobre seres humanos, permitimos, sin protestas, que se extingan sus testimonios.

Aunque la mayor parte de esas frágiles culturas cuya perpetuación no se debió a documentos escritos, sino a la memoria de algunos centenares de seres vivientes, se han perdido para nosotros, algunas siguen existiendo. Aisladas en pequeñas islas del Pacífico, en las densas selvas africanas o en los desiertos asiáticos, es posible hallar aún sociedades vírgenes que han elegido, para sus problemas de convivencia, soluciones distintas a las nuestras y que pueden ofrecernos preciosas demostraciones acerca de la maleabilidad de la naturaleza humana.

Los *manus*, pueblo lacustre, de piel morena, que habita el norte de Nueva Guinea, en las islas del Almirantazgo, constituyen una de esas sociedades vírgenes.[1] En sus casas abovedadas, cubiertas de espinosas ramas, levantadas por medio de soportes sobre las aguas verde oliva de una amplia laguna, viven del mismo modo en que lo hicieran sus antepasados, desde incontables centurias. Ningún misionero fue a enseñarles una fe extraña; ningún mercader les arrebató sus tierras reduciéndolos a la miseria. Las enfermedades del hombre blanco que llegaron hasta ellos, se manifestaron en casos tan reducidos que pudieron explicarlas con su propia teoría según la cual la enfermedad es el castigo por una mala acción. Compran objetos de hierro, telas y abalorios a lejanos comerciantes; aprendieron a fumar el tabaco del hombre blanco, a usar su moneda, a sostener un pleito ocasional ante el Tribunal de Distrito. Desde 1917 la guerra ha sido prácticamente abolida entre ellos, siendo ésta una reforma bien recibida por ese pueblo comerciante y viajero. Los jóvenes suelen marcharse a trabajar, durante dos o tres años, en las plantaciones de los blancos, pero vuelven, poco cambiados, a sus aldeas nativas. Se trata esencialmente de una sociedad primitiva, sin historia escrita, que no depende económicamente de la cultura de los blancos y conserva sus cánones propios y su propia forma de vida.

La manera mediante la cual los niños nacidos en esas comunidades lacustres absorben gradualmente las tradiciones, las prohibiciones y los conceptos de sus mayores, convirtiéndose a su vez en activos continuadores de la cultura *manus*, constituye un documento rico en inferencias para la educación. Nuestra propia sociedad es tan compleja, tan acabada, que el investigador más serio sólo puede examinar, en el mejor de los casos, una parte del proceso educacional. Mientras concentra su atención sobre el método con el cual el niño resuelve determinado conjunto de problemas, debe descuidar necesariamente los demás. Pero en una sociedad simple, sin división de trabajo, sin documentos escritos, sin mucha población, basta la capacidad memorística de unos cuantos individuos para encerrar toda la tradición. Con la ayuda de anotaciones

[1] Ver Apéndice II, "Notas etnográficas sobre la tribu Manus".

y de un punto de vista analítico, es posible que un investigador domine en pocos meses la mayor parte de esa tradición, cuyo conocimiento adquiere el nativo a través de muchos años.

Desde esa ventajosa posición que otorga el completo conocimiento del fondo cultural, es posible estudiar el proceso educativo y sugerir soluciones a problemas educacionales que jamás estaríamos dispuestos a estudiar experimentando sobre nuestros propios hijos. Los *manus* han realizado la experiencia para nosotros; sólo debemos formular la conclusión que de ella se desprende.

No hemos efectuado este estudio sobre la educación en *Manus* para probar determinada tesis ni para sostener teorías preconcebidas. Muchos de los resultados obtenidos fueron para nosotros una sorpresa.[2] Esta descripción de los medios que un pueblo simple, habitante de lagunas poco profundas, en lejanas islas de los mares del sur, emplea en la tarea de preparar sus hijos para la vida, es ofrecida al lector como cuadro en miniatura de la educación humana. La importancia de éste ante los modernos problemas educacionales, consiste, en primer lugar, en que ofrece un conjunto simplificado, donde todos los elementos pueden ser rápidamente fijados y comprendidos; el complejo proceso, que acostumbramos imaginar como tejido sobre un cañamazo demasiado amplio para que se lo abarque de una ojeada, puede observarse como a través del lente diminutivo de un pintor. Además, ciertas tendencias en la disciplina o en la licencia tolerada, ciertas actitudes paternas pueden observarse en *Manus* hasta extremos más drásticos que los que se han manifestado en nuestra sociedad. Nos interesan, finalmente, los *manus*, porque los métodos y los fines de la sociedad *manus*, aunque primitivos, no son distintos de los métodos y los fines que pueden hallarse en nuestro pasado inmediato.

Veremos con qué extraordinario éxito inculcan los *manus* el respeto a la propiedad hasta en los niños más pequeños; cuán notable es igualmente la adaptación física que se enseña a realizar a los pequeños. La firme disciplina, combinada con la incansable solicitud que se encuentra en el fondo de esos dos triunfos de la educación *manus*, contradice tanto la teoría de que el niño debe ser protegido y abrigado, como también la que afirma que aquél debe ser arrojado a las aguas de la experiencia para "nadar o hundirse". El mundo de los *manus*, débil armazón de estrechas tablas sobre la inconstante marea de una laguna, es un lugar demasiado precario para permitir errores costosos. La forma exitosa mediante la cual cada niño es adaptado allí a su riesgoso medio de vida, tiene vinculación con los problemas que deben encarar los padres en

[2] Ver Apéndice I, "El punto de vista etnológico en psicología social".

nuestra sociedad, a medida que aumenta la posibilidad de accidentes que amenazan nuestra existencia.

Quizá sean igualmente ilustrativos los errores de los *manus*, cuya eficiencia en la formación de pequeños y diestros atletas y en el arte de inculcarles un absoluto respeto por la propiedad, es contrabalanceada por su fracaso en otras formas de disciplina. Se permite a los niños dar rienda suelta a sus emociones; se los acostumbra a no frenar sus lenguas ni su mal genio. No se les enseña a respetar a sus padres, ni a sentir el orgullo de una tradición. La falta de toda enseñanza que prepare a los jóvenes a recibir con agrado el peso de una tradición, a desempeñar orgullosamente el papel de adultos, es un rasgo destacado de aquella educación. Se les permite retozar en un lugar de recreo ideal, sin responsabilidades y sin tener que honrar o agradecer a aquellos cuya incansable labor hace posible esos largos años de juego despreocupado.

Quienes crean que todos los niños son naturalmente creadores, de imaginación innata y que sólo necesitan libertad para desarrollar ricas y hermosas formas de convivencia, no hallarán en la conducta de los pequeños *manus* una confirmación de su creencia. Tenemos ahí a todos los niños de una comunidad, eximidos de toda labor, que reciben sólo la más rudimentaria enseñanza de parte de una sociedad interesada únicamente en la destreza física, en el respeto a la propiedad y en la observancia de unos cuantos tabúes. Se trata de niños sanos; un cincuenta por ciento de mortalidad infantil lo certifica. Sólo sobreviven los más aptos. Son niños inteligentes; apenas hay entre ellos tres o cuatro obtusos. Están dotados de una perfecta coordinación física; sus sentidos son agudos, sus percepciones son rápidas y precisas. Las relaciones entre padres e hijos son de tal índole, que difícilmente dan lugar a un sentimiento de inferioridad o de inseguridad. Ese grupo de niños tiene plena libertad para jugar durante todo el día; pero, desgraciadamente para los teorizadores, sus juegos son semejantes a los de pequeños perrillos o gatitos. No contando con la ayuda de las ricas sugestiones que los niños de otras sociedades reciben en sus juegos de la admirada tradición de los adultos, viven una infancia estúpida, desprovista de interés, retozando alegremente hasta quedar agotados, para echarse luego y permanecer inertes, sin aliento, hasta descansar lo suficiente para volver a retozar.

Es igualmente extraño y revelador el cuadro que ofrece la familia en *Manus*, donde el padre desempeña el papel principal, como guardián solícito e indulgente, mientras que la madre ocupa un lugar secundario en el afecto del niño. Acostumbrados al tipo de familia en la cual el padre hace de rudo y distante dictador, en tanto que la madre es la protectora y defensora del niño, es sorprendente para nosotros encontrar una sociedad donde el padre y la madre han cambiado los papeles. Los

psiquiatras han destacado las dificultades que se ofrecen al desarrollo de un niño varón, en un hogar donde el padre hace de patriarca y la madre de "madonna". *Manus* ilustra el papel creador que un padre tierno y amoroso puede desempeñar en la formación de la personalidad de su hijo. Esa experiencia sugiere que la solución del complejo familiar puede hallarse, no ya en el hecho de que los padres dejen de cumplir misión alguna en la educación del niño, sino en que intercambien sus respectivos papeles.

Aparte de esos rasgos especiales de la práctica educacional *manus*, hay una curiosa analogía entre la sociedad *manus* y la de Estados Unidos de N. A. Igual que en este país, no se ha pasado en *Manus* de la etapa primaria de ganarse la vida, a la menos inmediata de vivir la vida como un arte. Igual que en los Estados Unidos, se respeta el trabajo y se juzga al hombre según su habilidad y su éxito económico. El soñador que se aparta de las tareas de la pesca o del mercado y que por consiguiente sólo puede hacer una pobre exhibición en la próxima fiesta, es despreciado por inepto. Los *manus* no tienen artistas, pero, a semejanza de los norteamericanos, compran los artefactos de sus vecinos, pues son más ricos que éstos. Conceden poca importancia a las artes del ocio, a la conversación, al relato de leyendas, a la música, a la danza, a la amistad y al amor. La conversación tiene un propósito determinado, los relatos son breves y muy poco estilizados, el canto es para los momentos de aburrimiento, la danza sirve para celebrar convenios mercantiles, la amistad se emplea para el comercio y no se conoce prácticamente nada que signifique hacer el amor. El hombre ideal de *Manus* no tiene ocio; se halla siempre en actividad, tratando de convertir en diez sartas de conchas monetarias, las cinco que tiene en su poder.

De esa particular valoración del trabajo, del énfasis en la acumulación de más y más propiedad, en la consolidación de firmes pactos comerciales y en la construcción de canoas y casas más grandes, emana una actitud congruente hacia los conceptos morales. Así como admiran la laboriosidad, estiman la honradez en los tratos sociales. Odian las deudas y se sienten penosamente incómodos ante el incumplimiento de obligaciones económicas. El tacto y la diplomacia son muy poco apreciados; una sinceridad estrepitosa constituye la mayor virtud. La norma ambigua permitió una cruel prostitución en los primeros tiempos; se hacen aún las más severas exigencias a la virtud de las mujeres *manus*. Finalmente, su religión es de naturaleza genuinamente ética. Representa un culto espiritualista de los antepasados últimamente fallecidos, quienes vigilan celosamente la vida sexual y económica de sus descendientes, bendiciendo a aquéllos que se abstienen de pecar y que trabajan para enriquecerse, y castigan con enfermedades y desgracias a

los que violan el código sexual y a quienes no invierten con prudencia el capital de la familia. El ideal de los *manus* es similar, por muchos conceptos, a nuestro histórico ideal puritano, cuyos preceptos exigen del individuo laboriosidad, prudencia, frugalidad y abstinencia de los placeres mundanos, bajo la promesa de que Dios recompensará al hombre virtuoso.

En ese mundo rudo y activo, no se exige a los niños participación alguna. Por el contrario, los padres permiten a sus hijos largos años de completa libertad, recibiendo a menudo, por tal munificencia, la mofa y el desprecio de éstos. Nosotros solemos ofrecer a nuestros hijos un cuadro semejante. Quienes vivimos en una sociedad donde los hijos se cubren de seda, mientras las madres visten de percal, podemos encontrar muchos puntos de interés en el desarrollo de esos pueblos jóvenes y primitivos, pertenecientes a un mundo que aparece muchas veces como una caricatura fantasmagórica de nuestro propio mundo; a una sociedad cuya moneda son las conchas y los dientes de perro, que realiza sus inversiones en matrimonios, en lugar de hacerlo en corporaciones financieras, cuyo comercio de ultramar se efectúa mediante rústicas canoas, pero donde la propiedad, la moralidad y la seguridad para la próxima generación, constituyen las principales preocupaciones de sus habitantes.

La presente relación es el fruto de seis meses de concentrada e ininterrumpida labor sobre el terreno. Desde una casa levantada sobre pilares, en el centro de la aldea *manus* de Peri, hemos estudiado el lenguaje de los nativos, los juegos de los niños, los vericuetos de la organización social, de las costumbres económicas y de las creencias y prácticas religiosas, que forman el marco social dentro del cual se desarrolla el niño. En mi amplia habitación de recibo, en las anchas galerías, sobre la pequeña isleta próxima a la casa o en la laguna circundante, los niños jugaban durante todo el día, mientras yo los observaba, ya sea desde el interior de un grupo, ya oculta tras las paredes de cañas. He viajado en las canoas de los *manus*, presenciado sus fiestas, he velado en las casas mortuorias y permanecido severamente silenciosa mientras los mediums hablaban con los espíritus de los muertos. He contemplado a los niños cuando no se hallaban presentes personas mayores y he estudiado su conducta frente a los padres. Desde el interior de un ordenamiento social que he aprendido a conocer íntimamente lo suficiente para no transgredir sus centenares de tabúes, he observado al bebé, al niño y al adolescente *manus*, tratando de comprender a través de qué medios llegaban a convertirse en un *manus* adulto.

PARTE PRIMERA

EDUCACIÓN Y CULTURA EN LA SOCIEDAD MANUS

I

ESCENAS DE LA VIDA DE LOS MANUS

I

PARA EL NATIVO de *Manus,* el mundo es como una gran fuente, con los bordes curvados hacia arriba, en medio de la cual se encuentra su chata aldea, cuyas casas levantadas sobre pilares parecen grandes aves zancudas que permanecieran plácidas e inmóviles, en medio del ondulante oleaje. Uno de los bordes de la fuente está constituído por la tierra firme, que surge entre franjas pantanosas, en sucesivos pliegues de arcilla rojiza. Se llega hasta allí después de cubrir media milla a través de una estrecha vía de agua, donde la canoa deja una estela en medio de la espesura formada por varias capas de vegetación marina en descomposición, siendo necesario abrirse paso lentamente entre los estrechos y tortuosos riachuelos que serpentean a través de la oscura y peligrosa marisma. En esa tierra viven los *usiai,* los hombres de la manigua, con quienes los *manus* se encuentran diariamente a determinadas horas, cerca de la desembocadura de los ríos. Los *manus,* pescadores desprovistos de tierras, señores de las lagunas y de los arrecifes, van allí a tratar con los *usiai* sobre la compra de taro, de sagú, de ñame,[1] de maderas para la construcción de viviendas, de nueces de areca para refrescos, de troncos para sus grandes y salientes canoas, pagando con pescado todas las mercancías que necesitan para su existencia y que compran a esos tímidos y zanquilargos habitantes de la manigua. También llega la gente de Peri a ese lugar, para elaborar los pocos trozos de sagú que compraron o que robaron a los *usiai,* tiempo atrás; los niños vienen para nadar unos instantes en agua dulce, y las mujeres para recoger leña

[1] *Taro, sagú, ñame*: plantas herbáceas, muy comunes en las zonas tropicales, de cuyos tallos y raíces se obtiene una fécula comestible, muy sabrosa y digestiva y que constituye el principal alimento de muchos pueblos primitivos. [T.]

y sacar agua. Las marismas están infectadas de irritados *usiai,* demonios hostiles y monstruos de agua dulce. A causa de ello, los *manus* aborrecen tanto los ríos como la tierra y se esfuerzan en no contemplar nunca las quietas aguas, por temor a que una parte de su alma quede dentro de ellas.

En el borde opuesto de la fuente se halla el arrecife, tras del cual está el mar abierto, con las islas de su propio archipiélago, hacia donde navegan para adquirir nueces de coco, aceite, escudillas de madera labrada y cujas talladas. Más allá aún, cerca de los altos muros del mar, se encuentra Rabaul, la capital del gobierno del hombre blanco, en el territorio de Nueva Guinea, y mucho más lejos todavía, sobre el borde del mundo, está Sydney, el punto más lejano que ellos conocen. Extendiéndose a derecha e izquierda, a lo largo de la base de la fuente, se levantan otras aldeas del pueblo de *Manus,* construídas en filas seriadas sobre oscuras lagunas. Lejos de las poblaciones, en cada extremo de la fuente, se halla la suave pendiente del alto muro del mar que las canoas deben trascender para navegar en aguas profundas.

En torno a los gruesos pilares de las casas fluyen las mareas, ya descubriendo el fondo de la laguna hasta hacer que una parte de la aldea quede a lo alto, en seco y cubierta de barro; ya hinchándose hasta llegar, con suave insistencia, hasta el piso de las viviendas. Aquí y allí, alrededor de los bordes de la aldea, hay algunos ásperos islotes, carentes de superficies llanas e inútiles para el cultivo. Las mujeres extienden allí las hojas que han de secarse para el tejido, y trepan dificultosamente de una roca a otra. Sobre los islotes más lejanos blanquean los huesos de los muertos.

Este pequeño mundo de habitaciones acuáticas, donde los individuos de un mismo linaje edifican sus casas unas juntas a las otras y desparraman sagú en el borde de la isla que heredaron de sus padres, se alojan no sólo los seres vivientes, sino también los espíritus de los muertos. Éstos bajo el techo del hogar hallan abrigo contra los vientos y las lluvias. Desposeídos por sus descendientes, revolotean sin descanso sobre los bordes de los pequeños islotes de piedra coralina que se levantan en el centro de la aldea y que hacen las veces de plazas, de lugares para reuniones y festivales.

Los niños juegan dentro de los límites de la aldea. Cuando hay marea baja, se reúnen en grupos dispersos junto a los vados, tirando pececillos de agua dulce o arrojándose mutuamente con algas marinas. Si la marea sube, los más pequeños son llevados a los islotes o al interior de sus casas, mientras que los mayores permanecen aún haciendo navegar sus barcos de juguete, hasta que la creciente marea les obliga a entrar

en sus pequeñas canoas, con las cuales se deslizan alegremente sobre el agua. Los tiburones de alta mar no se aventuran a penetrar en el interior de la aldea, como tampoco los cocodrilos de la tierra firme próxima; los niños están, pues, al abrigo de todo peligro. La pintura con la cual sus padres les cubren el rostro, cuando se trata de hacer un viaje al mar abierto, como protección contra los malos espíritus, no hace falta aquí. Completamente desnudos, si se exceptúan los cinturones, los brazaletes de abalorios y los collares de dientes de perro, juegan durante todo el día a la pesca, nadan, navegan, dominando poco a poco las artes con las cuales construyeron sus padres, carentes de tierras, la firme posición que ocupan como pueblo dominante en el archipiélago. Allá, en los confines del universo, existen múltiples peligros; pero acá, en este lecho acuoso, los niños pueden jugar seguros, bajo el cuidado de los espíritus de sus antepasados.

II

En el centro de una espaciosa habitación se halla reunido un grupo de mujeres. Dos de ellas están guisando sagú y coco en chatas piezas de barro cocido; otra se dedica a ensartar abalorios. Una anciana, viuda a juzgar por el cinturón de cuerdas y los negros y elásticos pretales que lleva, va formando tiras de hojas y trenzando con ellas nuevas sayas que agrega a las que ya cuelgan encima de su cabeza, en una larga hilera. El techo bordado está negro a causa de la espesa humareda que se eleva incesantemente de la hoguera, la que nunca se deja apagar. Sobre barras oscilantes, suspendidas sobre el fuego, se está ahumando el pescado. Una criatura de meses yace sobre una estera de hojas; otros pequeñuelos juguetean, mamando del pecho de las madres, para alejarse gateando y volver a reclamar el seno materno. La habitación está oscura y el ambiente es cálido. Sólo se filtran soplos de aire a través de las rendijas del piso y de la portezuela en forma de trampa, que está en el fondo de la casa. Las mujeres se han quitado el largo manto pardusco que deben siempre llevar en público para ocultar sus rostros ante sus parientes políticos masculinos. Gotas de sudor se deslizan por sus relucientes y rasurados cráneos, señal de su estado de casadas. Sus sayas de hierbas, que constan de dos faldas, una puesta adelante y otra atrás, dejando los muslos descubiertos, están ajadas y manchadas por la labor.

Una mujer se levanta para juntar sus abalorios:

—Ven, Alupwa —dice a su hija, que tiene tres años de edad.

—¡No quiero! —La pequeña, regordeta, se retuerce y hace pucheros.

—Sí, ven; debo ir a casa. He estado aquí mucho tiempo ensartando abalorios. ¡Ven!

—¡No quiero!

—Ven, padre vendrá del mercado y tendrá hambre después de haber estado pescando durante toda la noche.

—¡No quiero! —Alupwa frunce los labios en insolente desafío.

—Pero ven, hija mía, debemos ir a casa.

—¡No quiero!

—Si no vienes ahora, deberé volver por ti; ¿y qué ocurrirá si mi cuñada, la mujer del hermano de mi marido, ocupa entretanto la canoa? Tú llorarás y ¿quién vendrá a buscarte?

—¡Padre! —replica la niña insolentemente.

—Padre me reñirá si tú no estás en casa. No le agrada que estés mucho tiempo con mis parientes —contesta la madre, lanzando una mirada hacia el cuenco de los cráneos que pende del techo y en el cual se halla el cráneo de su abuelo.

—¡No importa! —La niña salta, huyendo de las tentativas de la madre de detenerla, y luego, volviéndose, abofetea a ésta en pleno rostro. Todos ríen alegremente.

La hermana de la madre dice: "Alupwa, debes ir a casa con tu madre", siendo igualmente abofeteada por la pequeña. La madre abandona la discusión y torna a trabajar con los abalorios, mientras Alupwa corre hasta el frente de la casa y vuelve con una pequeña fruta verde con la cual los niños mayores fabrican trompos. La niña comienza a comer la fruta, echando miradas furtivas a la madre.

—No comas eso, Alupwa, es malo. —Alupwa hunde provocativamente sus dientes en la corteza—. ¡No lo comas! ¿No me oyes? —La madre coge la mano de la niña y trata de arrebatarle la fruta. Alupwa comienza de inmediato a chillar furiosamente. La madre la deja, encogiéndose de hombros, en actitud desesperanzada, y la niña lleva nuevamente la fruta a los labios. Interviene entonces una de las mujeres de mayor edad.

—Es malo que ella coma eso. Podrá enfermarse.

—Pues quítaselo tú. Si yo lo hago, me odiará.

La mujer agarra la muñeca de la pequeña, que chilla otra vez, y le arrebata la fruta.

—¡Hija de Kea! —Al oír la voz de su marido, la madre se pone de pie de un salto, recogiendo su manto. Las demás mujeres se apresuran también a recoger los suyos, ante la posibilidad de que el cuñado penetre en la habitación. Pero Alupwa, olvidando las lágrimas, corre hacia la portezuela, baja por la escalera hacia la galería, se desliza por la

pértiga saliente hasta la plataforma de las canoas y salta sobre la aguzada borda, cayendo amorosa y feliz a los pies de su padre. Éste juega afectuosamente con el cabello de la niña, mientras mira ceñudo a su mujer, que desciende tristemente por la escalera.

III

Es de noche en Peri. Ninguna lumbre de hogar se filtra desde el interior de las casas sin ventanas, de puertas herméticamente cerradas. De tanto en tanto, una lluvia de cenizas incandescentes cae al mar, denunciando que aun hay gente despierta dentro de las silenciosas viviendas. Bajo una de ellas, en el extremo de la escalera, una oscura silueta se destaca a la luz de una antorcha, hecha con hojas de palmera, en forma de abanico. Es un hombre que endurece a fuego su canoa, gastada por el uso. Más allá, en aguas poco profundas, cerca de los batientes arrecifes, se ven las dispersas antorchas de bambú de los pescadores. Una canoa se desliza por el canal central y se detiene, sin ruido, bajo la galería de una casa. El ocupante de la canoa se levanta, erguido, apoyado en su larga pértiga y escucha atentamente. Desde el interior de la vivienda llega un silbido ahogado y sibilante. El dueño de la casa celebra una sesión. A través de los silbidos del espíritu que se ha posesionado de la boca de la medium, se comunica con los espíritus de los muertos. Cesa el silbido y una voz de mujer exclama:

—Ah, Pokus está aquí y puedes interrogarle.

El oyente reconoce el nombre de Pokus, aun cuando la voz de su madre mortal es extraña y forzada. Sus labios modulan estas palabras:

—La mujer de Pokanas dirige la sesión.

El dueño de casa habla rápidamente, con voz de mando:

—Tú, Pokus, dime: ¿por qué está enfermo mi hijo? Está enfermo durante todo el día. ¿Es acaso porque he vendido las ollas que debí guardar para la dote de mi hija? Habla, dímelo.

Vuelve a escucharse el silbido. Luego, la voz de la madre, soñolienta:

—Dice que no lo sabe.

—Pues dile que vaya a preguntarlo a Selanbelot, el hermano de mi padre, cuyo cráneo cobijé bajo mi techo. Que le pregunte por qué está enfermo mi hijo.

De nuevo se escucha el silbido. Luego, la voz de la mujer dice suavemente:

—Dice que irá a preguntarle.

Desde la casa vecina llega el llanto agudo e irritado de un niño. El piso cruje sobre la cabeza del oyente y la medium exclama, con voz natural:

—¡Eh, Pokanas, despierta! El niño llora. ¿Duermes? Escucha, el niño llora; anda pronto.

Un hombre pesado desciende por la escalera y mirando al que está en la canoa, dice: "¿Quién está ahí? ¿Eres tú, Saot? Llévame pronto en tu canoa. El niño se despertó y tiene miedo." Mientras el joven traslada al padre en busca del niño, el silbido comienza nuevamente.

IV

Un hombre se tiende agotado, apoyándose en los pilares del fondo de su galería. Tiene mucho sueño, después de pescar toda la noche y de haber pasado la mañana en el mercado. Su cabello está peinado tiesamente hacia atrás, formando un copete. Una sarta de dientes de perro rodea su cuello. De sus dilatadas orejas penden pequeños anillos labrados con corteza de coco y su apéndice nasal está atravesado por una pequeña media luna de concha perlífera. Su pampanilla [2] de burda tela está sujeta por un cinturón tejido, de color pardo y amarillo. Sus brazos están rodeados por anchos brazaletes tejidos y cubiertos por una capa gomosa, de color negro; en ellos lleva pegados trozos de huesos de las costillas paternas. Sobre las toscas tablas del piso se halla un pequeño saco de hierbas del cual sobresale una pulida calabaza, sobre cuya superficie aparecen complicados dibujos trazados a fuego. En la boca de la calabaza está metida una espátula de madera. El extremo de la espátula está grabado, representando a un cocodrilo devorando a un hombre. La cabeza de éste sobresale de las mandíbulas del cocodrilo y el rostro tiene una expresión de rígida indiferencia. El perezoso se agita, extrae del saco la calabaza de cal, un racimo de verdes y brillantes nueces de areca y un puñado de hojas de ají. Pone en su boca una nuez de areca, enrolla pausadamente una hoja de ají dándole forma de embudo y muerde su extremo; luego hunde la espátula en el polvo de cal, agrega un poco de ese polvo a la mezcla, que comienza a masticar vigorosamente.

La plataforma tiembla al choque de una canoa contra uno de sus pilares. El hombre recoge apresuradamente las hojas de ají y las nueces de areca para ocultarlas de un posible visitante. Pero no lo hace con

2 *Pampanilla,* especie de taparrabos. [T.]

suficiente rapidez. Una pequeña cabeza asoma sobre el borde de la galería y su hijo Popoli, de seis años de edad, salta al interior. Los cabellos del niño son largos y enmarañados y están cubiertos de una costra de barro rojizo; antes de cortárselos, deberá el padre ofrecer una gran fiesta. El niño ha descubierto el tesoro y, apoyándose en el borde de la galería, lloriquea en el tono que emplean todos los nativos de *Manus* para pedir nueces de areca:

—¿Un poco de areca?

El padre le arroja una nuez. El niño arranca la cáscara con los dientes y muerde golosamente el fruto.

—¡Otra! —La voz del muchacho alcanza un tono más alto. El padre le arroja una segunda nuez, que él coge firmemente en su pequeño y mojado puño, sin expresar agradecimiento.

—¡Algunas hojas de ají!

El padre frunce el entrecejo.

—Tengo muy pocas, Popoli.

—¡Algunas hojas de ají! —El padre corta un pedazo de hoja y se lo da. El niño pone mal gesto ante la pequeñez del trozo.

—Esto es muy poco. ¡Más! Más! ¡Más! —Su voz se va elevando hasta convertirse en un aullido de rabia.

—Sólo tengo muy pocas, Popoli. No iré al mercado hasta mañana. Esta tarde iré a Patusi y necesito reservar algunas para el viaje.

El padre comienza a meter resueltamente las hojas en el interior del saco y, mientras realiza esta operación, su cuchillo se le desliza y cae al agua, a través de una grieta del piso.

—Popoli, ¿quieres levantármelo?

Pero el hijo le responde con miradas furiosas.

—No, no quiero; eres un tacaño, me ocultaste las hojas de ají!

Y saltando desde el borde de la galería, se zambulle, alejándose a nado y dejando que su padre baje a buscar el cuchillo.

V

Bajo la sombra de una galería un grupo de niños juega a la "cuna del gato".

—Molung va a morir —observa una chiquilla, apartando su vista de la figura a medio terminar.[3]

[3] La autora se refiere a un juego que consiste en hacer pasar un hilo entre los dedos de ambas manos, realizando luego diversos movimientos que dan

—¿Quién lo dice? —pregunta un chiquillo, mientras se inclina para encender su cigarrillo en un tizón que está en el suelo.

—Mi madre. Molung tiene una víbora en el vientre.

Los demás chicos no prestan atención a la noticia; pero uno de ellos, después de haber reflexionado un instante, dice:

—Ella tenía un niño en el vientre.

—Sí, pero el niño ya salió. Vive en el fondo de nuestra casa. Mi abuela lo cuida.

—Si Molung muere, podréis conservar el niño.

—¡Escuchad!

Desde la casa de enfrente llega el ruido de un penetrante lamento formado por muchas voces que gritan a coro:

—¡Madre mía! ¡Madre mía! ¡Madre mía! ¿Qué va a ocurrir?

—¿Ha muerto ya? —pregunta el chiquillo, pegándose contra el borde de la galería. Nadie le contesta.

—¡Mirad!

De la parte posterior de la casa de la enferma se aparta una larga canoa y se aleja cargada de ollas de cocina. Una anciana de rostro demacrado, con la cabeza descubierta a causa de la prisa, impulsa la embarcación a lo largo del canal central.

—Es Ndrantche, la madre de Molung —dice la primera chiquilla.

—Mirad, ahí va Ndrantche, con la canoa llena de ollas.

Dos mujeres se acercan a la puerta y miran hacia fuera.

—Oh, dice una de ellas, la vieja se lleva las ollas para evitar que las rompan los plañideros.

—¿Cuándo morirá Molung? —pregunta la pequeña Itong y, sin esperar respuesta, agrega—: ¡vamos a nadar!, —al tiempo que salta y se zambulle en el agua.

---

lugar a la formación de otras tantas figuras; una de ellas, llamada "cuna de gato", requiere la participación de dos personas. Parece haber sido conocido en todos los pueblos primitivos, aunque también lo suelen practicar niños de países civilizados. [T.]

II

EDUCACIÓN PRIMARIA

El niño *manus* se acostumbra al agua desde sus primeros años de vida. Acostado sobre el piso de estrechas tablillas, observa el resplandor del sol en la superficie de la laguna, mientras las volubles olas van y vienen por debajo de la casa. Cuando tiene nueve o diez meses, el padre o la madre suelen sentarse con él en brazos, al frescor de la tarde, en la pequeña galería. Los ojos del niño se habitúan a ver pasar las canoas y a contemplar el asentamiento de la aldea sobre el agua. Al cumplir el año, ya sabe asirse fuertemente de la garganta de la madre, de tal modo que puede sentirse seguro, cabalgando sobre su cuello. La madre anda con él de un lado a otro, mientras trajina por la casa, esquivando los estantes que cuelgan a baja altura, subiendo y bajando por la desvencijada escalera que une el piso de la habitación con la plataforma del embarcadero. El gesto enojado y resuelto con que ella reacomoda al niño, cada vez que éste afloja el abrazo, le enseña a estar alerta y a tener manos firmes. Finalmente, la madre llega a sentirse tranquila, mientras rema o impulsa la canoa con la pértiga, en tanto el hijo sigue aferrado a su cuello. Cuando un repentino golpe de viento encrespa la laguna o cuando la pértiga choca de pronto contra una roca, la canoa suele volcar, y madre e hijo caer al agua. El agua es turbia y fría, de sabor acre y salino; el hundimiento ha sido brusco, pero la educación que el niño recibió prueba su eficacia. Sus bracitos no aflojan la presión en torno del cuello materno, mientras la mujer se incorpora, endereza la canoa y sale del agua, junto con su hijo.

Ocurre, algunas veces, que el niño traba relaciones con el líquido elemento a una edad aún más temprana. El piso de la casa está hecho de tablillas superpuestas, al estilo de los biombos venecianos. Esas tablillas suelen romperse, torcerse o salir de su lugar, dejando abiertas grandes brechas. Puede suceder que un chico descuidado, hijo de un padre negligente, caiga a través de tales brechas, mientras se arrastra por

el piso, hudiéndose en el agua fría y repugnante. Pero la madre no estará lejos; jamás aparta su atención del hijo. En un abrir y cerrar de ojos franqueará la puerta, bajará la escalera, saltará a la laguna y recogerá al niño, a quien confortará y tranquilizará, junto al hogar. Aunque tales casos ocurren con frecuencia, no supimos de ninguno que hubiera tenido un desenlace fatal. La estrecha familiaridad que los pequeños tienen con el agua, borra todas las trazas del shock, no conociéndose fobias antiacuáticas. A pesar de esas precoces zambullidas, el agua atrae al niño *manus* con tanta insistencia como los verdes prados llaman a nuestros niños, incitándolos a hacer exploraciones y descubrimientos.

Durante los primeros meses, después que ha comenzado a acompañar a su madre a través de la aldea, el niño cabalga quietamente sobre el cuello de su progenitora o bien permanece sentado en el arzón de la canoa, mientras aquella boga a popa, a unos diez pies de distancia. El niño permanece inmóvil, instruído por los peligros a los que ha estado expuesto anteriormente. No hay correas ni aparejos de seguridad. Por lo demás, si cayera al agua, nada trágico pasaría. El choque no es doloroso. El padre o la madre están allí para recogerlo. Los chicos menores de tres años nunca son confiados al cuidado de muchachos de más edad, ni siquiera al de los jóvenes. Los padres exigen de los hijos un rápido adiestramiento físico, pero no los exponen a peligros inútiles. Nunca se les deja fuera de los límites de seguridad y de la cuidadosa atención de los adultos.

Así, el niño estará expuesto a caídas, a chapuzones, a zambullidas en agua fría, a enredos entre las viscosas algas marinas, pero jamás sufrirá un género de accidente que le haga desconfiar de la fundamental seguridad del mundo en el cual vive. Si él no domina aún la técnica corporal necesaria para disfrutar de perfecta comodidad en medio del agua, sus padres lo hacen a la perfección. Una vida entera transcurrida en ese ambiente les ha enseñado a sentirse allí a sus anchas. Tienen piernas firmes, visión clara, manos hábiles. Nunca dejan caer al niño por descuido. La madre no permitirá que su hijo se deslice de entre sus brazos ni que golpee la cabeza contra una puerta o un estante. Durante toda su existencia, ella ha sabido mantenerse en equilibrio sobre el borde de la canoa, que apenas mide algunas pulgadas de ancho; aprendió a calcular la distancia que separa los pilares de dos casas, en medio de las cuales deberá hacer pasar su canoa, sin embestirlos con el tope; puede trasladar grandes y frágiles ollas desde una plataforma movediza y subirlas por una desvencijada escalera. En la atención física del niño, no cometerá jamás graves errores. Cada uno de sus movimientos tiende a aumentar la seguridad del niño, a desvanecer las

vacilaciones que pudieran haberse acumulado en el espíritu del niño, en el curso de las experiencias que éste realizara por su cuenta. Es tan absoluta la confianza que los niños *manus* tienen en sus padres, que un niño se arrojará desde cualquier altura a los brazos extendidos de un adulto, con plena seguridad de que será recogido sin sufrir el menor daño.

A la vez que los padres prestan al niño esa solicitud y ese cuidado, exigen de él que realice todos los esfuerzos y adquiera toda la destreza física que sea posible. Todo progreso que el niño haga en tal sentido, será tenido en cuenta y se le obligará inexorablemente a repetir sus pasados logros. No se conocen casos de niños que al hacer los primeros pinitos hubieran caído, lastimándose la nariz, y que a consecuencia de ello se negaran a dar un nuevo paso hasta varios meses después. El riguroso medio en el que ha de vivir, reclama que el niño se baste a sí mismo lo antes posible. En tanto no haya aprendido a manejar el propio cuerpo, no estará seguro ni en la casa, ni en la canoa, ni en los pequeños islotes. La madre o la tía serán sus esclavas, obligadas a vigilarle constantemente, a no descuidar un minuto los vacilantes pasos del pequeño. De ahí que toda demostración de eficiencia infantil sea particularmente alentada. Grupos de atareados hombres y mujeres suelen apiñarse para contemplar los primeros pasos de un niño; pero no hay público benévolo para deplorar su primer porrazo. Si el niño cae, se le levantará suavemente, pero con firmeza, y se le dirá que reinicie la prueba. Si el chiquillo quiere mantener la atención de los espectadores, deberá cumplir esta demanda. De ese modo, se ahoga en el niño el sentimiento de autoconmiseración y se le obliga a intentar nuevos pasos.

Tan pronto haya aprendido a hacer pinitos se le pondrá en el agua, durante la marea baja, cuando partes de la laguna ofrecen el fondo descubierto y en otras el líquido sólo alcance a algunas pulgadas de profundidad. La criatura juega con el agua o bien camina algunos pasos, sobre el fondo blando y cenagoso. La madre no se apartará de su lado ni permitirá que el chico se fatigue. Cuando haya crecido un poco más, se le dejará cruzar los vados, durante la marea baja. Los padres vigilarán con mirada alerta, con el fin de que no penetre en aguas profundas hasta tanto no tenga la edad para nadar. Pero esta vigilancia nunca será inoportuna. Si tuviera alguna dificultad, el niño hallará siempre a la madre a su lado, pero no se le abrumará con continuas prohibiciones. El mundo de los juegos infantiles está dispuesto de tal modo, que el niño podrá cometer algunos errores de poca monta, los cuales le enseñarán a tener más cuidado y juicio más certero; pero no

se permitirá que incurra en yerros suficientemente graves como para intimidarlo de un modo permanente o para inhibir su actividad futura. El niño *manus* es como un equilibrista que marcha sobre una cuerda tendida y realiza hazañas que nos parecen extraordinariamente peligrosas; pero lo cierto es que debajo de la cuerda se halla siempre tendida la red del cuidado paternal. Si nos horrorizamos al contemplar a una pequeña *manus* sentada sola sobre el extremo de una canoa, sin que nada pueda impedirle trepar por la borda y caer al agua, los *manus* se sentirían igualmente horrorizadas si vieran cómo una madre americana previene a su hijo, de diez años de edad, que cuide de apretarse los dedos bajo una mecedora o de inclinar el cuerpo al exterior desde la plataforma de un tranvía. No menos repulsivo sería para ellos nuestro sistema de obligar a los niños a habituarse al agua, zambulléndolos compulsivamente. El espectáculo de un adulto que sometiera intencionalmente a un niño a una situación penosa, cual es la de obligarle a sumergirse en el agua, les colmaría de justa indignación. Hacer que los niños naden a los tres años, y que trepen como monos aun antes de alcanzar esa edad, podrá parecernos algo semejante a ejercer violencia sobre la voluntad infantil. Sólo se trata de una suave insistencia, encaminada a estimular al niño en el sentido de que ponga en juego hasta la última partícula de fuerza y de destreza que él mismo posea.

En realidad no se le enseña a nadar. Los más pequeños imitan a sus hermanos un poco mayores y, después de forcejear y de andar a los tumbos en una profundidad de agua que les llega hasta la cintura, se lanzan a bracear por su cuenta. La firmeza de las piernas, en tierra, coincide con el dominio de la natación. Así, es corriente dirigir a una mujer que acaba de salir de cuidado, el siguiente augurio: "Ojalá no tengas otro hijo hasta que éste no aprenda a caminar y a nadar". Tan pronto los niños saben nadar, manoteando en forma desordenada y confusa, sin estilo, pero con gran velocidad, reciben pequeñas canoas, que constituyen su propiedad particular. Tales canoas miden de cinco a seis pies de largo y carecen generalmente de tope. Son en verdad simples artesas, un poco ahuecadas, difíciles de gobernar y propensas a volcarse. En compañía de niños que tienen un año, dos o más de edad, los pequeños iniciados juegan con sus canoas durante todo el día, en aguas poco profundas, bogando, remando, organizando regatas, formando filas con sus pequeñas embarcaciones, volcándolas y volviéndolas a su posición normal, gritando, en fin, jubilosamente. El calor más tórrido no les hará volver a sus casas; la lluvia más torrencial sólo agregará un nuevo encanto a su amplio campo de juego. Más

de la mitad de sus horas de vigilia transcurren sobre el agua, donde aprenden a estar a sus anchas en ese mundo acuático.

Cuando han aprendido a nadar un poco, trepan libremente sobre las grandes canoas, se sumergen, vuelven a subir por la popa, trepan sobre el puntal del tope o nadan, con un brazo cogido al flexible flotador. Los padres nunca tienen tanta prisa como para impedirles un juego tan útil.

El paso siguiente en la pericia acuática, es alcanzado cuando el niño comienza a manejar una canoa grande. De mañana, muy temprano, la aldea se llena de canoas, en cuyo interior se ven adultos tranquilamente sentados sobre la plataforma central, en tanto que niños de tres años manejan la pértiga, impulsando embarcaciones cuya longitud es tres veces mayor que la estatura de uno de esos niños. A primera vista, nos parece presenciar una exhibición de soberbia de parte de los adultos o una indigna explotación del trabajo infantil. El padre, que mide unos seis pies de estatura y que pesa alrededor de ciento cincuenta libras, sigue sentado en actitud solemne. La canoa, construída en un sólido tronco, es larga, pesada y difícil de gobernar. En un extremo de la embarcación, penosamente encaramado sobre la estrecha borda, se destaca un chiquillo de tres años, con sus morenos piececitos tensamente curvados en su esfuerzo por mantener el equilibrio, empuñando varonilmente una pértiga que tiene seis pies de largo. Es tan pequeño que más bien parece un modesto ornamento de popa, antes que el piloto de una pesada barca. Lentamente, con mucho despliegue de energía pero con escaso progreso real, la canoa avanza a través de la aldea, en medio de otras canoas igualmente manejadas por chiquillos. Pero no se trata aquí de una explotación del trabajo infantil ni de una vana exhibición de la soberbia de los padres. Este ejercicio es parte de un sistema de adiestramiento, mediante el cual el niño es alentado a hacer todo lo que físicamente esté a su alcance. El padre no deja de tener prisa. Muchas son las tareas que debe cumplir durante el día. Es posible que esté preparando un largo viaje o que tenga que disponer lo relativo a una importante fiesta. Manejar una canoa es para él como una segunda naturaleza, algo más fácil que caminar. Si se retira a la plataforma central, dejando que el pequeño piloto conduzca la embarcación, es porque quiere que su hijo aprenda a desenvolverse en medio de la exigente vida acuática y sentirse una persona importante. Tampoco allí se escucharán palabras duras si el niño condujera con torpeza: sólo tendrá como respuesta una absoluta falta de interés. Pero el primer golpe hábil que vuelva la canoa a su curso, será premiado con frases de aprobación.

La eficacia de este género de adiestramiento se prueba con los resultados. Los niños *manus* se sienten a sus anchas en el agua. No la temen ni creen que pueda ofrecer peligros ni dificultades especiales. Las exigencias a que fueron sometidos les han dotado de aptitud física, vista penetrante y decisión rápida, a semejanza de sus padres. No existe un niño de cinco años que no sepa nadar a la perfección. Un niño *manus* que no pudiera nadar sería una aberración, algo tan anormal como el caso de un niño americano de igual edad, que no supiera caminar. Antes de llegar a *Manus* me devanaba los sesos pensando cómo resolvería el problema de reunir a los chiquillos en un lugar determinado. Imaginaba una canoa especial destinada a recoger a los niños y devolverlos luego al hogar. Preocupación inútil. El niño nunca se pierde en la aldea, ya sea que viaje en una canoa grande o en una pequeña o bien que cubra la distancia a nado, llevando un cuchillo entre los dientes.

La adaptación de los niños a otros aspectos del mundo exterior se obtiene mediante una técnica similar. Todo progreso, toda tentativa ambiciosa recibirá la recompensa del aplauso. Los proyectos demasiado audaces serán puestos suavemente de lado; los pequeños yerros serán ignorados, pero los errores graves recibirán su castigo. Así, un niño que haya aprendido a caminar y que, al resbalar, se haya pegado un porrazo, no será recogido en brazos compasivos, ni su madre le secará las lágrimas a fuerza de besos, cosa que establecería en el espíritu de la criatura una relación forzosa entre la inhabilidad física y los mimos. Por el contrario, el pequeño será reñido por su torpeza y, si hubiera demostrado ser excesivamente desmañado, recibirá unos bofetones por añadidura. Si el desliz se hubiera producido a bordo de una canoa o sobre una galería, es probable que el exasperado adulto arroje simplemente al chiquillo al agua, dejando que medite ahí acerca de la propia inepcia. La próxima vez que un niño resbale no mirará ansiosamente en todas direcciones buscando a alguien que lo auxilie, como lo hacen tantos niños entre nosotros; procurará que nadie se percate de su *faux pas*. Por severa y poco simpática que a la observación superficial parezca esa actitud de los adultos, es indudable que gracias a ella los niños llegan a desarrollar una perfecta coordinación motriz. Es difícil distinguir, entre niños de catorce años de edad, a los que habían estado dotados de menos habilidad natural, salvo en el caso de determinadas competiciones, tales como el lanzamiento de la lanza, donde algunos superan necesariamente en destreza a los demás. En lo que se refiere a las actividades cotidianas, como las de nadar, bogar, trepar, etc., existe un alto nivel de capacidad general. La torpeza física, la actitud desmañada, la falta del sentido del equilibrio, son cosas desconocidas entre los adultos. Los *manus*

son sensibles a las diferencias individuales en materia de destreza o de conocimiento, estando siempre dispuestos a condenar al individuo de comprensión lenta, al hombre o a la mujer de escasa memoria. Pero no tienen palabra equivalente a *torpeza.* De un niño que demuestra poca habilidad, se dice que "todavía no comprende". No se concibe siquiera que, dentro de algún tiempo, el niño no pueda dirigir adecuadamente su propio cuerpo o su canoa.

En otras sociedades, el hecho de que los niños empiecen a caminar, significa para los adultos una cantidad de molestias. Los pequeños constituyen entonces una verdadera amenaza para la propiedad, pues rompen los platos, derraman la sopa, rasgan los libros, enredan el hilo. Pero en *Manus,* donde la propiedad es sagrada y donde se suele llorar la pérdida de un objeto de valor igual como se llora por un difunto, los niños aprenden a respetarla desde la más tierna infancia. Aun antes de que sepan caminar, se les riñe y se les castiga si tocan cualquier objeto que no les corresponde. Recordamos cuán cansadoras y monótonas eran las prevenciones que hacía una madre a su chiquillo, mientras éste caminaba con vacilantes pasos, entre un montón de cosas nuevas y extrañas de nuestra pertenencia.

—Esto no es tuyo. Déjalo. Esto pertenece a Piyap. Esto pertenece a Piyap. Esto pertenece a Piyap. Déjalo.

Obtuvimos, ciertamente, el fruto de esa insistente vigilancia: todos esos objetos, entre los cuales había fascinantes tarros de color rojo y amarillo, llenos de víveres, libros, material fotográfico, etc., estaban seguros en medio de chiquillos de dos y tres años de edad, que en otras sociedades se habrían comportado como salvajes vándalos lanzados al saqueo. En este género de educación, al igual que en lo referente al adiestramiento físico, nada se hace para facilitar la prueba ni se exige al niño menos de lo que éste es capaz de rendir. La madre esparce sus pequeños abalorios, de brillantes colores, sobre una estera o los pone en una escudilla colocada sobre el piso, al alcance de las manecitas de un niño que gatea y que aprende a no tocar esos objetos. Allí donde incluso los perros están amaestrados de tal modo que no hay peligro en dejar el pescado en el suelo, durante una hora, no puede haber licencia para los pequeños seres humanos. Una criatura buena o un niño bueno son aquellos que jamás tocan ni piden cosa alguna que no les pertenezca. Es ésta la única norma importante de conducta ética que se exige a los niños. Y así como la destreza física de que disfrutan permite dejar solos a los niños en cualquier circunstancia, así también el profundo respecto a la propiedad que les fué inculcado, hace posible

dejar a un grupo de ruidosos niños en una casa llena de objetos valiosos, sin peligro para la seguridad de esos objetos. No romperán una olla, ni hurtarán el pescado que pende de los estantes, ni tirarán de las sartas de conchas monetarias para romperlas y hacer caer sus piezas en el agua. El más mínimo destrozo sería castigado sin compasión. Cierta vez, una canoa de otra aldea ancló junto a uno de los pequeños islotes. Aprovechando que la embarcación estaba abandonada, tres niñas de ocho años de edad treparon al interior y arrojaron al agua una olla que allí encontraron, de modo que ésta se rompió al chocar contra una roca. Durante toda la noche estuvieron resonando en la aldea tonantes imprecaciones, furiosos discursos, acusaciones y alegatos que condenaban a las descuidadas niñas. Los padres de éstas manifestaron su enojo y su vergüenza, explicando con cuánta energía habían castigado a las culpables. Los compañeros de juego de éstas, lejos de admirar el temerario crimen, se apartaron de ellas con altivo repudio, mofándose a coro.

Toda especie de destrozo, toda falta de cuidado, son objeto de castigos. Los padres no perdonan la rotura de una olla que ya estaba rajada, para montar luego repentinamente en cólera cuando los niños rompan una olla intacta, al estilo de lo que ocurre entre nosotros, donde los padres, después de haber permitido que sus hijos deshojen el almanaque o la guía de teléfonos, los abofetean de pronto cuando comprueban que aquellos hicieron igual cosa con la Biblia familiar. No habrá más impunidad para quienes se apoderen indebidamente de una cola de pescado, de una nuez de areca a medio asar o de un bocado adicional de taro, que para quienes hurten una escudilla llena de los manjares preparados para una fiesta. Los robos se reprimen de un modo igualmente inexorable. Había una niña de doce años, llamada Mentun, que pasaba por ladrona y a quien los demás niños vilipendiaban como tal. ¿Sabéis por qué? Porque se la había visto recogiendo algunos objetos que flotaban en el agua, tales como una banana, un trozo de comida, cosas que evidentemente debieran haber caído desde alguna de la media docena de casas situadas en la proximidad. Apropiarse de tal botín, sin haber indagado previamente acerca de sus posibles dueños, equivalía a robar. Mentun debía observar la más escrupulosa conducta durante largos meses, si no quería ser acusada de la desaparición de cualquier objeto que llegara a producirse en el curso de los próximos años. Nunca hemos dejado de sentir admiración ante la actitud de esos niños que, habiendo recogido algunos codiciados trozos de papel, al pie de la galería o sobre un islote próximo a nuestra casa, venían a preguntarnos, antes de quedarse con los deshechos fragmentos: "Piyap, ¿es esto bueno o malo?"

Las zonas del conocimiento que los niños de corta edad deben llegar a dominar, se llaman: "conocimiento de la casa", "conocimiento del fuego", "conocimiento de la canoa" y "conocimiento del agua".

El *conocimiento de la casa* implica el cuidado suficiente para caminar sobre los inseguros pisos; la habilidad de trepar por el dentado poste que une el piso con el techo de la galería; saber apartar una tablilla del piso, para escupir o para orinar; arrojar los desperdicios a la laguna, dejando a salvo todo objeto útil; abstenerse de trepar a los estantes o a otras partes del mobiliario que pudieran ceder al peso del cuerpo; no traer barro ni basuras a la habitación.

El fuego es conservado en uno de los cuatro hogares colocados de dos en dos, a lo largo de las paredes laterales, hacia el centro de la habitación, o bien en los cuatro a la vez. Cada hogar, formado por un espeso lecho de finas cenizas de leña, sobre sólidas rejillas y rodeado por gruesos y duros troncos, mide unos tres pies cuadrados de superficie y tiene en su centro tres o cuatro cantos rodados, los que sirven para sostener las marmitas. Se cocina comúnmente con astillas, pero la conservación del fuego requiere el empleo de troncos o de ramas gruesas. La leña se encuentra, pulcramente apilada, sobre unos estantes que cuelgan a baja altura, a cada lado del hogar. Por encima de éste se columpian las barras destinadas a ahumar el pescado. Conocer el fuego significa saber que éste puede quemar la piel, las astillas, las cañas o la paja; que los rescoldos vuelven a arder si se sopla sobre ellos y que al sacarlos del hogar es necesario tener mucho cuidado, evitando que caigan sobre el piso o se pongan en contacto con cualquier sustancia combustible y, finalmente, que el agua apaga las brasas. El *conocimiento del fuego* no incluye aún el arte de encenderlo, arte que los niños aprenderán mucho más tarde, cuando lleguen a los doce o los trece años de edad. (Las mujeres jamás encienden fuego, si bien se les permite ayudar a hacerlo, resguardando con las manos las astillas recién encendidas.)

El niño adquiere el *conocimiento del agua y de la canoa* un poco más tarde que el de la casa y el fuego, elementos que constituyen su medio ambiente desde los primeros días de existencia. Se considera satisfactorio su conocimiento de la canoa, cuando puede impulsar diestramente la embarcación con la pértiga, gobernarla con el canalete a través de una pequeña tormenta, hacerla pasar con precisión debajo de una casa, sin golpear el tope; extraer una canoa desde el interior de una flotilla, estrechamente agolpada en torno de una plataforma o de un islote; desaguarla, imprimiéndole oportunos movimientos hacia adelante y hacia atrás, que harán sumergir alternativamente la popa y la proa; todo esto, manteniendo el equilibrio firmemente plantado sobre los es-

trechos bordes. Este aprendizaje no comprende la práctica de la navegación. El conocimiento del agua implica el dominio de la natación, tanto en la superficie como debajo del agua; el ejercicio del buceo y la capacidad de hacer expulsar el agua por la nariz, a quien hubiera sufrido un accidente acuático, inclinándole la cabeza hacia adelante y golpeándole en la parte posterior del cuello. A los cinco o seis años de edad, los niños dominan esas cuatro clases de conocimientos esenciales.

Los jóvenes y los adultos gustan jugar con los niños de corta edad, quienes aprenden a hablar a través de tal expansión. No se cree necesario impartirles una enseñanza formal del lenguaje, dejándolo más bien librado al azar de los recursos del juego. Uno de estos recursos proviene del placer que sienten los nativos por la repetición de frases y vocablos. Las lenguas melanesias la emplean a menudo, para dar más vigor al discurso. La expresión *caminar, caminar, caminar,* significa *ir lejos.* Una cosa muy grande será *grande, grande, grande.* Así, es corriente escuchar un relato del siguiente tenor:

"Entonces el hombre caminó, caminó, caminó. Al cabo de algún tiempo llegó la noche, oscura, oscura. Entonces el hombre se detuvo, se detuvo, se detuvo. A la mañana siguiente despertó. Su garganta estaba seca, seca, seca. Buscó, buscó agua, pero no la encontró. Su estómago tenía hambre, hambre, hambre", etc. Aunque la repetición tenga el único objeto de expresar intensidad o duración, el hábito de repetir suele arrastrar al narrador, quien dirá, por ejemplo: "Entonces el hombre encontró una mujer. Su nombre era Sain, Sain, Sain"; o bien repetirá simplemente una preposición o un artículo. A veces, en medio de un gentío, alguien recoge determinada frase y al momento todos la repiten, en un monótono canturreo. Esto ocurre particularmente cuando se dice algo en tono cadencioso, cuando se destaca una frase particular de la conversación o cuando se musitan algunas palabras entre dientes. Las frases más simples, tales como "yo no entiendo" o "¿dónde está mi canoa?", pueden ser recogidas de ese modo, dando lugar a un cántico que todo el grupo repetirá con gran deleite durante varios minutos. Las deformaciones de pronunciación y de acento se recogen también, repitiéndose en la misma forma defectuosa.

Esa curiosa afición crea un excelente ambiente, donde el niño adquiere facilidad de lenguaje. Los adultos no se incomodan por las pocas y defectuosas palabras que pronuncia una criatura. Por el contrario, esas voces inciertas les sirven de pretexto para dar rienda suelta a su manía predilecta. Así, cuando el niño dice "mí", el adulto repite, "hí". El chiquillo repite la partícula y el adulto hace lo mismo, una y otra vez, en igual tono. Hemos llegado a contar hasta sesenta repeticiones de un

mismo monosílabo, ya sea una palabra real o un sonido arbitrario. Al final de esa serie de repeticiones, ni el niño ni el adulto parecían estar cansados. El niño que cuenta con un vocabulario de diez voces, suele asociar ciertas palabras, tales como *mí* o *casa,* con la persona con quien mantuvo aquel juego. De tal modo, que cuando el tío o la tía pasen en canoa, cerca de él, los llamará, gritando desesperadamente "mí" o "casa". El afectuoso adulto no decepcionará al pequeño. Tan complacido como el mismo niño, responderá, "mí" o "casa", hasta que la canoa esté fuera del alcance de la voz. Los adultos suelen interpelar a las niñitas con el nombre de *Ina* y a los niñitos con el de *Ina* o de *Papu.* Los pequeños repiten *Ina* o *Papu,* según el caso, estableciendo relaciones de reciprocidad que no están incluídas en el sistema formal del parentesco.

Lo mismo que con el lenguaje, ocurre con los gestos. Al jugar con los niños, los adultos gesticulan y realizan parodias, desarrollando en el niño un hábito de imitación que a primera vista parece impuesto en forma compulsiva. Tal ocurre, especialmente, con la contracción facial, el bostezo, el cierre de los ojos y el fruncimiento de los labios. Los niños llevaron ese hábito de reproducir determinados gestos, hasta el punto de imitar a su manera la expresión de un pequeño busto que aparecía en el extremo de un lápiz de mi propiedad. Dicho busto daba la impresión de tener el pecho henchido y sus delgados labios, vistos por un nativo, parecían estar comprimidos. Así, casi todos los niños que miraban el lápiz por vez primera, henchían el pecho y comprimían los labios. Enseñamos también a los niños uno de esos muñecos danzarines que cuando se les cuelga de un cordel, vibran con extraordinaria rapidez. Antes de que los pequeños se hubieran acostumbrado al extraño juguete, sus piernas y sus brazos comenzaban a agitarse, imitando los movimientos del muñeco.

Tal hábito de imitación no es, ciertamente, de carácter compulsivo, puesto que la acción correspondiente cesa de inmediato si el agente adquiere conciencia de ella. Cuando decimos a un niño que estaba imitando servilmente todos nuestros gestos: "haz esto como lo hago yo", el chiquillo quedará en suspenso, reflexionará un instante y, por lo general, se negará a obedecer. Se trata, al parecer, de una tendencia humana natural, extraordinariamente favorecida en la primera infancia y conservada durante la vida adulta en las formas estereotipadas del lenguaje y del canto. Tal tendencia se halla marcada, de manera particular, en los niños de uno a cuatro años de edad y sus manifestaciones suelen disminuir a medida que se observan en ellos otros rasgos de precocidad.

Los adultos y los niños mayores demuestran gran interés en que los más pequeños aprendan a hablar y suelen comentar sus diversos grados de facilidad de lenguaje. La conversación recae asimismo sobre la locuacidad relativa de varios chiquillos. "Este habla siempre. No hará nada sin deciros que lo hace". O bien: "Este casi nunca habla, ni siquiera cuando se le dirige la palabra; pero sus ojos están siempre alerta". A pesar de los grandes estímulos que reciben en tal sentido, hay muchos niños parcos en el hablar; pero esto parece ser más cuestión de temperamento que de inteligencia. Los niños silenciosos, cuando se disponían a hablar, desplegaban un vocabulario tan rico como el de los más locuaces, demostrando muchas veces poseer un mayor conocimiento de lo que ocurría a su alrededor.

Los niños alentados en su locuacidad, suelen conservar ese hábito en la vida adulta. Nos sentimos, al menos, tentados a establecer una comparación entre el niño que se ufana de su nuevo instrumento, el lenguaje, y el hombre que poseyendo un conocimiento imperfecto del *pidgin English* [1] se complace en exhibirlo. El niño dirá: *"Este es mi bote. Entre. Venir en mi bote. Mi bote está ahora en el agua. Todo en el agua. Otros botes en el agua. Dame el canalete. Sí. Tengo el canalete. Voy a remar. No, no voy a remar. Voy a empujar el bote con la pértiga. Esta es mi pértiga,* etc. Y el adulto: *Darle martillo. Muy bien. Golpearlo. Golpearlo bien. Golpear clavo. Martillo bueno para clavo. Mi trabajar bien. Muy bien. Ahora estar justo. Estar terminado. Mi agarrar otro clavo ¿Dónde estar mi martillo? Martillo estar sobre piso. Muy bien. Levantar martillo.* Este acompañamiento del trabajo con la charla no es común en los individuos más inteligentes.

La repetición es un medio muy útil para la enseñanza del *pidgin English* a los niños de corta edad. Los jóvenes que han ido a trabajar para el hombre blanco, vuelven a sus aldeas nativas y enseñan esa jerga a los muchachos, quienes a su vez transfieren su conocimiento a los más pequeños. Existe, respecto al *pidgin,* cierto sentimiento de jerarquía que hace prohibir a las mujeres —que nunca salen de las aldeas— el aprendizaje de esa lengua. En cambio, es corriente ver a dos o tres muchachos, entre los doce y los quince años de edad, agrupados en torno de un chiquillo de tres o cuatro y a quien "dan clase". Uno de los mayores apunta: *"Yo creo que él poder. Yo creo él no poder. Mi pedir hombre bueno kai kai* (alimentos). *Mi querer kai kai pescado. Hace tiempo tener taro".* Y el chiquillo repite con su voz cantarina esas frases, sin la

[1] *Pidgin English;* jerga a base de inglés, que se habla en China, Indochina y Melanesia. [T.]

menor noción de lo que ellas significan. Este juego de la repetición por la repetición, que no cansan ni al maestro ni al alumno, da por resultado que los muchachos de trece y catorce años de edad hablen perfectamente el *pidgin,* sin haber salido nunca de sus aisladas aldeas. Saber el *pidgin* constituye para los niños *manus* un alarde semejante al que significa para nuestros niños hablar en francés. Implica el conocimiento de un vasto vocabulario, de nuevos giros idiomáticos, la pronunciación de sonidos poco familiares. En ese ambiente de imitación y repetición placentera, un nuevo lenguaje se aprende sin esfuerzo, trasmitiéndose de una generación a otra. Esa tendencia general se manifiesta no sólo en el gusto de enseñar y en la voluntad de aprender, sino también en la constante práctica que realizan los niños más pequeños. Así como el bebé ensaya sus primeras palabras en *manus,* repitiendo, con infinita alegría y por centésima vez, la misma sílaba, el niño de seis años de edad repetirá con idéntico placer largos pasajes en *pidgin,* aunque sólo alcance a comprender una décima parte de lo que dice.

Las niñas suelen presenciar las referidas lecciones: oyen a los hombres hablar en *pidgin* a los muchachos. Cuando los primeros se enfadan, se dirigen igualmente en *pidgin* a las mujeres y a las niñas. Pero, salvo dos excepciones, los labios femeninos no pronuncian una palabra en aquella jerga. Una de esas excepciones tiene lugar cuando una mujer se halla en estado de delirio; en ese caso hablará en excelente *pidgin,* fenómeno que los nativos explican diciendo que la boca de la mujer estaba poseída por el espíritu de algún antiguo jornalero. La otra excepción es todavía más significativa: ocurre cuando las niñas, imitando a sus hermanos, se deciden a enseñar a otros chiquillos, de menor edad, ese lenguaje que generalmente pretenden desconocer. El deseo de imitar la práctica formal de la enseñanza, es más fuerte que la prohibición convencional de revelar el conocimiento de la mencionada jerga. Ambos ejemplos son interesantes como casos de aprendizaje realizado con una falta casi total de práctica auditiva. Pueden compararse a los de esos niños que parecen retardados en el hablar, pero que de pronto empiezan a hacerlo empleando frases completas.

La danza y el arte de tocar el tambor son otras actividades que se aprenden a través de la imitación. Las niñas pequeñas aprenden a danzar mientras están junto a sus madres, durante la danza de la tortuga, cuando se arrojan las impurezas de una casa mortuoria. A veces el niño es incitado a bailar en su casa, en tanto que la madre golpea cadenciosamente sobre el piso. A los seis o siete años de edad, los niños dominan generalmente los pasos más simples: saltar rápidamente a un lado, con los pies juntos, y volver al punto primitivo, al toque del tambor. La

danza de los hombres es más dificultosa. Los bailarines se quitan el taparrabos o la pampanilla, colocando en su lugar una blanca concha marina. Esa danza consiste en una serie de rapidísimos movimientos del cuerpo y de las piernas, que constituyen una notable exhibición de gimnasia fálica. Tiene lugar, generalmente, cuando dos grupos emparentados por matrimonio hacen una exhibición de riquezas que se proponen intercambiar. Mientras danzan, se lanzan recíprocamente toda clase de desafíos y de injurias convencionales. Los que hacen entrega de una importante cantidad de dientes de perro y de conchas monetarias, desafían al grupo contrario a que reúna bastante aceite y bastantes cerdos para compensar el pago. Los desafiados responden afirmando su altiva aceptación del compromiso contraído. Los niños, siempre presentes en tales ceremonias, observan las atléticas proezas de los danzarines y algunos no tardan en imitar a éstos. Cuando tengan suficiente maestría para agarrarse el pene entre las piernas mientras bailen, agitándolo violentamente hacia adelante y de izquierda a derecha, se sentirán tan engreídos que durante varias semanas repetirán esa danza, para grande y salaz diversión de los adultos. Los muchachos de diez y doce años realizan ese ejercicio en grupos, remedando la concha marina con una pepita de nuez.

Donde haya danza, habrá también una orquesta formada por tambores de distintos tamaños, la que estará a cargo de los más hábiles tocadores de la aldea. Chiquillos de cuatro y cinco años acompañan infatigablemente a la orquesta, a cierta distancia, golpeando con unos trozos de bambú o con otros pedazos de leña. Ese período de franca imitación es seguido por otro de retraimiento, de tal modo que resulta imposible convencer a un muchacho de diez o de doce años que toque el tambor en público; pero al hallarse en su casa, solamente en presencia de otros muchachos un poco mayores, el mismo chico practicará a gusto, aplicando la flexibilidad de las muñecas y el sentido del ritmo que adquiriera tiempo atrás. Las niñas no practican mucho el tambor, pues sólo les corresponde conocer un golpe sencillo, el simple golpe que anuncia la muerte.

Los niños entienden el lenguaje del tambor, pero no intentan reproducirlo. Ese lenguaje comprende una serie de principios de frase, que significan: *Ven a casa.* . .; o bien: *Anunciaré en seguida cuántos días he de tardar en hacer tal cosa,* etc. La primera de esas frases será seguida por una combinación particular de golpes, mediante los cuales determinada familia llama a uno de sus miembros. A la segunda frase siguen varios golpes breves, espaciados entre sí por otro de más duración. Todo habitante de la aldea suspende el trabajo o el juego para contar estos

golpes; pero solamente aquellos que conozcan a quien los ejecuta y sepan qué cosa piensa aquél realizar en el futuro próximo, podrán descifrar el significado del anuncio. Los niños dejan el juego para atender al llamamiento particular que sigue a los golpes iniciales, volviendo a jugar cuando se cercioran de que no son ellos los reclamados. Raras veces tratan de individualizar un llamamiento que no les afecta. Si se anuncia una fecha, cuentan mecánicamente los días y quizás traten de adivinar quién da los golpes. Allí termina su interés. Una ceremonia se parece demasiado a otra. Sin embargo, hay ciertos golpes de tambor que despiertan su interés: los que anuncian que alguien está a punto de morir o que ha muerto y los que significan que ha ocurrido una calamidad: robo o adulterio. Cuando ocurre uno de estos casos, suspenden el juego por unos instantes y quizás envíen a uno de los más pequeños a inquirir acerca de lo que ha sucedido. El golpe de tambor que anuncia un deceso es tan simple que hasta un niño puede ejecutarlo; algunas veces, cuando se trata del fallecimiento de una persona de escasa importancia, se permite que el anuncio sea efectivamente hecho por un niño.

El aprendizaje del canto se cumple asimismo a través de la imitación de los niños mayores por parte de los más pequeños.

El canto consiste en un sonsonete monótono formado por frases simples, más o menos relacionadas entre sí. Un grupo de chiquillos se acurrucan sobre el piso y repite ese lánguido canturreo, una y otra vez, durante largas horas, sin muestras aparentes de cansancio ni de aburrimiento.

El arte de la guerra se aprende también a través de la imitación y del juego. Los hombres usan lanzas de caña de bambú, en cuyo extremo colocan crueles dardos de obsidiana, que tienen forma de flecha. Los niños fabrican pequeñas lanzas de madera, con las puntas alquitranadas. Luego se colocan, por parejas, en pequeños islotes, enfrentando cada cual a un adversario y teniendo en una mano un puñado de lanzas. Simultáneamente, arrojan las lanzas, uno contra otro. La habilidad en esquivar los proyectiles es tan importante como la destreza de arrojarlos, pues los *manus* no usan escudos y la única defensa posible, frente a una avalancha de dardos enemigos, consiste en saber esquivarlos. Este es un arte que requiere un prolongado adiestramiento, y ocurre que hay niños de diez y de doce años de edad que, practicando con sus livianas armas, han llegado a dominar la técnica correspondiente. Mientras los jóvenes y los adultos se hallan ocupados construyendo una canoa o bien cuando pasan remando, suelen detenerse para aplaudir un hábil lanzamiento. También aquí cuentan siempre los niños con el estímulo de los mayores; jamás serán objeto de mofa o de escarnio.

Los métodos de pesca son aprendidos igualmente a edad temprana. Los adultos fabrican arcos y flechas para los niños, así como finos y dentados arpones. Provistos de tales instrumentos, los chicos vagan, en grupos, por el medio de la laguna; costean los pequeños y rocosos islotes, abriéndose camino sobre el cenagoso fondo, arponeando pececillos por simple deporte. Su pesca, que no sirve para comer, carece de importancia, salvo cuando recogen una redada de esos pececillos de agua dulce, que se emplean como cebo. Ese juego de la pesca, placentero e inconexo, es realizado por niños entre los tres y los quince años de edad. Luego, organizarán expediciones pesqueras por su cuenta o bien se agregarán a las excursiones que realicen los jóvenes, hacia la costa norte, en busca de tortugas, guardarríos y de otras alimañas acuáticas.

Algunas veces los padres, cuando salen de pesca, llevan consigo a sus hijos más pequeños. Siendo un poco mayores que criaturas de pecho, observan ya los procedimientos que deberán practicar cuando sean hombres. Al amanecer suele resonar en la aldea un irritado llanto infantil; se trata de un chiquillo que ha despertado comprobando que su padre se ha ido a pescar sin llevarlo consigo. Pero esto ocurre solamente con niños menores de seis años. Los que exceden esa edad rehuyen la compañía de los adultos, prefiriendo la de los jóvenes o la de otros niños. Los muchachos de catorce y de quince años jamás acompañan a los padres en sus tareas cotidianas, salvo cuando han caído en desgracia con sus compañeros de juego. Cuando esto sucede y mientras se mantenga la ruptura, se les verá constantemente pegados a los padres, tratando ostensiblemente de serles útiles. Pero los abandonarán de inmediato, en cuanto restablezcan relaciones con los amigos.

La práctica pesquera es en las niñas muy escasa. Siendo pequeñas, suelen acompañar a los padres cuando éstos salen de pesca. Pero no tienen necesidad de aprender una tarea que no habrán de cumplir en su vida adulta. La pesca reservada a las mujeres, es la que se realiza junto a los arrecifes por medio de redes de manos, y de ciertas cestas que se emplean para achicar el agua en las canoas y de otras que tienen forma de campana, con una abertura en la parte superior, para pasar la mano. Las niñas sólo comienzan a practicar este género de pesca poco antes de la pubertad.

En lo que respecta a la técnica del trabajo manual, la preparación de los niños es sólo rudimentaria. Saben blanquear los costados de su canoa, empleando jugos de algas marinas; hacer un fuerte nudo con tiras de junco o bien atar el pequeño puntal de tope de una canoa; endurecer los costados de una canoa, usando antorchas de hojas de palmera, así como fabricar toscas antorchas de bambú, destinadas a las expediciones

nocturnas. Tienen elementales conocimientos de tallado, pero no saben grabar. Tampoco conocen nada de carpintería, salvo lo poco que pudieran recordar de la primera infancia, cuando vivían en estrecho contacto con sus padres.

Es evidente, sin embargo, que han adquirido toda la destreza física que se requiere como base para una adaptación a su ambiente natural. Saben apreciar las distancias, arrojar objetos con dirección precisa, coger en el aire las cosas que les arrojen, calcular con justeza el espacio para saltar o zambullirse, trepar en cualquier parte, mantenerse en quilibrio contando con los más precarios puntos de apoyo. Saben, en fin, manejar su propio cuerpo, con serenidad y destreza, tanto en tierra como en el agua. Su organismo está agilizado para seguir la danza de los adultos; sus manos y sus ojos están educados para cazar o arponear peces; sus voces están acostumbradas al canto rítmico; sus muñecas adquirieron flexibilidad, repiqueteando rápidamente sobre el tambor; sus brazos manejan con facilidad el canalete o la pértiga. Un adiestramiento firme, constante, implacable en su insistente vigilancia, ha llegado a dotar al niño de corta edad de una sólida base, sobre la cual construirá el armazón de sus futuros conocimientos, a través de largos años de imitación de los adultos o de los chicos un poco mayores. La parte más dura de esa educación se cumple hasta los tres años. Después, todo será juego, ofreciéndose al niño los elementos que se requieren para hacerlo más agradable. Aquél dispondrá de un amplio y seguro campo de esparcimiento y tendrá siempre un alegre grupo de compañeros, de distintas edades y de ambos sexos. En ese ambiente se desarrollará hasta convertirse en un adulto, admirable desde el punto de vista físico; en un individuo hábil, diestro, de espíritu alerta, libre de temores, siempre dispuesto para un caso de emergencia, siempre firme bajo la tensión del esfuerzo.

En cuanto a la disciplina social, la concepción de los *manus* es tan blanda como son rígidos sus cánones de educación física. Nada se exige de los niños, fuera de la capacitación corporal y del respeto a la propiedad, salvo la observancia de las reglas del pudor. Los niños aprenden a aislarse en el acto de la defecación y a conocer de memoria las actitudes convencionales que revelan la turbación y la vergüenza. Tales convenciones no se enseñan con rigor o con ocasionales castigos, sino mediante ciertas reacciones emocionales de parte de los padres. El horror y el estremecimiento físico que éstos revelan ante determinadas situaciones, se comunican a los niños, siendo ello suficiente para aleccionarlos. Esa actitud de los adultos es tan impresionante, que se trasmite con igual facilidad con que se contagia el pánico. Para tener una idea de

la profundidad del sentimiento del pudor en los *manus*, bastará tener en cuenta que los hombres se sienten molestos al descubrirse en presencia de otros hombres y que se enseña a las adolescentes que los espíritus las castigarán si se quitan la falda en presencia de otra persona, aun cuando sea del propio sexo. Jamás se sacrifica el recato a la conveniencia. En los viajes por mar, de muchas horas de duración, se observan rígidamente las convenciones si van a bordo individuos de ambos sexos.

Los niños se inician desde temprana edad en esa atmósfera de pudor y de recato. Se les envuelve con ella como un cálido y espinoso manto, hasta que los adultos los consideran a cubierto de toda infracción. Y allí termina toda la disciplina social. No se enseña a los niños a respetar ni a obedecer los deseos de los padres. Una criatura de dos años es libre de burlarse del humilde ruego de la madre, que la invita a volver al hogar. Al llegar la noche, los niños deben estar en sus respectivas casas, pero esto no significa que efectivamente acudan a ellas cuando se les llama. Si el hambre no los obliga a volver, los padres deberán ir a recogerlos, empleando a veces la fuerza. La prohibición de ir a jugar al extremo de la aldea se mantiene tanto como la vigilancia consiguiente; apenas los padres vuelven la espalda, el niño saltará fuera y se alejará nadando debajo del agua, hasta quedar fuera del alcance de sus progenitores.

La cocina de los *manus* es complicada y exigente. El sagú se cuece en seco, en chatas ollas de barro, que hay que agitar sobre el fuego, constantemente, durante unos veinte minutos. Sin embargo, los niños no vienen a casa a la hora de las comidas. Salen por la mañana, antes del desayuno y vuelven cerca de una hora más tarde, pidiendo comida a gritos. Es frecuente ver a niños de diez años de edad, parados en medio de una habitación, chillando de una manera monótona hasta que alguien abandona su tarea, para prepararles el alimento. Una mujer que haya ido a casa de uno de sus parientes, para ayudar en determinada labor o bien para convenir lo referente a una fiesta próxima, se verá acometida de pronto por su hijo de seis años de edad, que le gritará, tirará de ella, se aferrará a sus brazos, le dará de puntapiés y de arañazos, hasta obligarla a regresar para alimentarlo.

Cuando se trata de cuestiones relativas a la disciplina social, los padres, que fueron tan firmes cuando enseñaron a sus hijos a dar los primeros pasos, se convierten en blanda cera en las manos de los jóvenes rebeldes. Éstos comen y juegan cuando quieren; duermen cuando tienen ganas de hacerlo. No conocen palabras respetuosas hacia sus padres y se permiten usar más frases obscenas que las que se tolera a los adultos. El último bribonzuelo puede injuriar y desafiar al anciano más respetable de la aldea. Jamás se exige que los niños cedan algo a sus

padres. Los más selectos bocados corresponden a los primeros, por derecho divino. Un solo grito infantil basta para hacer acudir a un abnegado adulto, para atar o torcer la voluntad de los padres, según el capricho del hijo. Los niños no trabajan. Sólo las muchachas realizan algunas tareas caseras después que han cumplido los doce años. Los varones siguen ociosos, generalmente, hasta después de contraer matrimonio. La comunidad no exige nada de ellos, salvo el respeto a la propiedad y la observancia de las reglas del pudor.

Es indudable que tan enorme libertad social refuerza la eficiencia física de los niños *manus*. Sobre la base de su destreza motriz, éstos levantan la superestructura de una completa confianza en sí mismos. El niño, en *Manus,* es el señor del universo; indisciplinado, sin las trabas del respeto o la reverencia hacia los mayores, es absolutamente libre, salvo lo que respecta al delgado hilo del pudor, que corre a través de su vida cotidiana. Fuera de ese pequeño freno, carece de hábitos de auto dominio o de autodisciplina. Ofrece la típica psicología del niño mimado. Los niños *manus* siempre piden algo; jamás dan cosa alguna. La única niña de la aldea que atendía cariñosamente a su padre porque éste estaba ciego, era una dulce y generosa criatura.

De los demás niños, jamás se ha esperado ni obtenido nada.

Los niños tienen hacia sus padres, que son sus humildes servidores, un amplio sentimiento, casi de posesión infantil, pero muy poca solicitud. Su egocentrismo es el complemento natural del ansioso y condescendiente amor de los padres; condescendencia que es fruto de los limitados ideales de cultura que éstos poseen.

III

LA VIDA FAMILIAR

LA FAMILIA del niño *manus* ofrece un cuadro muy distinto al de nuestra vida familiar. Es verdad que los componentes de la familia son los mismos, en uno y otro caso: el padre, la madre, uno o dos hermanos o hermanas, algunas veces una abuela y, con menos frecuencia, también un abuelo. Por la noche, se cierran y obstruyen cuidadosamente las puertas y los padres insisten en que los niños estén en casa después del crepúsculo, salvo en las noches de plenilunio. Después de la cena, se acuesta a los niños sobre unas esteras o bien se deja que queden dormidos en brazos de los padres, para recostarlos luego suavemente sobre los correspondientes lechos. Los haces de hojas de cocotero iluminan adecuadamente los rincones más oscuros. A primera vista, esto se asemeja al cuadro de la familia íntima y feliz, de nuestra predilección, donde están excluídos los extraños y donde un pequeño grupo de seres que se aman mutuamente se reúnen estrechamente en torno del fuego.

Pero un conocimiento más profundo de los hogares *manus*, revela muchas diferencias. Los jóvenes no tienen sus habitaciones propias, sino que viven en los fondos de las casas de sus hermanos mayores o en las de sus tíos. Cuando dos familias de ese tipo viven juntas, la mujer del más joven de los hombres debe esquivar la presencia del que tiene más edad. Cuando éste estuviera en la casa, ella no deberá penetrar en el extremo de la habitación correspondiente, separada por esteras colgantes de la parte reservada al matrimonio más joven. Los niños pueden andar libremente entre uno y otro extremo de la casa, pero lo cierto es que esa constante inhibición y el cuidado impuesto de evitar siempre los nombres personales, así como el hecho de que el jefe de familia más joven se halle bajo la dependencia del mayor, contribuyen a crear relaciones tirantes entre ambos grupos familiares. En la familia *manus* prevalece el tipo patriarcal; el hombre hereda generalmente a su padre o a su hermano y la mujer va a vivir a la casa de la familia del marido.

Pero aun cuando el grupo familiar sea pequeño y los vínculos entre padres e hijos bastante estrechos, las relaciones entre marido y mujer son generalmente tensas y frías. Frente al hijo, los padres parecen adversarios que se disputan su afecto, tratando cada cual de indisponerlo contra el otro. Los lazos de la sangre son más fuertes que los que unen a los esposos, existiendo otros factores que tienden más a separarlos que a ligarlos entre sí. Una ligera observación en el hogar de una de las familias que habitan en Peri, nos ilustrará acerca del carácter de los sentimientos que prevalecen en la relación entre marido y mujer.

Tomemos, como ejemplo, la familia de Ndrosal. El jefe de esta familia es un hermoso fanfarrón, de cabello rizado, disipador y poco amante del trabajo. Su primera mujer, que murió, le dejó dos hijos. El marido de la hermana de Ndrosal adoptó al mayor de éstos; el menor permaneció con el padre, quedando al cuidado de la nueva esposa: una mujer alta, de fuertes miembros, procedente de una aldea lejana, que pronto dió a luz una niña, la cual se desarrollaba en forma muy defectuosa. Pasaron varios meses y la criatura seguía en igual estado, llorando y quejándose constantemente, acostada en la pequeña cuna colgante que el padre le había fabricado. Mientras la niña estuviera tan enferma, la madre no podría sacarla de la casa ni apartarse de ella más de algunos minutos. Un mes tras otro permaneció en la casa, balanceando la cuna, volviéndose pálida y descolorida. La comida no era muy abundante. Ndrosal estaba muy apegado a su hermana, una mujer de mediana edad, de carácter firme y decidido, siempre activa y siempre necesitada de la ayuda de su hermano. Al enfermarse la criatura, ella recogió al otro hijo de Ndrosal, de modo que ambos se hallaron en la casa de la tía. Ndrosal se complacía en llevar a sus hijos en hombros, echarse para que ellos jugaran sobre su cuerpo o llevarlos consigo a pescar. Así, pasaba casi todo el tiempo en casa de la hermana y, cuando obtenía buena pesca, la mayor parte iba a parar a las ollas de aquélla. Su mujer no tenía parientes próximos en la aldea, pero un día llegó una hermana menor de su marido, que le trajo unos cangrejos. La pesca de cangrejos es tarea femenina, de modo que hacía meses que no entraban tales mariscos en la casa. Los cocinó pues, ansiosamente, sin tener en cuenta que una de las variedades que la cuñada le había traído, estaba prohibida a todos los miembros de la familia de su marido. Éste volvió tarde a la casa, con las manos vacías, y pidió la cena. La mujer le sirvió los cangrejos y, respondiendo a sus preguntas, afirmó estar perfectamente segura de que entre esos mariscos no había ninguno perteneciente a la especie comprendida en el tabú familiar. Cocidos, era imposible identificarlos. El marido empezó a comer, gruñendo algo acerca de la seca respuesta de ella y

de su escaso respeto por los tabúes de la familia. De pronto, la criatura comenzó a llorar. La hermana menor de Ndrosal y su marido se alojaban, temporalmente, en el fondo de la casa. Aquélla se acercó a la cuna, pero la niña seguía llorando. Ndrosal se dirigió rudamente a su mujer, gritando:

—¡Dale el pecho a la niña!

—Ella ha mamado bastante —contestó la mujer—, no tiene hambre; sólo está enferma.

—¡Amamanta a la niña!, ¿me oyes? ¡Tú, mujer inservible, salida de la escoria, saco de mentiras, sin juicio, que no respetas los tabúes de tu marido, ni cuidas a sus hijos! —De pie, seguía arrojándole el chorro de insultos. Ella había abandonado la cena y permanecía triste, llorosa, convencida de que la criatura no estaba hambrienta. De pronto, el enfurecido marido echó mano a su calabaza de cal y extrayendo un puñado de polvo, lo echó a los ojos de la mujer. Al mezclarse con las ardientes lágrimas, el polvo se convirtió en cal viva, quemando horriblemente los ojos de la infeliz, que salió de la casa a tropezones, llorando, enceguecida. Una de las vecinas que se había acercado al oír la disputa, llevóse consigo a la pobre mujer con su criatura. Ndrosal fué a dormir a casa de la hermana y cuando el menor de sus hijos le preguntó, abrazándolo, soñoliento, por qué había llorado la madrastra, el padre le contestó que ésta era una mujer mala, que se negaba a alimentar a la propia hija, la hermanita del niño.

O bien, entremos en casa de Ngamel. Ngamel y su mujer Ngatchumu se llevaban bastante bien. Cierta vez Ngamel había traído a la casa otra mujer, pero Ngatchumu se había enfadado tanto, que Ngamel hizo marchar a la intrusa para conservar la paz doméstica. Años atrás, Ngamel solía tener un gajo de enredadera, en forma de cuerda, destinado especialmente a castigar a su mujer. Eso ocurría en los lejanos días cuando los cinco primeros hijos del matrimonio fueron muriendo, uno tras otro, poco después de nacer, lo cual se debió a una perniciosa magia relacionada con una escudilla de víveres que se había olvidado abandonada entre el maderamen de la casa. Pero después vinieron otros cuatro hijos, que crecieron sanos y hermosos, y todo marchaba bien. Uno de ellos había sido entregado al hermano de Ngamel y los demás estaban en la casa. Ngamel era ya un hombre de edad, que gustaba sentarse en la galería, a la hora crepuscular, y jugar con sus hijos. Una noche llevó Ngatchumu consigo a su hijo Ponkob, de tres años de edad, a una casa mortuoria. La difunta era una hermana de ella, que había caído castigada por los espíritus ancestrales del clan de Ngamel, en razón de que contribuyera a facilitar el matrimonio de la viuda de un hermano de Ngamel. La casa

estaba cerrada, llena del hedor de cadáver y de un llanto enloquecedor, formado por un coro de muchas voces. El pequeño Ponkob, apretado entre el cuerpo de su madre y el de otra mujer, se sintió mal de pronto y cayó desmayado. La asustada madre se apresuró a llevar al niño a casa, temiendo desesperadamente el furioso enojo del marido. Ella se había burlado de la venganza ancestral de los espíritus al ir a rendir el postrer homenaje a una mujer que había sido castigada por dichos espíritus. Durante dos días, ni el marido ni el hijo mayor, de ocho años, le dirigieron la palabra. Había incurrido en la culpa de haber amado tanto a su hermana, que no pensó en la posible ira de los espíritus pertenecientes a la familia del marido.

Observemos ahora la fiesta de la perforación de orejas, que tiene lugar en casa de Pwisio. Esta casa se halla colmada de visitantes; están ahí todos los parientes de la mujer de Pwisio, que llegaron en canoas bien cargadas para celebrar la perforación de las orejas de Manuwi, el hijo de Pwisio, de dieciséis años de edad. En el frente de la casa todo está en orden. Manuwi, pintado y engrasado, rodeado el cuello con un corbatín de dientes de perro, está sentado en actitud rígida. Dos hermanas de su padre esperan el momento ritual en que habrán de conducir al muchacho, escaleras abajo. Pero la madre no está visible. Desde el fondo de la casa, separado por una cortina, se oye un llanto contenido y un rumor de voces femeninas que formulan continuos reproches. Pwisio, sentado a la entrada, recibe a los visitantes, haciendo de tanto en tanto una pausa para lanzar un insulto a su mujer, oculta por la cortina, y a quien había sorprendido durmiendo desnuda. (Había extraños de la casa y un muchacho, amigo de su hijo, había agitado las brasas del hogar hasta formar llama.) Por eso Pwisio la abrumaba de injurias, temeroso de pegarle en presencia de tantos parientes de ella, mientras la mujer empaquetaba las cosas de su propiedad, protestando de su inocencia, con voz llorosa, a la vez que enumeraba los objetos que iba a llevarse.

—Esto es mío. Yo lo hice y mi hermana me dió las sartas de conchas. Estas cosas son mías. Yo misma compré los materiales para hacerlas. Este cinto es mío. Lo conseguí a cambio de sagú, en la fiesta natalicia de la semana anterior.

Ngalowen, su hija adoptiva, de cuatro años de edad, se aparta avergonzada de ella, bajo la impresión de las acusaciones que le hace el padre. Cuando la mujer recoge sus paquetes y se dispone a salir por la puerta trasera, la niña no hace un paso por seguirla. Por el contrario, corre hacia la habitación de adelante y se estrecha cariñosamente contra su padre, implacable y gruñón. Disipada la confusión que provocara este incidente, se reanuda la ceremonia, sin que la ausencia de la madre,

la cual no debía tener participación oficial en el acto, dé lugar a más comentarios.

Para comprender el sentido de tales disensiones es necesario seguir la vida de una muchacha *manus,* desde el momento de su compromiso matrimonial hasta el desposorio, y desde éste hasta el momento de la maternidad.

Ngalen tiene dieciocho años; durante siete años ha estado comprometida con Manoi, cuyo nombre le está prohibido pronunciar. Ella lo había visto una vez, siendo muy pequeña, cuando fuera con su madre y sus hermanos a Peri, la aldea natal de aquélla. Recordaba que el muchacho era bizco, que tenía una nariz grotesca y que llevaba un viejo y gastado *lap lap.* Pero trataba de no pensar en estas cosas, porque su madre le había enseñado que era vergonzoso reflexionar acerca de la persona del esposo. Ella podía zambullirse y bucear, en procura de conchas de *lailai,* con las cuales se harían ornamentos, en forma de alas, para sus pequeños hombros. Podía pasarse días enteros encartando abalorios y haciendo con ellos bastidores para su futura cuñada. Podía pensar acerca de los millares de dientes de perro y de los montones de conchas monetarias que se invertirían en su fiesta de bodas, podía criar los cerdos, mediante cuya venta se lograría afrontar el pago correspondiente. Pero jamás debía pensar en su esposo. Le estaba prohibido ir a Peri, la aldea natal de su madre, salvo en casos excepcionales, como el de la muerte de un pariente próximo. Y aun entonces, debía andar con mucho cuidado, envuelta en su manto de paño, por si se encontrara con el padre o el hermano de su prometido. Si una canoa de Peri pasaba cerca de la canoa de su padre, ella debía ocultarse debajo del casco o del cobertizo. Cuando era muy pequeña, olvidaba algunas veces evitar las palabras que contenían sílabas semejantes a las de los nombres de los parientes de su prometido, cubriéndose así de vergüenza, frente al sentido de decencia de sus padres. Cierta vez, los espíritus hicieron referencia, durante una sesión, al descuido en que ella había incurrido al no ocultarse debidamente de un primo lejano de su prometido, un muchacho que fuera compañero de juegos en su infancia. Pero eso había sucedido varios años atrás. Ahora, desde hacía dos o tres, era muy circunspecta. Su aldea estaba llena de muchachos que habían vuelto de trabajar para el hombre blanco y que conocían todos los recursos de la funesta magia de los blancos. Uno de ellos tenía en su saco de nueces una curiosa botella. Aunque él dijera que se trataba de un remedio para la culebrilla, todos sabían que la botella contenía un filtro amoroso. La gente de la aldea no usaba esos perversos sortilegios que inducen a una muchacha a olvidar a su prometido y a hundirse en el pecado. Pero los habitantes

del interior de la isla grande, tenían encantamientos que podían deslizarse en medio de las hojas de tabaco, o bien ser soplados sobre una nuez de areca o en el interior de una pipa, hurtada al efecto. Y vendían tales encantamientos a los jóvenes de la aldea, a esos muchachos ociosos que pasaban toda la noche en su casa, en reuniones, riendo, tocando el tambor y tramando cosas malas. Tiempo atrás, esos jóvenes hubieran ido a la guerra y capturado alguna muchacha extranjera para sus placeres. Pero no había ya tal especie de prostituta y los muchachos eran entonces muy peligrosos.

Cuando ella salía, tenía cuidado de no colocarse de modo que el viento soplara desde donde estaban los jóvenes hacia ella, pues había ciertos encantamientos que podían trasmitirse por el aire.

Eran pocos los muchachos con quienes tenía relaciones de amistad: sus hermanos, sus primos carnales y los primos menores de su prometido. Estos últimos la llamaban "madre" y debía cuidarse de comer en su presencia.

Durante todo el día se dedicaba a hacer adornos de abalorios para su suegra y su cuñada. Después del casamiento éstas, a su vez, le regalarían abalorios para los hermanos de ella. Ya en casa del esposo, trabajará mucho y se sentirá segura. Aprenderá a conocer los detalles del complicado intercambio financiero. Aprenderá también a preparar la gran torta cuadrada que se necesita para las celebraciones y a recortar la carne de la nuez de coco, en forma de florecillas, para adornar los platos destinados a las fiestas. Dará hijos a su marido. Y como madre, dejará de ser la mujer hermosa y deseable, pues los *manus* consideran que el parto y no la virginidad, constituye la línea divisoria entre la juventud y la experiencia. Diez veces pasarán las pléyades por el cielo y ella será vieja.

Sabía ya cómo era el vestido de bodas, pues dos veces la habían cubierto con un pesado delantal de conchas, cargando sus brazos y sus piernas con dientes de perro. Pero mañana iba a desposarse, al fin, con el joven cuyo nombre le estaba vedado pronunciar y acerca de cuyos ojos bizcos no debía pensar siquiera. Irá a una aldea extraña. Es verdad que en ella habitaban los parientes de su madre, pero algunos de éstos serán tabú para ella, pues tienen un parentesco más estrecho con el que será su marido. Y no podrá pronunciar sus nombres mientras viva. El nuevo matrimonio habitará en la casa del tío paterno del marido, el cual será el "suegro" de Ngalen. Al referirse a éste, no dirá nunca "él", sino "ellos". Cuando el "suegro" entre en la casa, ella deberá ocultarse tras las esteras colgantes y cuidar de levantar la voz, por temor a que aquél la oiga. Durante toda su vida deberá abstenerse de mirar su rostro, salvo

cuando ya anciano, calvo y tembloroso, decida él mismo levantar el tabú, ofreciendo entonces una gran fiesta a su "nuera".

Todos los hombres de la aldea la observarán, y ella lo sabe. Inquieta, tirará de sus pechos colgantes, pechos de una mujer de edad. Afortunadamente, las pesadas fajas cubiertas de dientes de perro les darán la apariencia que corresponde a los pechos de una joven. ¿No la odiará el marido, a causa de los pechos? Ella ha escuchado las conversaciones de los hombres de su aldea y sabe que las mujeres son apreciadas por su aspecto juvenil. ¿Será ella bastante lista para seguir a su cuñada, para colocar bardas con mano firme y para combinar hermosos trabajos de abalorios? Su cuñada la odiará, seguramente, así como ella y su hermana odian a la mujer del hermano. Nunca podrá esperar que su cuñada la quiera; cuando mucho la habrá de tolerar, absteniéndose de provocarla muy a menudo.

Piensa en todas esas cosas mientras permanece acurrucada sobre su manta tabú, bajo el cobertizo de la canoa. Sus parientes la conducen a Peri. Una animada charla se mantiene en torno, charla que se refiere a dientes de perro, conchas monetarias, cerdos, aceite, deudas impagas, a posibles clientes, a oportunidades comerciales. El padre de Ngalen está muy contento con la boda. Diez mil dientes de perro recibirá por su hija, cantidad que bien podrá servirle para comprar una mujer para el hijo de su hermano, que tiene quince años y aun no está comprometido. La conversación recae sobre el valor financiero de la probable novia del sobrino.

Ngalen observa a su madre, sentado con un nieto en la falda; a su hermana mayor, cuya mirada se hunde hoscamente en el agua. Hace un mes que la hermana abandonó a su marido y éste aun no había enviado un mensajero a buscarla. Ella no quiso contar a los suyos qué había sucedido; sólo dijo que el marido le pegaba. De pronto se escucha una aguda voz de mando: se acerca una canoa y Ngalen se cubre rápidamente con su túnica.

Al fin llegan a la aldea. Embozada de pies a cabéza, trepa apresuradamente a la casa de su abuela política, una anciana con los músculos del cuello tiesos y fibrosos como tocino crudo. Ha sobrevivido a tres maridos. Con voz cascada y desagradable, ordena que se apresuren a vestir a la nieta, pues pronto vendrán a buscarla para el "viaje de los pechos". Las cajas de cedro, traídas en la canoa, son abiertas y los pesados adornos se esparcen por el suelo. El padre y los hermanos de la novia se retiran y ella queda sola con las mujeres, las cuales le pintan el cabello de rojo y le embadurnan el rostro, los brazos y los hombros de color naranja; luego envuelven sus piernas con largos cordones de conchas.

Se le colocan dos pesados mandiles de conchas, atados por un cinto de dientes de perro. En sus pretales se introducen pequeñas medias lunas de corteza. Bajo sus amplios brazales se ocultan pipas de porcelana, cuchillos, cucharas, tenedores, peines, espejillos, objetos extraños, que sólo se usan para ataviar a una novia. Una erizada guirnalda de dientes de perro sujeta su frente. Dentro de la guirnalda han sido colocadas una docena de peinetillas de plumas. En los brazales se han introducido también piezas de tela y plumas de ave de paraíso. Los anchos lóbulos de sus orejas están recargados con racimos adicionales de dientes de perro. Finalmente se hace pasar un delgado huesecillo por el agujero del séptum, y de su nariz se cuelga un arete de conchas, huesos y dientes de perro.

Con la docilidad de una muñeca de trapo, se somete ella a todas las operaciones del atavío, volviéndose a un lado y a otro cuando se lo ordenan. Mientras tanto, se oye fuera un resonar de voces. Son las mujeres de la familia de su marido que han venido a buscarla. Ella inclina más aún su cabeza, demasiado cargada. Pero las mujeres no entran. Se produce una violenta querella acerca de si la canoa nupcial es o no bastante grande. Van llegando mujeres, en pequeños esquifes, y todas deben volver en la canoa de la novia. Después de un fuerte altercado, dos de las mujeres salen a buscar otra canoa. Las demás esperan en la galería. Ngalen distingue entre la voz de una tía de su esposo, una destacada medium que dispone de un perro fantasmal, el cual ejecuta sus órdenes. Todas las demás voces le son desconocidas. Ella sabe que allí no hay muchachas, sino solamente mujeres casadas. Había visto ya, anteriormente, canoas destinadas al "viaje de los pechos".

Al fin llega una canoa más grande. Su madre y su tía la obligan a ponerse de pie. Está un poco encorvada bajo el peso de todos esos objetos que colocaron sobre ella. Con la cabeza gacha es empujada escaleras abajo, hasta la plataforma de las canoas. No mira a nadie ni es saludada por nadie. Está por desatarse una tormenta y la sobrecargada embarcación avanza penosamente, haciendo agua. Ella ve las pértigas que se hunden en el agua, manejadas por brazos musculosos, y advierte un cintillo de abalorios sobre una muñeca; pero no levanta la vista para ver los rostros.

El viaje hasta la casa de su prometido dura poco. Durante esa noche, el esposo estará ausente del hogar. A una voz de su suegra, la desposada trepa por la escalera y se sienta en un rincón, triste y avergonzada. Inmediatamente caen sobre ella las tías paternas y las primas de su esposo; arrancan los peinecillos de plumas de su cabello, tiran de sus brazaletes y los desgarran, buscando peines, pipas, espejo. En medio de la prisa,

rompen una pipa. Los bordes de la porcelana se hunden en el brazo de la muchacha. Nadie parece darse cuenta de ello; pero todos hacen amargos comentarios acerca de la inutilidad de una pipa rota y de la tacañería de los parientes de la novia que regalan pipas en tales condiciones. Una vieja arrugada observa que probablemente no haya que esperar una hermosa exhibición de regalos para el día siguiente, pues muchas pipas parecían cascadas y demasiado pequeñas; además, oyó decir que sólo había diez piezas de tela. Otra anciana refunfuña, en tono agresivo, que los hombres de la familia de la novia no valen gran cosa: el hermano mayor no había comenzado aún a pagar lo correspondiente por su mujer; el menor ni siquiera estaba comprometido. Avergonzada y furiosa, la muchacha permanece sentada en un rincón con su erizada guirnalda hundida en un ojo. Entretanto, las mujeres la abandonan como aves de rapiña que dejan los huesos pelados; deben cumplir ahora otra tarea: distribuirse los grandes y verdes paquetes de sagú que los parientes de la novia cargaron en la canoa. Sobreviene una violenta disputa acerca de quién ha de presidir el reparto, pues la mujer que lo preside debe cuidar de que cada cual tenga una buena porción, aun cuando ella se perjudicara. Todas las mujeres se reúnen en torno a la pila de sagú. La novia permanece olvidada en su rincón, despojada de sus galas, sola en medio de gente extraña, hostil y codiciosa. Más tarde, algunas de las mujeres se irán a sus respectivos hogares; la mayor parte pasarán la noche junto con la desposada. Le ofrecerán comida, pero ella no aceptará; los fuegos se irán extinguiendo y todas se acostarán a dormir. Si alguna de las mujeres se despierta y aviva el fuego por un momento, verá que la novia no duerme; naturalmente, "porque está avergonzada".

Por la mañana, temprano, vendrán sus parientes a buscarla, subrepticiamente. La untarán y vestirán nuevamente. Luego pronunciarán sobre ella frases de encantamiento, con el fin de que llegue a ser una mujer rica y poderosa, hábil en la acumulación y el intercambio de mercancías. Esta vez en la canoa que ha de conducirla habrá un alto lecho labrado, una de cuyas patas está torcida y agrietada. Los parientes del marido recordarán más tarde ese defecto. La canoa avanza lentamente a través de la aldea, ante galerías llenas de espectadores, hacia la casa del novio. La tía de éste viene a recibirla, y la arrastra casi, escaleras arriba. Allí se acurruca dando la espalda a los habitantes de la casa. Acababa de ver, en una rápida ojeada, a un joven acicalado, sentado detrás de ella, con las piernas estiradas hacia adelante. Reina un momento de silencio y se oye el ruido de pasos apresurados. Es el novio que abandona la casa, donde no volverá hasta la caída de la noche. Todos respiran con alivio y se permite a los niños correr de un lado a otro. La canoa de sus

padres retorna al embarcadero. Ella vuelve a ser empujada hasta la plataforma y toda la comitiva se dirige hacia un pequeño islote donde pasarán el día pronunciando discursos y distribuyendo regalos. Resonará el tambor y los hombres se entregarán a la danza. Pero la novia permanecerá en su canoa, cubierta con un velo.

Tarde ya, por la noche, volverá el esposo y tomará posesión de su mujer. No la hará objeto de ninguna demostración de afecto ni de ternura. En cuanto a ella, recibirá su primera experiencia sexual con temor y repugnancia, al igual que todas las mujeres de su pueblo. Nada habrá esa noche que le procure felicidad; sólo sentirá una impresión de hostilidad y de vergüenza. Al día siguiente, la recién casada saldrá, junto con su suegra, en busca de agua y de leña. No habló todavía una palabra con su esposo. Al recorrer la aldea, todas las miradas se fijan en ella y en todas partes escucha las palabras: "pechos", "pechos de vieja"; "los pretales los mantenían levantados ayer". Al fin de la tarde, rompe su silencio para reñir, enojada, a un niño que la ha seguido hasta el fondo de la casa. Este incidente es difundido de inmediato a través de la aldea, de esa aldea donde estará obligada a vivir, pero donde siempre será una extraña.

El sentimiento de que marido y mujer pertenecen a grupos diferentes perdura a través del matrimonio, debilitándose sólo después de muchos años de vida en común, sin desaparecer jamás por completo. El padre, la madre y los hijos no constituyen una unidad íntima frente al mundo exterior. En la mayor parte de los casos, el hombre sigue habitando en su propia aldea, donde ha vivido siempre, cerca de sus hermanos y de sus tíos. Junto a su casa vive alguna de sus hermanas y de sus tías. Son personas con las cuales él se siente estrechamente unido, de quienes se ha habituado a recibir beneficios desde la infancia. Ellos lo alimentaron cuando tenía hambre, lo cuidaron cuando estuvo enfermo, pagaron las multas cuando él incurrió en falta y se hicieron cargo de sus deudas. Los espíritus de ellos son sus propios espíritus, sus tabúes son sus propios tabúes. Un fuerte sentimiento de pertenencia lo une a su grupo familiar.

Su mujer, en cambio, es una extraña. Él no la eligió y jamás pensó en ella, antes del matrimonio, sin experimentar una sensación de vergüenza. Muchas veces tuvo que permanecer estirado y cubierto con una estera, sobre el fondo de su canoa, mientras la embarcación pasaba a través de la aldea de su mujer o cerca de la casa de uno de los parientes de ella. Abrumado por la turbación, hubo de estar así, acostado boca abajo, durante una hora, atreviéndose apenas a cuchichear. Antes de casarse se sentía libre, al menos en su aldea natal. Podía pasarse las

horas con otros jóvenes, cantando y tocando algún instrumento. Pero ahora, ya casado, no es dueño de sí mismo. Se ve obligado a trabajar, durante todo el día, para quienes han pagado sus gastos de boda. Se siente turbado en presencia de ellos, pues acaba de descubrir cuán poco conocía acerca de las obligaciones que había contraído. Tiene, pues, muchos motivos para odiar a su mujer, que aparta con disgusto de su rudo y grosero abrazo y que jamás tiene para él una palabra amable. Ambos tenían vergüenza de comer en la presencia del otro. Marido y mujer duermen, oficialmente, cada cual en extremos opuestos. Durante los dos primeros años del matrimonio, jamás salen juntos.

El resentimiento de la mujer hacia su nuevo estado, no se atenúa con el andar del tiempo. Ella se siente en medio de extraños, con quienes su marido está unido por medio de los lazos más sólidos que reconoce la sociedad a la cual pertenecen. Cuando marcha a otra aldea, en medio de otra gente, suele execrar de su matrimonio, más aún que el marido. Cuando éste la deja para ir a casa de la hermana, ella se irrita y refunfuña, y algunas veces comete el imperdonable pecado de acusarlo de hacer vida sexual con aquélla. Los espíritus no tardan en castigarla, enviando desgracias sobre la casa y de ese modo se ensancha la brecha que separa a marido y mujer. Cuando la mujer se ha casado en su propia aldea, suele visitar con frecuencia a sus parientes y hace aún menos esfuerzos por llevarse bien con su marido. Antes del matrimonio, su rostro estaba tatuado y sus cortos y rizados cabellos pintados de rojo. Pero ahora tiene la cabeza rapada y le está prohibido engalanarse. Si lo hiciera, los espíritus de su marido sospecharán que ella quiere atraer a los hombres y la castigarán enviando enfermedades sobre la casa. Ni siquiera puede charlar, en voz baja, con una mujer de su familia, acerca de los parientes masculinos de su marido. Los espíritus que habitan en el cuenco de los cráneos, escucharán la conversación y la castigarán. Ella es una extraña entre espíritus extraños; espíritus que ejercen, sin embargo, una rígida vigilancia sobre su conducta.

Todo eso resulta muy amargo para la joven, que cada día se entristece más obligada a convivir con sus parientes políticos, a cocinar para las fiestas y a ir con ellos a la manigua para elaborar sagú. Si no queda embarazada pronto es probable que huya del hogar. Cuando esto sucede, los parientes de ella suelen convencerla que vuelva con el marido; la fuga podrá repetirse varias veces, hasta tanto no tenga un hijo. Al quedar embarazada, se sentirá más atraída, no ya al esposo, sino a las personas de su propia familia. Ni siquiera hablará del embarazo a su marido. Tal intimidad avergonzaría a ambos. En cambio, informará de su estado a los padres, a los hermanos y hermanas, a las tías y a los

primos carnales. Todos ellos se dispondrán a la tarea de preparar las cosas necesarias para la fiesta de la preñez. Nada se comunicará todavía al marido. La mujer rechazará sus requerimientos con más frialdad que nunca; su disgusto y su resentimiento serán mayores aún. Algunas palabras recogidas al azar, el rumor acerca de los preparativos que realizan sus cuñados, informarán al marido sobre el estado de su mujer. Los vecinos comentan que pronto ha de ser padre. No puede todavía hablar de la cuestión con su mujer, pero queda a la espera de la primera fiesta, cuando vendrán a detenerse ante su puerta canoas cargadas de sagú. Transcurren los meses señalados por fiestas periódicas, que él debe retribuir. Sus parientes le ayudarán, pero el mayor peso recaerá sobre sus propios hombros. Se verá obligado a acudir a sus hermanas en demanda de tejidos de abalorios. Ahí donde antes acostumbraba a mandar, deberá suplicar ahora. Importunará a su madre y a sus tías. Estará siempre temeroso de que sus retribuciones no sean adecuadas ni suficientes. Mientras tanto, su mujer permanecerá tranquila en casa, elaborando piezas de abalorios, para los hermanos de ella, mientras él tendrá que andar lisonjeando y rogando a sus propias hermanas. La grieta que separa al matrimonio se hace todavía más amplia.

Pocos días antes del parto, un hermano, un tío o un primo de la futura madre, predice dónde habrá de tener lugar dicho alumbramiento. Si no sabe manejar debidamente los huesos de vaticinio, lo hará otro pariente. La predicción advierte si el hijo nacerá en casa de su padre o si vendrá al mundo en la de su tío materno. Si el veredicto es en el primer sentido, el futuro padre abandonará la casa y se irá con sus hermanas. Esto ocurre generalmente cuando el matrimonio tiene casa propia, lo cual es poco frecuente tratándose de una pareja que va a tener su primer hijo. El cuñado y la mujer de éste se instalarán entonces ahí. O bien se trasladará a la futura madre a otro lugar, incluso a otra aldea. Desde que comiencen los dolores del parto, el marido no podrá verla. El lugar más próximo al cual podrá acercársele es la plataforma de desembarco, junto a la casa, adonde llevará pescado. Durante un mes vagará sin rumbo, durmiendo ya en casa de una hermana, ya en casa de otra. Solamente después que su cuñado haya elaborado o reunido suficiente cantidad de sagú, una o dos toneladas por lo menos, para celebrar la fiesta del retorno, volverá el esposo a ver a su mujer y conocerá a su hijo.

La madre, entretanto, está muy ocupada con su criatura. Durante un mes deberá permanecer dentro de la casa, oculta tras una cortina de esteras, comiendo alimentos cocidos especialmente para ella, sobre un fuego determinado, y en platos particulares. Sólo podrá salir, de mod-

furtivo, en la oscuridad nocturna, para bañarse rápidamente en la laguna. La vida es ahora para ella más agradable de lo que fuera nunca, desde antes del matrimonio. Todas las mujeres de su familia vienen a charlar con ella, y las que crían dan de mamar al niño, mientras transcurre la conversación. Las mujeres de sus hermanos cocinan para ella, le traen nueces de areca y hojas de ají, la miman como a una enferma. No echa de menos al marido, puesto que jamás llegó a quererlo. Estrecha al niño contra su pecho, besuquea los bracitos de la criatura, y es feliz.

En la víspera de la gran fiesta de las ollas y del sagú, tiene lugar en el seno de la familia una fiesta más pequeña. Los hermanos y las mujeres de éstos preparan platos especiales: toda clase de mariscos, taro, sagú, una fruta de color blanco, llamada *ung* y dos clases de budines de hojaldre. Uno de ellos, llamado *tchutchu* tiene una pulgada de espesor y nueve o diez pulgadas de superficie. Cuando la comida está cocida, se la distribuirá en escudillas de madera tallada, las que serán colocadas sobre los estantes, mientras se termina el tocado de la joven madre. Su cabello, que le permitieron dejar crecer durante el embarazo, es pintado de rojo. Le colocan ajorcas adornadas con abalorios y le cuelgan sartas de dientes de perro; son objetos de simple atavío, pues no se quiere enviar cosas de valor para los parientes del marido. Luego se disponen las escudillas con la comida sobre la plataforma de la canoa, y todo el grupo, formado por las mujeres y las niñas de la familia, se dirige hacia un islote, perteneciente a uno de los antepasados. Allí tiene lugar una breve ceremonia. La abuela paterna o la tía paterna de la joven madre golpea a ésta en la espalda, solemnemente, con una de las tortas *tchutchu,* invocando al mismo tiempo los espíritus de la familia, con el fin de que la conserven fuerte y sana, y eviten que ella tenga otro hijo antes de que el que tiene ahora sepa caminar o nadar. Terminada la exhortación, todo el grupo participa de la fiesta. La madre vuelve con su hijo. Las demás mujeres recorren la aldea, dejando escudillas con comida en casa de los parientes. Por última vez, la madre dormirá sola con su criatura.

El día siguiente transcurre en medio de una larga serie de ceremonias agotadoras. Por la mañana preparan los manjares para la fiesta. Aquí y allí se cargan las canoas con troncos de sagú y se apronta a los cerdos para el sacrificio. La madre es nuevamente engalanada con los costosos y pesados aderezos que llevara durante la ceremonia matrimonial. Le pintarán el cabello, por última vez. Al día subsiguiente será rasurada, tal como corresponde a una esposa virtuosa.

Frente a la casa del matrimonio, se forma una larga procesión de canoas, compuesta por quince o veinte embarcaciones. En las más car-

gadas hay unos gongos, cuyos dueños los golpean vigorosamente. La joven, cubierta por sus pesadas vestiduras, entra en la última canoa de la fila y cuando la flotilla se pone en marcha, desfilando lenta y pomposamente a través de la aldea, ella va pasando de una canoa a otra. Debe caminar de un extremo a otro, sobre los troncos de sagú que fueron traídos en su honor. Las pesadas faldas, adornadas de conchas monetarias, dificultan su marcha y la dejan fatigada. La fiesta del retorno a su esposo no la hace feliz. Es probable que abandone la procesión para ir a la casa, pretextando una indisposición o bien el llanto del niño. La fiesta continuará alegremente. La ausencia de la madre no será notada. Ella es allí sólo un pretexto; la ceremonia ofrece una ocasión propicia para realizar operaciones mercantiles.

Finalmente, al caer la noche, llega el momento de hacer "el viaje de los pechos": devolver la mujer a su esposo. Es ésta una ceremonia lucrativa para las mujeres que la acompañan, de modo que se produce una disputa acerca de quiénes participarán de la comitiva. La discusión llega a durar una hora, mientras la joven madre está ahí sentada, triste y aburrida. La casa de la fiesta está ahora a oscuras, salvo el vacilante resplandor que despiden las llamas del hogar. Sobre el suelo yacen los niños y están esparcidas muchas escudillas. Las voces de las ávidas mujeres estallan en medio de una pesada atmósfera cargada de humo. Por último, llegan a un acuerdo y un grupo de mujeres conduce a la joven, haciéndole bajar la escalera y echándola como un fardo en una de las canoas. Se ha desatado una tormenta y las canoas oscilan y chocan entre sí. Ninguna casá se divisa en la oscuridad. Las expertas mujeres conducen la cargada canoa hacia la casa de la hermana del esposo, donde habitaba éste desde la obligada separación. La mujer trepa hasta la plataforma y se sienta allí silenciosamente. Es posible que el esposo esté dentro de la habitación, pero no será necesario que se presente en ese momento. En efecto, no da señal de existencia. Al cabo de unos instantes, ella torna a bajar a la canoa y luego vuelve a subir para atender a su hijo y para hacer frente a la nueva disputa que se produce en torno a las retribuciones en sagú que corresponden por el viaje. Sólo después que ha quedado saldada la última cuenta se dispersan las visitantes. La mujer de su hermano es la última en retirarse, recogiendo su parte del botín y refunfuñando de que se le habían enfermado los hijos por culpa de los espíritus extraños. La joven esposa se acuesta, cansada. Mucho más tarde regresará el marido.

Comienza ahora una nueva vida. El padre siente por su hijo un violento interés de propietario. El niño es *suyo,* pertenece a *su* estirpe,

está bajo la protección de *sus* espíritus. Vigila a su mujer con celosa atención, la reprende si se aparta un instante de la casa, la riñe cuando el niño llora. Puede permitirse ser aún más rudo con ella. No hay ya probabilidades de que la mujer abandone el hogar; permanecerá allí donde esté el hijo. Durante un año, madre e hijo viven encerrados en la casa; mientras transcurre ese período el niño pertenece aún a la madre. El padre sólo lo toma en brazos ocasionalmente; teme sacarlo fuera de la casa. Pero tan pronto el chiquillo puede tenerse en pie y sus pequeños brazos son capaces de aferrarse a algo, el padre comienza a quitárselo a la madre. Ahora que la criatura no necesita mamar con tanta frecuencia, la mujer deberá ir a trabajar, ya sea elaborando sagú en la marisma o recogiendo mariscos entre los arrecifes. Demasiado tiempo ha estado ociosa. "Una mujer con un niño muy pequeño no presta ninguna utilidad al marido, pues está impedida de trabajar", es una observación muy corriente entre los hombres. El alegato de que el niño la necesita ya no tiene valor. El padre está encantado de jugar con su hijo; lo arroja al aire, le hace cosquillas, sopla suavemente sobre la delicada piel del pequeño. Se ha levantado a las tres de la madrugada; ha estado pescando desde el frío amanecer hasta bien entrada la mañana; condujo su pesada canoa hasta el mercado, donde vendió su pescado a buen precio, cambiándolo por taro, nueces de areca y hojas de taro. Ahora está libre por el resto del día; siéntese soñoliento, en la mejor disposición para jugar con la criatura.

También el hermano de la mujer la hace objeto de ciertas exigencias. Le recuerda que trabajó bastante para ella durante su embarazo. Debe cumplir ahora los compromisos contraídos con los parientes de su esposa, y es menester que la hermana le ayude. De todas partes se concita a la joven madre a dedicarse de lleno al trabajo, dejando al hijo en manos del embobado padre. Los niños aprenden a sacar ventaja de tal situación, desde muy pequeños. El padre es, evidentemente, la persona más importante de la casa; él imparte órdenes a la madre, y la golpea si ella "no ha escuchado sus palabras". Es cosa frecuente ver a una pequeña descarada de tres años deslizarse de los brazos del padre, acercarse a la madre para apagar su sed en los pechos de ésta y volverse luego con el padre, en actitud jactanciosa y haciendo muecas burlonas a la pobre mujer. La madre ve que su hijo se aleja de ella cada vez más. De noche, la criatura duerme con el padre y de día cabalga sobre sus hombros. El padre la lleva consigo a la umbrosa isla que constituye una especie de club para los hombres, donde se construyen las canoas y se fabrica grandes redes para la pesca. La madre no puede ir a esa isla,

salvo cuando ha de alimentar a los cerdos y aun entonces debe evitar toda presencia masculina. La madre se avergüenza de acercarse a ese lugar, pero el chiquillo tiene libertad de retozar allí alegremente, entre las canoas a medio terminar. Cuando se celebra una gran fiesta, la madre debe ocultarse en el fondo de la casa, detrás de una cortina; el niño, en cambio, puede correr por todas partes y estar junto al padre, adelante, cuando se sirve la sopa y se reparten las nueces de areca. El padre está siempre en el centro de toda cuestión interesante y nunca está demasiado ocupado para jugar. La madre casi nunca tiene tiempo. Debe permanecer en el ahumado interior de la casa. Le está prohibido ir a la isla de las canoas. No es nada extraño, pues, que en la contienda por el cariño del hijo, el padre gane siempre la partida. Es una partida que se realiza con dados cargados de antemano.

Luego, la mujer queda nuevamente embarazada; otro hijo, que durante un año le pertenecerá a ella, está en camino. Abandona toda resistencia y comienza a destetar al chiquillo, que, excesivamente mimado, reclama aún a gritos el pecho materno, si bien ya sabe ingerir otros alimentos. La mujer suele atar manojos de pelo en torno a sus pezones para causar repugnancia al lactante. El destete se produce lentamente, prolongándose durante buena parte del embarazo. El niño está disgustado por esas inhibiciones de la madre y se siente aún más estrechamente ligado al padre. Así, en vísperas del nuevo parto, la posesión del niño ha sido casi por completo transferida al padre. Las pautas sociales establecidas en torno al alumbramiento reafirman tal posesión. Mientras la madre está ocupada con el hijo más pequeño, el mayor permanece siempre con su padre, quien le sirve la comida, lo baña y lo hace jugar todo el día. Tiene pocas responsabilidades entonces y dispone de tiempo para fortalecer su posición ante el hijo. Tal situación se repite con cada alumbramiento. La madre lo recibe, complacida, pues aunque sólo sea por unos meses, el hijo será *suyo*. Transcurrido cierto tiempo el padre se lo volverá a quitar. Éste suele demostrar más interés por el hijo mayor, sobre todo cuando es un varón, pero siempre habrá lugar en su canoa, para dos o tres chiquillos. Cuando los pequeños llegan a los cinco o seis años no son desplazados simplemente de la canoa paterna. Dispondrán de diminutas canoas propias que el buen padre habrá desbastado especialmente para ellos. Ante la primera dificultad o el primer vuelco, se acercarán nadando, hallándose nuevamente dentro del grato círculo del indulgente cariño paternal.

A medida que se acentúa el predominio del padre en las relaciones con los hijos, aumentan los reproches que recibe la madre por sus más

insignificantes demandas. Si desea visitar a su padre enfermo, que se encuentra en otra aldea, su marido no querrá llevarla, pero quedará al cuidado del niño, que tiene dos años. Alguna mujer de la estirpe paterna vendrá a amamantar a la criatura, que contará con las solícitas atenciones del padre. La madre partirá para el incierto viaje con el corazón desgarrado por el conflicto entre su deber filial y su deber maternal. Tal es el caso en las relaciones perfectamente regulares entre marido y mujer. Si ocurre entre ambos una reyerta y ella decide abandonar al esposo, llevará consigo a los hijos más pequeños. Pero aun entonces suele ocurrir que niños de cinco o de seis años hacen la elección por su cuenta y, generalmente, se quedan con el padre.

Otras veces, la mujer irá, junto con el marido y los niños, a visitar a los suyos en la aldea natal. El marido le prohibirá entonces alojarse en la casa paterna. Alegará que uno de los hijos se había enfermado ahí anteriormente; que los espíritus de la casa le son hostiles y que no ha de permitir que ninguno de esos vástagos entre en tal lugar. Por consiguiente, llevará a la familia junto a sus propios parientes, en el extremo opuesto de la aldea. Si los abuelos desearan ver a sus nietos, deberán trasladarse hasta allí. En cuanto a la mujer, si desea visitar a sus padres, puede hacerlo, pero no dejará que lleve a *sus* hijos, es decir, los hijos de él.

El hombre observa igual conducta con los hijos adoptivos que con los propios. Una cuarta parte de los niños de Peri eran adoptivos; la mitad de esos casos, aproximadamente, correspondía a padres fallecidos. De cualquier modo, si la adopción afecta a un niño de corta edad, los padres reales renuncian a toda potestad. Un niño adoptado por el hermano menor de su padre llamará "padre" a aquél y "abuelo" al padre real. Una niña adoptada por su hermana mayor, la llamará "madre", mientras la verdadera madre recibirá el nombre de "abuela". Ocurrió una vez este sorprendente caso: al fallecer el padre adoptivo de un niño, los padres reales recogieron al pequeño, pero se referían a él como al "niño cuyo padre había muerto", fórmula convencional de duelo. Los niños adoptados por miembros de la familia, de mayor edad, llaman a los padres reales por sus nombres. Un niño adoptivo pertenecía al clan del padre postizo. Pero ningún lazo lo une a la madre adoptiva, salvo el hecho de que ésta lo alimentara. Esta denegación que recibe la mujer, en su deseo de participar en la provisión de un hogar para el niño adoptivo, implica un curioso cambio de valores.

Mucho se ha escrito para probar que el de la madre era un derecho natural, puesto que la maternidad es inequívoca. La paternidad, en cam-

bio, puede ser discutida y no constituye una sólida base de sucesión. En apoyo de esta tesis se han citado los ejemplos de algunos indígenas.

Manus ofrece un vívido contraste con ese criterio, que parece tan legítimo a muchos autores. Se comprende allí el significado de la paternidad física. Los nativos creen que un niño es el fruto de la combinación del germen con la sangre menstrual coagulada. Pero la paternidad física no les interesa en última instancia. El niño adoptivo pertenece más a su padre postizo que a su verdadero padre. ¿No se halla acaso bajo la protección de los espíritus del padre adoptivo? Los hombres suelen casarse con mujeres en estado de embarazo que han quedado viudas o que se han separado de sus anteriores esposos, y consideran suyos a los hijos que nacen en tales condiciones. El padre verdadero no reclamará derechos sobre el hijo de su mujer prófuga. Aun cuando toda la aldea conozca al auténtico padre de un niño adoptado, nadie mencionará tal paternidad, a menos que se le obligue a ello; tampoco dirán nada al niño, salvo que éste recuerde la adopción.

La maternidad es cosa muy distinta. Real o adoptivo, el padre tendrá siempre iguales derechos sobre el hijo y recibirá de su parte iguales satisfacciones. La madre, en cambio, carece de derechos sobre el hijo, y sólo tiene con éste el vínculo de sangre. Así nos encontramos con que no se producen disputas acerca de la paternidad, sino que se discute acerca de la maternidad. Una mujer gritará, apretando a un niño fuertemente contra su pecho: *Este niño es mío. Yo lo parí. Creció en mi vientre. Lo amamanté con estos pechos. Es mío, mío, mío.* Y, sin embargo, todos dirán en la aldea que ella miente y señalarán a otra mujer, a la que consideran la madre del niño, pues lo adoptó en su primera infancia. Toda tacha a la maternidad provoca la furiosa y avergonzada reacción que suele ser corriente entre nosotros ante una duda lanzada acerca de la paternidad.

Esa actitud apasionada puede ser debida también a la relación que existe entre la maternidad y la condición de medium. Solamente las mujeres que tienen hijos varones muertos pueden actuar como mediums y sólo actuando como medium puede una mujer ejercer una influencia real en la casa del esposo. Cuando una mujer es el vehículo de la voluntad de los espíritus, puede interpretar inocentemente los extraños silbidos que aquéllos transmiten a través de sus propios labios, de tal modo que las órdenes y los consejos que de ahí dimanen coincidan con su propia conveniencia. Mas el espíritu de un niño no podrá inspirar a su madre adoptiva. Es posible, ciertamente, que esa insistencia sobre la maternidad real de las mediums sea también consecuencia de la actitud

general de los *manus* respecto a los lazos de sangre que unen a la madre con el hijo.

Pero incluso tales lazos pueden ser deshechos. Salikon y Ngasu eran dos de las más alegres y mejor vestidas niñas de la aldea. Salikon tenía ya cerca de catorce años; se hallaba, pues, próxima a la pubertad, y su padre adoptivo había apartado ya las nueces de coco destinadas a celebrar la fiesta consiguiente. Ngasu, de once años, tenía cabello ensortijado, ojos brillantes y ágiles piernas. Nadaba tan bien como los muchachos y había salido triunfadora en muchas competiciones. La madre de las niñas era viuda; una mujer regordeta, bastante bien parecida y muy hábil en toda clase de tareas. Su difunto esposo Panau había sido un hombre rico e influyente miembro de la comunidad. Murió cuando estaba a punto de hacer un importante pago por su mujer, correspondiente a su boda de plata. El deceso repentino de ese hombre, en la flor de la vida, produjo gran consternación y toda la aldea se hallaba temerosa del espíritu de Panau. Su hermano menor, Paleao, heredó la casa del difunto y se hizo cargo de la viuda y de las hijas. Salikon fué prometida en matrimonio y Paleao se encargó de reunir los cerdos y el aceite necesarios para hacer frente a los gastos de desposorio. La viuda se sentía muy unida a sus hijas y era muy respetada por todos. Las niñas estaban más disciplinadas y mejor vestidas que las demás muchachas de la aldea. Sus faldas de hierbas tenían elegantes pliegues. Sus brazos ostentaban siempre hermosos brazaletes de abalorios, que "madre había hecho". La viuda era tan experta en toda clase de labores, que se la solicitaba de todas partes, y así iba de un lado a otro de la aldea, viviendo por algún tiempo en casa de Paleao y alojándose otras veces en casa de alguno de sus hermanos. Las niñas la acompañaban dondequiera que fuera en lugar de permanecer junto a sus padres adoptivos. Era un bello cuadro de mutua devoción entre madre e hijas.

Pero un buen día, ese cuadro encantador quedó hecho añicos. La viuda de Panau era joven todavía. Muchos hombres aspiraban a su mano; lo hacían a ocultas pues sabían que los parientes de la viuda no otorgarían su consentimiento a un matrimonio que habría de provocar la ira del espíritu del difunto esposo y que, además, les privaría de una hábil obrera. Finalmente, la viuda halló un amante de su propia elección y en el mayor secreto huyó con él a otra aldea. Toda la amistad que sus parientes, sanguíneos y políticos, le habían demostrado, se desvaneció en un momento. Furiosos por la deserción, terriblemente asustados ante el espíritu de Panau, rivalizaban entre sí en condenar con gruesas injurias la conducta de la viuda. Y las más ruidosas en manifestar su repudio

fueron las propias hijas de ésta, quienes se negaron a volver a ver a la madre y hablaban de ella con la mayor acritud. Ahora su difunto padre estaría enojado. En otra oportunidad, la madre había planeado ya una fuga y Ngasu estuvo a punto de morir de fiebre. Esta vez morirá alguna de ellas, seguramente. ¡Oh, esa madre tan infame, que sólo pensaba en su propia felicidad, en vez de tener en cuenta la felicidad de sus hijas! Vivieron en casa de un tío paterno y arrojaron de sus corazones la imagen de la madre.

IV

LA VIDA SOCIAL DEL NIÑO Y DEL ADULTO

Los niños *manus* viven en su propio mundo; un mundo basado en premisas distintas del mundo de los adultos y del cual éstos han sido intencionadamente excluídos.

Para el *manus* adulto, el objeto más importante de la vida es el comercio. Comercio con las islas lejanas, con los hombres de tierra firme, con los habitantes de la aldea próxima, con los parientes políticos o con los parientes carnales. En su tejado se acumularán las ollas, sobre sus estantes habrá grandes pilas de vestidos tejidos con hierbas, sus cajas estarán llenas de dientes de perro. El espíritu de uno de sus antepasados vigilará esa riqueza y le castigará si dejara de emplearla en forma juiciosa y conveniente. Cuando habla acerca de su mujer, recordará el monto del pago de esponsales que hubo de realizar; cuando riñe con sus vecinos hará alarde de los numerosos pagos que hizo por ella. Cuando se refiere a su hermana, dirá: *yo le dí sagú y ella me dió tejidos de abalorios*. Cuando habla de su difunto padre, no dejará de destacar la importante suma que pagó por sus exequias. Cuando teme la cólera del espíritu de una casa vecina, trata de calmarlo con la ofrenda de cerdos y de aceite, o bien de hachas y de cofres. Su vida entera, su más íntima relación con la gente, su concepción de las cosas y de los lugares, su apreciación sobre sus espíritus guardianes, todo ello cae bajo el común denominador de *kawas*, "intercambio". No tiene otro concepto para el amigo, pues la amistad se halla igualmente sometida al mismo hechizo; los amigos son personas con quienes uno realiza operaciones comerciales o que le ayudan a uno a realizar esas operaciones. Para elogiar una hermosa escudilla o una falda de hierbas, bien tejida, se dirá que merecen ser destinadas al *kawas*. La preñez, el alumbramiento, la pubertad, los esponsales, el matrimonio, la muerte son concebidos en términos de dientes de perro y de conchas monetarias, de cerdos y de aceite. Los principales acontecimientos de la aldea son los intercambios que se realizan

en tales oportunidades, acompañándolos de pompa, fiestas, oratoria y bromas convencionales. El comercio se ensancha o se reduce a través de las generaciones; así un hermano y una hermana se ayudarán mutuamente en un *quid pro quo,* pero no se concibe que en verdad intercambien valores. Los hijos del hermano y los de la hermana pueden llegar a realizar operaciones comerciales entre sí, en tanto que sostenedores del compromiso matrimonial de sus respectivos hijos. Estos primos de tipo comercial se permiten hacer bromas el uno al otro, referirse impúdicamente a su vida privada, dejar de lado toda convención respecto a sobriedad de lenguaje, suprimir, en fin, toda reticencia en sus mutuas relaciones. De ese modo queda rota, formalmente, la tensión del antagonismo económico. Un hombre que ha recibido de su primo un adelanto de diez mil dientes de perro, suma que sólo cubrirá al cabo de muchos años, se permitirá desafiar a su acreedor, en obscena y provocativa danza. Cuando el hijo del uno y la hija del otro contraigan matrimonio entre sí, quedará cerrada la brecha; en esta nueva operación comercial, marido y mujer son partes opuestas. Como rivales en un negocio, cuidarán de no revelarse mutuamente sus secretos económicos.

La atención de los adultos está siempre concentrada en las cosas del comercio: se harán conjeturas acerca de cuándo volverá de Mok la canoa que fué en busca de nueces de coco; de cuándo cumplirá su compromiso el campesino que recibió el pago adelantado de cierta cantidad de sagú; si se han realizado debidamente todos los preparativos para la celebración postnatal de la semana próxima. Todo el día andan sin parar, consultando a los parientes, apremiando a los deudores por pagos insignificantes, dando órdenes y haciendo pedidos. En cada operación de intercambio participan quince, veinte o más personas, parientes de cada uno de los principales actores, habiendo algunos que tienen socios en la parte contraria. La operación puede referirse solamente a unas trescientas libras de sagú, pero es de gran importancia para la persona que la realiza, pues se cumple para servir un interés individual y no en pro del bienestar del conjunto.[1]

[1] Así como nosotros invertimos capitales en fábricas, almacenes y compañías exportadoras, los financistas *manus* invierten los suyos en matrimonios o, más precisamente, en las transacciones que se efectúan en torno del matrimonio. En el pago inicial de esponsales por un varón, los parientes de éste invierten dientes de perro y conchas monetarias, que entregan a los parientes de la novia, quienes más tarde les retribuirán con determinada cantidad de cerdos y de aceite. En cada nueva operación que ocurre de resultas de un compromiso matrimonial o del propio acto de matrimonio, pueden intervenir nuevos inversores, siempre que hallen interesados en la parte contraria. Algunas veces se ven merodear alrededor del lugar donde se celebra la consiguiente ceremonia,

Durante los días que preceden a una operación importante, la aldea entera se siente poseída por una afiebrada espectativa. Veamos, por ejemplo a Pomasa, que está por realizar una *metcha,* el pago de las bodas de plata que un hombre rico y próspero hace por su mujer, después de quince o veinte años de vida matrimonial. Desde tres años atrás, Pomasa se estaba preparando para tal acontecimiento. Experto pescador de tortugas, ha vendido muchas de ellas a los hombres del continente, a cambio de conchas y de dientes de perro. Tiene amigos comerciales en la costa norte y ha emprendido hacia allá muchas expediciones para la pesca de dugong. Sus hermanos, hermanas y tías le han ayudado a reunir los bienes necesarios. Para ello, han tenido que cubrir sus propias deudas y apremiar insistentemente a sus deudores. Sólo falta un mes para el gran día. Pomasa mata una tortuga y la exhibe por la aldea, tocando al mismo tiempo el tambor, jactanciosa y triunfalmente. Luego la cocina y envía trozos a sus parientes, que le ayudan en la gran operación. Esa noche, en presencia de ellos, contará los dientes de perro y medirá la longitud de las sartas de concha que posee.

Dejará de trabajar por el resto del mes y lo mismo harán todos los miembros de su familia. Resplandecientes de atavíos, viajarán de un lado a otro en demanda de nuevas riquezas. En medio de la canoa hay una gran escudilla de madera; la canoa se detiene ante la plataforma de las casas donde habitan los parientes de Pomasa y de cada una de ellas sale una mujer que arroja su aporte dentro de la escudilla. Todos los contribuyentes serán reembolsados oportunamente, recibiendo como pago cerdos, aceite y sagú. Otro día, Pomasa colgará de su espalda el hueso de la mandíbula de su padre, se atará al hombro una larga talega ornamental e irá a visitar a algún pariente lejano que vive en la tierra firme. O bien toda la familia viajará hasta otra de las aldeas lacustres, volviendo esta vez con un par de canoas nuevas, donadas por ciertos primos.

Entretanto, los parientes de la mujer, a quien Pomasa hará el pago espectacular, estarán ocupados en cocinar. Todos los días envían a casa de Pomasa escudillas llenas de comida con el fin de que éste y su mujer

---

a ciertos presuntos inversores, de escasa importancia económica, los cuales andan en busca de un posible socio. Y del mismo modo como nuestros financieros vacilan en apoyar a un hombre que tiene en su haber una quiebra o en sostener a una empresa que cambia de locación, los *manus* son reacios a conceder crédito a un hombre que ha tenido varios divorcios. Prefieren invertir su capital en matrimonios sólidos y duraderos, los que tienen más prestigio por el hecho de estar respaldados por la sociedad entera. Sus acciones son muy cotizadas, por así decirlo.

no tengan que preocuparse por el pan cotidiano. Pomasa, bien vestido y de modales fastuosos, es el centro del interés general. Cuando el día de la *metcha* esté próximo, invitará a dichos parientes para inspeccionar las riquezas que recibirán luego. Hombres y mujeres, ansiosos, se agolpan en la habitación a la luz de las llameantes antorchas colocadas sobre los hogares, para contemplar el soberbio despliegue. *¡Oh, esta sarta de dientes de perro, es para Nali, la cuñada de Panau!* Ávida y afanosa, la interpelada examina las características del objeto prometido: he aquí cinco dientes, luego uno roto; abalorios azules separan un diente de otro, salvo en el medio donde hay cinco abalorios rojos; en los extremos hay herretes rojos y azules. Si luego, dos semanas más tarde, hubiera un error y Nali no recibiera precisamente la sarta prometida, reclamaría ruidosamente lo suyo. Después de la exhibición, los parientes políticos se retiran a sus respectivos hogares para preparar mejores y más abundantes platos, destinados a Pomasa y a su familia.

Cuando llega el gran día, el héroe de la fiesta aparece literalmente cubierto de adornos. La mujer, de mirada triste, viste igualmente sus atavíos de novia. Dentro de un mes tendrá el décimo hijo. Cinco de sus hijos han muerto. Popich, el último, ha fallecido hace seis semanas. Su largo y cansado pecho cuelga a pesar de los ornamentos que lo sostienen. Profundos surcos cubren su rostro enjuto; camina penosamente, abrumada por el peso de la vestidura ritual. Es ése un día glorioso para Pomasa, su marido, y para Bosai, su hermano, quien recibirá de manos del primero el pago espectacular. Es el día de sus bodas de plata.

La aldea está colmada de gente; de todas partes llegan extranjeros; todas las casas están llenas de huéspedes. Las canoas se apiñan en torno a los islotes. En una cuerda están colgadas las sartas de dientes de perro y ambos familiares danzan, sucesivamente, y hacen largos discursos. Acaba de tener lugar un acontecimiento de gran significación e importancia. Por varios años se hará referencia a esta *metcha*. Recordarán quién hizo y quién dejó de hacer una exhibición digna; cómo se las arregló Pomasa para zafarse del pago extraordinario que suele hacerse secretamente, en lo más profundo de la noche. Cuando Pomasa discute con sus vecinos, quienes no celebraron su *metcha,* se jactará de esa memorable fiesta. Los cerdos y el aceite que recibirá luego, en retribución de sus entregas, le permitirán vivir opíparamente, con su familia, además de saldar sus deudas.

Todos los individuos que poseen bienes se ven obligados a participar activamente, casi a diario, en ese complicado sistema financiero de los dientes de perro. Allí donde un cerdo cambia de dueño seis veces en una mañana, es inevitable la intervención de muchas personas en las

transacciones. Cada *metcha,* cada noviazgo, cada matrimonio, repercuten en numerosas aldeas y afectan los planes particulares de muchas familias.

Los niños viven completamente al margen de ese mundo por una razón muy sencilla: carecen de propiedad. No tienen deudores ni acreedores, dientes de perro ni cerdos. Nada les va ni les viene en las operaciones mercantiles. Es verdad que en ciertos casos se realiza la operación en nombre de alguno de ellos. El padre de Kilipak puede haber pagado doce mil dientes de perro a su primo, el padre de la futura esposa del muchacho. Ella hará que los demás niños, amigos de Kilipak, consideren la cuestión de su probable matrimonio; se burlarán un poco de él y luego, de pronto, cesarán de llamarlo por su nombre para designarlo con el de "nieto de Nate", pues así se llama el abuelo de su prometida. Kilipak se ruboriza y se enfada por las bromas de sus amigos, pero el desposorio en sí le importa poco, aunque algún día sus padres le presentarán la cuenta correspondiente. Por ahora sólo le interesa ir a pescar con los demás muchachos.

Más tarde sentirá Kilipak las consecuencias financieras de la operación que en ese momento no le preocupa. Pero de ahí en adelante debe evitar de pronunciar el nombre de su novia, así como los de los familiares; además, deberá ocultarse, echándose en el fondo de la canoa, cada vez que pase a través de la aldea donde su novia habita. En cuanto a lo demás, el niño sólo aprecia que los padres están preocupados por algún importante negocio que absorbe todo su tiempo y su atención y hace que el padre esté distraído y la madre malhumorada; que no se le sirva la comida tan pronto la reclama; que un día se lleven al hermoso cerdo sobre cuyo lomo acostumbraba a cabalgar y que otro día toda la familia se traslade a cierto lugar. Luego, hay un gran batir de tambores, danzas y discursos. Cada ceremonia es exactamente igual a otra. Para los adultos será de gran importancia, por ejemplo, que en la fiesta *kinekin,* con que se celebra un embarazo, los paquetes de sagú estén apilados de tres en tres, mientras que en la *pinpuaro,* fiesta del alumbramiento, se coloquen separadamente. Tales detalles del ceremonial son, para los adultos, símbolos y señales de un conocimiento profundo, algo así como el conocimiento de los misterios de la Bolsa que el nuevo especulador exhibe vanidosamente. Pero para el niño, como para el profano en las operaciones bursátiles, todo eso equivale a una jerigonza ininteligible.

El concepto que el niño se ha formado de ese despliegue es simple y conciso. Hay dos clases de pagos: los que se hacen en gran escala y los más pequeños, que se devuelven en pequeñas cuotas individuales. Los

primeros consisten en canoas llenas de sagú o de cerdos y de aceite, o bien en centenares de dientes de perro que se cuelgan en alguna parte, sobre el islote; en este último caso habrá danzas. Algunas veces, por razones desconocidas, no se efectúan las danzas. Otras, ocurre que un cerdo cambia de dueño, por cuyo motivo hacen resonar un tambor de modo completamente inoportuno. Los golpes del tambor hacen abandonar el juego a los niños, al creer que acaba de suceder algo importante. Y se trata, simplemente, que ha sido pagada una deuda. Más tarde habrá riñas, insultos y recriminaciones. Si es la madre quien más comprometida está en la operación, tan comprometida que sería inconveniente volver al hogar —en la terminología infantil, se dice cuando madre "tiene trabajo"— el padre será particularmente agresivo con ella sabiendo que no se atreverá a abandonarlo. Pero si el "trabajo" afecta al padre, es probable que la madre se haga intratable y que de pronto se enfade y se vaya a casa de sus parientes. El hecho de que gran parte de ese "trabajo" se haga muy ostensiblemente en nombre del niño, contribuye a que éste sienta una particular repulsa hacia todo eso, que aparece a su juicio como algo incomprensiblemente fastidioso. A las preguntas que se hace a los niños acerca del comercio, ellos responden, furiosos: "¿Qué nos importa todo eso?" "¡No vengáis a fastidiarnos con esas pamplinas!" "¡Ése es asunto vuestro; a nosotros no nos interesa!"

Los padres dejan que sus hijos permanezcan en ese feliz estado de irresponsable desatención. No hacen nada para atraer el interés de sus hijos hacia el juego financiero, haciéndoles partícipes de cierta propiedad. Sólo se les exige que respeten las prohibiciones y los tabúes que emanan de los arreglos económicos, pues el quebrantamiento de tales reglas provocaría el furor de los espíritus y daría lugar a consecuencias indeseables.

En el mundo de los niños, la propiedad, lejos de ser acaparada o almacenada, es prácticamente de uso común, cuando no de pertenencia común. Esa riqueza consiste en pequeñas canoas, en remos, canaletes, pértigas, arcos y flechas, arpones, redes, sartas de abalorios y, ocasionalmente, en nueces de areca y en trozos de tabaco. Una colilla de cigarrillo del más ordinario tabaco de Luisiana pasará por quince manos antes de volver a su dueño, quien echará la última bocanada de humo. Si oímos vocear con insistencia el nombre de un niño por sus compañeros de juego, podemos estar seguros que ese niño tiene un cigarrillo del cual los demás quieren disfrutar. De igual forma, una sarta de abalorios pasará de las manos de un niño a las de otro, a título de libre donación que no requiere ser retribuída. Las disputas acerca de la propiedad, tan comunes entre los adultos, son poco frecuentes entre los niños. Los mu-

chachos de más edad suelen imitar la severidad de sus padres castigando a los más pequeños si tocan algún objeto perteneciente a un adulto; pero esto responde más al deseo de provocar una pelea y a la fuerza del hábito que a un verdadero interés de proteger la propiedad.

Las reyertas infantiles que surgen de otras causas, serán justificadas como discusiones acerca de la propiedad si un adulto inquiere al respecto. Los niños saben que tendrán más simpatía en su favor si afirman "él me quiso quitar la canoa", que si dicen "yo quise jugar a la *cuna del gato* y él se negó". El niño es hábil en traducir las cosas de su propio mundo en términos aceptables para los adultos.

Esta constante actividad de compra y de venta, de pagos y devoluciones, característica del mundo de los adultos, significa un serio obstáculo a todo esfuerzo cooperativo. La propiedad personal de los bienes es un permanente estímulo del interés y de la actividad individualista. En los niños, donde no existe tal interés individual, se observan muchos más casos de cooperación. Los muchachos de catorce y de quince años encabezan y organizan los grupos de niños menores, preparan carreras a pie o en canoa y forman equipos de fútbol empleando como pelota un limón. Son frecuentes las pequeñas disputas y aún los bofetones, pero queda poco resquemor permanente. La dirección de tales grupos es demasiado espontánea, demasiado informe y no existen medios de coerción contra los descontentos. El refractario se marcha a su casa sin ser castigado, el provocador del disturbio se queda. Los muchachos de mayor edad regañan y vituperan a rienda suelta, pero no se atreven a emplear la fuerza. Una verdadera pelea entre niños, incluso entre los más pequeños, significa una reyerta entre sus respectivos padres; de cualquier modo, los padres siempre se pondrán del lado de los hijos. La cólera infantil causada por la frustración de un juego o por la negativa de secundarlo, se extingue con la rapidez con que caen las fichas del dominó, una tras otra. Yesa pide a Bopau su canoa. Bopau la niega. Yesa lo abofetea. Tchokal abofetea a Yesa por haber pegado a Bopau y Kilipak abofetea a Tchokal por haber pegado a Yesa. Siendo Kilipak el más grande del grupo, la riña degenera en un pequeño coro de llantos y de quejas enfurruñadas. Cinco minutos después vuelve a reinar el buen humor, con la sola variante de que alguno de los niños se habrá sentido tan ofendido que se marchó para desahogarse con los suyos. Esas tempestades en un vaso de agua, bastante frecuentes, son la consecuencia del juego conjunto de una cantidad de niños agresivos que carecen de mecanismo de autodominio. Con todo eso, son más risueños y menos pendencieros que sus padres, más dóciles a la dirección, más amables, menos suspicaces y más generosos. La enemistad y el antagonismo per-

sistentes no existen entre ellos. Entre los adultos hay siempre rivalidades, rencores semiextinguidos que de pronto se avivan como una llama, dando lugar a enconadas reyertas. Así los niños constituyen, con sus diferencias de edad y de estatura, un grupo de estructura imprecisa en cuyo seno no pueden manifestarse ni estrechos afectos personales, ni grandes antagonismos.

Aunque los padres tomen violentamente partido por sus hijos, éstos no practican la reciprocidad a tal respecto. Así, es frecuente que mientras los padres hacen resonar la aldea con sus querellas, los hijos continúen jugando plácidamente, a la luz de la luna. Cuando esas querellas alcanzan tal grado de importancia que son susceptibles de hacer intervenir a los espíritus de uno y otro bando, se previene a los niños que deben abstenerse de ir a la casa del enemigo, prohibición que podrán o no obedecer.

Todas las convenciones del mundo infantil, son convenciones de juego. La participación en ellas es enteramente volitiva, sin *arrière pensée*. Entre los adultos se considera reprobable la amistad fortuita, sin objeto, así como la visita a los vecinos. Los jóvenes que aun no han logrado una posición suelen ir a las casas de sus parientes de mayor edad para pedir ayuda o para rendir algún servicio. El hombre puede frecuentar la casa de su hermana, pero las visitas entre hombres de igual posición o entre mujeres que no sean hermanas ni cuñadas son consideradas como exponentes de una conducta frívola y poco respetable. Un hombre que recorra la aldea, yendo de casa en casa, deberá poseer un sólido prestigio para dominar la burla que semejante conducta no dejará de provocar. El único habitante de Peri que solía hacer visitas sin objeto recibió el apodo de Pwisio, palabra *manus* que designa al gato, animal cuyos hábitos de vagancia son conocidos por los nativos. Las reuniones sociales tienen por objeto realizar una transacción, ya sea cumpliéndola de inmediato o preparándola para más tarde; o bien se efectúan para asistir a un náufrago, a un moribundo o rendir el postrer tributo a un muerto. Dejar la propia casa para ir a dormir a otra, donde ocurrió una desgracia, es considerado como la más alta expresión de simpatía. Hombres, mujeres y niños se agolpan en una casa de duelo; los hombres duermen en la parte frontal de la casa, las mujeres en la del fondo, manteniéndose tal situación durante todo un mes. El dormir en casa ajena es una cuestión muy seria que no puede ser admitida con ligereza.

Despreocupados de la amistad, los *manus* son intolerantes con las amistades que cultiven sus mujeres. Una de ellas formulaba el caso del siguiente modo: "Si un hombre ve a su mujer hablando mucho tiempo con otra o yendo a su casa, la vigilará; si se tratara de la hermana o de

la cuñada de su esposa, todo irá bien. Si fuera una mujer extraña, el marido regañará a la suya y hasta llegará a pegarle". Aun hablando con sus parientes femeninos, la mujer debe hacerlo en forma muy circunspecta. Su marido es tabú para esas mujeres, así como los maridos de sus parientes son tabú para ella. Y no se puede referir ninguna cuestión íntima acerca de alguien que es tabú. Una hija no puede hablar acerca de la vida matrimonial a la madre, a quien le está vedado incluso mirar al marido de aquélla. Los tabúes que afectan a los parientes políticos determina no sólo la exclusión de éstos de la vida social, sino que incluso elimina sus nombres de la conversación.

Cuando una mujer habla con su cuñada debe mostrarse particularmente cuidadosa. La cuñada recelará de ella, estará siempre de parte del hermano y no querrá escuchar la menor queja en su contra. Las cuñadas evitan nombrarse mutuamente, y cuando una de ellas se dirige a la otra, lo hace precediendo toda observación con el vocativo *Pinkaiyo* (cuñada). Así como las relaciones del hombre con sus hermanos, las relaciones de la mujer con sus hermanos constituyen una seria amenaza para la estabilidad del matrimonio; de ahí la insistencia cultural en el sentido de que exista una apariencia de amistad entre cuñadas y cuñados, insistencia que no deja de dar sus resultados.

La mujer y la hermana lucharán toda la vida entre sí, disputándose la fidelidad y las dádivas del esposo y del hermano. Esta lucha es mucho más enconada que la que tiene lugar entre cuñados. La obscenidad con que una mujer celosa y ofendida acusará al marido de haber cohabitado con la hermana de él, no tiene paralelo en las relaciones entre cuñados. La esposa es la intrusa, la que perjudica siempre los intereses de la hermana. De ahí que la comunidad procure que esas dos enemigas tradicionales observen públicamente una tregua. Es verdad que en los matrimonios que han tenido una larga duración los cuñados llegan a ser, sino buenos amigos, al menos buenos socios; y las cuñadas se acostumbran a trabajar juntas, mostrando algunas señales de cooperación. Pero la insistencia de la sociedad en la creación de amistades de difícil permanencia, así como de otras que son admirables, traba la libre elección y regimenta las relaciones humanas.

Las relaciones ceremoniosas que un hombre cultiva con sus cuñados, contrastan fuertemente con la actitud burlona que observa en el trato con sus primos carnales.[1] Dondequiera que vaya encontrará casi siempre a alguien que lo interpele como "primo carnal", y que de inmediato hará

[1] Los hijos del hermano de la madre o los de la hermana del padre, es decir, primos en primer grado.

mofa de cualquier alarde de solemnidad. Aunque a veces resulte pesada e inoportuna, esa intimidad convencional constituye una especie de salida, un quebrantamiento de la rigidez que no es permitida en otro género de relaciones. Hasta tal punto que un viudo puede hablar a su prima carnal acerca de sus planes matrimoniales, en los términos más corrientes.

Entre primas carnales no se suelen emplear las bromas que son usuales entre los hombres de igual grado de parentesco, si bien ello está permitido. Y cuando una mujer recibe la confidencia de un primo carnal, no procede a la recíproca. Más habituada a la gazmoñería que el hombre, permanecerá silenciosa.

Los niños, especialmente los varones, proceden tan desdeñosamente ante esas prescripciones ceremoniales del mundo de los adultos, como ante sus transacciones económicas. Los pequeños clasifican a las personas mayores de la familia, indiscriminadamente, en padres, madres y abuelos. Los nombres especiales que designan al hermano de la madre o a la hermana del padre, son apenas tenidos en cuenta; un muchacho de catorce o de quince años no conocerá siquiera el término que corresponde a la tía paterna de su padre, aunque ella y sus descendientes femeninos serían las principales plañideras si el muchacho llegara a morir. El mundo de los adultos se compone, para los niños, del clan del padre, el clan de la madre, de personas vinculadas al padre o a la madre de tal modo que se hallan dentro del círculo de su atención, y de otras personas a quienes el padre o la madre o ellos, los niños, deben evitar. El rasgo más notable que se puede referir acerca de una abuela, es el de que ella huye cuando padre se aproxima y que padre enrojece y se pone furioso cuando mencionan el nombre de la abuela en su presencia. No hay palabra de uso general para designar a un pariente. En cambio, se dice: "yo pertenezco a Kalat" [2]; "él pertenece a Kalat"; o "los dos pertenecemos a Kalat". Los niños menores de ocho años se referirán a las casas pertenecientes a la gente del clan materno, como lugares donde se les trata bien; pero los mayores de esa edad saben explicar este hecho por la pertenencia de la madre a determinado clan. El padre y los presuntos o futuros padres adoptivos, se destacan netamente del conjunto de los parientes como personas que acceden, complacientes, a los caprichos del niño. Así, se decía que Langison tenía "tres padres" porque, siendo ya un niño crecido, fué adoptado por el marido de su tía abuela paterna y por un tío, hermano menor de su padre. Esto significaba, según el decir de los demás muchachos, que aquél "tenía tres lugares

2 Kalat constituye un clan paterno localizado, cuyos miembros han construído sus casas, unas juntas a otras, en determinado punto de la aldea.

donde pedir comida". Las casas de los abuelos son, asimismo, lugares donde uno puede "pedir comida" sin cubrirse de vergüenza y de oprobio y sin avergonzar a sus padres; el precepto que proscribe reclamar alimentos de otras personas es parte de la educación que inculca el respeto a la propiedad.

La tolerancia que en general observan los adultos respecto a las faltas del niño, permiten a éste sacar provecho de las situaciones particulares del parentesco, sin rendirles gran tributo. Si una familia del clan de Motchopal celebra una ceremonia, todos los niños pertenecientes a ese clan podrán pasear en las canoas, engalanarse de dientes de perro, devorar ávidamente trozos del festín; pero su presencia no es obligatoria. Ni aun en las ceremonias fúnebres se reclama la asistencia de los niños menores de quince años. Todo el sistema social de los adultos implica un sometimiento permanente a las demandas del niño. Sólo se exige a éste el respeto a determinados tabúes.

Los estrictos cánones que regulan la amistad entre los adultos no son aplicados a los niños ni se espera que éstos los cumplan. Los grupos infantiles de juego se ramifican a través de la aldea. Si un clan se encuentra un tanto aislado, como es el caso del clan de Kalat, los niños que pertenecen a éste jugarán entre sí con más frecuencia que con los que habitan en otro extremo de la aldea. No emplean los términos referidos al grado de parentesco que los une ni tienen conciencia clara de ello. Los adultos comentarán risueñamente el caso de un chiquillo que resulta ser tío de un robusto muchachote de diez años; o el de una niña que en virtud de una adopción se convirtió en prima de su propia hermana. Pero los niños prestan poca atención a tales situaciones. La primera noción acerca de las relaciones de parentesco, fuera del grupo familiar estricto, la adquieren conjuntamente con el conocimiento de las inhibiciones correspondientes. Pude observar este hecho en el caso de cuatro muchachos, Pomat, Kilipak, Kutan y Yesa, los cuales acostumbraban a jugar juntos desde muy pequeños. Pomat sabía que su madre llamaba "hermana" a la madre de Kilipak, pero él nunca lo trató de "primo". Sabía también que Pomasa, padre de Kutan, llamaba "abuelo" al padre de Pomat, más no por eso él se dirigió a Kutan llamándole "hijo". Sabía que Yesa había sido adoptado por el clan del hermano de su madre, sin embargo, no lo llamaba "primo" a Yesa. Los cuatro muchachos se consideraban mutuamente como individuos. No adquirieron aún el hábito de los adultos de pensar ante todo en el grado de parentesco. Un día llegó a la aldea, para quedarse a vivir allí, el esposo de la hermana de Pomat, llamada Pwondret. Ese joven, de nombre Sijsi, era un pariente tabú para los cuatro muchachos, precisamente porque

se había casado con Pwondret, hermana de Pomat, prima carnal de Kilipak y de Yesa y "madre" de Kutan. El casamiento de Sijsi se había producido de modo repentino, sin un largo período de noviazgo, de modo que los mencionados muchachos lo conocían sólo como visitante ocasional a quien llamaban por su nombre. De pronto, los cuatro debían abstenerse de hacerlo así para darle el tratamiento de "esposo de Pwondret". Este molesto cambio les hizo pensar que estaban emparentados, les obligó a desentrañar penosamente los grados de parentesco que les unía y a emplear los términos que correspondía a los mismos.

Así, los sencillos cánones que rigen al mundo infantil llegan a complicarse merced al contacto con el mundo de los adultos, pero el abismo que los separa no se reduce por ello. Por el contrario, tiende a acentuarse el sentimiento de solidaridad infantil como clase opuesta a la de los adultos. Los cuatro muchachos de nuestro caso se daban cuenta de las molestias que el convencionalismo de los mayores les imponía. Por lo demás, no se realiza ninguna tentativa seria en el sentido de introducir al niño en el extraño mundo de los adultos. No hay allí lugar ni responsabilidades para él, si bien puede utilizarlo para sus propios fines egocéntricos. El niño sentirá la presión de ese mundo adulto cuando se trate de imponerle el cumplimiento de ciertos tabúes absolutamente necesarios para la seguridad social.

V

EL NIÑO Y LO SOBRENATURAL

La religión de los manus representa una combinación particular de espiritualismo y de culto de los antepasados. Los espíritus de los varones difuntos se convierten en los guardianes, protectores, censores y dictadores de la familia a la cual pertenecieron. Los huesos de sus cráneos y de sus dedos se colocan en un cuenco labrado que pende del techo de la habitación y se les consulta en cualquier emergencia que requiere una decisión de parte de los miembros de la familia. El acaecimiento de grandes desgracias llega a desacreditar al principal espíritu guardián de la casa, rebajándolo a la categoría de simple guardián de algún muchacho o jovenzuelo, o bien determinando su completa expulsión de la casa. Un espíritu que no disponga de una casa será una nulidad social, de igual modo que un ser vivo en las mismas condiciones. Vagará entonces, impotente y ligeramente malicioso, en el espacio que rodea a las casas, para degenerar finalmente en una forma inferior de vida acuática. Mientras tanto, otro espíritu se instalará en la casa. El espíritu reinante en el hogar cumple las funciones de guardián particular del jefe de dicho hogar. Acompañará a éste en sus viajes por mar o en sus expediciones al continente, salvo que se demande especialmente su permanencia en la casa. Los espíritus de las mujeres, que no tienen la representación de sus cráneos y son de escasa importancia, permanecen siempre en la casa. Las niñas y las mujeres no disponen de guardianes personales y, por consiguiente, no están espiritualmente equipadas para aventurarse en lugares peligrosos. Los varones, en cambio, disponen desde la edad de cuatro o cinco años de espíritus guardianes que se supone les siguen a todas partes. Tales guardianes pueden ser los espíritus de niños fallecidos o espíritus puros nacidos en el plano espiritual, o bien los espíritus de los adultos, desacreditados y venidos a menos.

En *Manus* no hay cielo ni infierno; sólo se conocen dos planos de existencia. Sobre uno de ellos viven los mortales, cuyos actos y pala-

bras son registrados por los espíritus, siempre que los mismos estuvieran presentes y prestaran atención en el momento oportuno. No se considera que el espíritu sea omnisciente. A semejanza de un individuo mortal, sólo puede ver y oír las cosas que se ponen al alcance de sus sentidos. Un espíritu podrá alegar ignorancia de cuanto sucediera en una casa mientras estuvo ausente. Los espíritus son invisibles; raras veces pueden ser vistos por un mortal, pero suelen manifestar su presencia mediante silbidos que se escuchan en la noche. Menos dependientes del tiempo y del espacio que los mortales, son más poderosos que éstos y tienen el don de trasladar objetos materiales a su propia esfera de invisibilidad. Obran sobre los mortales extrayéndoles partículas del alma. Si toda la substancia que constituye el alma de un individuo ha sido substraída por uno o varios espíritus, ese individuo morirá. Los espíritus pueden también robar u ocultar ciertos objetos, arrojar piedras y manejar, en general, las cosas del mundo visible, del modo más caprichoso y arbitrario. Sin embargo, pocas veces proceden así. A pesar de tener mucho poder, se les concibe como muy humanos. Así, un hombre rogará a su espíritu protector, encareciéndole que conduzca cierto banco de peces hacia una laguna determinada. No pretenderá que el espíritu multiplique los peces existentes. Los principales deberes de un espíritu consisten en procurar a sus protegidos una pesca abundante y en preservar sus vidas y la integridad de sus miembros frente a las maquinaciones de los espíritus hostiles. Como compensación de tales servicios, tiene el derecho de exigir a sus favorecidos la práctica de ciertas virtudes y abstenciones. El individuo debe cuidarse, en primer término, de cometer pecados sexuales que afecten al orden social de *Manus* (el espíritu no objetará la intriga amorosa con una mujer de otra tribu). En tal sentido la prohibición es rigurosa. Deberán evitarse además palabras frívolas, contactos furtivos, malos pensamientos, bromas inadecuadas y la violación de los preceptos relativos al parentesco, bajo pena de provocar la justa cólera del espíritu, cólera que podrá caer sobre el propio pecador o sobre alguno de sus familiares: ya precipitará la muerte de un anciano que arrastraba una lenta agonía o bien enviará un cólico a un niño recién nacido. Los espíritus aborrecen, además, toda forma de relajamiento económico: morosidad o falta de pago en las deudas, manejo descuidado de los bienes de la familia, injusta distribución de fondos en lo que atañe a las necesidades de los diversos familiares; este último caso ocurre cuando un hombre invierte toda la riqueza de que dispone en un pago espectacular por su mujer, olvidándose de reservar lo necesario para pagar los esponsales de sus hermanos menores. Las riñas caseras y las disputas entre parientes políticos atraen igualmente la ira

de los espíritus. Estos se sienten molestos en una casa mal ordenada y se negarán incluso a presidir un hogar donde los pisos son inseguros, donde los pilares están semicombados y donde la lluvia penetra por las grietas del techo.

Además de cumplir sus deberes hacia sus pupilos respetuosos y de desempeñar la función de rígidos guardianes del orden moral, los espíritus intervienen en diversas actividades, las cuales pueden considerarse como otras tantas manifestaciones de su anterior naturaleza terrena trasladadas al plano espiritual: se casan o aspiran a casarse, engendran hijos, riñen entre sí, eluden sus obligaciones, reaniman maliciosamente viejos rencores entre los vivos o transfieren sus animosidades contra otros espíritus, a los mortales vinculados a los mismos. Así, un espíritu castigará a sus pupilos si éstos no tratan con la debida consideración a los parientes de su esposa-espíritu, o bien hará enfermar al hermano viviente de otro espíritu que habrá seducido a tal mujer-espíritu. Recién trasladado al plano espiritual, causará estragos entre los vivos para vengar su propio deceso. Si se trata del espíritu de un joven procurará matar a otros jóvenes, por haberle sobrevivido; si su muerte fué causada por un adulterio, se constituirá en ejecutor de todos los adúlteros. Si hubiera muerto antes de la celebración de una gran fiesta, afligirá con su despecho a los vivientes que se dispongan a realizar una fiesta de igual género. O bien hará objeto de su perversa malicia a cuantos contribuyan o asistan al matrimonio de su viuda.

La voluntad de los espíritus es trasmitida en sesiones especiales, donde actúan como mediums mujeres cuyos hijos varones, o algunos de ellos, hubiesen fallecido. El espíritu del niño actúa como mensajero. Habla por boca de su madre, en un susurro sibilante que ella traduce a los presentes que la interrogan. Por orden de la madre, el espíritu-mensajero irá a consultar a otros espíritus considerados responsables de la enfermedad, la desgracia o la muerte de alguien; o recogerá las partículas de alma que fueron hurtadas a un ser viviente para devolverlas a éste, haciéndole así recuperar la salud.

Los hombres disponen de una forma de comunicación menos satisfactoria, que consiste en una especie de adivinación. El interesado se coloca debajo de un hueso que cuelga del techo y hace la pregunta pertinente. Si luego siente picazón en un lado de la espalda, significará que el espíritu ha contestado en sentido afirmativo; si la picazón se produce del otro lado, la respuesta será negativa. De este modo determina de antemano la dirección que señalarán las respuestas de la medium.

La aldea *manus* aparece así como lugar de morada conjunta de los mortales y de los espíritus. Tenemos allí, en la casa de Paleao, al espí-

ritu recién trasladado de Panau, hermano adoptivo de aquél, rencoroso aún por haber tenido que abandonar el mundo de los vivos, en medio de la preparación de una fiesta. Este espíritu adoptó la mala costumbre de golpear a la gente con una pequeña hacha. La víctima de sus golpes comienza a escupir sangre y generalmente no se recupera. En la casita contigua vive la suegra de Paleao, bajo el único patrocinio del espíritu de Popoli, tocayo del hijo menor de Paleao. Celoso por el advenimiento del espíritu de Panau, el espíritu de Popoli afligía sistemáticamente a la familia, haciendo enfermar ya al cerdo de Paleao, ya a la mujer, ya a Paleao mismo, hasta que éste construyó una casa aparte de su suegra, donde el espíritu de su hijo podía reinar en plena soberanía. Justamente en frente a la casa de Paleao, vive un hombre cuyo espíritu guardián está desposado con dos mujeres-espíritus, las cuales riñen constantemente entre sí, haciendo recaer sus rencillas sobre el pequeño hijo de dicho vecino.

Así marchan las cosas. Los prejuicios, las preocupaciones y las combinaciones matrimoniales de los espíritus son tan conocidos como los de sus pupilos vivientes. Algunos espíritus tutelares corresponden a fallecimientos de reciente data; los rostros de los difuntos están frescos todavía en la memoria de todos. Pero este mundo de los espíritus es un mundo donde sólo cuentan los valores elaborados por los adultos, donde las principales preocupaciones son el trabajo, la riqueza y el sexo, cosas que no interesan a los niños. Por otra parte, los niños no aprecian que los espíritus tengan para con ellos la bondad y la ternura que solían recibir de sus padres o tíos cuando estaban aún entre los vivos. No requieren el género de protección que hace falta a los adultos. No viajan fuera de los límites de la aldea, no practican la pesca que tiene menester la supervisión de los espíritus, carecen de obligaciones económicas. Así, los espíritus de los muertos aparecen ante ellos bajo un aspecto rudo y hostil. Panau fué un padre amante, pero después de muerto hizo enfermar a su hija Ngasu, a causa de que la madre de la muchacha quería contraer nuevo matrimonio. Popitch había sido un muchacho de once años, alegre camarada, ruidoso y atolondrado, dispuesto siempre a las travesuras, impávido ante cualquier autoridad. Una vez muerto, quedó elevado repentinamente a la categoría de principal espíritu tutelar de la casa de su padre, e hizo enfermar a su hermano Kutan, de catorce años, a raíz de una disputa entre los espíritus acerca del futuro destino del espíritu de Kutan. Los niños olvidaron su pena por la muerte de Popitch, el camarada, en razón del temor y del resentimiento que les inspiraba Popitch, el espíritu hostil. Padre o camarada, el espíritu deja de ser el amigo para los niños.

Por otra parte, si bien los padres están siempre dispuestos a realizar cualquier esfuerzo o a afrontar cualquier molestia con tal de satisfacer los caprichos de sus hijos, no harán nada que sea susceptible de provocar el enojo de los espíritus ni de exponer a sus niños a la malicia vengativa de aquéllos. Un padre llevará a su hijo consigo cuando vaya a pescar, aunque esto signifique dilaciones y molestias adicionales, incluso posible disminución de la pesca. Pero se cuidará de sacar al niño del abrigo de la aldea si una enfermedad o una muerte reciente han llenado el ambiente de temor. Los ruegos y las imprecaciones del niño se estrellan igualmente frente a la firme determinación del padre, tan complaciente de ordinario. Invocando el temor a los espíritus se impone obediencia a los niños. Tal conminación es generalmente sincera. Los adultos tienen verdadera satisfacción en complacer al niño, siempre que les sea posible; pero algunas veces no dejan de invocar a los espíritus a manera de coartada que encubre su deseo de no llevar a los niños consigo, evitando de manifestarlo claramente. Los jóvenes descreídos emplean con frecuencia semejante coartada. El enjambre infantil es conminado a permanecer en casa, porque "allá lejos el aire está lleno de espíritus". Los muchachos de diez años practican el mismo juego con los de cinco, y de ese modo una absoluta falta de fe y una mendacidad consciente ocupan el lugar que en la mente de adultos corresponde a la solicitud y a la preocupación auténticas. Para los niños, los espíritus representan un elemento perturbador y hostil que pertenece al mundo de los adultos.

Acerca del hecho mismo de la existencia de los espíritus tienen tan pocas dudas como los adultos. No los conocen tan bien como éstos, ya que muchos de los nombres que evocan a ciertas personas en la memoria de los adultos, son para los niños sonidos vacíos. Y aquellas a quienes recuerdan, parecen haber cambiado por completo de naturaleza. El relato de un adulterio entre espíritus, revelado en una de las sesiones nocturnas, es una historia larga y tediosa; los niños van a dormir y no la escuchan. Los asuntos que ocurren en el plano espiritual carecen para ellos de vivacidad y no atraen su atención. Por lo demás, las sesiones se refieren casi siempre a las transacciones económicas del mundo adulto, actos que los niños no comprenden y en los cuales no encuentran interés alguno. Las sesiones que se refieren a un caso corriente de adulterio o al ataque que habría sufrido un mortal de parte de un espíritu, son objeto de comentarios circunstanciales entre los niños. Ellos saben que Kutan está enfermo debido a que Popitch riñó con otro espíritu, y que Pikawas no lleva ya el manto de esponsales a causa de que el espíritu de la tía de la muchacha objetó el compromiso matrimonial. Kisapwi,

niña de catorce años, sabe que el espíritu de su padre hizo enfermar a su tío, porque éste se había empeñado en llevársela consigo, en lugar de dejarla junto a la madre. Sabe también que la madre se había opuesto a ello, temiendo un daño para la hija. Pero lo más común es que los niños desconozcan el sentido de una sesión en la cual se trata incluso de sus propias enfermedades.

Los varones de cinco a catorce años, que disponen de espíritus guardianes de orden particular, podrían hallar en ellos otros tantos compañeros imaginarios, capaces de ofrecerles poder y compensación. Sin embargo, hacen muy poco uso de tal posibilidad. No ven a sus guardianes ni hablan con ellos, a pesar de que han oído a sus padres dirigir largas y monótonas exhortaciones a sus respectivos espíritus protectores. Tampoco piden que los espíritus hagan tales o cuales cosas por ellos. Tal como lo explicaba cierta vez un muchacho, "el espíritu sólo te oye si está justamente a tu lado; pero como es difícil que esté ahí, está de más que pierdas el tiempo hablándole". Llegan hasta ignorar los nombres de sus espíritus protectores. Jamás se refieren al hecho de que ellos, los varones, dispongan de espíritus, en tanto que las niñas no los tienen, ni se jactan de ello como prueba de superioridad masculina tal como hacen los hombres. Por el contrario, tienden a rechazar, a reducir, a menospreciar y a ignorar el factor más importante que condiciona el mundo de los adultos.

Junto a ese sistema religioso formal hay ligeras manifestaciones de magia y circulan leyendas acerca de demonios terrestres y acuáticos. Los niños saben muy poco al respecto. La magia se relaciona igualmente con la acumulación de riqueza, con el éxito amoroso, con la eliminación de un rival económico o con la prosecución de una lucha entre primos carnales. El poder de bendición o de maldición que poseen las hermanas del padre y sus descendientes femeninos, no es conocido por los niños menores de quince años. No se les enseña ningún sortilegio y si alguna vez se pronuncia una fórmula de encantamiento, ya sea ante un enfermo, un recién nacido o una novia, se les hace retirar o bien se les obliga a permanecer silenciosos. Los niños contemplan con fastidio esas escenas ocasionales de magia.

Algo muy semejante ocurre con las leyendas sobre demonios terrestres y acuáticos. La leyendas manus son relatos toscos, truncos e insípidos, acerca de encuentros entre humanos y *tchinals*, entes sobrenaturales de tierra firme a los cuales los manus consideran como demonios hostiles y perversos. Existen también algunos mitos relativos a fenómenos de la naturaleza. Pero las historias que a tales mitos se refieren no tienen vinculación alguna con la vida del pueblo manus; no explican sus cere-

monias religiosas ni acreditan determinada posición social. Ni siquiera sirven para llenar el tiempo desocupado. Los adultos las refieren de manera torpe y descolorida. Nadie pensará en contar tales historias a los niños. Sin embargo, algunas veces los adultos describen a esos demonios ante ellos con el propósito de intimidarles, evitando que vayan a la tierra firme. Los pintan con uñas tan largas como los dedos de un hombre y con cabello desgreñado que les cae tupidamente sobre los ojos. Esos demonios están siempre dispuestos a raptar a los niños o a arrancarles los ojos. Pero también en este caso, los pequeños *manus* muestran escasa credulidad. Es tan evidente que los adultos no toman en serio tales historias y que las emplean de igual modo que nuestras niñeras apelan al "hombre de la bolsa" para obligar a los chiquillos refractarios a ir a la cama, que los tales demonios, lejos de atemorizar a los niños, provocan en ellos un desprecio socarrón. Llegan a representarlos en sus juegos, llamando "demonio" a quien vista o gesticule de modo estrafalario; o bien tratan de describir, con pobres recursos imaginativos, a un hombre "demonio". En estas descripciones no dan a los "demonios" nombres especiales, ni inventan para ellos rasgos característicos, ni los estilizan en ningún sentido. La facultad de imaginación que nuestros niños desarrollan en torno a tales ideas, no entra en juego en una sociedad que provee a los suyos de un conjunto acabado de espíritus, fantasmas, demonios y dragones, empleando a esos temibles y maravillosos seres como otros tantos instrumentos de intimidación, como justificativos de una conducta aparentemente irracional. Así como nuestros niños reaccionan frente a un mundo crudamente realista, buscando la compensación imaginativa de los duendes y los ogros que figuran en los cuentos de hadas, los niños *manus* obran igualmente por reacción ante su medio, rechazando lo sobrenatural en favor de lo natural.

Esos demonios de largas uñas no armonizan gran cosa con la mentalidad infantil. Tales demonios representan una invención de los adultos y el niño *manus* no tiene tradicionalmente interés en el mundo adulto. Así, las leyendas no desempeñan papel alguno en la vida infantil y los personajes que en ellas aparecen son tratados por los niños con despreciativa tolerancia.

Es igualmente interesante señalar las relaciones que median entre las condiciones de desarrollo de la primera infancia, la situación familiar y el sistema religioso. La actitud de los *manus* frente a los espíritus es una combinación de la conducta que observa el niño ante el padre y la que mantiene el padre para con sus hijos. Para el niño de corta edad, el padre es un ser protector y benévolo, que existe principalmente para satisfacer los deseos del hijo. La intensidad de tal sentimiento se va ate-

nuando a medida que el niño crece y encuentra en la compañía de otros niños la satisfacción de algunas de sus necesidades sociales. Pero, detrás de los choques y los rozamientos que el niño reciba en el contacto con sus semejantes, estará siempre su padre, deseoso de servirle, dispuesto a fabricarle juguetes, a llevarle consigo como compañero y amigo, a reñir con la madre por causa del vástago. El padre es quien hará el primer pago por la futura mujer de su hijo, quien se preocupará del porvenir de los primeros hijos del nuevo matrimonio, aun antes de que éstos hayan venido al mundo. Pocas veces, sin embargo, alcanza el padre a vivir lo suficiente para cumplir todas sus obligaciones, completar el pago por la mujer de su hijo, y ver a su nuera tranquilamente alojada en el fondo de la casa. El tabú que prohibe a un hombre ver a su hija política constituye una de las más dolorosas privaciones, privación que sufre el hijo en cuanto concierne a su padre.

He ahí una de las pocas situaciones que ofrece a los *manus* la tentación de una aventura romántica: la de contemplar el rostro de la mujer del hijo amado. "¿He de morir, pues —se pregunta un anciano— sin ver a la mujer que he comprado para mi hijo?". Al llegar a edad provecta, cuando el hombre se encamina tambaleando hacia la muerte y ninguna intención pecaminosa puede traslucirse en su mirada, se le permite celebrar una gran fiesta en honor de su hija política. Esta pública manifestación de homenaje significa la definitiva abrogación del tabú, y a partir de entonces el padre, el hijo y la nuera vivirán juntos, como una sola familia.

Esto ocurre, en realidad, muy raras veces: sólo había dos hombres en Peri que alcanzaron a vivir lo bastante para ver a las mujeres de sus hijos. Ambos habían eliminado el consiguiente tabú. Lo más corriente es que el padre muera cuando su hijo no ha cumplido aún los veinte años o cuando apenas ha pasado esa edad; algunas veces el deceso ocurre mientras el hijo se halla trabajando en lugar lejano. La vida en *Manus* es ruda y agotadora, y los hombres mueren muy jóvenes.

La obligación de pagar por la mujer del hijo es transferida, a la muerte del padre, al hermano menor o al primo de éste, los cuales suelen estar en deuda con el difunto por el pago de sus propias mujeres. Esto da lugar a que un individuo capitalice la ignorancia y la pobreza de un marido joven, después de haberse librado poco tiempo antes de la servidumbre familiar. Durante muchos años, el aludido pariente ha trabajado para el hombre que acaba de fallecer y que ha financiado su matrimonio. Ahora, financiará a su vez el matrimonio del hijo del difunto y este hijo tendrá que trabajar para él. Las complicaciones de este sistema pueden observarse en el caso de la familia de Potik.

Potik adoptó a Panau, que era para él como un hijo. Más tarde, Potik contrajo enlace con Komatal, quien a su vez había adoptado a Paleao, hijo de su primo. Paleao se acostumbró a llamar padre a Potik. Luego Komatal dió a luz a dos niños, Tunu y Luwil. Potik murió, después de haber visto casar a Panau. Éste pagó por la mujer de Paleao y comenzó a realizar pagos por las mujeres de Tunu y de Luwil. Adoptó además, como hijo, a Kutan. En tanto vivió Panau, Paleao trabajaba para él y le rendía obediencia, de igual modo como lo hacían Tunu y Luwil. Panau murió precisamente cuando Kutan había ido afuera, a trabajar. Paleao continuó financiando a Tunu y a Luwil, y tomó también a su cargo el pago por el matrimonio de Kutan. Paleao había terminado ya de pagar por su propio matrimonio; no tenía protectores financieros y era un ciudadano independiente. Iniciaba el pago por la futura esposa de su hijo Popoli, aunque probablemente no viviría lo suficiente para completarlo. En ese caso, el matrimonio de Popoli será financiado por Tunu o quizá por Luwil, que es el más inteligente de los dos; ambos seguirán, además, ayudando a Kutan. A través de esa dilatada cadena familiar, sólo uno de los jóvenes, Panau, llegó a casarse antes del fallecimiento de su padre. Y se trataba de un padre por adopción, que había asumido la condición de tal a edad avanzada. En todos los demás casos, el bondadoso e indulgente padre fué reemplazado por un hermano mayor o por un tío, hacia quien el joven pseudo hijo no podía sentir particular afección y de quien tampoco podía esperar una solicitud paternal.

Dentro de la organización de la familia *manus,* no hay lugar para el estrechamiento de las relaciones fraternales. Los niños de mayor edad no cuidan a sus hermanitos. No se permite que los más pequeños acompañen a los mayores porque, como suelen decir las madres "si los chiquillos se pusieran a llorar, deseando volver a casa, los mayores se verían obligados a interrumpir el juego". Toda intrusión en las diversiones de los niños debe ser evitada a cualquier costo. La constelación familiar *manus* no está constituída, como en Samoa, por una serie de niños, cada uno de los cuales depende del mayor inmediato y protege al que le sigue en edad, sino por un grupo donde cada uno de los hijos centra su interés en el padre o, en segundo término, en la madre. Los primeros siete u ocho años de agradable dependencia, ante el abnegado padre, determinan la pauta de la actitud de los hijos. La influencia de los compañeros de juego podrá interferir con el apego filial, pero no podrá modificarlo fundamentalmente. La muerte del padre deja al hijo desolado, quizás para siempre. Los niños adoptados antes de haber llegado a los cinco años, toman por auténticos a sus padres adoptivos.

Las niñas son adoptadas más fácilmente, a cualquier edad porque su participación en la vida del hogar tiene mayor continuidad. Los más solitarios de la aldea eran los muchachos que habían perdido a su padre.

Banyalo era uno de ellos. Su padre murió cuando él tenía siete años. Pasó entonces al cuidado de una tía paterna, una anciana viuda que vivía sola. Ningún hombre ocupó el lugar de su padre. La madre fué a vivir con un hermano y posteriormente se volvió a casar. Cuando llegó a la aldea un funcionario en busca de escolares, Banyalo le fué entregado de inmediato. Huérfano de padre, nadie se oponía a su partida. Cuando volvió a la aldea, después de una permanencia de seis años en Rabaul, era un extraño. Apenas reconocía a su madre. El hermano de éste le dió formalmente la bienvenida. Podía, naturalmente, dormir en la casa del tío, pero no se consideraba, en realidad, como parte integrante de la familia. Después de vagar de un lado a otro terminó por instalarse en casa de Paleso, esposo de la hermana menor de su madre, el cual tomó a su cargo el pago por la mujer de Banyalo. A la tensión y el embarazo que implican las relaciones entre hermanos políticos, se agregó en este caso el efecto de la envidiosa dependencia que sentía el muchacho solitario frente a aquel que le había comprado una mujer. Banyalo llegó a hacerse amigo íntimo de otro muchacho más joven, y de ese modo sintió atenuarse un tanto la soledad.

Más aislado aún estaba el pequeño Bopau, hijo del difunto Sori. Sori había sido un hombre honesto, pacífico y amable, a quien todos respetaban. Se decía que jamás hacía demanda alguna, a menos que se le instara a ello repetidamente, y que solía permanecer silencioso y avergonzado ante personas más jóvenes y más pobres que él. La madre de Bopau murió cuando éste vino al mundo y Sori dedicó a su hijo un cuidado tierno e incansable. El niño adquirió la idiosincrasia del padre, del mismo modo que un guante perfecto se adapta a la mano que lo calza; llegó a ser un muchacho tranquilo, pacífico, de palabra suave. Sori volvió a contraer enlace, pero su hijo no se sintió a gusto con la nueva madre, que trajo al hogar a otro niño, rústico y sordo, que no agradaba a Bopau. Sori falleció poco después, cuando tenía apenas unos treinta y cinco años. Antes de morir, su mujer había disputado con él. Ella fué a vivir con su familia sin manifestar ningún interés por el hijo del esposo recién fallecido, niño de siete años. Correspondió a Pokenau, hermano menor de Sori, hacerse cargo del huérfano. Pokenau adoptó al espíritu de Sori como su guardián personal y se sentía muy orgulloso de las hazañas que ese espíritu llevara a cabo. Acreditó en su favor el éxito que toda la aldea tuvo en la pesca durante un mes entero. Pero no amaba al hijo de Sori. Su propio hijo Matawel, tres años menor que

Bopau, estaba muy cerca de su corazón. La mujer de Pokenau estaba ocupada con dos hijos pequeños y no tenía tiempo para atender a Bopau, que vivía con ellos, como un niño dócil, paciente y solitario. Su padre postizo era tan agresivo y vociferador, que los funcionarios del gobierno le habían bautizado con el mote de "Boca Grande". Matawei imitaba todos los gestos de su padre. Pero Bopau permaneció fiel a la personalidad del suyo. Jamás peleaba con sus compañeros. Si surgían dificultades en el juego, abandonaba simplemente el campo y se iba a sentar en algún lugar solitario. Cuando llegaba la noche, solía acostarse sobre el piso y dormía allí, encogido. No había nadie que lo cuidara ni que se ocupara de su suerte.

Durante el breve período de un mes el muchacho volvió a disfrutar de ese tibio afecto que lo había rodeado en su primera infancia. Tenía ya nueve años cuando lo adoptó Pataliyan, un extranjero solitario, natural de una aldea lejana, que siendo niño había sido capturado en la guerra por el padre de Sori. Pataliyan era viudo, no tenía verdaderos parientes, se sentía solo y sin embargo no quería volver a su pueblo, en la isla de Nauna, y había olvidado incluso su lengua natal. Una sincera amistad lo unió al pequeño huérfano, a quien terminó por llevar consigo a su casa de hombre solitario. Bopau llegó a sentirse más orgulloso, a tener más confianza en sí mismo, a llevar la cabeza más erguida. Pero su felicidad duró poco. Pataliyan huyó, de pronto, con una viuda, causando sensación en la aldea. Dicha viuda había sido la esposa de un primo de Sori. En las sesiones y en los sueños que siguieron a ese acontecimiento, Sori tomó violentamente partido en favor de su primo. Pataliyan estaba con su novia en otra aldea. No había confiado su secreto a Bopau. Pokenau y todos sus parientes explicaron al muchacho cuán encolerizado estaba su padre a causa de la conducta de Pataliyan y que todos ellos estarían en peligro de muerte si osaran hablar a Pataliyan. Bopau, herido por la deserción de su amigo, acostumbrado a obedecer la voluntad del padre, repudió a Pataliyan con igual energía que los demás. Cuando la canoa de Pataliyan cruzaba la aldea, Bopau volvía la cabeza.

Kapeli era el tercero de los muchachos cuyo padre había fallecido, y que no tuvo otro en su lugar. Era un jovenzuelo de quince años, muy leal, de cuerpo rechoncho, siempre dispuesto a la aventura o a la pelea. Vivía con su madre, llamada Ndrantche, una vieja mujerona, viuda, que habitaba en una cabaña. El jefe del clan al que pertenecían, Tuain, medio hermano de Ndrantche, había reñido con ella y con los demás hermanos a causa de cierto proyectado matrimonio. Un hombre que tuvo relaciones con Ndrantche quince años atrás y que huyera de la aldea por

no casarse con ella, quería ahora contraer enlace con una de sus hijas. La anciana se oponía violentamente a tal idea, teniendo de su parte a los miembros más jóvenes de la familia. Kapeli, siempre leal, tomó partido por su madre. No tenía nada de común ni con Tuain, el mayor de los varones de la familia, ni con Ngamasue, el más joven, individuo débil y de ojos estrábicos. En la agresiva lengua de su madre reconocía algo del espíritu indomable del padre, quien había logrado mantener en paz a dos mujeres simultáneamente.

Kapeli era demasiado grande para cambiar el objeto de su afecto, tomando como destinatario del mismo a uno de sus hermanos mayores, y éstos, a su vez, respondían a la falta de sumisión con igual ausencia de responsabilidad. Kapeli no tenía, pues, quien comprara una mujer para él. Tuain y Ngamasue pagaban sus respectivas deudas y no se preocupaban por el muchacho. Era el único, entre los muchachos que trabajaban para nosotros, que no abandonaba el lugar. Todos los demás, cuando llegaban a sentirse aburridos o molestos, huían por algunos días, siguiendo una costumbre ya establecida. Pero Kapeli, como él mismo decía "no tenía un padre que lo esperara, de modo que le daba lo mismo quedarse".

Eran esos tres los muchachos más solitarios de la aldea, los más apartados de la normalidad social. Sus padres murieron demasiado tarde para que ellos pudieran ser absorbidos por otros hogares. Este hecho constituye de por sí un buen indicio acerca del grado en que queda determinada la personalidad del niño a los cinco o seis años de edad. Ninguno de aquellos muchachos había aprendido aún a depender de los espíritus, si bien el pequeño Bopau sostenía firmemente, ante el desprecio de Pokenau, que Sori era su guardián personal. Los espíritus no comienzan a desempeñar un papel en la vida de los jóvenes sino después del matrimonio, cuando éstos tienen obligaciones económicas a cumplir y cuando la pesca adquiere para ellos singular importancia. Es igualmente entonces cuando la mayor parte siente más profundamente la muerte de los padres, ocurrida mientras ellos se sentían absorbidos por las preocupaciones de la adolescencia o mientras se encontraban trabajando lejos de la aldea natal. La realidad más cruda que un joven tuvo que encarar jamás, aparece después que ha formado su hogar, y, es cuando siente, precisamente, la falta de la ayuda que el padre solía prestarle mientras vivió. Entonces se vuelve hacia los espíritus: unas veces se ampara en el espíritu del padre, o bien acude a los de otros difuntos de la familia que adoptan la misma vigilante ternura que su padre observaba hacia él, cuando era pequeño. Vivirá en adelante bajo el cuidado de esos espíritus paternales y omnipresentes que harán por

él cuanto esté a su alcance, que le regañarán si deja de cumplir con sus deberes y que le perdonarán si demuestra haberse enmendado. Continuará desempeñando, con respecto a ellos, el juego caprichoso y poco filial que hacía ante su padre, amenazándolos con retirar o transferir su fidelidad, tratando de intimidarles bajo la amenaza de la soledad a que estarían condenados si él los expulsara del hogar.

Así como en la infancia el niño se halla unido al padre y depende del afecto y de los cuidados de éste, de acuerdo con un sistema de obligaciones unilaterales que siempre acentúa el derecho del niño a recibir su amor, sin referirse al derecho del padre a obtener devoción filial, así también procede el adulto para con sus espíritus. Los *manus* no aman a sus espíritus guardianes, los cuales, después de todo, sólo cumplen con su deber de espíritus. Los más avisados de los nativos, que contemplan con toda calma la posibilidad de la introducción del cristianismo en sus aldeas, saben que esto significará arrojar al mar todos los cráneos de los antepasados y expulsar a los espíritus para siempre. Pero piensan acerca de ello con la perversa alegría con que los niños malos observan la caída de sus padres; sienten quizás un ligero pesar, pero también un gran alivio. Niños mal criados en su primera infancia se comportan como tales más tarde con respecto a sus espíritus, de quienes reciben toda clase de servicios como algo que legítimamente les corresponde, resentidos ante la disciplina, y dispuestos siempre a abandonar al espíritu que no fué bastante poderoso para protegerlos.

VI

EL MUNDO DE LOS NIÑOS

Las cuestiones que más preocupan al mundo de los adultos son, pues, ignoradas por los niños. Éstos no reciben ni siquiera bienes. No conocen nada semejante a esas colecciones abigarradas de conchas, piedras, pepitas, espinas, etc., que colman los secretos escondrijos de nuestros niños y que han llevado a la elaboración de teorías acerca de una "etapa coleccionadora" en la infancia. Ningún niño menor de trece o de catorce años tiene objetos de su propiedad, excepto la canoa y el arco y las flechas que le suministraron los adultos. Suelen tomarse el trabajo de fabricar trompos con carozos, para arrojarlos después de haber jugado durante una hora. Los palos que usan como pértigas, las lanzas y los dardos de juguetes, son objeto de interés por algunas horas y abandonados luego en cualquier lugar. Los brazales y las tobilleras con abalorios son hechos por los padres, quienes los ponen o los quitan al niño, según su propio capricho. El niño no se quejará por ello, en ningún caso. Ni siquiera trataron de guardar los nuevos y extraños objetos que trajimos a la aldea. Los niños pugnaban por arrebatarse trozos de cinta coloreada, lentejuelas, las delgadas envolturas de películas o rollos de películas usadas, pero jamás los guardaban. Después que hube arrojado un centenar de carreteles de películas, me di cuenta que una de las cámaras fotográficas había quedado sin su carretel de repuesto, a causa de un desperfecto. Pedí a los niños que me devolvieran uno de los numerosos carreteles que recogieran algunas semanas antes. Al cabo de una hora, sólo un muchacho de unos catorce años logró hallar un carretel, que había quedado en el cajón de labor de su madre; todos los demás habían desaparecido.

Esta disipación de la propiedad, tan ávidamente obtenida como rápidamente abandonada, no responde a un afán destructivo. Los niños pierden las cosas con más frecuencia con que las rompen. Incluso demuestran un cuidado impresionante con el juguete, en tanto el mismo

les interesa: cuidado por la propiedad que excede con mucho al de nuestros niños. Nunca olvidaré el espectáculo del pequeño Nauna, de ocho años de edad, absorbido en la tarea de componer un globo agujereado que yo le diera. Juntaba los bordes de la cavidad, formando un pequeño bolsón y los ataba laboriosamente utilizando una mata de hierba semejante a la paja rafia. Luego, inflaba nuevamente el globo, que reventaba en otro punto y el niño tornaba a la tarea de remendarlo. Durante tres horas estuvo concentrado en esa gustosa labor, sin perder jamás la paciencia, atando cuidadosamente los bordes de un material endeble y podrido con el fuerte cordel de hierba. Esto representa una demostración típica del cuidado de los niños por las cosas materiales, actitud que se les inculca desde muy pequeños. Pero sus padres no se tomaron la molestia de enseñarles a coleccionar objetos ni a guardar las pocas cosas que poseían.

De acuerdo con lo expuesto, los niños no encuentran en la organización social de los adultos ningún modelo a imitar. No se les enseñó a conocer el complejo sistema del parentesco, con sus múltiples funciones y obligaciones, sistema demasiado intrincado para que ellos pudieran captar sus prescripciones por propia cuenta. Su habitual desprecio por la vida de los adultos les impide adoptar aquellas relaciones como motivo corriente de juego. Ocasionalmente, quizás una vez por mes, forman un grupo que se dedica a representaciones miméticas alusivas a las relaciones familiares: el pago de una cuota por un compromiso matrimonial, la recolección de tabaco para contribuir a los festejos en honor de un difunto, haciendo uno de los niños el papel de muerto. Cierta vez observé a varias niñitas que simulaban dirigir una casa. Otras veces vi a muchachos de unos catorce años, vestidos de mujeres, con sayas de hierbas y mantos de percal, imitando a las jóvenes prometidas en matrimonio y simulando huir, burlonamente, para evitar la infracción de algún tabú relativo a los parientes políticos. Niños de seis años construían casas de juguete, utilizando pequeñas astillas. Si comparamos esa falta de imaginación con los múltiples y diversos juegos que inventan nuestros niños —con sus piratas, indios, contrabandistas, "partidos", clubes, sociedades secretas, contraseñas, códigos, insignias, iniciaciones— la diferencia resulta impresionante.

En *Manus* hay un grupo de niños, unos cuarenta en total, que no tienen nada que hacer sino divertirse todo el día. El ambiente físico es ideal; una laguna tranquila y poco profunda, cuya monotonía es rota por los cambios de marea, por fuertes lluvias y, ocasionalmente, por violentas tempestades. Los niños disponen de amplia libertad para jugar en cualquier casa de la aldea y es frecuente, por cierto, hallar columpios

infantiles colgando en las habitaciones de recibo. Tienen a mano abundantes materiales: hojas de palmera, rafia, juncos, cortezas, carozos (con lo cual los adultos fabrican pequeñas y hermosas cajas), rojas flores de hibisco, cáscaras de coco, hojas de pandáneas, hierbas aromáticas, flexibles junquillos de diversas especies. Hay elementos de sobra para imitar cualquier manifestación de la vida adulta; podrían jugar al comercio, imitando el intercambio de objetos o instalar una tienda simulada, semejante a la del hombre blanco, cuyas tiendas pocos de ellos han visto, pero de las que todos oyeron hablar. Tienen pequeñas canoas, enteramente suyas, y pueden jugar libremente, si así lo desean, en las canoas grandes de sus padres. ¿Pero creéis que organizan alguna vez la tripulación de un barco, designando capitán, piloto, timonel o maquinista, imitando a las goletas del hombre blanco, acerca de las cuales escucharon tantos relatos referidos por antiguos jornaleros? Ni una sola vez, en los seis meses que permanecí entre ellos, he visto que esto sucediera. ¿O acaso arrancan largas ramas, semejando lanzas y, embadurnándose el cuerpo con cal, avanzan en formación guerrera naval sobre la aldea, tal como lo hacen sus padres en las grandes ceremonias? ¿O bien construyen pequeñas plataformas para la danza, imitando a los mayores? ¿O baten sobre minúsculos tambores, celebrando la caza de pequeñas tortugas? Nunca realizan ninguna de estas cosas. Sólo se ponen carozos en lugar de conchas y se ejercitan con las toscas y pequeñas lanzas que sus padres les enseñaron a fabricar. Baten sobre parches de juguete, cuando los jóvenes hacen resonar el tambor para la danza, pero jamás organizan danzas por su cuenta.

No poseen ninguna especie de organización formal; no tienen clubes, ni partidos, ni códigos, ni sociedades secretas. Cuando se realizan carreras, los muchachos mayores dividen a los demás en equipos iguales o bien seleccionan parejas físicamente semejantes. Pero no hay nada permanente en tales equipos, ni se establecen rivalidades duraderas. Existe un tipo de dirección puramente espontáneo y ocasional, fruto de la inteligencia y de la iniciativa individuales. Se solían formar ciertos grupos por edad, de contornos indefinidos, nunca exclusivos ni permanentes, con el propósito de cumplir ciertas actividades especiales, tales como un viaje de pesca un poco fuera de la aldea, viaje que duraba parte de la tarde. También se formaban pequeños grupos ocasionales para el juego de la "escalera", que duraba algunos minutos; tales grupos estaban constituídos por un adolescente, un muchacho de unos doce años, otro de siete y una criatura más pequeña, hermano o hermana de uno de los mayores. Dependían de las relaciones de vecindad o de parentesco, pero

aun estos grupos eran muy flúidos y los niños menores no prestaban sumisión permanente a los más grandes.

Sus juegos representaban, en general, la actividad más tosca, desordenada, prosaica y carente de inventiva, que pueda imaginarse: practicaban el fútbol, la lucha, algunos juegos en ronda y regatas; trazaban figuras en agua y hacían contorsiones con la sombra, a la luz de la luna, debiendo alguien adivinar la identidad de la persona cuya sombra se reflejara en cada caso. Cuando se sentían cansados, se reunían en grupos y entonaban interminables y monótonas cantilenas:

Soy un hombre.
No tengo mujer.
Soy un hombre. No tengo mujer.
Buscaré una mujer en Bunei.
De la familia de los primos carnales de mi padre.
De la familia de los primos carnales de mi padre.
Soy un hombre,
Soy un hombre,
No tengo mujer.

Y así una y otra vez. O bien hacían figuras con un cordel o se tatuaban mutuamente los brazos usando varillas calentadas al rojo.

La conversación giraba acerca de quién de ellos era el mayor o el más alto, de quién tenía tatuajes más hermosos, de si Nane había cazado una tortuga ayer u hoy, de cuándo volverá la canoa que fué a Mok, de la gran pelea que sostuvieron Kemai y Sanau a causa de un cerdo, del terrible temporal que tuvo que afrontar Pomasa cuando naufragó su canoa. Cuando discuten en torno a los acontecimientos del mundo de los adultos, lo hacen en términos muy prácticos. Así, Kawa decía dirigiéndose a otro muchacho:

—Kilinak, dame papel.
—¿Para qué quieres papel?
—Para hacer cigarrillos.
—¿Pero acaso tienes tabaco?
—Oh, lo conseguiré en la ceremonia fúnebre.
—¿De quién?
—De Alupu.
—Pero ella no ha muerto todavía.
—No, pero morirá pronto.

Es muy frecuente que las alegaciones terminen en puñetazos. Los niños *manus* son apasionados de la precisión en el detalle, imitando con

ello a sus padres, quienes son capaces de mantener en vela a la aldea durante toda la noche alrededor de una discusión en la cual se trata de establecer si un niño, muerto diez años atrás, había sido mayor o menor que otra persona viviente aún. En las discusiones relativas a cantidad o tamaño se hacían pruebas de verificación y yo pude presenciar un intento en tal sentido. Ocurrió en medio de varios días muy agitados, cuando había acaecido un fallecimiento y yo disponía de menos tiempo para el almuerzo; así, un pote de duraznos cuyo contenido consumía generalmente en una comida, me sirvió para dos. Pomat, el muchacho que servía la mesa, lo notó e hizo los consiguientes comentarios, provocando la réplica de Kilipak, el cocinero, de catorce años. Este último argüía que yo jamás había dividido en dos partes los duraznos contenidos en un pote. Todos los demás muchachos, los niños que frecuentaban la casa, el matrimonio que residía en ella temporalmente y las dos adolescentes que estaban a mi servicio, fueron arrastrados a la discusión que duró unos cuarenta y cinco minutos. Finalmente, Kilipak declaró, en tono triunfal: *Bien, vamos a hacer una prueba: le daremos mañana otro pote de la misma clase; si come todos los duraznos, yo tendré razón; sino, la tendréis vosotros.*

Esta preocupación por la verdad se manifiesta de diversas maneras en la vida adulta. Pokenau arrojó a su saco, una vez, la mandíbula de un pescado. Interrogado al respecto por los circunstantes, declaró que había guardado esa mandíbula para enseñarla a un hombre de Buei, quien afirmara que esa especie de peces no tenía dientes. Otro vecino de la aldea, que trabajó para un alemán con aficiones científicas, manifestó, ante el asombro general, que su antiguo amo sostenía que Nueva Guinea estuvo en otros tiempo unida a Australia. Todos tomaron partido en la discusión que surgió de inmediato, y dos jóvenes llegaron a reñir disputando acerca de la verdad que pudiera haber en tal afirmación. El inquieto interés por lo verdadero alcanza formas extremas cuando se trata de poner a prueba las cuestiones del mundo sobrenatural. Incrédulos ante los resultados de una consulta a los espíritus, los *manus* harán cosas que pondrían sus vidas en peligro en el caso de que las prevenciones de la medium fueran legítimas.

En el aspecto formal, la conversación entre los niños es muy semejante a la que sostienen los adultos: toman de éstos el gusto por los juegos de repetición y enseñanza, la disposición a la jactancia y a la recriminación, así como el hábito de discutir acerca de determinados hechos. Pero, mientras la conversación de los adultos gira en torno a fiestas, negocios, espíritus, magia, pecados y confesiones, la de los niños

—quienes ignoran tales temas— es insulsa y vacía; conservan la forma, mas no tienen contenido.

Los *manus* poseen también su propio estilo de conversación convencional, equivalente a nuestros comentarios sobre el tiempo. No cuentan con una cuidadosa etiqueta, ni conocen esas agudezas de circunstancias que nos sirven para salir de una situación embarazosa. Emplean, en cambio, una charla forzada, desprovista de sentido. Tuve oportunidad de participar en una de esas conversaciones, en casa de Tchanan, donde había ido a refugiarse la mujer de Mutchim. El esposo le había roto el brazo y ella había huído a casa de su tía. Dos veces había enviado el marido a mujeres de su propia familia en busca de la esposa, y en ambas ella se había negado a volver. En dicha oportunidad yo había ido acompañada por la cuñada de la prófuga. Durante una hora se habló en torno de las condiciones del mercado próximo, sobre la pesca, acerca de la época de celebración de determinadas fiestas, y sobre la probable llegada de ciertos parientes desde Mok. Ni una sola vez se mencionó el objeto de la visita. Por último, un joven trajo hábilmente a colación el tema de la fuerza física. Alguien observó que los hombres son mucho más fuertes que las mujeres. De ahí se pasó a hablar de los huesos del hombre y de los de la mujer, comentándose la facilidad con que pueden quebrarse los de la mujer y cómo un golpe dado involuntariamente por un hombre bien intencionado puede quebrar un frágil hueso femenino. Luego la cuñada se puso de pie. La prófuga no pronunció una palabra, pero cuando entramos en la canoa, ella descendió silenciosamente por la escalera y fué a sentarse en la popa. Ese estilo oblicuo de conversación es empleado por algunos niños cuando se dirigen a los adultos. Aquéllos suelen hacer observaciones furtivas, que se refieren a algún tema en discusión. Así, cuando la madre de Masa menciona una mujer embarazada, la niña dice: "La mujer embarazada que estuvo en nuestra casa se marchó a la suya". Luego permanece silenciosa hasta que la referencia a otro tópico le da ocasión de hacer un nuevo comentario breve.

Los adultos no relatan cuentos a los niños, ni les enseñan juegos, adivinanzas, acertijos o rompecabezas. Para un *manus* adulto es completamente fantástica la idea de que a los niños podría agradarles el relato de historias. "Oh, no, las leyendas son para los mayores. Los niños no conocen historias. Los niños no escuchan historias. A los chicos no les gustan las historias". Y los niños, con su plástica mentalidad, aceptan esta teoría que contradice una de nuestras convicciones más firmes sobre el atractivo que tienen los cuentos para el espíritu infantil.

Un niño hará la simple narración de algo visto o experimentado, pero no podrá dar ningún vuelo a la fantasía, pues los demás se lo impedirán.

—Y entonces llegó un fuerte viento y la canoa estuvo a punto de zozobrar.

—¿Pero naufragó en verdad?

—Bien, hubo un fuerte viento.

—¿Pero caísteis al agua, sí o no?

—¡Nooo!

La insistencia acerca del hecho preciso, del relato circunstanciado, de la exactitud en los pequeños detalles constituye, evidentemente, un freno para la imaginación.

No existe, pues, el hábito de relatar historias. Si se conoce el placer de escucharlas, falta en absoluto la imaginación especulativa que pudiera plantear cuestiones tales como el saber qué ocurre detrás del monte, o qué género de conversación sostienen los peces. El eterno *¿por qué?* del diálogo infantil con los adultos, es reemplazado, en *Manus* por las preguntas *¿qué?* y *¿dónde?*

Esto no significa, sin embargo, falta de inteligencia en los niños *manus*. Éstos observan con interés y satisfacción las fotografías y los dibujos que aparecen en las revistas ilustradas. Solían permanecer largas horas escudriñando entre las páginas de un viejo texto de historia natural, lanzando frases de admiración o de extrañeza o aventurando comentarios. Toda explicación de mi parte era ávidamente recogida y daba lugar a la formulación de nuevos comentarios. Su espíritu no ha sido embotado ni inhibido. Recibe toda preocupación nueva, todo cuadro o juego inéditos, con más vehemencia que los pequeños samoanos, sofocados y absorbidos por su cultura particular. El dibujo llegó a convertirse para ellos en una pasión dominante. Llenaban una hoja de papel tras otra con representaciones de hombres y de mujeres, de cocodrilos y de canoas. Pero, no estando habituados a escuchar leyendas, carecían de la fantasía requerida para levantar edificios imaginarios. Los temas de sus dibujos eran bien simples: dos muchachos peleando; dos muchachos dando puntapiés a una pelota; un hombre y una mujer; la tripulación de una canoa laceando una tortuga; una goleta con su piloto. No dibujaban de acuerdo con un plan. De igual modo, cuando yo les mostraba ciertas manchas de tinta y les pedía su opinión acerca de lo que tales manchas representaban, recibía sólo respuestas precisas: "es una nube", o "es un pájaro". Sólo uno o dos de los adolescentes, cuya actividad mental había sido estimulada por las cosas que aprendieron en tierras extrañas, donde trabajaron como jornaleros, respondieron con interpre-

taciones tales como: es un casuario,[1] (que jamás habían visto), un automóvil, un teléfono. Pero la casi totalidad de los niños carecía de la capacidad necesaria para deducir formas determinadas de unas informes manchas de tinta. El medio en que vivían no había desarrollado en ellos semejante capacidad.

Gozaban de una memoria excelente. Acostumbrados a captar el detalle y a discriminar con precisión, sabían distinguir las medicinas contenidas en botellas de cerveza por la exigua diferencia del tamaño de sus respectivos rótulos o por el número de letras que había en cada rótulo. Reconocían los dibujos que cada uno hiciera cuatro meses atrás.

No se trataba, en suma, de niños estúpidos. Eran, por el contrario, inteligentes, despiertos, inquisitivos; estaban dotados de excelente memoria y de espíritu receptivo. La tonalidad insípida de sus juegos no era el reflejo de su conformación mental, sino el fruto de la educación que recibieran. Apartados de la vida de los adultos, no tenían estímulo social. Jamás participaban en fiestas o ceremonias. Los adultos no les inculcaron pautas de lealtad al clan ni conceptos de dirección que pudieran desarrollar en la organización de grupos infantiles. Las intrincadas vinculaciones del mundo de los adultos; la relación particular que une a los primos carnales, con sus bromas, sus bendiciones y sus blasfemias; el ceremonial de guerra o el mecanismo de las sesiones espiritistas, todo ello hubiera suministrado a los niños un rico y divertido material para la parodia si los adultos les hubieran ofrecido algunas sugestiones al respecto, si hubieran sabido excitar su interés o despertar su entusiasmo.

La vida de los indios *plains*, con su caza del búfalo, con su sucesiva instalación y abandono de campamentos, no ofrece a sus niños un material más vívido que el que surge de la vida *manus*. Pero la madre *cheyenne* hace para su hijo un pequeño *tipi* para jugar en la casa. La familia *cheyenne* felicita al pequeño cazador que ha cobrado un pájaro para la olla familiar. En consecuencia, el campamento infantil de los *plains*, que reproduce, en forma de juego mimético, todo el ciclo de las actividades adultas, constituye el centro de interés en las diversiones de los niños *cheyennes*.

Por otra parte, si los *manus* hubieran excluído a los niños intencionada y agresivamente; si les hubieran cerrado las puertas y les hubieran ahuyentado a conciencia del escenario de la vida adulta, los niños hubieran creado quizás medidas defensivas contra ello. Esto último ha ocurrido en el caso de los niños *waffir*, en Sudáfrica, donde los adultos

[1] Ave corredora, semejante al avestruz. [T.]

tratan a los niños como otros tantos estorbos, les engañan, les envían a cuidar las sementeras y les prohiben incluso comerse los pequeños pájaros que ellos mismos cazan. Excitados por tales medidas, los niños han organizado una especie de república infantil, con sus guardianes y sus espías, su lenguaje secreto y sus convenciones subversivas, que recuerdan a nuestras bandas de muchachos del bajo fondo. Tanto la activa atracción de los niños que cumplen los *plains,* como la activa repulsión de los mismos que efectúan los *kaffirs,* parecen dar lugar a una vida infantil más rica y variada. Incluso en Samoa, donde sólo se da a los niños tareas adecuadas a la capacidad de cada uno, tiene la vida de éstos mayor contenido e importancia, a causa de las responsabilidades que sienten sobre sí y porque forman parte integrante del conjunto social.

Pero los *manus* no realizan ninguna de esas cosas. Los niños fueron perfectamente adiestrados, con el fin de que pudieran cuidarse ellos mismos; se ha procurado evitar todo sentido de insuficiencia física. Se les ha provisto de canoas, canaletes, columpios, arcos y flechas. No fueron regimentados en determinados grupos de acuerdo con la edad, ni sometidos a categorías según la conducta sexual. Todas las casas están a su disposición. Suelen retozar correteando entre los adultos, en medio de la más solemne ceremonia. Son tratados como señores del universo; sus padres son para ellos voluntarios y pacientes esclavos. Y ningún señor ha tenido jamás interés en el trabajo agobiador de sus esclavos.

Lo mismo que con la organización social ocurre con la vida religiosa. Ésta tiene contornos acabados, en donde no hay lugar para los niños, quienes incluso reciben el linaje completo de sus compañeros de juego invisibles, eliminando todo estímulo para su propia imaginación y toda oportunidad para ejercitarla.

En el pensamiento y en el juego propios, donde el niño se manifiesta con más espontaneidad que en sus reacciones ante un sistema religioso acabado que aprendió a conocer de memoria, se advierte asimismo un marcado contraste entre los niños *manus* y los nuestros. El hábito de otorgar personalidad a los objetos inanimados, dando así de puntapiés a una puerta, regañando a un cuchillo, apostrofando a una silla o acusando de fisgoneo a la luna, es un hábito ajeno a los pequeños *manus,* quienes ignoran también ese rico folklore cuyas canciones personalizan al sol, a la luna y a las estrellas, y esas leyendas acerca de misterios y de mitos que nutren la imaginación de nuestros niños. Jamás oyeron hablar del "hombre de la luna" ni escucharon una poesía como la de Jean Ingelow:

¡Oh, Luna! ¿hiciste acaso algo malo, allá en el Cielo,
Para que Dios haya velado tu rostro?
Espero, si así fuera, que pronto seas perdonada
Y que vuelvas a brillar en todo tu esplendor.

Tampoco vieron danzar a sus hermanos mayores al son de una canción como esta:

Desviad vuestra luz, Señor de la Luna.
Id a ocultar vuestro rostro tras aquella nube.
¿No veis a las parejas ansiosas de caricias?
Dos, son una compañía y tres una multitud
Cuando un joven y una niña
Hallan un lugar umbroso,
Es hora de despedirse
Cuando hay rumor de caricias,
Oh, buen señor de la Luna,
Sed discreto y desviad vuestra luz.

Sus padres y sus abuelos no les suministraron un fondo adecuado sobre el cual pudieran bordar ideas imaginativas acerca de la luna, y así piensan que el astro es una luz que está en el cielo, donde aparece y desaparece periódicamente. No piensan de la luna como de una persona. Creen que no puede serlo "porque no tiene ojos". Sus ideas son, a ese respecto, estrictamente realistas y prosaicas, sin ninguna interferencia científica, por supuesto; tanto los niños como su ingenuos padres creen que el sol y la luna marchan a través del cielo. Su folklore no les presta ayuda y su lengua es pobre y fría: una lengua que no estimula la imaginación poética. Las imágenes y las metáforas que dan colorido a nuestro lenguaje, son completamente desconocidas para los *manus*.

Así, mientras nosotros, al referirnos a la luna, le asignamos sexo y hablamos de "ella", el lenguaje *manus,* que no hace distinción entre *él; ella* y *ello,* siempre en tercera persona del singular, carece de medios de personalizar en este caso. No tiene verbos que, correspondiendo a un sujeto personal, sean aplicables a la luna. La luna "brilla", pero nunca *sonríe,* ni *camina,* ni *coquetea,* ni *se oculta,* ni *atisba;* nunca *mira tristemente* ni *desvía su rostro.* El énfasis de la personalización que nuestro rico lenguaje figurado sugiere al niño, no existe para los niños *manus.*

Ni siquiera pude persuadir a esos niños que echaran la culpa de algo a un objeto inanimado. A mi observación: "Esa canoa es mala; se alejó de la casa", contestaban: "pero Popoli se olvidó de atarla" o "Bopau no

la ató bien". Ello sugiere que la tendencia "natural" de nuestros niños a la personificación es en realidad fruto de la enseñanza de los padres.

Su actitud ante cualquier especie de simulación o alegoría puede considerarse simbolizada por la respuesta que me dió cierta vez una niña, integrante del único grupo que he visto jugar a la casa. En ese juego pretendían rallar nueces de coco, y al interrogarles sobre esta tarea, la aludida niña me contestó: *"grease e joja"* = "ésta es nuestra mentira". La palabra *grease* es el equivalente, en *pidgin,* de los conceptos de mentira o adulación. Los nativos la emplean cada vez que quieren referirse a *mentira* o *engaño.* La respuesta de la chiquilla implicaba la condenación de su juego alegórico.

Esta experiencia permite concluir que la personalización del universo no es inherente a la mentalidad del niño, sino que es fruto de una tendencia que le transmitió la sociedad. El hecho de que un niño muy pequeño no pueda diferenciar o reaccionar diferenciadamente ante personas y cosas, no implica una tendencia creadora, de acuerdo con la cual un niño de mayor edad pueda pensar del sol, de la luna o de una embarcación, como de seres que poseen voluntad y emociones. Las manifestaciones de este género no son espontáneas, sino determinadas por el lenguaje, las tradiciones, los cantos y la actitud de los adultos frente a los niños. Y todo eso es producto de la mente imaginativa del adulto, no del defectuoso pensar de un niño de pocos años.

Un sistema filosófico creado por adultos, ya se refiera a la religión o la ciencia, impresionará o no al niño, según sea el sistema de educación que haya formado la mentalidad de éste. Si los padres emplean métodos de persuasión realistas, invocando, para determinado efecto, la edad, la estatura, la incapacidad física del niño, es posible que éste responda con referencias a las botas de siete leguas o a los genios tutelares: ideas éstas que no nacieron en su mente, sino que le fueron inculcadas por las leyendas que escuchara. Pero si, con igual propósito y empleando un método no científico, dijéramos, por ejemplo: *No arranques la cubierta de ese libro. ¡Pobre libro! ¿Te gustaría que te arrancaran la piel de ese modo?,* el niño podría replicar: *Bah, ¿no sabes que el libro no siente? Puedes arañarlo cuanto quieras y no sentirá nada, igual como cuando tienes la espalda entumecida.* La interpretación naturalista no es menos adecuada a la mentalidad del niño que la interpretación sobrenatural. La aceptación de una con preferencia a otra depende del modo en que le fueron presentadas y de las oportunidades que hubiera tenido para aplicarlas en la práctica.

Los niños no son naturalmente religiosos ni se entregan espontáneamente a la sugestión de ritos, encantamientos, sortilegios y fetiches. No

consideran, por inspiración propia, que el sol sea una persona ni lo representan dibujándole un rostro.[2] Su desarrollo mental no está determinado en ese sentido por un impulso interno, sino por el ambiente cultural en el que fueron educados.

Los niños *manus* se han formado en un medio que les otorga la más amplia libertad, les permite lograr un magnífico desarrollo corporal, les enseña a estar siempre alerta, físicamente decididos y llenos de recursos. En cambio, no les ofrece estímulos de ejercitación mental, no presenta a su atención normas de vida adulta que pudieran admirar o imitar, o bien despreciar en forma agresiva; no cuentan con un lenguaje rico en expresiones figuradas, ni conocen ningún tesoro de leyendas, folklore ni poesía. Abandonados al propio arbitrio, saltan y brincan, luchan y forcejean —estimulados aun por el pasajero interés de los adultos —sin desarrollar ninguna condición interesante, salvo un buen natural y la agudeza de sentidos. Carentes de material que alimente la imaginación y libres del efecto neutralizante del aislamiento o de la inferioridad física, gastan vanamente sus ilimitadas energías y luego, completamente aburridos, se echan a la sombra y pasan las horas haciendo juegos de mano con un cordel.

[2] Entre treinta mil dibujos infantiles, no había uno solo que personalizara un fenómeno natural ni un objeto inanimado.

VII

EL DESARROLLO DE LA PERSONALIDAD

A PESAR DE permitir que los niños pasen sus años formativos en medio de la más placentera despreocupación, los *manus* les imprimen desde muy pequeños un sello particular, que determina su futura personalidad.

Tal personalidad se destaca marcadamente desde los primeros años. Esto ocurre no sólo en cuanto a los rasgos externos de la individualidad, como los gestos, los modales o el lenguaje, sino también con sus características más esenciales: la agresividad, la timidez, el espíritu de dominio, etc. Si bien el grupo de juego constituye un factor importante en la vida infantil —de los cuatro a los catorce años para las niñas, de los cinco a los veinte para los varones— no posee los efectos niveladores sobre la personalidad que tan notables son en Samoa. Allí los niños se asemejan más a sus compañeros de juego que a los miembros de la propia familia. En *Manus* sucede precisamente lo contrario: hay una relación directa entre la personalidad de los niños y la de sus padres, reales o adoptivos. Si este hecho se manifestara únicamente en el caso de padres efectivos, podría atribuirse a la herencia, pero los numerosos casos de semejanza de carácter que se observan entre padres e hijos adoptivos, obliga a relegar el factor hereditario al segundo término.

Los hijos, naturales o adoptivos, de hombres maduros dotados de fuerte voluntad y naturaleza dominante, son agresivos, vociferadores, seguros de sí mismos, insaciables en sus demandas, ruidosos y descocados. Desde muy pequeños se plantan con arrogancia, expresan sus deseos a gritos, abofetean a quienes no se apresuren a satisfacerlos. A la edad de seis o siete años, riñen y fanfarronean con sus camaradas, recorriendo la laguna en actitud pendenciera, exactamente como vieron hacer a sus padres. A los catorce o los quince son jefes de un grupo. Los hijos de padres jóvenes, carentes aún de importancia y de habilidad económicas, avergonzados en la presencia de sus mayores, o los hijos de hombres

maduros, económicamente fracasados, son tímidos, silenciosos, apagados. Entre ambos extremos se encuentran los niños cuyos padres sufren un eclipse social temporario, niños que fueron primitivamente agresivos y que volverán a serlo, tan pronto como obtengan su independencia económica.

Esos rasgos diferenciales son tan destacados que es posible, después de observar a un grupo de niños durante media hora, juzgar acerca de la edad, la posición y la conducta general de sus respectivos padres, sobre todo, del *respectivo padre*. En aquellos casos —de los cuales existían varios— en que el carácter dominante era el de la madre, los niños reflejaban la personalidad materna.

Pwakaton era un individuo jovial, bonachón y estúpido. Tocaba muy bien el tambor y sabía pescar pasablemente; pero era incapaz de planear cosa alguna y dirigía tan torpemente sus asuntos económicos que se le consideraba una nulidad. Tenía una hijita, igualmente bondadosa, que imitaba los modales tímidos e inseguros del padre. Otro hijo de Pwakaton fué adoptado por un hombre maduro, de espíritu dominador, llamado Talikai, acostumbrado a comportarse con arrogancia y a expresar sus deseos con voz tonante. A los dos años de edad ese niño parecía una imagen reducida de su padre adoptivo. Talikai había adoptado igualmente a Kilipak, cuyo padre real fué un hombre insignificante y, sin embargo, el muchacho llegó a ser, a los catorce años, el jefe de un grupo de jóvenes de la misma edad.

Había otro grupo de niños, entre los ocho y los once años, cuyos padres carecían de importancia social. Tchokal era un rapazuelo inteligente, dotado de inventiva y de recursos naturales; pero tenía un padre negligente y derrochador, despreciado por todos a causa de su mala conducta. Polum era hijo de un hombre que no llegó a labrarse una posición económica. El padre de Kapamalae era un sujeto bondadoso y un poco tonto, a quien dominaba y dirigía un hermano menor. El padre de Bapau, recientemente fallecido, lleno de deudas, había sido un hombre de modales suaves y hablar reposado. Todo ese grupo estaba dominado por Nauna, el hijo de Ngamel, uno de los vecinos más respetados de la aldea. Ngamel no era tan agresivo ni tan voluble como Talikai, pero tenía un carácter firme, seguro de sí mismo, siendo además rico, influyente y digno de confianza. Nauna imitaba los modales y las virtudes de su padre y capitaneaba a un grupo de muchachos que le aventajaban en edad.

En ciertos casos podía comprobarse que la personalidad del niño cambiaba en virtud de la adopción. Cuando llegué a la aldea, Yesa, hermano mayor de Kapamalae, era un niño silencioso y avergonzado, de

unos doce años de edad. Al igual que su hermano, reflejaba la modalidad bondadosa y descolorida de su padre. Poco después fué adoptado por Paleao, hermano menor de su padre y uno de los hombres más emprendedores de la población. Paleao tenía otro pequeño hijo adoptivo, llamado Popoli, procedente de otra tribu, que reproducía todos sus gestos. Yesa, tímido hasta entonces, adquirió de inmediato la tesitura enérgica de su nuevo padre; el progenitor real se convirtió en "abuelo" y fué relegado a un plano sin importancia. El niño se sintió robustecer ante la evidencia de su mayor prestigio. Pero la diferencia era menos marcada, y probablemente lo seguiría siendo en el futuro, que si la adopción hubiera ocurrido en la primera infancia.

Kemai era el hombre más sensato y consistente de la aldea; de pocas palabras y de pensar rutinario, merecía la confianza general. Habiendo adoptado a Pomat, hijo de la hermana de su mujer, éste reproducía no sólo su amaneramiento, sino también los rasgos característicos de su carácter.

Había dos hermanos, Ngandiliu y Selan. Ngandiliu era el mayor, mas carecía de la decisión y del aplomo que conducen al éxito. No teniendo hijos adoptó a un hijo de Selan, llamado Topal, cuya madre acababa de morir. Topal se fué desarrollando como niño pacífico, perseverante, sin decisión ni iniciativa propias.

Selan era todavía demasiado joven para que se le concediera importancia social. Ngandiliu había pagado por su mujer y Selan no se había labrado aún una posición económica. Era, sin embargo, implacablemente ambicioso. Llegó a ser medium, cosa rara en un hombre; solía emprender furiosos alegatos con los ancianos de la aldea. Bajo un aspecto sumiso, apropiado a sus pocos años, ocultaba un espíritu agresivo, persistente, voluntarioso. De igual talante era su hija Kawa, de cinco años de edad, quien sólo rompía el silencio para hacer demandas rigurosamente calculadas. Tres años menor que Topal, tenía ya una personalidad más equilibrada y vigorosa.

La observación de un conjunto de casos, sometidos a un denominador común, es aún más impresionante que el registro de casos individuales. Los rasgos distintos que ofrecen individuos de una misma familia, criados en circunstancias diferentes, pueden ser explicados por razones aleatorias, por factores hereditarios, accidentes, etc. Pero cuando vemos que los hijos de padres jóvenes sin posición social, forman un grupo que corresponde a determinado tipo de personalidad, y los hijos de personas prósperas, de más edad, presentan en conjunto un tipo distinto, la cuestión asume un valor particularmente significativo.

La consaguinidad es muy corriente entre los *manus,* tanto por el hábito de contraer matrimonio entre primos segundos, como por el hecho de tratarse de una comunidad pequeña, cuyos integrantes tienen muchos antepasados comunes. Podría, pues, argüirse que todos los niños tienen potencialmente las mismas cualidades, sobre las cuales opera el medio externo, imprimiéndoles ciertas características diferenciales. Sin embargo, es necesario destacar que los rasgos dominantes en la comunidad representan la herencia, no ya de la sangre ni de la propiedad —disipada en gran parte después de la muerte de su poseedor— sino de los hábitos de dominio adquiridos en la primera infancia. Sigamos, por un momento, el árbol genealógico de un grupo de individuos que desempeñaron en la aldea funciones dirigentes.

Malegan, hombre importante, adoptó a Potik, su sobrino. Cuando aquél falleció, Potik se convirtió en ciudadano dirigente. Adoptó a Panau y más tarde a Paleao, y murió dejando dos hijos carnales, Tunu y Luwil. Panau y Paleao, adoptados por Potik en la época de su esplendor, crecieron bajo la influencia de aquél. Luwil fué criado por un tío materno, sin gran significación, y Tunu lo fué por Panau, cuando éste era joven y no tenía importancia social. Panau alcanzó después gran prestigio, muriendo en la plenitud del mismo. Su posición en el plano económico, fué recogida por Paleao, hijo de la hermana de la mujer de su padre adoptivo. El hermano carnal de Paleao no fué adoptado por el poderoso Potik, sino por un apacible tío materno y llegó a ser un individuo igualmente apacible y nulo, aunque no desprovisto de inteligencia.

Pareciera que estas consideraciones tienden a menospreciar el papel de la inteligencia. No es tal nuestro propósito. Pero es que la personalidad constituye en *Manus* una fuerza más poderosa que la inteligencia. El hombre fuerte, con mediana inteligencia, prospera más que el de intelecto superior, aunque lo hace menos seguro de sí mismo. Y el grado de seguridad y de fuerza que adquiere un niño depende precisamente del adulto que lo hubiera criado durante los primeros siete u ocho años de existencia.

Esto significa que los platillos de la balanza están cargados desigualmente, en perjuicio de los hijos reales o adoptivos de padres jóvenes o de hombres de edad, desafortunados. Significa también que un hombre dominante puede estar más seguro de contar con un sucesor de igual índole que si hubiera de depender, a ese efecto, de las posibles dotes naturales, sometidas luego al proceso nivelador de un género distinto de educación.

Este último caso es el que hallamos en Samoa. El hábito de dejar a los niños pequeños al cuidado de otros un poco mayores, sin personalidad definida aún, determina dentro del conjunto social un grado de individualización mucho más bajo. El hombre naturalmente bien dotado, ascenderá a la cúspide de la sociedad, pero jamás se pondrá en contacto con sus hijos pequeños, ni tendrá ocasión de transmitirles ese sentido de seguridad en sí mismo que ha logrado obtener al cabo de muchos años de aprendizaje.

Idéntico resultado se obtendrá dondequiera la formación de los niños quede a cargo de niñeras, de esclavos o de mujeres ancianas o achacosas, miembros de la familia. Semejante tipo de educadores, ya sean niños, sirvientes o mujeres de edad, es capaz de crear una barrera impenetrable a la influencia del padre o de la madre. Esto constituye un factor tan importante en la aparición de alarmantes discrepancias entre padres e hijos, como los complejos de inferioridad, a los cuales se atribuyen generalmente tales discrepancias.

La exitosa identificación del niño con la personalidad del padre es facilitada, en *Manus,* por la tierna atención del padre y por la ausencia de tiranía en la relación padre-hijo. Talikai, intolerante y altanero en su trato con los adultos, abandonó una importante ceremonia y vino a pedirme un globo para su hijo de dos años. El llanto de un niño convierte en un servidor solícito al hombre más arrogante que se halla en medio de una reunión. No es extraño, pues, que el niño haya dejado de desarrollar complejos de inferioridad. El permanente contacto con su padre hace que el niño imite los modales de éste, adoptando también su sentido de suficiencia. Tampoco padecen un complejo de inferioridad los hijos de padres tímidos, modestos y silenciosos; su conformación responde más bien al hábito de la insignificancia y de la falta de relieve social.

Los efectos de ese orden de relaciones son menos apreciables en las niñas. Hasta la edad de ocho o nueve años, éstas reflejan tan fielmente la personalidad del padre como los varones. El quebrantamiento de tal identificación con el padre tiende a perturbar el ulterior desarrollo de una muchacha, cuyo espíritu sufre, a temprana edad, la acción deprimente de los tabúes. Jamás se identificará tan estrechamente con una mujer como se había identificado con el padre. Su individualidad tiene libre juego hasta la edad de catorce años, mientras que para los varones ese período de formación llega hasta los veinte o los veinticuatro años. Así, aunque la asociación con un padre dominante puede convertir a una niña en un pequeño tirano, pleno de autosuficiencia, existen otras fuerzas sociales que tienden a embotar su carácter y a quebrantar su perso-

nalidad. Las muchachas más agresivas de la aldea eran hijas de viudas prominentes; la identificación con el padre había pasado suavemente a personas del propio sexo, dotadas de fuerte individualidad.

Los grupos infantiles de juego sufren la influencia inmediata de esa primera diferenciación de la personalidad. Todo conjunto de niños de igual edad tiende a dividirse en dos fracciones: de un lado los pasivos y silenciosos, hijos de padres jóvenes o desafortunados; del otro, los agresivos y ruidosos. Como grupo intermedio, cabe señalar a los hijos de padres jóvenes, de carácter dominador.

Los primeros grupos que se forman son constituídos por dos o tres niños que tienen otros tantos años de edad. Tan pronto un niño puede andar con cierta seguridad, la atracción de la vida acuática lo introduce en la compañía de otros niños. Tendrán aún dificultades y vacilarán al trepar por los resbaladizos pilares para buscar compañeros de juego en casas extrañas, pero les será fácil mantenerse debajo de las casas durante la baja marea. En las parejas de juego que así se constituyen, uno de los niños suele ser de carácter dominador y el otro de carácter pasivo. Las diferencias en la categoría social son mucho más pronunciadas que aquellas que responden a otros motivos, como la habilidad o la inteligencia; un niño de espíritu agresivo puede satisfacer más fácilmente su afán de dominio si tiene como compañero a otro niño de temperamento más blando. Las alianzas entre dos niños de idéntico carácter dominador son menos frecuentes. Los niños son demasiado mal criados para soportar la oposición de una voluntad de fuerza equivalente a la suya. A veces ocurre que dos niños mansos y pasivos constituyen una asociación, con el propósito aparente de evitar ser mandados. Pero talês asociaciones son harto precarias y suelen desaparecer ante la primera palabra de uno de los niños más agresivos.

Ponkob y Songau representaban una típica pareja de juego. Ponkob, hermano de Nauna, era un niño fuerte, vehemente, de gestos imperativos, fastidiosamente expansivo en sus modales y su lenguaje. Era todo un señor y, sobre todo, era un señor para Songau, hijo del fracasado y mísero Pomat. Este último provenía de una familia que en otros tiempos desempeñó un importante papel en la vida de la colectividad, por cuyo motivo su decadencia presente daba lugar a numerosos comentarios. Era un hombre huidizo, de lengua ocasionalmente melosa. Delirante de fiebre, hablaba incesantemente de obligaciones cumplidas. Su mujer había estado casada anteriormente y perdió su primer hijo por haberse tatuado el rostro, provocando con ello la virtuosa cólera de los espíritus de su primer marido. Su matrimonio con Pomat fué un retroceso. Maltratada por la vida, no se sentía capaz de hacerle frente. El pequeño

Songau era un niño despierto que demostraba un mayor conocimiento de las cosas que le rodeaban que Ponkob, demasiado ocupado en manipular y dominar estas cosas y de lanzar exclamaciones respecto a ellas para poder observarlas detenidamente. Songau estaba naturalmente inclinado a la contemplación silenciosa, al trabajo pausado y a la admiración de las cosas maravillosas que encontraba en el agua y que veía en el cielo. Ponkob, en cambio, necesitaba público. Esa pareja pasaba una hora entera junta, sin que pudiera afirmarse que jugaban como compañeros sobre un pie de igualdad. Ponkob decidía empujar su canoa en medio del agua y llamaba a Songau. Éste se acercaba, le ayudaba por un momento, luego se apartaba, recogía un trozo de palo, lo echaba al agua y nadaba tras él para volverlo a recoger, desoyendo aparentemente las continuas interpelaciones de Ponkob: *Ven, ayúdame. Ayúdame a empujar el bote, echa el bote al agua. Songau, Songau, ven aquí. ¿Qué es esto? Yo lo haré marchar. Sí, yo, yo. Es mi bote. Oh, está detenido. ¡Songau!* Al ser llamado por décima vez, Songau se acercaba nuevamente, tornaba a ayudarle por un minuto, luego perdía interés en la cuestión y se marchaba a satisfacer sus propias preferencias. Así, durante una hora, Ponkob vociferaba, daba órdenes y emitía proyectos, en tanto Songau hablaba poco y casi siempre para sí mismo, colaboraba a medias con su amigo y perdía interés en el juego. A veces se hallaba presente una niña llamada Ilan, que se limitaba a permanecer sentada a un lado, con un dedo en la boca, observando a los muchachos y levantándose sólo ante una orden imperiosa. Cuando no estaba Ponkob, Ilan y Songau jugaban juntos; y la niña se mostraba entonces un poco más expansiva y ambos recorrían los bajíos, recogiendo algas marinas. Songau comentaba ocasionalmente como para sí: *Mías, las algas; son mías.* Ilan le seguía en silencio.

Otro tipo de asociación —poco común— era el constituído por Ponkob y su hermana Ngalowen, que tenía un año más de edad y que había sido adoptada, siendo muy pequeña, por un tío de ambos, a quien ella llamaba padre. Al dirigirse a su verdadero padre lo hacía por su nombre y designaba a la madre con un término convencional de duelo que significa: "Aquella cuyo hijo murió al nacer". Pwisio, su padre adoptivo, era un hombre de edad seguro de sí mismo, devoto de Ngalowen. Su único hijo era ya casi un hombre y él colocó todo el afecto de sus avanzados años en esa chiquilla adoptiva, que a los cuatro años era ya una perfecta coquetuela, mimada por todos los hombres de la aldea. Pwisio era vanidoso, pero no muy locuaz; para hablar necesitaba una audiencia. La idea que Ngalowen se había formado del mundo correspondía a la de un conjunto de cosas y personas que existían para ella,

que debían abrirle paso y rendirle homenaje. Toda atención o sonrisa que no fueran dirigidas a ella representaban una herejía. Era demasiado vanidosa para buscar la compañía de los niños voluntariosos y agresivos; estaba demasiado acostumbrada a la adulación para complacerse en capitanear un grupo de los de carácter suave. Así, pues, jugaba muy poco con los demás niños y pasaba la mayor parte del tiempo con su padre adoptivo o bien remaba o nadaba sola, a través de la aldea, tratando de atraer la atención de los adultos. Pero cuando se cansaba de esa actividad precoz y deseaba disfrutar de una verdadera expansión infantil, tomaba como compañero de juego a Ponkob, menor y menos hábil que ella. La constante charla del muchacho y sus repetidas invocaciones y consultas le otorgaban la satisfacción de sentirse persona importante. Ponkob estaba también contento de su compañera de juego, que le dejaba hablar y mandar a gusto y que le prestaba una cooperación más eficiente que su camarada Songau. Ngalowen llevaba su manía de exhibición más lejos que cualquier otro niño; era la única que se negaba generalmente a dibujar. Cuando accedía a hacerlo, realizaba una media docena de movimientos previamente calculados antes de trazar una línea, malgastaba el papel, se movía en todas direcciones, trepaba a las faldas de los adultos, hacía pucheros, coqueteaba, llamaba la atención por todos los medios posibles. Su pseudo hermano se había marchado de la casa, de modo que ella era hija única, y no conocía la rivalidad afectiva de hermanos o hermanas.

Masa pertenecía al tipo de criaturas pacíficas y silenciosas. Había perdido un ojo en un ataque de conjuntivitis y su padre jamás se había ocupado de ella tanto como de su medio hermano, que tenía tres años más que la niña. Esta permanecía junto a la madre, mujer reposada, buena ama de casa, sin vanidad ni pretensiones. Masa hablaba raras veces. Con su carita redonda y su ojo malo, siempre modesta, jugaba con otros niños en una pequeña canoa y recorría los bordes de un pequeño islote. De tanto en tanto, con poca frecuencia, hacía una pregunta a un adulto, nunca a un niño. Su compañero favorito era Posendruan, muchacho que tenía una pierna de palo que manejaba con sorprendente facilidad. Esta circunstancia de invalidez, agregada al apego que sentía por su joven y bondadoso padre, había otorgado al niño un carácter excepcionalmente apacible y modesto. Siendo mayor que Masa, la seguía hacia donde ella, sin rumbo determinado, le condujera. Al hallarse entre personas mayores Masa conversaba con el tono y las maneras propias de gente formal. Si una mujer extraña preguntaba, hablando con su madre: *¿Esa mujer que pasa allí en la canoa, no ha estado embarazada?,*

la niña decía, después de escuchar la respuesta negativa de la madre: "*La mujer embarazada que estuvo en nuestra casa, ya dió a luz; padre llevó sagú al marido de ella.* Jamás trataba de monopolizar la conversación; sólo contribuía a ella con observaciones breves y oportunas, cuando lo creía necesario. Su conducta implicaba un violento contraste con la que observaban Ponkob, Songau, Pokus, Bopau, Piwen, Ngalowen, Salaiyao y Kawa, quienes consideraban que todo grupo de adultos era un público o un auditorio para ellos. Si una o varias personas mayores se acercaban al grupo infantil, los muchachos dejaban de debatir entre ellos y procuraban atraer sobre sí, a toda costa, la atención de los recién llegados, usando al efecto procedimientos diversos: Ponkob, Pokus y Manoi, empleaban una conversación rápida, como fuego graneado; Piwen afectaba ser terco e intratable; Salaiyao tenía accesos de ira; Ngalowen y Songau hacía arrumacos y Kawa insistía hasta el cansancio sobre una cuestión cualquiera. Cada una de esas técnicas encaminadas a atraer la atención correspondía de un modo definido a ciertos niños. Desde la edad de tres años, cada uno de ellos ha desarrollado su método particular de tratar con el mundo de los adultos. Es tan firme la tradición *manus* que acuerda al niño el honor de ser el centro de atracción de un grupo, que tales procedimientos obtienen casi siempre el éxito deseado, aun cuando tomen por objeto a las mujeres, más ocupadas y menos dóciles que los indulgentes hombres.

Esa constante orientación hacia el adulto impide el desarrollo de un sentimiento de cooperación mutua entre los niños pequeños, pero a la vez los hace particularmente manejables bajo la dirección de muchachos de mayor edad. Cuando un grupo de chiquillos de unos cinco años de edad se encuentra chapoteando o vagando sin objeto preciso en torno a los bordes de un islote, es fácil que un niño de unos nueve o diez años llegue y organice de inmediato una carrera o un juego de pelota. La organización no dura mucho entre los menores de seis años, pero los que tienen diez y más años suelen ser infatigables en sus tentativas de transmitir a los grupos de pequeños los métodos de juego inventados por ellos. Aquí también se trata de una pauta tomada de los adultos, quienes están siempre dispuestos a actuar de árbitros, vitoreadores y bestias de carga en los juegos infantiles. Los grupos de juego más corrientes, en los cuales se practican rondas, carreras, cinchadas, etc., se componen de uno o dos muchachos mayores y un número indefinido de pequeños. Los primeros, carentes de la dócil psicología de los adultos, proceden como tiranos, eligen los bandos, nombran a los contendores, deciden quienes han de jugar o no, a lo cual los demás asienten buenamente.

La costumbre de recibir órdenes e instrucciones de parte de los muchachos mayores, se forma a edad muy temprana.

Sólo más tarde, cuando los niños comienzan a sentir al mundo de los adultos como ligeramente hostil; cuando reciben una vaga premonición acerca de la servidumbre que reemplazará su alegre despreocupación presente, se forma en ellos la conciencia del grupo como categoría social. Un muchacho de diez años anda a la ventura; ya enseña a contar a un chiquillo, ya organiza un juego de "kick ball" entre niños de ocho años, ya lo abandona para participar en una carrera de canoas, con chicos de su misma edad, o bien se une a otros dos muchachos para perseguir a un grupo de niñas. Al volver a casa chilla y patea hasta lograr que le preparen la comida, especialmente para él; luego torna a la laguna para vagar solitario con su pinaza de juguete.

Esa vida de juego placentero, fácil y variado, donde se intercambian funciones constantemente, donde el niño hace a ratos de maestro, de jefe o conductor y donde actúa ya individualmente, ya como miembro de un grupo, le ofrece una excelente ocasión para desarrollar tales rasgos de su personalidad. La preferencia a obedecer antes que a dirigir, el gusto de jugar con criaturas pequeñas, o bien a seguir los pasos de un muchacho de mayor edad, no establecen separaciones apreciables, pues no existen normas de formación de grupos según la edad. Todo niño recibe amplios estímulos para el desarrollo de sus actividades potenciales.

El resultado de esa vida social infantil puede observarse en los muchachos de catorce años, aun no agostados ni ensombrecidos por las obligaciones económicas y la lucha por la subsistencia. Son niños simpáticos, autosuficientes, libres de todo sentimiento de inferioridad, que no temen a nada ni se confunden ante nadie.

Pudimos comprobar las cualidades de un grupo de muchachos comprendidos en esa edad, cuando entregamos el cuidado de nuestra casa al quinteto formado por Kilipak, Pomat, Taumapwe, Kapeli y Yesa. Kilipak era el cocinero y encargado general; Pomat, el mayordomo, hachaba leña y traía agua; Yesa lavaba los platos y ayudaba en la cocina. Contando con indicaciones muy generales —pues me interesaba ver cómo afrontarían la situación— manejaban la casa, dividían el trabajo, distribuyendo también, escrupulosamente, las recompensas; todo ello con un mínimo de conflictos. Niños primitivos, inacostumbrados a la puntualidad, al trabajo regular y a cualquier especie de mecanismo, llegaban regularmente todos los días y aprendieron a manejar lámparas, a conocer el reloj, a tomar la temperatura, a lavar negativos, a exponer los marcos para la impresión solar, a cargar y alumbrar lamparillas. Dentro de algunos años serán absorbidos por el ambiente social,

que imprimirá a sus mentes el sello mercantil y sofocará sus emociones en una red de hostilidad y confusión. Los gérmenes de su futura vida se manifiestan ya en su falta de afecto por nadie, en su gazmoñería, en su reverente respeto a la propiedad, en las pocas inhibiciones que experimentan. En su primera infancia fueron emocionalmente desviados hacia una forma de egotismo contra la cual fué impotente la flúida vida infantil posterior. Pero han tenido varios años de activa e inteligente adaptación al mundo material en el que habrán de vivir.

VIII

ACTITUD MANUS ANTE EL SEXO

EL PADRE trata a sus hijos de corta edad con poca consideración de las diferencias sexuales. Niñas o varones duermen igualmente en los brazos del padre, cabalgan sobre sus hombros, reclaman su pipa y hurtan nueces de areca de su saco. Cuando tienen tres o cuatro años les fabrica una canoa, sin discriminación de sexo. Ni las niñas ni los varones llevan indumentaria alguna, si se exceptúan los menudos brazaletes, las tobilleras, los collares de dientes de perro y los cinturones adornados con abalorios. Estos últimos se usan solamente en ocasión de determinadas ceremonias, pues irritan la piel y causan repugnantes irrupciones si se llevan en forma permanente. Los adultos subrayan las diferencias de *ndrakein,* un instante después del alumbramiento. Para referirse a una sexo con expresiones especiales. Un niño es un *nat* y una niña es criatura que está por nacer emplean el término general *nat.* Esas expresiones son usadas con tanta frecuencia y volubilidad por las mujeres, que a fuerza de repetir "hijo mío", "hija mía", llegan a confundir los términos; de tal modo que un niño de tres o cuatro años suele corregir gravemente la defectuosa aplicación verbal que hace su madre al referirse al bebé de la casa.

Fuera de eso, no se hacen distinciones entre los sexos antes de los tres años. Cuando una niña llega a esa edad, el orgullo materno introduce un cambio en su presentación. Manos afectuosas confeccionarán una diminuta falda de hierbas que la pequeña lucirá pomposamente un día de fiesta. El estreno del vestido une a la hija con madre con más fuerza que cualquier circunstancia anterior. A la madre la llaman *pen,* mujer, mientras la niña es una *ndrakein;* de igual modo, el padre es llamado *kamal,* en tanto que el hermanito es un *nat.* Las diferencias corporales son evidentes, pues los niños de ambos sexos van desnudos. Dado que los adultos están vestidos y los pechos no desarrollados de una niña se asemejan más al busto del padre que al de la madre, la

simple apariencia anatómica no da a los niños el concepto de las diferencias sexuales, tal como lo hace la distinta indumentaria.

Pedimos a los niños que dibujaran hombres y mujeres, niños y niñas. En los dibujos donde aparecían diferencias —la mayor parte las ignoraban—, la anatomía masculina estaba señalada correctamente, mientras que el sexo femenino estaba indicado por una falda.

Desde que las niñitas se ven vestidas de igual modo que sus madres y sus hermanas mayores —aunque sólo llevaran la ropa durante una hora— sienten mayor atracción y apego hacia unas y otras.

No se obliga a las niñas a llevar sus faldas de hierbas hasta antes de los siete o los ocho años; ellas suelen vestirlas, ir a nadar, luego, mojarlas, colocarse hojas verdes en su lugar, perder las hojas, correr desnudas por algunos momentos para volver a la casa y ponerse una falda seca. O bien se quitarán la falda, cubriéndose con ella la cabeza, mientras andan en el agua. El sentimiento de vergüenza ante la desnudez no se desarrolla debidamente antes de los catorce años.

Desde la edad de tres años comienzan los chiquillos a acompañar a sus padres hasta un extremo de la isla que los hombres de la aldea usan como letrina, lugar al cual jamás se acercan las mujeres. Es así como los pequeños acostumbran a apartarse de las mujeres para orinar.

Pero el gran descubrimiento de la masculinidad se produce cuando los chiquillos aprenden a imitar el atletismo fálico que practican los hombres en la danza. El niño que llega a dominar tal ejercicio lo repite, retorciéndose y haciendo cabriolas, durante varios días, recibiendo el malicioso aplauso de los adultos. Esto ocurre cuando el chico tiene tres o cuatro años. Poco más tarde, los muchachos reciben arcos y flechas y pequeños arpones para la pesca. Niños y niñas de corta edad vagan juntos a través de la laguna, durante la baja marea, y juegan con palos y piedras imitando las actitudes de los chicos mayores. Pero jamás se da a las niñas verdaderos juguetes de pesca. Disponen de pequeñas canoas y son tan hábiles para remar como los muchachos, mas nunca manejan canoas de juguete de su propiedad. Desde que comienza esa diferenciación en el juego y en la indumentaria, se forman paulatinamente los grupos separados por sexo. No existe prohibición paternal contra el juego en conjunto ni se producen grandes antagonismos entre los grupos de sexo opuesto. Las líneas fronterizas son trazadas, más bien, por los diferentes géneros de actividades. Los juegos de ronda y los juegos en el agua son practicados por ambos sexos; las luchas a puñetazos suelen cruzar la demarcación entre uno y otro grupo; en las noches de luna llena, niñas y muchachos corren igualmente, gritando,

sobre el fondo cenagoso de la laguna que la baja marea dejó en descubierto.

A medida que las adolescentes van siendo atraídas al círculo de las actividades femeninas del hogar, las otras niñas, de doce, ocho y cinco años, tienden a seguirlas en línea dispersa. Cuando una muchacha llega a la pubertad, las demás niñas, hasta la edad de ocho o nueve años, van a dormir durante un mes en casa de aquélla. Esto tiende a unir a las niñas más estrechamente entre sí. Había un pequeño islote reservado para las mujeres. Iban allá ocasionalmente para realizar ciertas tareas manuales; las niñas aprovechaban la oportunidad para danzar, en la cima de una pequeña cuesta, hasta la caída del sol, agitando por sobre sus cabezas las faldas que se habían quitado, saltando y revoloteando en alegre y ruidosa jarana, lejos del ambiente de la aldea.

Los muchachos solían madrugar para ponerse al acecho de los peces que pasaban entre los agudos bajíos, instruyendo con rudeza en esa tarea a los grupos de chiquillos menores que les seguían en la empresa. Ocasionalmente se producían conflictos entre los grupos masculinos y los femeninos, lo cual daba lugar a pequeñas batallas con proyectiles diversos, las que terminaban con rápidas fugas y persecuciones. Muy de vez en cuando solían unirse en un juego semiamoroso, eligiendo cónyuges, simulando construir casas, haciendo pretendidos pagos de noviazgo y aun acostándose, mejilla contra mejilla, como habían visto hacer a sus padres. Creo que el temor a la cólera de los espíritus evitaba que tal simulacro se convirtiera en un verdadero juego sexual. Cada uno de tales grupos creía que los jóvenes de la generación anterior habían llevado el juego hasta mayores extremos. Cuando tratamos de investigar acerca de esa variante de la edad de oro, nos encontramos con que cada generación juvenil la hacía radicar en una época anterior a la misma, cuando los espíritus no eran tan irascibles como entonces. Es necesario señalar que esa clase de juegos ocurre siempre entre pequeños grupos, siendo imposible que una pequeña pareja se apartara del conjunto.

A medida que los niños van adquiriendo conciencia del sexo al que pertenecen, sintiéndose más identificados con las personas del mismo sexo, se va modificando el cuadro de las relaciones familiares. Hasta la edad de cinco o seis años, una niña acompaña a su padre tan libremente como un varón. Duerme con aquél hasta los siete u ocho años. A partir de entonces entra en la zona del tabú. Si no ha sido comprometida, es probable que lo fueran sus hermanas o sus primas, lo cual significa que ella tendrá que eludir a los muchachos afectados en cada caso. Ya no será la criatura despreocupada que cabalga sobre los hombros de su padre, yendo en esa forma hasta el propio santuario de la

vida masculina, en la isla donde se reúnen los hombres. El padre tiende a dejarla cada vez más en la casa, llevando en su lugar a sus hermanitos menores o saliendo solo, para atender gravemente a sus negocios. Pero la niña está habituada a atraer la atención de los adultos, disfrutando así de la agradable sensación de poder que ello depara. Abandonada gradualmente por su padre, llega a identificarse con la madre o bien con alguna otra mujer de cierta edad de la familia. Es curioso comprobar con cuánta mayor frecuencia ocurre este último caso, salvo cuando la madre es viuda. La niña se había alejado tanto de la madre, en favor del padre, que parece incapaz de volver a retomar el hilo del afecto materno. Ese apego a una mujer de edad no implica nada semejante a una "colisión"; tiene lugar, en forma definida, dentro de las líneas del cuadro familiar. Generalmente es favorecida la abuela. Las ancianas disponen de más tiempo para enseñar a las niñas a hacer trabajos de abalorios y a preparar sus ajuares. Ls mujeres más jóvenes están absorbidas por el cuidado de las criaturas, tarea que no interesa a las muchachas y para la cual no es requerida su ayuda. Las niñas no tienen muñecas ni acostumbran a jugar con criaturas. Compramos, cierta vez, a una tribu vecina, varias pequeñas estatuas de madera y fueron precisamente los muchachos quienes las trataban como muñecas, canturreándoles arrullos.

Ese cambio no se produce sin reacciones de pesar y de rebeldía. La niña arroja lejos de sí su falda de hierbas y se rebela contra las tareas domésticas que se ve obligada a realizar en razón de su más frecuente permanencia en la casa. Recoger leña, buscar agua, ensartar abalorios son actividades más aburridas que las de andar tras el padre y jugar alegremente en la laguna. Durante los momentos de juego, las niñas conservan aún su antigua alegría, pero aquellas que están comprometidas muestran ya los surcos de la preocupación. Un velo de percal o una estera de hojas son cosas incómodas de llevar puestas, pero la muchacha que las haya olvidado se encontrará de pronto obligada a permanecer agachada en el fondo húmedo de la canoa, durante unos quince minutos, con la cabeza entre las rodillas, mientras el padre de su prometido charla tranquilamente a su lado. Pues corresponde a las mujeres y a los niños cumplir en primer término las prescripciones del tabú: un hombre podrá permanecer despreocupado en su lugar, mientras un grupo de mujeres huyen ante su presencia como aves espantadas. La joven que ha ido a casa de una amiga está expuesta a que en cualquier momento la exclamación: *¡allí viene un pariente tabú!* la obligue a huir precipitadamente, interrumpiendo la conversación y abandonando la tarea. Sólo en su propia casa estará debidamente resguardada. Cuando

sale de pesca, puede suceder igual cosa. Así, las felices amistades formadas a la edad de diez o doce años, tienden a romperse; la camaradería entre muchachas de mayor edad es demasiado penosa. Por lo demás, toda ausencia del hogar, así como la compañía de parientes dignos de confianza, son contempladas con suspicacia.

Todo ello se refleja ya en los grupos de juego. Niñas de ocho años de edad, en actitud solemne, harán comentarios acerca de la libertad de movimientos de que disfrutan sus camaradas, y agregarán: *Pero nosotras, las mujeres casadas, debemos quedar en casa y ensartar abalorios para las hermanas de nuestros esposos.* Estando más en contacto con su madre, la niña llega a ser progresivamente consciente de los tabúes del lenguaje y enseña a evitar determinadas palabras a las demás mujeres del grupo familiar, contestando orgullosamente al ser interrogada: *No, ése no es mi tabú; es el de mi abuela, pero yo ayudo a mi abuelo a cumplirlo.* A edad muy temprana adquiere el conocimiento de la organización social y recuerda todos los compromisos del grupo. *Ktuan se va a casar con un muchacho de Patusi. Pekewas estaba comprometida, pero los espíritus se opusieron y el compromiso quedó anulado.* Ese tipo de glosa social corriente es ajeno por completo a los muchachos, quienes no tienen la necesaria información que les permita hacer el más leve comentario al respecto.

La niña sella un pacto definitivo con su sexo, desde el momento de la menstruación. Llega a descubrir entonces que no solamente debe sufrir esa primera manifestación turbadora, sino que —cosa extraña ignorada por todos los hombres *manus*— ha de menstruar a cada luna nueva, ocultando cuidadosamente todo rastro o todo conocimiento de su nuevo estado. He ahí otra traba para la vida libre. No se le dice que la menstruación de las muchachas solteras es un secreto que ningún hombre conoce. Ciertamente son pocas las mujeres *manus* que saben que se trata de un secreto absoluto. Es tan profundo el sentido del pudor que el tema incluso es apartado de la mente sin sufrir ningún proceso de racionalización. La madre se limita a comunicar el vergonzoso secreto a la hija y este secreto es reservado hasta la próxima generación. Si se dijera simplemente a las niñas que se trata de un secreto común, es probable que lo hubieran revelado desde tiempo atrás. Mas la reserva asociada al pudor obra de manera infalible. Los hombres *manus* a quienes se dijo que entre otros pueblos las mujeres no sólo menstrúan inicialmente, al llegar a la pubertad, sino que lo hacen a cada luna nueva hasta la menopausia, siendo indiferente que fueran casadas o solteras, contestaron, encogiéndose de hombros: *Las mujeres manus son diferentes.*

Esa estrecha identificación de las niñas con las mujeres no es voluntaria ni entusiasta. No sienten hacia ellas el vivo afecto que la unía al padre, ese padre que aun la quiere, pero del cual la separan tantas y tan necesarias reticencias. Si las mujeres se acurrucan entre sí lo hacen a manera de prisioneros, bajo un yugo común de inhibiciones y tabúes. El hábito de recibir premios y recompensas, así como afectuosos cuidados, de parte de individuos masculinos, deja sus resabios en el espíritu de las muchachas. Es difícil afirmar hasta qué extremo confunden en la mente el cuadro de ese pasado con el porvenir de su próximo matrimonio. Este matrimonio es identificado, naturalmente, con una serie de tabúes y de prohibiciones, con un nuevo genero de vida muy diferente de la feliz vida infantil. Pero hay algo plácidamente expectante en la actitud de la niña, cual si esperara que su matrimonio tenga algo del alegre colorido de la infancia. La decepción será después tanto más ruda. Casada, hallará enemigas en las mujeres de la familia del marido y será para éste un simple objeto para una forzada relación sexual, para la parición de hijos y el trabajo casero. Ni siquiera puede transmitir a sus hijos el afecto que sintió por su padre, porque aquellos son de otro clan y pertenecen más al marido que a ella. Jamás llegó a conocer el goce de una emoción compartida desde los días en que el padre y la madre disputaban sobre su cuna.

Cuando un chiquillo se cansa de cabalgar sobre los hombros de su padre, lo deja para vagar con sus compañeros de juego, pero nunca será despedido ni obligado a retirarse en virtud de ciertas conveniencias. La relación entre un padre y su hijo de seis años es particularmente satisfactoria. El niño aprendió ya a tener pleno dominio motriz y a respetar la propiedad; no quedan lecciones desagradables que deba asimilar. Y aun aquellas que aprendiera, le fueron enseñadas por la madre, antes qu el niño llegara a los dieciocho meses de edad. Las tareas más gratas quedaron reservadas al padre. Éste trata a su hijo de seis años cual si fuera un tiránico y favorito compañero de diversiones, y le concede alegremente todos los caprichos, dando la sensación de sentirse altamente complacido.

Pokenau y Matawei ofrecen un hermoso cuadro ilustrativo. La madre se hallaba ocupada con su hijo recién nacido y Matawei era el constante compañero del padre. Pokenau le había conferido como guardián al espíritu de Gizikau, el abuelo. Matawei sabía que el cráneo de su abuelo colgaba dentro del cuenco de madera que se hallaba junto a la puerta, mientras que el cráneo de Sori, difunto hermano mayor del padre y guardián fantasmal de éste, estaba guardado en otro cuenco. Padre e hijo solían burlarse de los espíritus, amenazándose mutuamente

con la cólera de su respectivo guardián. Pokenau solía bromear diciendo que el cráneo de Gizikau era tan viejo que no tardaría en deshacerse en pedazos y Matawei contestaba pretendiendo refutarle. Cuando el niño despertaba y descubría que su padre lo había dejado para ir a pescar, su llanto resonaba a través de la aldea. Seguía al padre dondequiera fuese, pero hacia la madre no tenía siquiera la menor tolerancia.

Si el padre salía de noche, Matawei le acompañaba y quedaba dormido a sus pies. Cuando terminaba la conversación con los amigos, el padre lo ponía en hombros, y, sin despertarle, lo llevaba a la casa, donde el niño seguía reposando hasta la madrugada junto a su progenitor. Un día Pokenau golpeó a su mujer y ésta huyó de la casa llevando consigo a los dos hijos mayores. Pokenau temblaba de ansiedad, temiendo que Matawei se fuera con la madre. No tenía hermanas y la anciana viuda de su tío se había marchado también con la mujer, pues hubiera sido impropio que se quedara sola con él. No había quien cocinara. Quizás el niño tendrá hambre dentro de la casa sin fuego ni alegría. Pero a la mañana siguiente Pokenau apareció radiante. Matawei había decidido quedarse con el padre. Éste comunicaba a todos su felicidad con el orgullo con que un enamorado relata el triunfo sobre el corazón de la amada.

Los niños un poco mayores emplean, sin embargo, menos tiempo en la compañía de sus padres para dedicarlo a la de otros chicos. Se cansan del papel de obligados espectadores y se lanzan a la actividad, sin perjuicio de que la primera dificultad los vuelva junto a los padres, en demanda de ayuda o simpatía. Así, los muchachos no tienen la sensación de hallarse fuera del círculo del afecto paternal. El padre, glorioso ante los demás, pero humilde ante el hijo, estará siempre a disposición de éste, listo para conceder cuanto le pida. No solicitará nada a cambio, ninguna ayuda en el trabajo ni en las tareas domésticas. Estando menos en contacto con los adultos que las niñas, los varones tienen mucho menos conocimiento de la organización social.

La relación entre ambos sexos se hace más complicada a medida que los jóvenes avanzan en edad. Las niñas comprometidas eluden a ciertos muchachos, en tanto que parientes políticos, y a otros, en tanto que posibles seductores. Con los que pertenecen a su propia familia tienen plena libertad de andar por la aldea, bromear, intercambiar regalos y hacerse confidencias no muy embarazosas. Ahí está la base del fuerte lazo que une a los hermanos con las hermanas y que dura por toda la vida. La única sociedad femenina permitida a los jóvenes es la de las "hermanas", hacia quienes deben mostrar respeto y ternura, y la de las "primas carnales", con las cuales les está permitido practicar un juego

rudo y semisexual. Durante ese período se desarrolla la triple clasificación de actitudes que un hombre ha de observar frente a las mujeres, a través de toda su existencia. En relación con sus hermanas, se destaca un sentido de ternura, de solicitud, de obligación mutua: el deber de ayudarse unos a otros económicamente. *Somos hermano y hermana. Él me da el alimento y yo le doy tejidos de abalorios. Trabajamos el uno para el otro. Cuando él muera, yo haré en su honor un hermoso lamento.* Así describirá una mujer las relaciones fraternales. *Es bueno tener hermanas que hagan para ti tejidos de abalorios,* dirá el hombre. *Desgraciado aquel que no tiene hermanas.* Cuando el hijo de Talikatin sedujo a una muchacha comprometida en Taui, el hermano de ésta la atacó furiosamente con un cabezal de madera, declarando que iba a matarla y suicidarse luego. Es ése el único lazo afectivo realmente recíproco, pues el no menos fuerte que liga al padre con el hijo es unilateral en su énfasis emotivo.

Por otra parte, las relaciones entre hermano y hermana dan lugar a una fácil manifestación de sentimientos puritanos. Excluído el sexo se permite, con aprobación de la comunidad, la expansión de un ligero sentimentalismo. Si tales relaciones nos parecen un poco de índole comercial, con fuerte olor a sagú y a tejidos de abalorios, conviene recordar que allí donde la riqueza constituye el interés dominante, la ayuda leal en materia económica crea el más fuerte de los vínculos. Tal era el sentimiento de un norteamericano a quien escuché una vez definir al *amigo* como a *una persona que nos presta dinero sin garantías.* El hombre que necesita ayuda financiera se acercará a la galería de su hermana, y no lo hará en balde.

La mención de todo lo referente al sexo es rigurosamente eliminada de tales relaciones fraternales. Como lo dicen los *manus, un padre puede decir a su hija que tiene la falda al revés, pero un hermano no puede decir tal cosa a la hermana; no obstante, podrá reprenderla por su negligencia si el descuido se repitiera.* De igual modo, un hermano discutirá con su hermana acerca de los detalles financieros del matrimonio de ésta, pero cuando ella venga a buscar su protección a consecuencia de una querella con el esposo, se abstendrá de interrogarla sobre lo acaecido. Las relaciones entre hombre y mujer, que implican apoyo, seguridad y comprensión para ambas partes, son relaciones que excluyen toda referencia al sexo. Los casos de esta índole que ocurran entre marido y mujer serán considerados como cuestiones al margen del vínculo matrimonial y rotulados como *no sexuales* o *pertenecientes a la hermana.*

El trato que un hombre tiene hacia su prima carnal es más libre que el que se permite con su propia mujer. Es una cuestión de familiaridad,

de juego, de chanza ligera. Puede acusarla, bromeando, de contraer un matrimonio extravagante, o bien atribuirle preñez o alumbramiento, cosas que jamás mencionará ante la esposa. Puede asirla de sus cortos rizos, levantarla tomándola por debajo de los sobacos y balancear su cuerpo y tocar sus pechos. Todo eso no es más que juego, juego que no debe llevarse muy lejos bajo pena de provocar la ira de los espíritus. De todos modos, es algo permitido. Los hábitos de juego desorbitado de ese género, creados en la juventud, perduran en la edad madura y no deja de ser curioso observar cómo un robusto ciudadano cuarentón aporrea juguetonamente a una viuda ya caduca, o bien le dirige acusaciones picarescas. Entre los pocos y aislados casos de pecados sexuales que ofenden a los espíritus y aterrorizan a los vivientes, se cuentan las relaciones sexuales entre primos, pero su reducido número les quita significación. No podemos afirmar que esos juegos en torno al sexo tiendan a provocar verdaderas relaciones sexuales. Más bien ocurre lo contrario: la familiaridad, el contacto fácil permitido actúan en sentido excluyente de la relación carnal, declarada tabú.

La influencia que esas diversas actitudes sexuales ejercen en la vida matrimonial no puede ser sobreestimada.[1] Un hombre rinde tributo de obediencia al padre y ocasionalmente a la madre; alimenta sentimientos de afecto, de reciprocidad y cooperación para con su hermana; es chancero y juguetón con su prima; solícito, ansioso y diligente con sus hijos. ¿Pero qué reserva para su mujer? Desprovisto de ficciones románticas y de las convenciones del galanteo, ajeno a toda manifestación de ternura, excluído el sentimiento de amistad o de cooperación, sin ninguna especie de intimidad ni previa relación de caracteres, el acto sexual es conocido como algo esencialmente malo, vergonzoso, que es menester relegar a la oscuridad de la noche. Se tiene especial cuidado por que los niños no lo presencien. En las casas de una sola habitación es imposible lograrlo, pero los propios niños aprenden pronto la conveniencia de ocultar su conocimiento al respecto. Sus nociones clandestinas les colman de vergüenza y les inculcan un hondo sentimiento de pecado. Los niños que han pasado la noche en casa ajena, antes de despedirse de sus moradores dirán: *Hemos dormido toda la noche; no vimos ni oímos*

[1] Es interesante comparar las incongruentes actitudes ante el sexo de esa sociedad primitiva donde el matrimonio convenido por terceros constituye la base del orden social, con las condiciones existentes en Europa, donde la prostitución, el homosexualismo y el adulterio provocan situaciones emocionales que son incompatibles con el matrimonio "arreglado" en esa forma. Un vívido análisis de las condiciones europeas en ese respecto, es ofrecido por Lloyd Dell, en su obra *Love in the Machine Age.*

nada. Hay niños de seis años tan conocedores del mundo que uno de ellos observó, en cierta ocasión, con motivo de una reyerta matrimonial: *¿Por qué, en vez de golpear todo el día a su mujer no copula con ella?*

Las mujeres casadas parecen obtener sólo una impresión dolorosa del acto sexual, hasta después del nacimiento del primer hijo. Las consecuencias de tal hecho son obvias. Jamás se hacen mutuas confidencias. Cada una de ellas oculta su triste y humillante experiencia, como lo hacían las mujeres puritanas en tiempos de la reina Victoria. Sin embargo, toda madre transfiere a su hija, a edad conveniente, sus propias reacciones emotivas frente a esa fastidiosa abominación del sexo. Casi todas las mujeres reciben con satisfacción el nacimiento de un hijo, en cuanto ello significa un nuevo motivo de interés para el marido y una desviación de las indeseadas atenciones hacia la mujer. Ello significa que al cabo de algún tiempo el esposo dormirá con el niño en brazos, librando a la mujer de una obligación molesta. Una de ellas expresaba su sentir del siguiente modo: *Es bueno que en una casa haya dos niños; uno para dormir con el marido en un extremo de la casa, el otro para dormir con la mujer, en el otro. Así, marido y mujer no dormirán juntos.*

Las variantes del cuadro sexual son muy ligeras. Los espíritus no interfieren en absoluto en ningún caso que no implique la actividad héterosexual. Todos los demás tipos de conducta sexual se hallan envueltos en la atmósfera general de vergüenza relativa al sexo, mas están libres del estigma del pecado. Los niños practican la masturbación, pero siempre en la soledad y la soledad es difícil de lograr. No parece dar lugar a significativos concomitantes psicológicos; como todo acto de excreción es considerado lamentable y debe ser ocultado, pero sin engendrar un sentimiento particular de vergüenza. La superficial masturbación de las muchachas no parece disminuir su frigidez en el matrimonio. La homosexualidad se manifiesta en ambos sexos, mas muy raramente. Los nativos toman en cuenta tales casos y cuando ocurren entre jóvenes no casados los comentan en tono risueño, exponiéndolos públicamente en las reuniones entre hombres. La sodomía es la única forma de perversión acerca de la cual recibí una relación. Las relaciones homosexuales entre mujeres son raras y enérgicamente repudiadas. Nunca conocí casos de definida inversión, pero hubo algunos de inestabilidad mental, reveladora de anomalías sexuales, con manifestaciones de exhibicionismo y de grosera obscenidad.

No se conocen, al parecer, refinamientos ni la utilización de diversas zonas erógenas en las relaciones héterosexuales. (Todas estas observaciones sobre el sexo deben ser consideradas como glosas, pues en una

sociedad tan puritana es difícil obtener información directa sobre la materia.) Todo juego en torno a las cosas del sexo queda excluído en razón del monopolio reservado en tal aspecto a los primos carnales. Una mujer a quien su marido pregunte si puede tocarle los pechos, contestará indignada: *No; esto corresponde únicamente a mi primo.* La renuencia de las mujeres y la inculta brutalidad de los hombres ofrecen pocos estímulos a la experimentación.

Los jóvenes solteros mayores de veinte años constituyen una indudable amenaza contra el inflexible código sexual de la aldea. Los enredos con muchachas o con mujeres casadas son el resultado casi inevitable. En Peri había dos muchachos en tales condiciones. Uno de ellos era de mentalidad inferior, brutal, deshonesto, indigno de confianza, hijo de un padre negligente cuyo linaje era igualmente despreciable. El breve lance que tuvo con su prima Lauwiyan había causado la enfermedad de la pequeña Popitch y trajo infortunio y vergüenza para la soberbia Lauwiyan. Llegó a tener también enredos con dos muchachas que se encontraban de paso en la aldea. No pudiendo comprometerse ni contraer matrimonio a causa de la pobreza y la imprevisión de su padre, representaba un verdadero problema para la aldea. El otro joven era Tchokal, quien posteriormente huyó de la aldea acusado de adulterio con la mujer de un hombre principal, hecho que epilogó con la muerte de la culpable. No había podido conseguir novia porque ningún padre quería entregarle la hija ni entrar siquiera en tratos con él, debido a que se negaba a confesar su pecado.

Los *manus* llevan la doctrina de la confesión hasta sus últimas consecuencias. Pecado que se confiesa, queda borrado.

No tienen palabra equivalente a *virgen* y una desgracia seguida de confesión es sólo temporaria. No se desiste de un matrimonio previamente concertado porque la novia haya tenido un desliz; en cambio, se adelanta la fecha de la ceremonia correspondiente. Sólo los pecados ocultos desatan la cólera de los espíritus. Una vez confesados y pagada la multa pertinente a los custodios mortales del espíritu, dichos pecados dejan de ser motivo de enfermedad o muerte. Un hombre referirá su aventura con una mujer en los términos más sencillos e impersonales, dando nombre, fecha y lugar, siempre que pueda agregar finalmente algo de este tenor: *Más tarde, mi hermano cayó enfermo. Confesé mi pecado, pagué una multa y mi hermano sanó.*

La comunidad observa una actitud fría y recelosa hacia el pecador que rehusa obstinadamente confesar su culpa. Establecer una alianza con tal individuo equivale a tentar la muerte. Así, Tchokal sigue célibe, pero ha sido ya demasiado gastado por los años para ser peligroso. Al

decir de la gente, algún día casará con una viuda, pues ya no puede aspirar a una mujer joven.

La obligación de confesar los pecados cometidos corre pareja con la de revelar los pecados que uno pudiera descubrir incidentalmente. Cuando Paleao era un niño, trepó, sin previo aviso, dentro de la habitación de su primo, para hallar que éste, un hombre de treinta y cinco años, copulaba con la mujer de su tío, una cincuentona. Paleao descendió rápidamente, temblando de vergüenza y de miedo. ¿Sobre quién iba a caer la cólera de los espíritus? No tuvo que esperar mucho para saberlo. Una semana después el primo se enfermó de malaria cerebral. Hallábase al borde de la muerte, demasiado enfermo para confesar su pecado; la mujer del tío se había marchado de visita a otra aldea. El niño, entonces de diez años, se elevó a la altura de las circunstancias y *"salvó la vida de su primo". Si no hubiera procedido así* —decía— *mi primo hubiera muerto seguramente y su espíritu, enfadado, me hubiera matado por no revelar la verdad que yo conocía.*

Las consecuencias del pecado son algunas veces tan complejas que trastornan los compromisos ordinarios del matrimonio. Tal era el caso de Luwil y Molung. Ambos vivían en la misma casa, perteneciente al hermano de la madre de Luwil y a la hermana del padre de Molung, y eran novios. Mutchim, jefe de la casa, partió en un largo viaje hacia Mok, con una canoa pesadamente cargada de sagú. En su ausencia y hallándose la casa al cuidado de una anciana sorda, Luwil y Molung dormían juntos. Esto ocurrió durante tres noches, cuando de pronto resonaron en la aldea los golpes fúnebres. Una canoa procedente de Mok trajo la noticia que Mutchim no había llegado ahí. Los tambores resonaban a muerto y un impresionante lamento se esparció por la aldea, al mismo tiempo que se despachaban rápidamente tres grupos en busca del extraviado. La aldea estuvo dos días bajo una impresión de dolor e incertidumbre. Luego llegaron noticias dando cuenta que la canoa de Mutchim había volcado en medio de una tempestad, perdiendo todos los víveres que llevaba a bordo, pero después de haber flotado sin gobierno durante dos días, arribó con su dueño sano y salvo al lugar de destino. Ni Molung ni Luwil dudaron un momento que se trataba de un castigo por el pecado que ellos habían cometido; temerosos de afrontar al colérico Mutchim, hicieron algo muy poco común: huyeron en busca de refugio hacia una aldea situada en el continente, donde Luwil tenía un amigo.

Furiosos y disgustados como se hallaban los padres de la pareja, se apresuraron a ratificar el matrimonio con un intercambio de bienes. Dejar que los jóvenes vivan un día más en pecado hubiera significado

provocar nuevos desastres. Mediante un rápido reajuste de deudas, fué planeado el matrimonio entre la novia de Luwil y el novio de Molung, de modo que los más apreciados arreglos financieros se salvaron del naufragio. Pero tales casos de ostentosa temeridad son raros; es poco frecuente que uno tenga buenos amigos entre gente de otra tribu, y ningún hogar *manus* dará refugio a una pareja culpable. El ultrajado espíritu de la casa castigaría de inmediato a sus habitantes. Luwil y Molung eran también uno de los pocos matrimonios felices, quizás porque sus relaciones comenzaron por elección propia.

La observación del código sexual de la comunidad no se basa en el respeto a las relaciones íntimas, ni tampoco en un concepto del amor o de la lealtad, sino simplemente en los derechos de propiedad y en el temor a los espíritus. El ideal de todos los hombres residía en la edad de oro —que cada cual consideraba que había existido en la generación anterior— cuando los espíritus no se interesaban por los amores terrenales y era permitido agarrar de los cabellos a cualquier mujer que se encontrara sola. El rapto, la captura rápida y repentina de una mujer que se resiste es todavía un ideal para los hombres.

Solían contar con satisfacción la historia de cómo consiguió Pomalat a su robusta y corpulenta mujer. Ésta había hecho una carrera variada: fué seducida por un primo y luego vivió con un hombre de Rambutchon, teniendo mayor conocimiento de las cosas del sexo que el término medio de las mujeres *manus*. Su tío quería casarla con Pomalat, joven insignificante, delgado y de baja estatura, a lo cual ella se negaba. Vivía como viuda recatada y, al decir de Ngalowen, reclamaba un precio más alto que otra que no lo fuera, probablemente para compensar a sus parientes por las molestias que les había causado. Ngalowen también había rehusado casar con Pomalat. Por fin éste, ayudado por otros tres jóvenes secuestró a la mujer, llevándola a un lugar de tierra firme. Al cabo de tres días, decían los hombres gravemente, *ella dejó de resistirse*. Un hecho de esa índole había ocurrido una sola vez, según se tenía memoria, pero todos los hombres consideraban que era ése un excelente medio de hacer entrar en razón a una mujer.

No había en la aldea más que dos mujeres de mala conducta. Una de ellas era Ngapan, la segunda mujer de Poiyo; la otra era la viuda Main. Ngapan tuvo relaciones secretas con Selan y quedó embarazada. Las mujeres le echaban en cara su estado, pero ella se burlaba diciendo que un encantamiento mágico había hinchado su cuerpo. Luego cayó enferma una hermanita de Selan y éste confesó lo ocurrido ante un primo suyo, pidiendo solamente que el hecho no se hiciera público antes que él abandonara la aldea. Cuando la preñez de Ngapan llegó a ser incon-

fundible, la familia de la muchacha la vistió de novia y la llevó a la casa de un hermano mayor de Selan, quien, advertido de lo que se intentaba, atrancó la puerta y huyó a la manígua. La rechazada novia hubo de volver a casa de los suyos. Dió a luz una niña, la que murió poco después. No podía esperarse que los espíritus protegieran a una criatura tan desvergonzada. Durante dos años vivió Ngapan hoscamente en su casa, pero después contrajo un enredo ilícito con Poiyo, casado con una mujer tonta y trabajadora. Ngapan quedó nuevamente embarazada. Su familia amenazaba llevar el asunto ante el tribunal del hombre blanco y Poiyo hubo de desposarse con ella, en calidad de segunda mujer, legitimando a su hijo y cargando a la aldea una querella autorizada. El niño fué considerado legítimo, de modo que no había ningún hijo ilegítimo en la población.

La otra mujer, Main, había enviudado cinco veces. El único hijo que tuvo, murió al nacer. Después de la muerte del primer marido, contrajo nuevas nupcias, abandonando al segundo esposo. El tercero se apoderó de ella por la fuerza, pero Main lo abandonó, volviendo con el segundo esposo, quien murió al poco tiempo. Un cuarto y un quinto marido, con los cuales comenzó a relacionarse clandestinamente para formalizar luego la situación, siguieron igual camino. Su vida matrimonial estaba jalonada de infidelidades. Del clan Pontchal, al que pertenecía, sólo habían sobrevivido dos hombres; todos los demás fallecieron en la epidemia de influenza. Los nativos creían firmemente que los únicos sobrevivientes debían su suerte al hecho de haber confesado sus intrigas amorosas con Main, en tanto que los demás sin duda las ocultaron. Era una mujer alegre, impúdica, sensual, segura de sí misma, devota de sus sobrinos y sobrinas, los que quedaron después de la muerte de sus hermanos y hermanas, víctimas de los pecados que ella cometiera. No dejaba de ser un tanto estúpida; de noche daba rodeos, temerosa de los espíritus de sus cinco esposos difuntos.

Hubiera sido una mujer de virtud frágil y complaciente en cualquier sociedad. Su reputación, adquirida en la primera juventud, atraía a los jóvenes, mientras que los hombres maduros se jactaban de haber resistido sus perversas tentaciones. ¿No había exterminado acaso a los hombres de Pontchal y quería ahora hacer lo mismo con los de otros clanes? Su sensualidad no era considerada como un pecado de la carne, sino como una maliciosa tentativa dirigida contra el género humano. Era la encarnación de la mujer pecadora a que se referían los antiguos padres cristianos. Allí donde la frigidez era regla corriente hasta después del primer alumbramiento; donde el disgusto y el fastidio por las cuestiones del sexo eran tan comunes y donde la licencia sexual causaba la en-

fermedad y la muerte, los hombres sólo podían concebir una mujer de ese tipo como a una especie de furia persecutora, y esperar tener bastante fortaleza para eludir sus asechanzas. Mas una comunidad *manus* es demasiado democrática e inorgánica para concertar una acción colectiva contra el peligro social que representaba Main.

El conjunto corresponde al cuadro de una sociedad puritana, cuya vida sexual se halla sometida a rígidas normas, mantenidas por vía sobrenatural y estrechamente vinculadas al régimen de la propiedad. Interferir en arreglos matrimoniales donde se invirtieron diez mil dientes de perro es una herejía. Junto con ese destierro del motivo sexual en la vida de relación, se manifiestan otros rasgos secundarios. Las blasfemias más corrientes son referencias a las partes pudendas o a las actividades sexuales de los difuntos, tales como: *Dentro de la vagina de mi madre* y *Ve a copular con mi padre, que está muerto.* Esto ocurre en una sociedad que excluye toda mención de actos sexuales, salvo cuando se hace en tono de broma entre ciertos parientes o cuando un padre ultrajado por el pecado se dispone a castigar a sus hijos.

Los vestidos y adornos, exentos del propósito de agradar al sexo opuesto, constituyen una exhibición de potencialidad económica y es así como los individuos se engalanan sólo para las fiestas de carácter comercial. Las hierbas olorosas se usan raramente. Los rostros se pintan como manifestación de duelo o como defensa contra los espíritus hostiles. Las formas más esmeradas de ornamentación son consideradas como motivo de duelo o como manifestación financiera. Aun cuando su permanente contacto con el agua los mantiene moderadamente limpios, los *manus* ofrecen pocas veces el aspecto de estar bien arreglados. Los jóvenes, reunidos en la casa destinada al efecto, solían engalanarse ocasionalmente, atando sus largos cabellos de manera estructural, en el extremo del cráneo y enrollando hojas en torno del cuello y de los brazos. Con tales atavíos desfilaban por la aldea, batiendo ruidosamente el tambor, como para subrayar la falta de objetivos de semejante proceder.

No existe en su lenguaje la palabra *amor*. No se conocen canciones amorosas, ni mitos románticos, ni simples danzas sociales. Los *manus* sólo danzan, de modo característico, con motivo de una importante transacción comercial y después de un período de duelo, *"para arrojar el polvo del piso de la casa"*. Un hibisco colocado en los cabellos no es un signo de amor, sino un signo de magia. La aldea duerme sosegada bajo la luz de la luna; el agua silenciosa refleja la sombra de las casas y de los árboles, pero no se oyen sones de canto o de danza. La gente menuda está dentro de las habitaciones. Sus padres rien en las galerías o celebran sesiones a puertas cerradas, procurando descubrir pecados.

IX

LA ADOLESCENTE

LA PUBERTAD significa para las niñas el término de los juegos, de las alegres compañías y del vagar despreocupado, para dar comienzo a la responsabilidad de la vida adulta. Los tabúes que para algunas empezaron en plena infancia, junto con el respectivo compromiso matrimonial, rigen ya para todas las muchachas, pues es muy difícil que alguna no esté comprometida después de haber alcanzado la pubertad. No se trata, en verdad, de la iniciación de una nueva vida, sino de la eliminación final de los elementos placenteros de la etapa anterior. La niña no cumple tareas inéditas; simplemente hace más trabajos en abalorios, elabora más *sagú* y emplea más tiempo en la pesca. No contrae amistades nuevas, pero tiene cada vez menos oportunidades de relacionarse con las antiguas.

El momento de la pubertad es celebrado mediante una ceremonia pública. Cuando una muchacha ha tenido las primeras menstruaciones, su padre o tutor (es decir, el pariente que tiene la responsabilidad de financiar su matrimonio) arroja al agua gran cantidad de nueces de coco. Todos los niños de la vecindad se zambullen entonces, vociferando y pugnando por alcanzar las nueces. Así circuló en la aldea la voz de que Kiteni había llegado a la pubertad. El acontecimiento, contemplado sin ningún embarazo, es importante para los adultos porque dará motivo a una gran ceremonia, y lo es para los niños porque habrá para ellos una especie de fiesta infantil en casa de la pubescente.

Kiteni estaba colocada en medio de un pequeño cubo hecho con esteras, casi en el centro de la habitación. Había sido peinada con ostentosa perfección y su cuello estaba rodeado por un collar de dientes de perro. Durante cinco días debía permanecer sin salir de su pequeña habitación.

No podía comer budín de hojas de *taro,* ni el pastel conocido con el nombre de *tchutchu,* ni *taro,* ni la fruta llamada *ung,* ni ninguna especie de mariscos. Los alimentos que ingería debían ser preparados espe-

cialmente por su madre, en vasijas reservadas y sobre un fuego particular. Le estaba prohibido hablar en voz alta y tampoco era lícito dirigirse a ella con igual voz o pronunciar su nombre de manera audible. Cada noche venían algunas niñas, sobre todo las más pequeñas, a dormir junto con la adolescente. Entraban después de la caída del sol y se acostaban sobre esteras tendidas sobre el piso, apretujándose unas contra otras. Al amanecer se marchaban furtivamente, sin tomar desayuno, pues la familia no tiene obligación de alimentar a toda una horda de visitantes. Cuando venían a pasar la noche jóvenes casadas, se les servía alimentos antes de partir. Algunas de las niñas volvían al promediar el día para jugar con Kiteni a la "cuna del gato" o para echarse tranquilamente sobre el piso, murmurando fragmentos de canciones.

Entretanto, los adultos de la familia de la muchacha estaban muy atareados. Cada día debían entregar grandes ollas llenas de *bulukol,* una sopa de cocos, a los familiares del prometido de Kiteni. Cuando la canoa llegaba a la casa de éstos, se arrojaban dentro de las ollas ciertas piedras calentadas al máximo, de modo que el presente venía rodeado de un vaho. (A través de los ritos concernientes a la pubertad se manifiesta siempre un símbolo del fuego o del calor.) La familia del prometido debe retribuir el regalo con una porción de pescado que la futura suegra trae al amanecer, dejándolo depositado sobre la plataforma de la casa, absteniéndose de entrar. Los hermanos y los tíos paternos de Kiteni debían pescar para ella; la abuela y las tías paternas comían las cabezas de los pescados y la muchacha consumía el resto, teniendo cuidado de conservar íntegros los esqueletos, los cuales eran colgados sobre la cabeza de aquélla, como un alarde del éxito obtenido en la pesca. Los hombres de la familia se dedicaban de lleno a la tarea de elaborar o de negociar sagú, realizando incluso largos viajes a ese efecto; todos los que eran parte en el proyectado matrimonio de Kiteni se hallaban involucrados en la obligación; un hermano de la muchacha residía en la isla de Mok y se le envió un mensaje con el fin de que hiciera efectiva su contribución de sagú. No era cosa de hacer un aporte mezquino. Kiteni iba a casarse con Kaloi, el hermano menor del difunto Panau. Paleao, hombre de gran capacidad económica, financiaba el matrimonio. Los negociantes de tierra firme, que mantenían relaciones comerciales con la familia, fueron importunados en demanda de sagú; los hombres elaboraban sagú durante el día y pescaban de noche con el fin de poder adquirir mayores cantidades de sagú.

Al cabo de cinco días tenía lugar la primera fiesta donde se celebraba la exoneración de los tabúes que pesaban sobre la muchacha. Era una ceremonia largamente esperada por todas las niñas, y considerada

por los hombres como osada exhibición de conducta femenina. Comenzaba a la caída de la noche. Se preparaba una gran cantidad de antorchas de bambú y se amontonaban trozos de sagú crudo. La casa, brillantemente iluminada por las antorchas puestas en cada uno de los hogares, se llenaba de mujeres y de niñas. La última en llegar era la abuela paterna de Kiteni. La niña, que apenas podía contener la risa, estaba obligada a correr a lo largo de la casa, perseguida por la abuela que agitaba sobre su cabeza una antorcha ardiente. Kiteni corría sin convicción y todos reían de la abuela, que simulaba perseguirla y luego pronunciaba un encantamientos, manteniendo en alto la antorcha.

Mientras tanto, las muchachas cargaban las tazas de sagú crudo en una canoa, colocaban en ella los haces de antorchas y se lanzaban a recorrer la aldea, agitando las antorchas y haciendo caer una lluvia de chispas. Tres niñas encontradas en el camino saludaron la canoa, chapaleando vigorosamente en el agua. Al llegar junto a la casa de un hermano, un tío o un abuelo de la festejada dejaban sobre la plataforma un pastel de sagú y una antorcha. Las calles de la aldea estaban vacías de canoas. Atraída por las voces o por el resplandor de las antorchas que se reflejaba a través de las tablillas del piso, la gente se agolpaba a las puertas, inclinaba el cuerpo hacia fuera y saludaba con gritos y risas. Una vez distribuídas las porciones de sagú y colocada la última antorcha junto a la escalera de una casa, la partida retornaba, un tanto más silenciosa, a casa de Kiteni, donde continuaba la fiesta.

Kiteni tenía ya libertad de andar por la casa, de salir a la plataforma o de echarse al agua, siempre que lo hiciera en la oscuridad de la noche o durante la lluvia. No le estaba permitido aún alejarse de la casa mientras brillara el sol.

Siete días después se celebraba otra fiesta, la *Fiesta de la Terminación de la Sopa de Cocos,* solemnidad que requería la preparación de tres platos distintos: budín de *taro* y aceite de coco, pastel de sagú y coco y budín de *taro* y cocos asados. Las mujeres de la familia de Kiteni distribuían cuidadosamente esos manjares en tazas labradas, las que se colocaban sobre la plataforma de una canoa, para transportarlas hasta la casa de la futura madre política de Kiteni, quien recibía formalmente el presente y efectuaba la correspondiente distribución entre sus cuñadas; éstas ayudarían luego a cumplir con la retribución prescrita, mediante trabajos en abalorios. Por cada escudilla de víveres, debían entregar un cinto. Esto daba fin al intercambio de sopa y pescado.

Cinco días más tarde tenía lugar una tercera fiesta. Era la fiesta más amable y más femenina que se conocía en Peri. En ella no se contraían ni se saldaban deudas. Estaba destinada a todas las mujeres del clan y a

las que habían contraído matrimonio con hombres pertenecientes al mismo. En el centro de la habitación, sobre una estera extendida al efecto, sentábase Kiteni, la *piramatan* —literalmente "propietaria"— de la fiesta. Presidía la ceremonia la mujer de su tío, el cual pagaba los gastos de su matrimonio. En torno a los hogares se sentaban las mujeres del clan. En un extremo de la casa se ubicaban las cuñadas de su madre y en el otro las jóvenes cuñadas de la festejada, mujeres casadas con los "hermanos" de ésta. Había escudillas con víveres reservadas a las muchachas comprometidas con jóvenes de la casa. Cada huésped traía una escudilla con comida, que era colocada sobre la estera, frente a Kiteni; la tía las adornaba con brillantes nueces de areca y con hojas de ají, a la vez que hacía la distribución pertinente, diciendo: *ésta es para la mujer de Malean; ésta es para la mujer de Pokus.* Luego se pasaban formalmente las escudillas de un grupo a otro. Seguía de inmediato una amigable discusión entre la tía y la abuela de Kiteni acerca de quién de ellas cumpliría la ceremonia de suministrar taro a la festejada. La cuestión se decidía en favor de la tía y entonces la abuela se lavaba cuidadosamente las manos, tomaba un gran puñado de taro, lo convertía en una pelota y recitaba la siguiente letanía:

"Pomai!
Tchelantune!
Tomo el taro de Paleiu —¡el es fuerte!
Tomo el taro de Sanan —¡él es fuerte!
¡Los dos abuelos son fuertes!
Para el descendiente de Pomai,
Para el descendiente de Tchelantune.
Ella come nuestro taro.
Ojalá haya fuego en sus manos.
Ojalá encienda tempranamente el fuego para su madre política.
En la noble casa que recibe esta prenda.
Ojalá sepa soplar el fuego del hogar
Y cuidar debidamente la fiesta funeraria,
la fiesta del desposorio,
la fiesta del alumbramiento.
Hará el fuego con presteza.
Sus ojos verán con claridad junto a su lumbre".

(La abuela echa un puñado de *taro* en la boca de la novia.) Luego toma otro puñado y continúa:

"Pongo en su boca este alimento
para hacer brillar el fuego,
el fuego de los funerales,
el fuego del intercambio de presentes
y de toda otra festividad".

(Vuelve a hacerle ingerir *taro.*)

"Doy taro *a la hija de Palein,*
A la nieta de Sanan,
A la nieta de Posanau".

(La niña come *taro.*)

"Cuando tenga dolor no debe gritar tan sólo:
¡Madre mía!, ¡Madre mía!
Debe llamar por su nombre a ciertas personas.
Entonces todos comprenderán".

(Nueva ración de *taro.* Luego continúa el cántico la viuda Polyon, hermana del difunto padre de Kiteni):

"Le doy este manjar,
Este bocado de taro.
Ella comerá nuestro taro.
Y recitará nuestros cantos funerarios.
Su boca se hará más flexible
Y ella será más perspicaz.
Todos los miembros del clan de Kamatachu
Han muerto.
Sólo yo quedé viva.
Ponemos en su boca un puñado de taro.
Yo le doy mi fuego.
Ella lo tomará en sus manos.
Es el fuego del intercambio de presentes.
De todo lo que pertenece al intercambio de presentes.
Ella lo dará a su madre, a su padre, a sus hermanas, a sus hermanos".

Ahora es el turno de Ngatchumu, otra tía de la muchacha. Ngatchumu es inexperta en tales ceremonias. Vacila y balbucea, mientras la abuela

de Kiteni le apunta en voz baja. En la mitad del recitado se detiene y pregunta: ¿Ya está todo?

He aquí su cantinela:

"Ponkiao,
Poaseu,
Ngakeu,
Ngatchela,
Ésta es vuestra nieta".

(Le sirve *taro.*)

"Que encienda ella su fuego con la lumbre que yo le entrego.
Todas las mujeres de la familia de su padre,
Todas las mujeres de la familia de su madre,
Deben darle prontamente conchas monetarias.
Pues ella está con las manos vacías".

Continúa la hilaridad causada por la ignorancia de Ngatchumu. Las mujeres comienzan a servirse *taro* mutuamente y pronuncian encantamientos burlescos; reina una alegría inusitada. De tanto en tanto una mujer levanta la voz para hacer callar a un grupo de niños que juegan debajo de la casa. Terminada la fiesta salen las mujeres y encuentran una flotilla de canoas que las esperan para llevarlas a sus respectivos hogares; los maridos, que conducen las canoas, tienen el aire aburrido de los hombres que han pasado largo rato esperando a las puertas de un club femenino.

Los parientes del prometido ofrecerán luego otra fiesta en la cual los manjares serán decorados de un modo especial. Se cortarán trozos de coco en forma de flores estrelladas: colocados en los extremos de otros tantos palos, dan la impresión de grandes lirios de tallos rígidos. Entre medio de esas flores simuladas se colocan nueces de areca, sobre sendos soportes, semejando pimpollos. El conjunto decorativo es puesto dentro de escudillas de *taro.*

Esto daba fin a las ceremonias menores. Quedaba sólo por efectuar el gran intercambio con la familia del prometido. Kiteni debía permanecer en la casa hasta que esa operación sea completada. Los días pasaban lentamente. Las chiquillas iban con menos frecuencia a dormir a su casa. Cada vez más solitaria, debía ocuparse de sus obligaciones, preparando diversos trabajos de abalorios para su ajuar. Finalmente, al cabo de dos meses, los parientes reunieron la necesaria cantidad de cerdos

y el volumen suficiente de sagú y de aceite. Un día antes de la gran transacción, Kiteni fué definitivamente liberada de sus tabúes. Las mujeres de su familia habían preparado montones de pelotas de sagú, del tamaño de una toronja, depositándolas luego en grandes escudillas labradas que a su vez se colocaban en varias canoas. Kiteni, portando atavíos muy sencillos —collares de dientes de perro, ajorcas con abalorios— descendía las escaleras en hombros de la abuela. La canoa era conducida hasta un bajío apartado y lleno de malezas. Estaban allí reunidas todas las mujeres de la aldea. La flotilla, ocupada por madres e hijas, por ancianas achacosas y niñas de corta edad, se extendía a lo largo de quinientos pies. Kiteni permanecía de pie en medio del bajío, mientras la abuela echaba aceite sobre la cabeza de la niña, canturreando al mismo tiempo.

Luego rompía una nuez de coco, derramando el jugo sobre el cuerpo de la muchacha y pronunciando otro encantamiento.

Concluída la ceremonia, todas las muchachas saltaban al agua y salpicaban a Kiteni, riendo, gritando y promoviendo la mayor algazara posible. Luego se iban nadando y volvían con pequeñas bandejas, con las que distribuían disimuladamente refrescos y pelotas de sagú, entre las diversas canoas. Luego todo el convoy regresaba a la casa. Kiteni era vestida con los pesados atavíos correspondientes a una novia y todas las arcas de la aldea eran registradas para engalanar también a las demás niñas, con sartas de conchas y delantales de abalorios. Finalmente, la comitiva desfilaba por la aldea en una esbelta canoa. Los pesados arreos ocultaban por completo las formas juveniles de la muchacha. Al día siguiente se exponía, en idéntica procesión, todo el sagú acumulado por la familia, depositándolo luego en el pequeño islote, donde se hacía la entrega a la parte opuesta, en medio de impresionantes oraciones.

Cuando las jóvenes hablan de sus respectivas ceremonias de la adolescencia destacan siempre con énfasis los mismos puntos: el número de niñas que vinieron a dormir con ellas, la gran algazara en el agua y la magnitud de las riquezas desplegadas en la oportunidad. La pobre Ngalep era la única muchacha de la aldea que había sido comprometida después de su primera menstruación, de modo que tuvo una ceremonia harto mezquina. Conservan de esa celebración un grato recuerdo, como de un alegre acontecimiento social que permite gozar de hermosos festejos, sin los desagradables concomitantes que trae la ceremonia igualmente fastuosa del matrimonio. La relación entre esa fiesta y el hecho de la menstruación no parece tenerse fundamentalmente en cuenta. La menstruación es algo que jamás se menciona y acerca de lo cual los jóvenes nada saben, fuera de lo referente al hecho inicial. La aparición

del fenómeno es relegado en el espíritu de la muchacha como secreto vergonzoso y su mente lo desglosa del recuerdo de la ceremonia puberal, de la que ella se siente tan orgullosa. Una ceremonia semejante, incluyendo la distribución de sagú crudo y de antorchas, con la consiguiente partida acuática, tiene lugar en la *memandra,* fiesta que se celebra en la víspera inmediata del matrimonio.

Hay otro período de tabú y de intercambio de presentes entre los parientes del padre y los de la madre, cuando agujerean las orejas de la muchacha; pero esa ceremonia, que describiremos en detalle más adelante, cuando nos ocupemos de los jóvenes adolescentes, es relegada a un lugar secundario, en el caso de las niñas, por la celebración más espectacular de la pubertad.

Llegada a la pubertad, comprometida, respetable, sometida a los consiguientes tabúes, la niña ha de consagrarse tranquilamente a sus tareas cotidianas, sometiéndose en silencio a una eterna supervisión. La menor apariencia de escándalo da motivo a la condenación pública con su exagerada marca de ignominia. La mayoría de las niñas prefieren someterse, como Ngalen, trabajando empeñosamente y procurando llegar a ser esposas virtuosas y resignadas. Ninguna muchacha puede permitirse sostener una larga rebelión. Si llegara a pecar, no sólo estarían en peligro de muerte ella y su cómplice, sino también todos sus parientes y los parientes de su prometido. Los espíritus, siempre vigilantes, no perdonarían la ofensa. Suele ocurrir, sin embargo, alguna aventura rápida y subrepticia, provocada por una tentación ocasional. Ngaleap era una muchacha rolliza, risueña, fuerte, de buen carácter y ligero hablar, que a los dieciocho años no podía aún tomar la vida en serio. Había sido comprometida con un joven que residía en otra aldea, donde fuera adoptado, y a quien ella no conocía en absoluto. Se sentía mortalmente aburrida de envolverse apresuradamente en su manto o de ocultar su rostro cada vez que se acercaba un habitante de Patusi. Esta aldea se hallaba sólo a media milla de distancia. Los hombres de Patusi iban y venían con frecuencia, interrumpiéndole la pesca y haciendo imposible su permanencia en casa de las amigas. Eran hombres a quienes conociera durante toda su vida, ¿por qué no habría de bromear con ellos? La gente de la aldea movía la cabeza y refunfuñaba que Ngaleap observaba sus tabúes en forma muy descuidada. Dos años antes había llegado a Peri, como visitante, un mozo llamado Kondai. Tenía veintitrés años, era alto y arrogante y estaba acostumbrado a una vida placentera, habiendo pasado muchas lunas a bordo de una pequeña goleta mercante. Más de una vez vióse obligado su patrono a levar anclas precipitadamente para huir de la cólera de los aldeanos, furiosos porque había permitido desem-

barcar a Kondai. Ngaleap dormía en casa de un tío y una mañana, muy temprano, se vió que el joven se alejaba sigilosamente de dicha casa. Nadie era capaz de probar que hubiera sucedido algo particular. No obstante, Ngaleap fué rudamente azotada. Dos casos de enfermedad fueron atribuídos a su pecado; a Kondai se le exigió que abandonara la aldea. Al cabo de dos años la goleta ancló junto al arrecife. Ngaleap, Ngaoli y una robusta viuda que había estado entre los hombres blancos, se acercaron subrepticiamente a la embarcación y subieron a bordo, donde permanecieron una hora, mientras Kondai utilizaba la canoa de las mujeres para salir a pescar. Los tripulantes refirieron el caso al comerciante blanco y éste lo contó al tío de Ngaleap. Decíase también que Kondai se jactaba de que iba a casarse con la muchacha. El tío llamó a gritos a Ngaleap y a sus compañeras de aventura. Las tres acudieron al pequeño islote, tristes, avergonzadas, envueltas en los mantos del tabú. No reconocían otra cosa que la visita a la embarcación, negando todo lo demás que se pretendía atribuirles. El tío rugía:

—Ese Kondai te ha poseído ya antes. Ahora sé que te poseyó antes. Y tú aun piensas en él. ¿No te previne acaso que su magia era fuerte y que debías cuidarte cuando venía a la aldea? Oye, muchacha miserable, yo pagué por tu matrimonio cinco cerdos y un millar de paquetes de sagú. ¿Quién, crees tú, pagó todo eso? Fuí yo, yo, tu tío. ¿Dónde está tu padre? Ha muerto. ¿Dónde está tu madre? Ha muerto. ¿Quién pagará tu matrimonio si yo te abandono? ¿Quieres traer la desgracia sobre nuestra casa?

El padre adoptivo de Ngaoli se manifestó en diferente forma. Era un hombrecillo insignificante e inestable. Sus cuatro sucesivas esposas no le dieron ningún hijo. Sus hermanos habían muerto. Presa de incontrolable histeria, danzaba en torno al islote y vociferaba contra Ngaoli, diciendo que él la había criado, la había alimentado y rodeado de cuidados y ahora, por culpa de ella, iba a morir; los espíritus le matarán por el pecado de la muchacha; sí, seguramente morirá, él, último vastago de su linaje, asesinado por el pecado de Ngaoli.

Después que ambos hubieran terminado con sus imprecaciones, tocó el turno a los demás parientes masculinos, quienes contribuyeron con su parte de injurias. El grupo iba engrosando sin cesar hasta que finalmente se encontró reunida casi toda la aldea. Cuando los hombres terminaron su requisitoria se acercaron las mujeres pronunciando vituperios en voz moderada, pues se sentían cohibidas por la presencia de tantos hombres; las muchachas estaban abatidas, tristes e indefensas. Durante las semanas subsiguientes andaban con la vista baja, procurando sobre todo eludirse mutuamente. La aldea se mantuvo alerta; no siguió ningún

caso de enfermedad y el furor general fué gradualmente decreciendo. Las muchachas debían haber confesado sin duda sus pecados, pues de otro modo se habría manifestado la cólera de los espíritus. Pero esta prueba pragmática no constituye un remedio para los sentimientos heridos. Una muchacha que no haya pecado carece, sin embargo, de defensa ante la condenadora evidencia que significa la enfermedad o la muerte de un pariente. Depende de la intensidad de su poder el que confiese un pecado no cometido o se encierre en una obstinada negativa.

Desde el momento de la pubertad hasta el del matrimonio, las muchachas no tienen participación activa en la vida de la aldea; se les concede menos libertad pero no más importancia. Jamás cocinan para las fiestas ni efectúan transacciones. En los grandes actos de intercambio de presentes, la muchacha es simplemente vestida y empujada como un maniquí. Los años comprendidos en ese período de su existencia transcurren sin acontecimientos dignos de mención, a menos que algún joven descarado la encuentre sola, penetre furtivamente en su habitación o la sorprenda entre montones de ramas de sagú, junto al río. Simplemente aprende un poco más el arte de elaborar sagú y el de unir las bardas; ejecuta una cantidad de tejidos de abalorios, practica la pesca en los arrecifes, junta leña y va en busca de agua potable.

En torno a ella, sobre su bastidor de abalorios, tras sus inclinados hombros, por encima de su cabeza, bulle una incesante charla acerca de intercambio de presentes, de astutos planes, de trucos mercantiles y comentarios del mercado. La joven no tiene participación directa en todo eso, ni recibe una instrucción formal al respecto, pero poco a poco va absorbiendo las minucias de la vida adulta, aprende a conocer las relaciones familiares, el pasado económico y las obligaciones de cada uno de los miembros de la comunidad. Asiste forzosamente a las ceremonias que se celebran en la casa, puesto que trabaja dentro. Observa cómo los magos hacen hervir sus hojas y cómo escupen sobre el enfermo el jugo de areca, coloreado de alheña; mira cómo derraman sobre la cabeza de la novia o del novio cierto líquido mágico, propicio a la riqueza; ayuda a vestir a sus hermanas casadas y a sus cuñadas para la ceremonia del alumbramiento. Como le está vedado salir de noche y no tiene tanto sueño como cuando era pequeña, yace despierta y escucha los largos coloquios entre espíritus y seres mortales. No puede aún aprender el arte de medium, así como no puede intervenir en el intercambio de presentes. Ambas cosas requieren el estado matrimonial. Entretanto escucha, por fuerza de las circunstancias.

De ese modo transcurren tres o cuatro años durante los cuales hace de espectadora pasiva y un tanto aburrida, mientras aprende de memoria

los elementos de la cultura local. Cuando se case, conocerá mucho más que su marido, lo cual es particularmente importante teniendo en cuenta el papel especial que desempeña la mujer en la economía de la familia. Le corresponde, en efecto, trazar planes, recordar las deudas y realizar una silenciosa labor personal, tendiente a aumentar los bienes del hogar. Un marido joven y estúpido dependerá siempre de la astucia, de los conocimientos sociales y de la sagacidad comercial de su mujer, su consejera obligada en todas las circunstancias. Una recién casada que jamás cocinó manjares para fiestas ocupará su lugar junto a sus cuñadas y cumplirá la tarea satisfactoriamente. Centenares de veces vió cómo se preparaban los platos de rigor. Con igual seguridad sabrá seleccionar los abalorios o los víveres destinados a un intercambio. Los años de atenta observación le permitieron obtener un conocimiento cabal en la materia.

Exceptuando los raros casos de breves y arriesgadas aventuras sexuales, no hay en ese lapso de vida femenino momentos de turbulencia o de frenesí; tampoco se manifiesta un plácido desarrollo de la personalidad. Es simplemente un período de espera, de insípida transición entre los juegos de la infancia y las obligaciones del matrimonio. La edad comprendida en torno de los veinte años representa, en otras sociedades, una ardua adaptación a la vida sexual. Ya se trate de las múltiples aventuras de las samoanas, de la estudiada conducta social de nuestras *debutantes* o de la técnica audaz de las *flappers,* es siempre la atracción del otro sexo lo que más absorbe la atención de las jóvenes. Una muchacha *manus* no tiene necesidad de buscar esposo; sus parientes lo eligieron para ella. No puede tener un amante. Incluso le está vedada la compensación de una estrecha amistad femenina. Debe limitarse a esperar, en tanto sus formas se desarrollan y en tanto va adquiriendo, sin quererlo, un mayor conocimiento del mundo.

X

EL ADOLESCENTE

NO EXISTE celebración relativa a la pubertad masculina. Efectúase, en cambio, la ceremonia de la perforación de orejas, la que tiene lugar entre los doce y los dieciséis años, cuando la situación económica de la familia lo hace más aconsejable. Las fiestas de la perforación retribuyen los grandes gastos que ha hecho el padre en ocasión de sus bodas de plata. Es preciso reunir una apreciable cantidad de cosas y ultimar muchos detalles. La edad y el grado de desarrollo del muchacho son relativamente de poca importancia. Un buen día, al regresar de sus juegos, se le informa que dentro de un mes serán perforadas sus orejas. Si fuera el primero en sufrir esa penosa operación, entre los niños de igual edad, no dejará de rebelarse. Es posible que el padre, continuando la norma establecida, se muestre todavía indulgente; pero por lo común insistirá al respecto. Las mujeres de los hermanos de la madre vendrán en corporación y se quedarán en la casa. La familia del padre prepara un banquete a base de alimentos cocidos. El adolescente es vestido con sus mejores galas; su pequeño cuello ostenta dientes de perro y un vistoso *laplap* proclama su nuevo estado. Tieso e inmóvil, permanecerá sentado junto a su padre, dominado en parte por el orgullo, en parte por la turbación. Ninguno de sus amigos asistirá a la ceremonia; sólo vendrán personas mayores y niños de corta edad. Las hermanas del padre lo tomarán de las manos y le harán bajar hasta la plataforma. Allí, su tío paterno le perfora los lóbulos, empleando un punzón de madera dura. Se insertan pequeñas y blandas astillas en los agujeros y se protege cada oreja con un trozo de corteza de sagú. A partir de entonces, el muchacho se halla bajo severos tabúes. Le está prohibido manejar un cuchillo, encender fuego o bañarse antes de cinco días. Sólo puede comer los alimentos que la preparen sus tías políticas. Cuando abandona la casa, siéntase en actitud rígida y ostentosa en la plataforma de la canoa, mientras sus compañeros, fuertemente impresionados, impulsan la em-

barcación; actuando con mucho agrado como remeros, le quitan todo el tabaco posible, a fuerza de ruegos. Al cabo de cinco días puede lavarse y andar tranquilamente por la aldea. Las demás inhibiciones siguen en vigor hasta tanto los parientes de la madre ofrezcan un gran banquete a los parientes del padre. Si durante ese período infligiera alguno de los tabúes, sus orejas estarían en peligro.

La muchacha adolescente cumple sus tabúes, bajo el vago temor de que algo malo habrá de ocurrirle si no lo hiciera. Pero en el caso concreto de la perforación, la sanción que se espera es igualmente concreta. El culpable o la culpable perderán las orejas, quedarán mutilados para siempre y no podrán exhibir esos pesados adornos en sus lóbulos. Así, el adolescente se somete dócilmente y camina con gran cuidado, como quien prueba andar con muletas después de un mes de haberse roto una pierna. No recibe entonces instrucción alguna ni adquiere nociones que le hagan sentirse más adulto. Simplemente permanece quieto por temor a la mutilación.

Llega a impacientarse si sus parientes demoran demasiado en la celebración del banquete. Cuando al fin las cosas están a punto, el muchacho es trasladado al islote familiar, junto con un grupo de mujeres: la abuela paterna y las tías y primas paternas. La abuela concita a los espíritus de la familia a que le bendigan, haciéndole fuerte para la guerra, astuto para el comercio, tenaz en la labor. Luego queda en libertad para volver con sus compañeros. No se le imparten nuevas enseñanzas ni se le imponen nuevas obligaciones. Torna a jugar a los saltos en el islote, a disputar carreras a la luz de la luna, a coger pececillos de agua dulce. Cuando cicatricen sus heridas, introducirá en los agujeros sendos rollitos de hojas, a manera de alarde, lo cual hará que el próximo muchacho a quien corresponda sufrir la operación la reciba de mejor grado.

Un sólo cambio apreciable se produce en la vida de un muchacho de quince años. Su grupo de juego —donde él y tres o cuatro muchachos de igual edad eran los señores— queda exento de toda participación femenina. En cambio, se ve al frente de un grupo de chicos de unos doce años, persiguiendo chicuelas de diez. Y encuentra que su jefatura es de más fácil ejercicio.

Las niñas de su misma edad, bien desarrolladas, de fuertes brazos y lengua aguda, representaban un serio obstáculo a la supremacía. Ahora ha desaparecido tal obstáculo. Los muchachos de menor edad son esclavos independientes, pero devotos. Por lo demás, no hay nada que hacer sino continuar los viejos juegos. Se forman amistades más estrechas, se constituyen parejas, y ocurren los casos fortuitos de homosexualidad

corrientes en la niñez. Hay mucha algazara, juegos de manos, cuchicheos y participación en secretos escondrijos de tabaco.

Esas amistades suelen ser interrumpidas por la ausencia ocasional de uno de los jóvenes, a quien su padre ha permitido acompañarle en un viaje lejano o porque participa de una partida dedicada a la pesca de tortugas. Día a día los muchachos se hacen más fuertes y robustos. Recorriendo incesantemente las lagunas con sus canoas adquieren pericia en la navegación. Están preparados para la vida adulta, pero no sienten obligación de asumir la responsabilidad consiguiente.

Al referirnos a jóvenes de dieciséis y diecisiete años, debemos señalar el gran cambio que se ha producido en sus costumbres, con respecto a una época relativamente lejana. Veinte años atrás, antes de que se estableciera en las islas del Almirantazgo una autoridad gubernamental, los muchachos de tal edad eran muy hábiles en el arte de la guerra. Sabían arrojar con mortífera puntería sus dardos con extremos de obsidiana, a la vez que esquivar diestramente los dardos enemigos. Eran vehementes, llenos de vida, ansiosos de aventuras. Los motivos de guerra existían siempre. Interesábanles poco las querellas económicas de sus padres y no sentían el apremio de matar a un hombre o de secuestrarle para obtener un rescate. Pero seguían gustosos a quienes les condujeran a la lucha por el gusto de la misma o con el fin de capturar mujeres. Los espíritus prohibían hacer el amor a las muchachas *manus,* pero a semejanza de muchos dioses, no se cuidaban de las mujeres del enemigo. Las mujeres de los *usiai,* de los *balowan* o de los *rambutchon,* eran caza permitida. Incluso las mujeres de otras aldeas *manus* con las cuales se hallaban enemistados, eran presa libre. Los viejos dirigían las partidas bélicas y los jóvenes mataban alegremente a sus adversarios y se llevaban algunas mujeres, fuesen o no casadas. Arrastradas hasta un pequeño islote donde las mujeres de la aldea solían pasear tranquilamente y las niñas danzaban agitando sus faldas como banderas, las infelices cautivas eran violadas por todos los hombres de la aldea, jóvenes o viejos. Luego las encerraban en la casa destinada a los jóvenes. Los captores recibían el tributo de los demás; algunas veces las paseaban entre las aldeas amigas, como medio de obtener ganancias. Para ultrajar más a sus propias mujeres, quienes reprochaban a los espíritus el carácter tan tolerante de tales errores, vestían a las cautivas con diversas galas. Dondequiera fueran, llevaban consigo a las pobres víctimas, por temor de exponerlas al odio vengativo de las mujeres de la aldea. Pero nada hacían para mejorar la suerte de aquéllas, ni les mostraban consideración alguna. Es difícil describir el desbordante rencor con que las virtuosas y respeta-

bles mujeres casadas, de treinta y cuarenta años relataban la miserable vida de una de esas prostitutas. Sobre ellas descargaban los hombres el odio que sentían contra las mujeres, odio excitado por la frigidez de sus respectivas esposas y por las energías contenidas de una juventud que no conoció los placeres del galanteo. Agotada o envejecida en el término de uno o dos años, o bien reemplazada por otra infeliz, la prostituta quedaba en libertad de volver a su aldea natal donde generalmente fallecía poco después. Algunas veces moría en el cautiverio.

La guerra, las danzas de guerra y los brutales desahogos con involuntarias amantes, absorbían entonces las energías masculinas antes del matrimonio. Durante el período comprendido entre la pubertad y los veinte o veinticuatro años, los jóvenes no aprendían ningún arte pacífico ni establecían lazos más firmes con su propia sociedad. No realizaban trabajo alguno, salvo los casos ocasionales en que se congregaban muchos vecinos para levantar una casa o para cubrir otra con bardas, después de lo cual se hacían comidas colectivas. Constituían un grupo de arrogantes y presumidos calaveras, terror de las muchachas de su aldea y azote de las aldeas vecinas.

Actualmente el cuadro es completamente diferente. La guerra y el secuestro de mujeres han sido eliminados. La "casa de los muchachos" es una simple casucha donde los jóvenes golpean ruidosamente con los talones y donde representan parodias de las actividades de los mayores. Las lanzas sólo se emplean en la danza y las querellas con la gente de la manigua se solucionan en los tribunales. Pero la comunidad no tuvo necesidad de descubrir un medio para emplear las energías de sus jóvenes desocupados. Los conchabos del hombre blanco resolvieron el problema. Hoy todos los jóvenes *manus* se marchan para trabajar —durante dos, cinco y hasta siete años— para el hombre blanco. He ahí la gran aventura que todos esperan con ansia. En mérito a ella aprenden el *pidgin* y escuchan embelesados los relatos de los que retornaron después de haber cumplido su período. Los más jóvenes imitan los modales de esos jornaleros y forman pequeñas sociedades paar repartirse el botín que obtienen en conjunto. Nuestro grupo de muchachos de catorce años distribuía entre sus componentes el tabaco recibido semanalmente, tal como lo hacían los jornaleros con su asignación mensual. Nada importante podía comprarse con uno o dos chelines que recibía por mes cada jornalero. En cambio, formando un grupo, uno de cuyos integrantes recibía por turno las asignaciones de los demás, se creaba un fondo de ocho o diez chelines, cantidad que permitía adquirir algo realmente valioso: una linterna eléctrica, un cuchillo, una caja de madera de alcan-

for. Allí, en la apartada aldea, nuestro grupo infantil repetía el ritual, sin sentido práctico, empleando tabaco a modo de dinero.

En la casa de los jóvenes eran frecuentes e interminables las discusiones acerca de los diversos géneros de servicio y de las relativas ventajas que comporta el trabajar para los ingleses, chinos o malayos. Tres situaciones posibles atraían la ambición de los muchachos *manus*: la de tripulante de una goleta, la de policía o la de niñero. La primera significaba la posibilidad de recorrer el mundo, la segunda confería gran poder y prestigio, y la tercera otorgaba el más preciado de los juguetes, una criatura, además de la eventual oportunidad de ir a Sydney. Cuando se vuelva cargado con las compras hechas gracias a los ahorros de tres años, habrá mucho júbilo en la aldea, muchas danzas y resonar de tambores. Se podrá ser generoso en la distribución de valiosos objetos entre los mayores, quienes tienen derecho a ello puesto que enterraron a los muertos de la familia y además pagaron los gastos de esponsales.

Es imposible seguir a los jóvenes a través de sus años de trabajo en el exterior. Algunos fueron agentes de policía y retornan a la aldea con un mayor respeto por la autoridad, con cierto conocimiento de los métodos de gobierno del hombre blanco y con una estimación del tiempo y de la eficiencia. Serán elementos activos en los asuntos de la aldea, tratarán con funcionarios oficiales y representarán ocasionalmente al gobierno. Otros trabajaron en alguna plantación aislada, comieron y durmieron con gente de su propia raza y vuelven con los mismos conocimientos con que partieron. Los jóvenes que fueron tripulantes y que viajaron entre las islas del Almirantazgo, regresan con ligeras nociones de lenguas extrañas y con algunas nuevas amistades en las aldeas cercanas, amistades que serán muy útiles en futuras transacciones comerciales. Todos sienten el temor de volver a la aldea mientras sus antiguos compañeros de juego se encuentran todavía trabajando fuera. De una isla a otra llegan mensajes preguntando: *¿Por cuánto tiempo más firmaste compromiso? Por un año,* es la respuesta, y el que la recibe acepta comprometerse también por otro año. De ese modo, gracias a cuidadosas consultas, tres o cuatro jóvenes "terminan su tiempo" un mismo día, y los tambores baten por más de una pila de cajas o de paquetes de tela ordinaria. La experiencia sexual de los jóvenes emigrados es tan diversa como sus demás experiencias. Algunos van a Rabaul donde hay muy pocas mujeres nativas, quienes, casi inevitablemente, se convierten en prostitutas. Otros, aislados en las plantaciones, caen en la homosexualidad y lamentan el vencimiento de sus contratos. El afecto, la cordialidad, la tolerancia mutua y la participación en las cosas, ausentes en el matrimonio, hallan plena expresión en ese género de relaciones. Pero no

surgen de allí normas capaces de ser trasladadas a la vida del hogar, influída y circundada por múltiples tabúes.

Muchos jóvenes aprenden rudimentos de magia, entregando parte del dinero ganado a cambio de fórmulas destinadas a provocar o a curar enfermedades, a ganar el corazón de una mujer o a obtener bienes ajenos. Los retornantes traen a la aldea un ligero barniz de conocimientos extranjeros, el recuerdo a medias de un padrenuestro en *pidgin english,* un profundo odio a todos los malayos, cierta noción sobre las propiedades del calomel y, además, un montón de objetos heterogéneos: un rosario, plumas de aves del paraíso, cestos de Buka y saquitos de las islas Ninigos, huesos de casuario, cucharas y tenedores robados, cajas de madera de alcanfor con las iniciales de un hombre blanco grabadas en la tapa, la fotografía medio rota de un antiguo patrono. Durante tres años vivieron en un mundo extraño, un mundo que tiene sus propias tradiciones sociales, su economía particular, sus fiestas, sus leyendas, sus enemistades. Todo eso no puede arraigar en la aldea; pertenece a la cultura políglota de los jóvenes retornantes, cuyo lenguaje es el *pidgin english,* cuya moneda son los chelines o el tabaco, cuyos romances son las amistades homosexuales y cuyo lazo de mutua unión es el profundo e inalterable sentimiento de diferenciación del hombre blanco. Sus relatos provienen del mundo de los blancos, de la hechicería de pueblos extraños, de los esotéricos cristales que emplean los nativos de Samoa para causar o para curar enfermedades. Asimismo, pueden referir lo ocurrido a un muchacho de Buka que robó una botella de coñac; contar el caso de la mujer de San Matías que murió a raíz de un hechizo amoroso que le causó un joven de Aitape; hablar de las extrañas costumbres de los nativos de la Nueva Guinea Holandesa, quienes sólo visitan a sus mujeres a ocultas; del muchacho de Kieta, que tenía un encantamiento mediante el cual hacía que el dinero pagado a un comerciante volviera misteriosamente a manos de su primitivo dueño; del patrono que golpeó a un muchacho *manus* que luego fué hallado en la cama, degollado por el padre fantasmal de éste.

En ese mundo extraño, hacia donde fuera en busca de trabajo, el joven *manus* se sentirá unas veces nostálgico, abrumado de trabajo, hambriento, triste y lleno de temor; otras, en cambio, estará alegre, bien alimentado, atraído por nuevas experiencias y amistades. Es un ambiente que nada tiene de común con la vida que deberá llevar al volver a la aldea. No le provee en ese sentido de mejor preparación que la que recibían sus antecesores con la guerra y la rapiña. Por otra parte, los jefes de la aldea, los hombres de mayor poderío económico y por

consiguiente de mayor influencia social, no salieron jamás a trabajar fuera. Sus relatos giran en torno de la guerra y no de las costumbres del hombre blanco. Por respeto a ellos, es preciso evitar las palabras en *pidgin,* salvo las pocas que incluso entienden las mujeres, como las que significan "trabajo", "domingo", "navidad", "relámpago", "arroz', "grasa". En el mundo del hombre blanco había muchas formas de magia perniciosa, pero al menos allí no intervenían los espíritus *manus* para castigar los pecados sexuales. El joven vuelve de pronto a un ambiente que le causa un profundo temor, a una sociedad cuyas normas olvidó, si es que las conoció alguna vez. Los espíritus, de cuya molesta vigilancia estuvo librado durante tres años, parecen tener un vivo interés en el tabaco que regalan furtivamente al pequeño Komatal, quien se ha vuelto tan deseable y bien formado durante su ausencia.

El regreso es celebrado mediante una ceremonia que combina la bendición familiar, el pronunciamiento de sortilegios y un banquete. La bendición recibe el nombre de *tchani* y el conjunto de la ceremonia es designado con la expresión híbrida de *"kan"* (fiesta-del-término-del-tiempo). Se preparan diversos platos, que se envían a las familias que celebraron fiestas similares anteriormente. El abuelo, la abuela o la tía paterna hacen ingerir ritualmente una porción de *taro* al joven regresante, mientras pronuncian el siguiente sortilegio:

Come tú mi taro.
Vuelve tu boca hacia los dientes de perro.
Vuelve la boca hacia las conchas monetarias.
No hay bastante cantidad de conchas.
Ojalá el taro *vuelva tu boca hacia ellas.*
Hacia la abundancia,
Hacia la grandeza.
Vuelve tu boca hacia las transacciones diarias.
Hacia la ganancia del alimento.
Ojalá hagas grandes transacciones comerciales.
Ojalá aventajes y sobrepases a los demás.
A los hermanos y cuantos te rodean.
Come mi taro.
Ojalá llegues a ser rico en dientes de perro.
Ojalá obtengas una gran cantidad de conchas monetarias.

El oficiante echa un enorme bollo de *taro* en la boca del muchacho. Luego toma otro puñado y lo apelotona en la palma de la mano, mientras invoca a los antecesores del clan:

¡Powaseu!
¡Saleyao!
¡Potik!
¡T'cholai!
¡Venid aquí!
Con este taro *que es vuestro y mío,*
Bendigo al hijo de Polou,
Al hijo de Ngamel.
El monopolizará las riquezas,
Entre todos los hombres de su clan.
Ojalá Manuwi sea rico,
Ojalá camine dentro de la casa virtuosamente.
Sin pisar con cautela sobre la tabla central del piso [1]
Deberá caminar sobre las tablillas crujientes,
Deberá esperar abajo, en la plataforma inferior,
Deberá llamar esperando la invitación,
Deberá llamar anunciando su llegada a las mujeres
Para que ellas se levanten a recibirle.
Después podrá trepar al interior de la casa.
Come mi taro.
No debes hacer nada malo.
¡Y ojalá llegues a alcanzar mi estatura!
¡Bendito este trozo de taro *con el poder de la guerra!*
Y ahora ya no peleo.
¡Doy este taro *a mi nieto!*
Ojalá coma mi taro.
Yo soy el más viejo, tu padre es más joven.
Con este alimento,
Te transmito la fuerza.
Irás a la guerra
Y no tendrás temor.
Tus enemigos serán veinte
O serán treinta,
Tú has de aterrorizarlos a todos.
Permanecerás firme y erguido,
Ellos te contemplarán
Y dejarán caer sus dardos.

[1] Frase tradicional que equivale a decir que el hombre no ha de entrar en una casa subrepticiamente, tratando de poseer una mujer ajena. Ello se aplica a toda acción furtiva.

Dejarán caer sus hachas de piedra.
Huyendo velozmente.
Come mi taro.
Yo te doy mi taro *y tú lo comes.*
Ojalá tengas larga vida,
Ojalá vivas hasta que tus ojos se vuelvan ciegos
Como lo están los míos.[2]
Ojalá llegues hasta una madura ancianidad.

Este sortilegio tiene por objeto bendecir al joven, al igual que el sortilegio paralelo que se pronuncia para la niña púber, dándole capacidad para adaptarse al código moral de sus mayores y a un trabajo constante, y le enseña a observar una impecable conducta sexual y a tener suficiente coraje para la guerra.

Las fiestas de este género no están ligadas a ningún tabú, ni implican importantes compromisos económicos. Se trata de una simple bendición familiar. El joven continúa haciendo su vida anterior, célibe aún, libre de deberes económicos y sociales; pero la sombra de su próximo matrimonio se cierne ya sobre su cabeza.

[2] El hombre que oficiaba la ceremonia, en los dos únicos casos que pudimos observar, era ciego. Se trataba probablemente de una referencia personal.

XI

EL TRIUNFO DE LOS ADULTOS

HEMOS DESCRITO ya el proceso a través del cual la niña alegre y retozona se ha convertido en una muchacha seria y formal. Proceso iniciado a edad muy temprana y completado alrededor de los quince años, cumplió su ciclo sin hallar grandes obstáculos. El sometimiento del varón es mucho más dificultoso. Los niños se desarrollaron en condiciones de mayor libertad que las niñas. El chiquillo que abofeteó a su madre; que arrojó, enfadado, la mitad de una hoja de ají que le diera su padre, pretendiendo la hoja entera; que se negó a rescatar los dientes de perro para su madre, que sacó la lengua burlonamente y se alejó nadando cuando sus padres le ordenaron permanecer en casa— ese chiquillo llegó a la edad viril sin haber modificado ninguno de esos rasgos de insolencia, de irresponsabilidad y falta de cooperación. Ha vivido hasta entonces fuera del mundo real, de ese mundo organizado por industrias que él desconoce, mantenido en virtud de relaciones económicas que le son extrañas, gobernado por espíritus a los cuales ha ignorado. Es menester, sin embargo, que el joven aprenda a participar activamente en ese conjunto cumpliendo el papel que desempeñaron sus antepasados, a fin de que la sociedad manus siga existiendo. El mundo de los adultos se halla frente a un grupo no asimilado que emplea un lenguaje adecuado al juego, que conoce a los dioses, pero no les rinde honores, que desprecia alegremente las actividades lucrativas.

La sociedad manus no encara este problema de modo consciente o por medio de una acción colectiva. No por eso es menos sutil el medio del cual se vale, inconscientemente, para resolverlo. Para someter al joven rebelde recurre al pudor, sentimiento plenamente desarrollado en el niño a la edad de tres años y sólo modificado levemente más tarde. El muchacho aprendió a avergonzarse de su cuerpo, de la excreción, de los órganos genitales. La turbación, la indignación y el disgusto que los adultos demostraron ante cualquier infracción de las reglas del pudor

impresionaron fuertemente su espíritu. Igual fenómeno se produjo más tarde ante una violación de los tabúes del compromiso matrimonial. Sabe que no debe comer en presencia del esposo de su hermana ni en la de la novia de su hermano. El cuñado, la futura cuñada o un simple espectador manifestarían los mismos signos de incomodidad, confusión y desagrado que expresaban los padres del niño cuando éste orinaba en público. El acto de comer ante determinados parientes está comprendido en la categoría de las cosas vergonzosas. No menos intenso es el embarazo que siente el muchacho ante la mención de su futuro matrimonio. Un joven de catorce años echará a correr como una virgen sorprendida en el baño, si tratamos de enseñarle una fotografía de su cuñada. Huirá asimismo cuando oiga una conversación relativa a la aldea de su novia. Todo esto es, sin duda, también aplicable a las niñas, quienes deben agregar aún el ubicuo manto del tabú y el vergonzante disimulo de la menstruación. Pero en el caso de éstas —más reprimidas, más conscientes y pudorosas— la adaptación se produce sin interrupciones. Hay en tal sentido una progresión constante, desde el día en que la niña ha colocado un trozo de tela sobre su cabeza hasta el momento del matrimonio, cuando se sienta en la canoa ritual, inmóvil bajo sus pesados ornamentos, con la cabeza inclinada casi hasta las rodillas.

La formación de los muchachos ofrece, en cambio, una apreciable laguna. A los trece o catorce años conocen de memoria todas las reglas de moralidad y no reciben preceptos nuevos. Y así como la guerra y la rapiña de lejanos días no los capacitaba para la convivencia pacífica, tampoco sus actuales aventuras, durante el período de trabajo para el hombre blanco, les inculcan las normas que habrán de regir su vida futura de adultos. Pero las viejas inhibiciones se hallan siempre presentes en su mente e incluso han aumentado en intensidad a través de los años.

Llega el momento en que el joven debe contraer matrimonio. Todo está dispuesto para efectuar el pago correspondiente. El padre, el hermano, el tío o el primo, quienquiera haya asumido la principal responsabilidad económica del caso, está a punto de entregar la cuota final, consistente en diez mil dientes de perro y en un centenar de brazas de conchas monetarias. Pero el novio se halla lejos de estar preparado. No tiene casa, ni canoa, ni aparejos de pesca. Carece de dinero y de mobiliario. Ignora en absoluto los intrincados caminos que conducen a la obtención de esas cosas. Sin embargo, debe hacerse cargo de una mujer. Ello no ocurre contra su voluntad, pues conoce el triste destino de quienes se casan demasiado tarde. Durante muchos años se le ha

dicho que debía sentirse feliz de tener una prometida. Sabe que las mujeres son escasas y que incluso en el plano de los espíritus ocurren por tal causa lamentables peleas, pues cuando muere una mujer, su espíritu es arrebatado apenas abandonó el cuerpo. Sabe que un hombre sin mujer es un hombre sin prestigio, a quien no se concede gran participación en un intercambio de presentes. No se rebela, pues, contra la idea del matrimonio; no puede repudiar a su novia, a quien jamás ha visto. Comprende que después del matrimonio su vida no será muy divertida. Las mujeres son exigentes; los hombres casados deben trabajar y apenas si disponen de tiempo para concurrir a la casa de los jóvenes. No obstante, es preciso casarse.

Pero a medida que avanzan los preparativos, se siente más inquieto. Así escuchaba Manoi, el esposo de Ngalen, la conversación que respecto a su destino inmediato sostenían sus dos tíos, el hermano de la madre y el marido de la hermana de ésta. Manoi prefería a la casa de este último; allí acostumbraba a dormir cuando no lo hacía en la casa de los jóvenes. Desde la infancia había dormido donde más le agradaba, protestando a gritos cuando alguien pretendía contrariar su elección. De pronto, su vida quedaba sometida a factores nuevos. He aquí las palabras de Ndrosal, el tío que menos quiere: *"Tú vivirás en el fondo de mi casa y pescarás para mí. Tengo mucho trabajo; el otro tío ya tiene un sobrino que pesca para él. Traerás a tu mujer, la nieta de Kea, y dormiréis en el fondo de mi casa.* Manoi siente turbación; nunca oyó antes hablar de sus futuras relaciones con su mujer. Acepta el arreglo con hosco silencio. Después de la boda, comprueba que su modo de vivir ha cambiado por completo. No sólo debe alimentar a su mujer sino que ha de estar a disposición de los tíos que pagaron por ella. Él, por su parte, nada hizo para disfrutar de los privilegios de casado. Sus parientes —idea vergonzosa— le hallaron la mujer y ahora debe pescar para ellos, hacer recados para ellos, ir al mercado cuando ellos lo dispongan. Cuando les habla, debe bajar la voz. Por otra parte, sus tíos no completaron aún el pago matrimonial. Debido a ello debe sentirse avergonzado ante los parientes masculinos de su mujer. La familia de la esposa prepara un gran intercambio y es requerida su ayuda; pero él no puede conducir su canoa en medio de la procesión porque su suegro está allí presente.

Pobre, ignorante y sin hogar, debe observar en todas partes una actitud humilde. Su joven esposa, que responde con frigidez a sus torpes abrazos, posee más conocimientos, pero se mantiene en una obstinada falta de cooperación. Un período de eclipse social comienza para el recién casado. Cuando era pequeño levantaba con insolencia la voz ante

el más anciano de la aldea; ahora, en cambio, debe callar en medio de una reyerta. Era entonces un niño alegre y privilegiado; ahora es el último y más despreciado de los adultos.

Los hombres maduros que ve a su alrededor pertenecen a dos clases: aquellos que han dominado el sistema económico, independizándose de sus protectores e interviniendo por cuenta propia en los intercambios de presentes, y aquellos que fracasaron y que siguen sometidos, considerados como ineptos, tiranizados por sus hermanos menores, obligados a pescar de noche para poder alimentar a sus respectivas familias. Los triunfadores llegaron a la meta gracias a una ruda labor, unida a métodos ahorrativos y de despiadada tacañería. Si quería ser uno de ellos, debía abandonar las maneras afables de su juventud. Dar participación a los amigos en las cosas de uno no conduce al éxito financiero. Así como la pobreza hizo desaparecer su antigua independencia, el afán de recuperar algún día esta independencia lleva a la supresión de los generosos hábitos de la juventud.

Solamente los tontos y los perezosos no tratan de ganar la independencia, y éstos son demasiado pobres y despreciados para ser amables o magnánimos.

El escenario demográfico de la aldea ofrece, pues, una singular estratificación. En primer término, están los chiquillos turbulentos y todopoderosos que conocemos; luego, los grupos de muchachos de más edad, indisciplinados, insolentes y llenos de suficiencia; las adolescentes tímidas y acobardadas; los jóvenes arrogantes y fanfarrones que se burlan de todo el mundo. Inmediatamente a continuación, se halla el grupo de los recién casados, mustios, humildes, avergonzados, siempre en acecho junto a las puertas traseras de sus parientes ricos. Ninguno de los jóvenes casados que había en la aldea poseían un hogar propio. Sólo uno disponía de una canoa. Su despreciativa insolencia de antaño ha desaparecido por completo; las obscenas parodias de la cultura de los mayores se han trocado en un acucioso afán de dominar esa cultura; sus desordenados modales fueron sometidos a disciplina y moderación.

Después de los treinta y cinco años se destacan dos grupos diferentes; por un lado los individuos económicamente débiles, malogrados, en situación de dependencia; por el otro, los triunfadores, los que pueden dar rienda suelta a las maneras violentas de la infancia, que chillan y patean ante sus deudores y estallan en incontenible cólera cuando alguien les contradice.

Al emerger de la oscuridad, elevan consigo a sus mujeres, quienes agregan sus furiosas invectivas al ruidoso parloteo que turba diariamente la tranquilidad de la laguna. Durante su forzado alejamiento de la vida

social activa y vociferante, no aprendieron en verdad a dominarse ni a respetar a los demás. Sólo saben que la riqueza es poder y que el abstenerse de insultar a quien a uno le venga en gana, constituye un intolerable castigo. Se asemejan a sus antecesores como un guisante se parece a otro. La alegre camaradería, el espíritu de cooperación, el gustoso seguimiento a un conductor, el placer de los juegos colectivos, la fácil interrelación de ambos sexos, todo eso ha desaparecido. Si jamás hubiera existido el período de la infancia, si cada padre se hubiera propuesto hacer de su hijo un pequeño hombre de negocios, grave, afanoso, calculador y de mal genio, difícilmente habría logrado un éxito más completo.

La sociedad ha vencido. Es verdad que crió a los niños en un ambiente de dichosa libertad, pero no es menos cierto que luego despojó a los jóvenes hasta del sentimiento de respeto por ellos mismos. Si el adiestramiento comenzara antes, sus métodos no serían tan bruscos. La sumisión de las muchachas es más gradual y menos penosa. La mujer dominó antes la cultura tradicional. Pero en tanto que jóvenes, ella y su esposo deben soportar igualmente una vida de humillaciones, sufriendo cruelmente en su orgullo herido. Cuando emergen de la oscuridad social de los primeros años del matrimonio, hombres y mujeres han perdido todo rastro de los hábitos de su venturosa niñez, salvo cierto escepticismo que los hace suavemente pragmáticos en su conducta religiosa. Es éste el único rasgo agradable que les queda; los demás se esfumaron, pues la sociedad no tiene aplicación para ellos ni ha creado sendas socialmente instituídas para su manifestación.

PARTE SEGUNDA

REFLEXIONES SOBRE LOS ACTUALES PROBLEMAS EDUCACIONALES A LA LUZ DE LA EXPERIENCIA MANUS

XII

EL LEGADO DE NUESTRA TRADICIÓN

LA SOCIEDAD *manus* es tan semejante a la nuestra, en cuanto a sus valores y sus objetivos, que podemos comparar sus métodos de educación con los nuestros y estudiar ciertas teorías corrientes entre nosotros a la luz de la experiencia *manus*. Los niños norteamericanos son, por lo general, poco disciplinados y no guardan mucho respeto por los mayores. Esta creciente falta de disciplina ha sido saludada por algunos apologistas como el ideal de toda educación. Hay educadores que, partiendo de la suposición de que los niños son naturalmente buenos, afables, inteligentes, desinteresados y de buen criterio, rechazan toda disciplina o dirección de parte de los adultos. Otros desaprueban las medidas de disciplina alegando que inhiben al niño, obstruyendo y deformando su desarrollo. Todos ellos fundan sus teorías en la creencia de que existe una cosa llamada Naturaleza Humana, la cual florecería en belleza si no la deformáramos con nuestros estrechos conceptos. Es, desde luego, una actitud más defendible que aquella otra que considera a la naturaleza humana como materia inerte que debe ser fundida en determinados moldes por la sociedad y que no merece consideración alguna en tanto no ostente las formas características de la cultura tradicional. El hombre lleva el sello cultural que recibiera en la infancia y ese sello depende de los métodos que empleó la sociedad para transmitirle su tradición. Los resultados serán de naturaleza diferente, según se le hayan enseñado las normas sociales con un encogimiento de hombros, como quien arroja un hueso a un perro, o bien que se le haya hecho conocer cada materia con solicitud y cuidado o que se le haya conducido hasta la edad viril como si realizara una excursión en busca de curiosidades. Cada uno de esos métodos tiene consecuencias de largo alcance, puesto que condiciona el proceso de formación del niño y determina que éste reciba con rencor o con entusiasmo la inevitable presión social del mundo de los adultos.

Los *manus* enseñan a sus hijos de corta edad las cosas que consideran más importantes: destreza física, pudibundez y respeto a la propiedad. Les enseñan tales cosas de un modo firme, implacable, a menudo severo. Pero no les inculcan respeto por las personas de edad o de mayores conocimientos ni les prescriben normas de cortesía o de consideración hacia ellos. Tampoco les enseñan a trabajar; encuentran perfectamente natural que un niño se niegue a rescatar un collar que cayó al agua o a detener una canoa arrastrada por la corriente. Cuando se cubre el techo de una nueva casa, los niños trepan por el andamiaje, bullangueros y molestos. Los muchachos no traen a casa de los padres la pesca que obtienen, sino que la comen ellos solos. Gustan jugar con las criaturas y les agrada enseñarles, pero se niegan a responsabilizarse de su cuidado. Se les ha enseñado a dominar el cuerpo pero no saben gobernar sus apetitos; tienen manos firmes, pero lengua irrespetuosa. Es imposible administrarles una medicina, pues están acostumbrados a escupir lo que no les agrade. Jamás aprendieron a someterse a ninguna autoridad, ni toleraron la influencia de ningún adulto, salvo la del amado pero no muy respetado padre. La forzada servidumbre hacia sus tíos o hermanos mayores no les deparó satisfacción ni alegría. De niños despóticos e indisciplinados pasaron a ser adultos igualmente imperiosos y pendencieros que hacen vibrar la laguna con sus accesos de rabia.

No es ciertamente un cuadro agradable. Las cosas que los niños aprendieron en la primera infancia, aquellas cuya disciplina aceptaron en un principio, fueron por ellos bien asimiladas. Pero no se les enseñó a participar de la vida adulta ni a sentirse integrantes de la misma. Cuando más tarde se les impuso tal participación, la recibieron como un yugo. No habiendo aprendido a respetar la edad o la sabiduría, respondieron a la demanda con rabiosa inferioridad. Careciendo de modestia en la juventud, viven con poca dignidad en la edad madura. Los adultos han trepado a los puestos de autoridad por sobre los hombros de jóvenes renuentes y resentidos. Allí los vemos pavonearse, pero sin disfrutar de verdadera paz.

Ese cuadro es semejante, por muchos conceptos, al que ofrece hoy nuestra sociedad. Nuestros niños gozan de muchos años de no participación cultural, durante los cuales se les permite vivir en su propio mundo. Pueden decir lo que desean, cuándo y cómo lo desean, ignorando la mayor parte de las convenciones de los adultos. Quienes intenten oponerse a esta corriente serán ridiculizados como "vejestorios", "fanáticos" y "chapados a la antigua". Tal estado de disciplina responde a causas reales que arraigan en la sociedad norteamericana. En un país de inmigración, los hijos realizan una adaptación más perfecta que sus padres.

Además, el vertiginoso ritmo de las invenciones y de los cambios en el aspecto material de la existencia, hace que cada generación sea más eficiente que la precedente. Así, cuando se generalizó el uso del teléfono, los hijos llegaron a emplearlo con mayor soltura que sus padres; los jóvenes de nuestros días se sienten más a sus anchas en el manejo del automóvil. No es extraño, pues, que si bien la generación de los abuelos vió la introducción del telégrafo, del teléfono, de la telegrafía sin hilos, de la radio y la telefotografía, del automóvil y del aeroplano, el gobierno de esos mecanismos se haya deslizado de entre sus dedos temblorosos para caer en las manos más rápidamente adaptables de los jóvenes. Mientras que la economía de luz diurna hace chapucear lamentablemente a los adultos, quienes suelen perder citas y llegar tarde al almuerzo, los niños de seis años, cuyas nociones del tiempo no fueron cristalizadas, asimilan fácilmente la idea de que las diez horas no han de ser necesariamente las diez, sino que pueden ser las nueve o las once. En un país donde son favorecidos quienes dominen con mayor rapidez los últimos inventos y donde las cosas viejas gozan de tan poco crédito, que hallamos letreros en los cuales se anuncia seriamente: *Antigüedades viejas y nuevas* o que recomiendan *renovar* los anillos de bodas, es natural que el triunfo corresponda a la nueva generación. Ésta aprende a manejar la técnica más reciente con mayor facilidad que sus predecesores, culturalmente mejor dotados. Así los jóvenes, en Norteamérica, se apoderan del mundo material casi inmediatamente después de nacer; desprovistos de toda práctica de humildad, sus alardes de poder constituyen un mero juego de prestidigitación en el cual agitan cosas, palabras y frases convencionales.

A ese mundo material, rápidamente cambiante, hemos añadido un factor que permite a cualquier criatura prescindir del conocimiento y de la experiencia. Nos referimos a la estimación del dinero. Como consecuencia, tenemos una sociedad muy semejante a la de los *manus*: activa, eficiente, bien equipada, cuyo único objetivo es el dinero, donde se juzga al hombre por lo que tiene y no por lo que es. El respeto por los ancianos no tiene objeto lógico dentro de tal esquema de valores. En un mundo en el cual los individuos son clasificados en razón de los bienes que posean y donde la personalidad se define por la vestimenta, la importancia está en el casillero que los individuos ocupen y no en los individuos mismos. Y nuestras casillas son bastante simples: casas, automóviles, ropas, todo expuesto en gran escala. Ellas definen la posición del hombre en el plano social; para pasar de un casillero a otro más codiciado sólo se requiere una cosa: dinero. La gente que ocupa determinada casilla es semejante a la que está en la próxima. Las variaciones

que se producen en el seno de esa cultura monetizada son leves y de escasa importancia. Los grupos sociales difieren entre sí de igual modo como difieren los departamentos de un mismo edificio. Nuestras ideas acerca de la individualidad son semejantes a las de esa mujer que vivía en el departamento 18 de una casa de muchos pisos, y que acusaba a su vecina más pobre del departamento 2, de haber "colocado la cama en mal sitio". La riqueza está por encima de la edad, del sexo, de la belleza, del saber, de las costumbres y de la moral. Una vez que ella ha sido consagrada como el objeto de la vida humana, no queda lugar para el respeto de aquellas cosas cuya comprensión requiere estudio y experiencia.

Es ocioso hablar de disciplinar a los niños y de inculcarles el respeto por la autoridad, que les daría a su vez un sentido de proporción, como si se tratara de algo que puede resolverse con la adquisición de algunas baratijas. El problema ofrece dificultades que arraigan profundamente en la propia organización de nuestra sociedad. Mucho se ha escrito sobre la desaparición del artesano y su reemplazo por una máquina que puede manejar un joven de dieciocho años al cabo de una semana de aprendizaje. Este hecho es aplicable a la tendencia dominante en los modernos ideales norteamericanos. En el pasado hubo sociedades donde los hombres maduros eran artesanos de la vida, que trataban amorosamente sus preciosos materiales y que recibían con prudencia sus demandas. Los jóvenes sentían que existía algo grande y valioso que era necesario conocer, estudiando lenta y cuidadosamente, con reverencia. El respeto hacía bajar sus voces espontáneamente y aún los niños callaban por igual razón, sin guardar ese silencio hosco de los niños *manus*. Pero en *Manus* como en Norteamérica, no se considera la vida como un arte que debe ser aprendido sino como un motivo para adquirir cosas. Quienes hayan logrado obtenerlas, podrán mandar a los no poseedores. Y tanto en *Manus* como en Norteamérica los jóvenes no respetan a los viejos. No les reconocen mayor sabiduría ni mayor capacidad. Sólo los consideran como dueños de la riqueza y, por consiguiente, del poder.

Podremos ser un poco más severos, obligar a nuestros niños a saludar y a ser corteses, pero no tendremos verdadera disciplina, es decir, verdadera dignidad, hasta tanto no traslademos nuestras valoraciones del *tener* al *ser*. La disciplina existe allí donde la estimación de la sociedad afecta a los hombres por lo que son —como personas—, así se trate de buenos cazadores, de hábiles espadachines o de diestros jinetes; tanto mejor si se los juzga en calidad de artistas, de sabios o de hombres de Estado. No sólo se enseña entonces a los jóvenes los rudimentos de la técnica o el conocimiento de ciertas inhibiciones; no sólo han de saber

manejar la canoa o el teléfono; calcular la distancia que media entre dos pilares o esquivar a un automóvil a toda marcha; comerciar con dientes de perro o con acciones preferidas. Deben saber juzgar de la elegancia del lenguaje o de los modales, captar la belleza de una obra de arte, aptitudes que se logran a través del tiempo y la experiencia. Cuando el niño de Samoa dice *"o le ali'i"* = "el jefe", se refiere a una persona que tiene ciertas cualidades de dirección, de sabiduría y dignidad, que lo elevan por encima de sus compatriotas. Pero el niño manus que exclama: "Ese es un hombre fuerte, pues tiene muchos dientes de perro" o el niño norteamericano que observa: "Ese tipo es muy rico", no tienen en cuenta al hombre, sino lo que éste posee. Uno y otro no consideran que el individuo en cuestión, en cada caso, valga más que ellos. Sienten envidiosa admiración por la riqueza, rindiendo a su dueño el homenaje aparente que corresponde a quien, sin particulares méritos, se halla situado en una posición estratégica. Hilaire Belloc ha señalado como una virtud el hecho de que en Norteamérica no se reverencie servilmente al rico, como ocurre en Europa. Un examen más profundo de la cuestión revela allí un defecto, más que una virtud. En Europa los hombres se han habituado de tal modo a asociar la idea de riqueza con la de educación, posición y responsabilidad, que el europeo que se inclina ante un hombre rico, piensa rendir tributo a estas cualidades. En Norteamérica, donde la riqueza ha sido desvinculada de toda norma de conducta, los jóvenes no tienen en cuenta al poseedor de los bienes, a quien pudieran admirar en tanto que persona, sino a los bienes mismos, por los que sienten codicia.

Jamás podremos disciplinar a nuestros hijos haciendo que nos respeten en nuestra condición de propietarios de las cosas; sólo conseguiremos someterlos temporariamente, manteniendo tales cosas fuera de su alcance. Siendo esencialmente indisciplinados, se doblegarán si los azotamos con el látigo de la inferioridad económica, tal como hacen los manus. Avergonzados de ser pobres, trabajarán día tras día —igual que los manus— a fin de obtener aquellas cosas que dan el poder a los mayores y los "mejores". Si ellos no pueden lograrlo, tratarán que lo logren sus hijos. Tenemos así un lamentable espectáculo como el de "Middletown", donde cada clase económica pugna desesperadamente para lograr que sus hijos pasen a la clase inmediatamente superior; una frenética lucha por ascender sobre una serie de casillas, esencialmente iguales entre sí.

Semejante cuadro ofrece poca disciplina y menos dignidad. Los hijos ascienden a costa de los padres, de sus esfuerzos, de su salud, de su vida. Lo reciben todo como un derecho indiscutible, admitiendo el con-

cepto que sustentan los padres, según el cual el mayor bien que pueden esperar en la vida es que sus hijos penetren en la casilla económica inmediata. Al recibir ese tributo de la vieja generación, los jóvenes no respetan a los dadores del mismo. Y sin embargo, la vida está ordenada de tal modo que los hombres maduros estarán siempre en posesión de las cosas que la sociedad valora por excelencia, así sea la riqueza o el saber, las prensas de imprimir o el arte del grabado. Podremos arrojar de sus puestos a los más ancianos; ocasionalmente un joven podrá llegar a una posición que se encuentre muy por encima de sus compañeros de edad; pero siempre quedará el vasto conjunto de los hombres que son los poseedores, mientras que la inmensa mayoría de los jóvenes pertenecen a la categoría de los que no poseen. Del conflicto entre los que han dominado la cultura material y los que aun esperan dominarla, surge un estado de tensión, tan manifiesto y universal que parece inseparable del propio desarrollo de la humanidad. Sólo una civilización que carece de intensidad en todo sentido, tal como es la de Samoa, puede eliminar esa tensión. Las dificultades se acrecientan considerablemente, cuando además del conflicto entre los jóvenes y los viejos, aparece la oposición entre las viejas y las nuevas formas de vida, como ocurre en la compleja y rápidamente cambiante civilización moderna. La situación no cambiará por el hecho de relajar toda disciplina o de reducir la edad de contraer enlace sin autorización paterna. Puede variar la época en la cual aparece el conflicto; pueden variar sus formas o manifestaciones, pero no dejará de producirse, ya sea que los individuos acepten la sociedad con entusiasmo, con repugnancia o bajo la presión de la fuerza. Toda tentativa de soslayar el hecho fallará necesariamente. Es probable que en tal caso ocurra lo que sucedió a la mujer que, deseando evitar que su hijo la llamara *madre,* le enseñó a que la interpelara por su nombre, *Alicia,* comprobando luego que el niño se refería a las madres de los demás chicos como a sus respectivas *Alicias.* La situación progenitor - hijo no puede eludirse fácilmente.

Es necesario, pues, encararla debidamente. Podemos condicionar de tal modo el proceso formativo del niño y del joven, que su desarrollo se efectúe con gracia y dignidad. Si logramos inculcar a nuestros hijos cierta admiración por los mayores, concentrando su atención en las buenas cualidades que éstos posean, les habremos enseñado a sentir la humildad, ese venturoso estado de ánimo que permite destacar las virtudes de los demás en primer plano y las propias en el último. Si en cambio les comunicamos sólo actitudes de envidia y de desprecio hacia quienes se hallan en el poder, habremos hecho desarrollar en sus espíritus un sentimiento de inferioridad, un anhelo miserable por las cosas de que

ellos carecen y el desconocimiento de los méritos ajenos. Sin experimentar admiración por sus mayores, no podrán rendirles homenaje. Y entonces concentrarán la atención sobre su propio estado, y hallándose desposeídos se sentirán inferiores.

La transformación técnica, los cambios producidos en la cultura material, las grandes invasiones inmigratorias de las cuales surgieron generaciones nuevas, mejor adaptadas que sus antecesores, el énfasis puesto en la posesión y administración de un elemento tan flúido e indiferenciado como es el dinero, todo eso ha contribuído a minar en los Estados Unidos de nuestros días, el respeto por las personas de edad. Será quizás imposible —y es además indeseable— volver simplemente a reverenciar los cabellos grises y honrar a los padres, independientemente de su carácter o de sus méritos. Una vez destruído el mito de la superioridad de los viejos, sean cuales fueren los factores que condujeron a ello —en Norteamérica, los diferentes grupos lingüísticos, el rápido desarrollo de las invenciones mecánicas y las fluidez de las líneas de separación entre las clases, producida por la gran circulación del dinero—, es difícil restaurarlo. Hay padres y maestros que por no comprender esta realidad, siguen insistiendo en sus tentativas de imponer respeto al modo antiguo, para encontrarse sólo con ojos burlones y hombros que se encogen. Tratan de inculcar reverencia ante la posición social, cuando los jóvenes han comprobado que ésta se basa exclusivamente en la posesión de riquezas y que sus fundamentos son harto deleznables. Si queremos restablecer cierta forma de disciplina, haciendo que nuestros jóvenes se desarrollen en un ambiente menos grosero, debemos abandonar la vieja preocupación de imponer respeto a *todos* los padres, a *todos* los maestros, a *todas* las autoridades. No podemos engañar la perspicacia de la juventud actual, pero podemos utilizarla. La agudeza desplegada para descubrir las debilidades de algunos adultos, podrá conducir el reconocimiento de las virtudes de otros, siempre que los viejos consientan en modificar su línea de batalla. El mundo de los adultos se asemeja hoy a un frente muy extendido, débilmente defendido por los abogados de un anticuado respeto por la autoridad. Los defensores de ese frente son muy pocos y están demasiado dispersos. Muchos de los que antes estaban a su lado, se pasaron al bando de los jóvenes invasores, admitiendo paladinamente que no tenían baluartes dignos de ser defendidos. El resto extiende sus raleadas filas a lo largo de una línea muy extensa, una línea cuyas defensas son todas conocidas por el enemigo. Al defender todos los baluartes, pierden la batalla. Ha llegado el momento de admitir la futilidad de muchas quejas, de reconocer que ni la edad, ni la posición social, ni la autoridad, son capaces de imponer verdadero respeto, a menos que

vayan unidas a cualidades que de por sí merecen admiración. Los que han desertado de la línea de combate —por pereza, desesperación o verdadera humildad— podrán retornar entonces para defender un dogma de superioridad modificado y más exigente.

Al proceder así, trazando nuevas normas de relación entre los jóvenes y los viejos de tal modo que algunos de estos últimos aventajarán siempre a los más gallardos de los jóvenes, y reconociendo que muchos de los viejos no ganaron títulos merecedores de respeto, los adultos servirán mejor a la causa de la juventud que a la suya propia. No ofreciendo nada a los jóvenes, sólo les hacen daño. Si los niños fueran movidos por un poderoso impulso que les llevara a crear un nuevo cielo y una nueva tierra, los adultos podrían beneficiarles permaneciendo a un lado y dejando campo libre al experimento. Pero no hay tal virtud creadora en los niños. Éstos sólo pueden construir con el material que les ofrece la tradición. Librados a ellos mismos, desprovistos de toda tradición o enfrentados con valores que no pueden respetar, levantarán construcciones sin contenido alguno. Más tarde, al llegar a la madurez, deberán hacer las paces con la cultura de los adultos y apoyarse en las premisas y los valores consagrados. Educarles de tal modo que hayan de recibir sus obligaciones con hosquedad y resentimiento, es hacerles un flaco servicio. La mayoría de toda sociedad tiene el ineludible destino de perpetuar la cultura de la misma. Puesto que no podemos librarles de ese destino, tratemos de darles una concepción de la vida que aparezca ante sus ojos con dignidad y grandeza. Tratar a nuestros hijos a la manera de los *manus,* permitir que se desarrollen como señores de un mundo vacío, despreciando a los adultos que trabajan para ellos como esclavos, y someterles luego con el látigo de la inhibición, obligándoles a aceptar un orden de cosas que jamás les hemos enseñado a considerar noble o digno, es igual que ofrecer duras piedras a quien tiene derecho a recibir pan tierno.

XIII

EDUCACIÓN Y PERSONALIDAD

Si bien la educación es incapaz de alterar el hecho de que el niño ofrezca en su carácter los rasgos fundamentales correspondientes a la cultura dentro de la cual ha sido formado, es indudable que los diversos métodos educacionales tendrán efectos de largo alcance en la formación del criterio, del gusto y del temperamento, conjunto de elementos al que damos el nombre de personalidad. Y puesto que los *manus* han llevado el desarrollo de la personalidad a límites extremos para un pueblo constreñido a vivir entre los estrechos muros de una tradición elemental, los medios que determinaron allí la diferenciación entre un niño y otro arrojan viva luz sobre este problema. En una cultura homogénea, la cuestión de la personalidad aparece libre de los arreos y aditamentos superficiales que una cultura compleja impone inevitablemente a los individuos formados en medio de una tradición híbrida. Con frecuencia tomamos esos aditamentos exteriores por los rasgos característicos de la personalidad, lo cual constituye un craso error.

Comparemos, pues, las posibles variantes culturales permitidas a un manus adulto, con las que forman parte integrante de la individualidad de un hombre de nuestra sociedad. Considerando en primer término los detalles de la presentación exterior, vemos que un *manus* puede llevar los cabellos largos y arreglados en forma de rodete, o bien puede llevarlos cortos; puede o no tener aros en las orejas; puede llevar o no una pequeña media luna de concha perlífera que le atraviese la nariz. De todos modos, sus orejas y su nariz habrán sido perforados para permitir la colocación de dichos ornamentos. Sus rodilleras serán de corteza de árbol del pan o bien de burda tela. Sus joyas son dientes de perro, conchas y abalorios. Los dientes de perro pueden alternar con abalorios, formar una sarta simple o una sarta doble; las conchas pueden estar adornadas con abalorios rojos y rojos y negros. Compárense estas ligeras variantes con la escala de diferencias que existen en nuestra sociedad, desde

el *overall* del obrero hasta los impecables trajes descritos en los prospectos destinados a informarnos "cómo viste el hombre elegante". Cuando pasamos a los gustos, las opiniones y creencias, la diferencia es abrumadora. El hombre más extravagante de Peri se había singularizado, siendo muy joven, por el hecho de haber colgado un encantamiento en la espalda de su prima, a la que sedujera, para impedir que los espíritus la castigaran. En su vida adulta, usaba un vocabulario lleno de palabras anticuadas, las que recogía cuidadosamente en sus conversaciones con los ancianos de las aldeas próximas. Fuera de esto, se comportaba igual que los demás; contrajo matrimonio y cuando su mujer le abandonó, volvió a casarse. Pescaba, adquiría productos de huerta, participaba en diversos intercambios y observaba los tabúes como los demás ciudadanos de Peri. Otro habitante de la aldea se destacó por una circunstancia muy particular: después de llorar larga y sinceramente la muerte de su esposa, guardó el cráneo de la difunta, al que solía ocasionalmente dirigir la palabra. Esto lo convirtió en un individuo notable, único caso conocido en la experiencia de sus parientes y sus vecinos. Pero en cuanto al conjunto de las creencias y de los hábitos locales, no difería en absoluto del resto de la población.

Veamos ahora algunos ejemplos tomados entre personas comunes en nuestra sociedad. Tomando dos individuos de idénticos rasgos generales —es decir, que ambos sean dominantes, agresivos, originales y seguros de sí mismos— puede ocurrir que el uno crea en la Trinidad y en la doctrina del pecado original, en tanto que el otro sea un convencido agnóstico; que el uno propicie el libre cambio, la soberanía de los estados y la autonomía local, mientras el otro abogue por altos aranceles, por una gran flota de guerra y por la reglamentación nacional de las cuestiones sociales; que el uno coleccione estampas de Nueva York antigua mientras el otro posea una colección de mariposas; que uno haya amueblado su casa en el estilo de la Reina Ana, en tanto el otro lo haya hecho con diversos estilos; que uno tenga un oído musical tan fino que distinga la más delicada fuga y que el otro conozca tan cabalmente los cuadros de Picasso que pueda decirnos la fecha de ejecución de cada uno de ellos; que el uno prefiera a Cabell y el otro a Proust. Para completar el cuadro, comparemos a cualquiera de los individuos de nuestro ejemplo con un joven empleado de una pequeña ciudad, el cual tiene como únicas diversiones concurrir al cine, leer historietas cómicas y manejar un automóvil, y cuya casa ha sido amueblada con fealdad característica, gracias al sistema de pago a plazos, y que es republicano porque lo fué su padre. Los gustos antitéticos de un mismo tipo cultural y las diferencias existentes entre las mentalidades simples y las complejas constituyen un

plano sobre el cual puede destacarse el individuo con mucha más nitidez de lo que podría hacerlo en un medio cultural primitivo. La afición a la música se manifiesta en Manus tocando bien o mal un caramillo o una flauta; y el interés artístico, en el grabado más o menos perfecto de formas tradicionales, desarrolladas por los pueblos vecinos. Pero dentro de esa escala reducida de posibilidades y de inclinaciones culturales, existe entre los niños manus tanta diferenciación en los rasgos que definen realmente la personalidad, como la que hallamos entre los niños norteamericanos: el carácter tímido y el dominante, el calculador y el impetuoso, el original y el imitativo, pueden observarse allí con toda claridad. Y precisamente porque en ese medio no existen los complejos factores de la tradición, de la lectura y de la enseñanza que confunden el cuadro, creemos que Manus es un excelente lugar para estudiar el proceso o través del cual se desarrollan en el niño esos rasgos esenciales de la personalidad.

Este es un problema que tiene tanta significación para nosotros como para cualquier pueblo primitivo. ¿Cuáles son las tendencias particulares que hacen que un niño o un adolescente se decida en uno u otro sentido? Un estudio somero de las civilizaciones actuales revela la inmediata relación existente entre temperamento y cultura. El individuo meditativo, preocupado por valores ultraterrenos, es poco apreciado en los Estados Unidos, donde incluso un párroco debe ser hombre de empresa, y donde siempre es premiado el temperamento dinámico. Inversamente, un hombre de espíritu emprendedor, que no sintiera afición por el pensamiento abstracto y que se burlara de las complejidades de la filosofía, estaría en desventaja en una sociedad semejante a la de la antigua India. Entre los indios *zuñi,* el individuo dotado de clara iniciativa y de impulsos más vigorosos que sus congéneres, corre el riesgo de pasar por brujo y de ser colgado de los pulgares. El hombre que durante toda su vida persiguiera una visión sin lograr alcanzarla, ni aun a costa de desgarrar sus músculos, se hallaría irremediablemente trabado entre las ortodoxas tribus *plains,* que no llegaron aún a intercambiar experiencias religiosas. Toda sociedad se aproxima en su ideal de vida a uno de los muchos tipos posibles de conducta humana.[1] Los individuos que hayan desarrollado en mayor grado ese tipo de personalidad, serán sus jefes y sus santos. Los que ofrezcan en menor grado el rasgo dominante, formarán la masa; los que hayan asimilado, en forma perversa, un carácter abso-

[1] El desarrollo teórico de este punto de vista se hallará en el trabajo de Ruth Benedict, "Psychological Types in the Culture of the South West". Informe del XXIII Congreso Internacional de Americanistas.

lutamente extraño al rasgo dominante, serán encerrados en asilos de insanos, encarcelados como agitadores políticos, quemados por herejes; o bien se les permitirá morir lentamente de hambre, como artistas. El hombre de quien se afirma que "nació en un momento oportuno" o que "nació para su época", es simplemente un individuo cuya personalidad está a tono con el rasgo dominante de la sociedad a la cual pertenece y que posee además las dotes intelectuales correspondientes. Las sociedades se constituyen, mantienen y expanden por la acción de los individuos de carácter afín al espíritu rector de dichas sociedades. Son socavadas y reconstruídas por las nuevas creencias y por los nuevos programas que elaboran, en el dolor y la rebelión, los hombres que no hallan hogar espiritual en el seno de la cultura en que han nacido. El primer grupo tiene a su cargo la tarea de perpetuar ese tipo de sociedad y de darle formas aún más definidas. Entre los indaptables, corresponde a los mejor dotados la misión de crear un mundo nuevo. Es evidente que la suerte de la cultura depende en gran parte del equilibrio que se establezca entre esos tres tipos humanos. Si una sociedad o un sector determinado de la vida social es incapaz de crear entusiasmo en favor del régimen que esa sociedad o ese sector representa, no tardará en caer en la mediocridad, en el embotamiento y en la desorientación. Un ejemplo de ello lo encontramos en la actual vida política estadounidense, la cual no está regida por los mejores tipos de norteamericanos ni recibe el impulso y la vitalidad de fuertes personalidades cuyo temperamento les impidiera corregir los ideales norteamericanos. El destino de una sociedad está condicionado por el tipo de valores que crean sus inadaptados; depende de que éstos construyan su filosofía renovadora sobre ideas suficientemente congruentes con la cultura a la cual pertenecen como para poder producir un cambio real, o de que acudan a fuentes tan extrañas a dicha cultura que resulten sólo unos innocuos soñadores.

Toda sociedad, aun cuando estuviera completamente aislada del contacto con culturas extrañas, dependerá siempre de los rasgos de personalidad que eventualmente habrán de desarrollar sus recién nacidos. Será de decisiva importancia para ella que los pocos individuos realmente bien dotados que aparecen en cada generación admitan con entusiasmo la continuación del orden existente o bien que dediquen sus energías al inquieto afán de crear nuevas formas de convivencia. Así, pues, el destino de cada cultura está determinada por la aptitud de las personas que se han formado en el seno de la misma, no ya en el sentido de su mayor o menor grado de inteligencia, sino en cuanto a la forma en que los mejor dotados de cada generación reaccionen ante los ideales de dicha

cultura, ya sea que se sumerjan en un completo conformismo o que insurjan en un violento impulso de renovación.

Sin embargo, conocemos muy poco acerca de los mecanismos en virtud de los cuales un niño acepta con entusiasmo el orden existente, otro lo hace con apatía y un tercero con positiva aversión. Es probable que los estudios más fructíferos de este problema se deban a los psicoanalistas, cuyo infatigable afán de incluir el conjunto de la vida humana bajo un solo rubro los ha llevado a intentar la solución de problemas que la psicología ortodoxa dejó estrictamente aislados. Uno de los conceptos más fecundos del psicoanálisis es la idea de identificación. Se refiere al fenómeno según el cual un individuo se identifica a tal punto con determinado personaje, real, imaginario o conocido por lecturas, que llega a adoptar los gustos y los modales o supuestos modales del mismo. Los psicoanalistas emplean este concepto para explicar una multitud de situaciones, que varían entre la asimilación de caracteres conocidos a través del teatro o de la novela hasta los casos de inversión sexual motivados por la profunda identificación con un progenitor del sexo opuesto.

Muchas y contradictorias son las posibilidades de formación de caracteres por identificación, que existen entre nosotros. El padre, el maestro, un actor de cine favorito, un jugador de béisbol, un personaje de teatro, u héroe histórico, un compañero de juegos o Dios mismo, pueden ser otros tantos modelos o puntos de enfoque. Los asilos de alienados están llenos de personas que han llevado tales identificaciones más allá de los límites de la razón y que creen firmemente ser Napoleón o Jesucristo, maltratados por un mundo ciego y hostil. Que este proceso, en sus formas más extremas, no es un fenómeno exclusivo de nuestra sociedad, lo prueba su manifestación en Samoa, donde hallé a un hombre plenamente convencido de ser Tufele, el jefe supremo de la isla y que, siendo un individuo insignificante, exigía el tratamiento reservado a los más altos jefes. La tendencia a la identificación, en sus expresiones menos patológicas, se encuentra en todo adepto, en todo secuaz de un caudillo, en todo aquel que procura reproducir minuciosamente, aunque en pequeño, la conducta de un personaje inmensamente admirado.

En Manus el niño carece de tales posibilidades de elección. Allí donde no existen importantes diferencias de categoría social, ni jefes religiosos ni grandes figuras de la historia o del mito, los niños no tienen ante sí una galería de personajes, semejante a la nuestra, de dónde extraer sus modelos. Por otra parte, la cultura, la predilección, casi puede decirse la tendencia, que llevan a un niño a escoger un modelo, se

encuentra allí estrictamente ajustada en la pauta de las relaciones entre padre e hijo. El lector recordará cuán estrecha era la compañía entre el padre y su joven hijo, cómo el niño le seguía a través de las diversas fases de sus tareas cotidianas, cómo le observaba mientras el padre trabajaba, holgaba, urdía planes, reñía, imploraba a los espíritus o arengaba a la mujer. Hemos visto cómo los hijos de hombres ricos y de edad madura, se distinguían de los hijos de padres jóvenes y sin éxito. Y, lo que es más significativo, vimos que la correspondencia entre la personalidad de un hombre y la de su hijo adoptivo era igual a la que existía entre el padre y su hijo verdadero, y mayor que la que mediaba entre un padre y un hijo que había sido adoptado por un individuo de temperamento o de condición social diferente a la del progenitor real. Esta evidencia sugiere que, sea cual fuere la disposición hereditaria —factor cuyos efectos no estamos actualmente en condiciones de medir—, ella es sobremanera influída por la asociación del niño con una personalidad madura. El minucioso cuidado de los adultos por la crianza de los niños, representa para los *manus* un excelente mecanismo social: mediante él se transmiten los rasgos de la personalidad de una generación a otra.

No se trata de un simple medio de mantener el equilibrio, en la próxima generación, entre los temperamentos decididos y los vacilantes, entre los agresivos y los tímidos. Si un hombre fuerte tiene cinco hijos, ellos habrán nacido en distintas etapas de la vida de su progenitor. El que corresponde a la juventud de éste tendrá un temperamento más suave que el nacido en su edad madura. Ésta puede ser una de las razones que explican por qué la primogenitura tiene tan poca significación práctica en Manus y por qué los hermanos más jóvenes dominan con frecuencia y en forma definida a los hermanos mayores. (Una diferencia de capacidad intelectual constituye, desde luego, la explicación adecuada a determinados casos.) La proporción existente entre los diversos temperamentos cambiará poco de una generación a otra, en razón de los accidentes de nacimiento o adopción. Paleao, el agresivo, tiene un solo hijo. Su hermano Mutchim, suave, bondadoso y conservador, tiene cuatro. Paleao adoptó a uno de los hijos de Mutchim, cuando era ya demasiado tarde para modificar de un modo apreciable la personalidad del niño. Allí donde sólo diez o quince hombres deciden la suerte de la comunidad tres o cuatro personas agresivas y emprendedoras, de más o de menos, constituyen una importante diferencia.

Es interesante comparar esos métodos manus, no sólo con los nuestros, sino también con los que emplea otro pueblo de los Mares del

Sur, los samoanos.[2] En Samoa, los niños son estimulados por la idea de posición social, pero en cambio reciben pocos estímulos individuales porque los hombres importantes jamás permiten que los niños se acerquen a ellos. Se les ahuyenta de la presencia de los mayores, dejándoles al cuidado de los ancianos o de otros chicos, muy lejos de la madurez. No existe garantía alguna de que el hijo de un hombre de temperamento recio posea una personalidad igualmente vigorosa. Pero el concepto de la posición social no deja de tener influencia en la formación del carácter de un niño. El hijo o el sobrino de un jefe se halla sometido a mayores exigencias y realiza mayores esfuerzos que los demás niños. La frase: *eres descendiente de jefes* constituye un incentivo al esfuerzo, no a la manera de nuestra funesta insistencia sobre el éxito obtenido por el padre, insistencia que espanta al niño y traba su desarrollo. Su efecto sobre la personalidad del niño samoano es, no obstante, escasa. Los muchachos de corta edad difieren poco entre sí, mucho menos de lo que difieren entre sí los niños manus. Cuando llegan a la mocedad, los jefes toman más interés en ellos, en tanto que posibles sucesores; los jóvenes encuentran así oportunidad de adoptar un modelo cuando su carácter se encuentra ya medianamente formado. Hasta los dieciséis o diecisiete años, el principal factor humano determinante de la conducta de un nativo de Samoa, no es la personalidad de un adulto, sino la influencia de su respectivo grupo de edad. Es tan poderosa la tradición de sometimiento a las normas de edad, que la idea de posición social y la asociación posterior con hombres maduros no llegan a prevalecer ante ella. Los hombres de Samoa son muy semejantes entre sí, comparándolos con los de Manus. Los hábitos cuidadosamente fomentados de comportamiento moderado e impersonal, más apropiados a la posición social que a las tendencias y dotes naturales de cada individuo, los ajusta con mayor perfección a una pauta preestablecida.

En Manus el grupo de edad tiene para los niños poca importancia. Como individuos responden a las diferencias existentes entre sus respectivos padres, diferencias que a su vez se basan, de modo inmediato, en la edad, en la posición económica y en el grado de éxito. Esta última condición depende en cierta medida de la inteligencia, pero mucho más de la energía y de la iniciativa intrépida. Hallamos así en Manus tres tipos principales de personalidad. En primer término, el agresivo, imperioso y violento, representado por los hombres ricos, de cierta edad, y por los niños criados por éstos y que no llegaron aún a la edad del ma-

[2] Véase *Adolescencia y Cultura en Samoa* (Buenos Aires, Abril, 1948), donde se describen las condiciones de vida de ese pueblo.

trimonio; luego el tipo equilibrado, seguro de sí mismo, aunque menos definidamente agresivo, constituído por los jóvenes que no lograron todavía la seguridad económica, pero que tuvieron un favorable punto de partida en la infancia, y por los hijos de tales jóvenes; finalmente, el tipo tímido, flojo y apacible, formado por los viejos que no tuvieron éxito, probablemente a causa de un mal punto de partida o de su poca capacidad, y por los hijos de estos últimos. La comunidad se siente asegurada teniendo en cada generación cierto número de individuos afortunados, llenos de energía y de fuertes impulsos. Puesto que en la mayoría de los casos los sucesores de los hombres de éxito son sus propios hijos o al menos sus parientes consanguíneos, se establece una especie de aristocracia de la personalidad, segura de perpetuarse a través de las generaciones. Ese sistema produce marcadas diferencias individuales, incluso entre los habitantes de las más pequeñas aldeas, creando un ambiente de dinamismo que no existe en Samoa, aun cuando la personalidad reciba aquí el estímulo del principio de jefatura. Ese pueblo ágil e incansable que son los manus, sensible a las culturas con las cuales se pone en contacto, capta rápidamente las ideas del hombre blanco que le convienen, y las emplea en su propio provecho. La aplicación de los principios de la civilización blanca por los samoanos, no se basa en la acción de determinados individuos, sino en la flexibilidad de una forma de vida social donde el individuo cuenta muy poco y donde no existen pasiones fuertes ni precios altos a pagar por la experiencia. En Manus, en cambio, hay multitud de conflictos y muchos rozamientos entre los diversos tipos sociales, lo cual tiende a desarrollar sentimientos mucho más profundos. El sistema de los samoanos constituye un procedimiento suave, encaminado a convertir los aspectos rudos y desagradables de la naturaleza humana en un estado de grata innocuidad. El de los manus es un método mediante el cual la personalidad humana puede ser capitalizada y empleada por la sociedad.

En Norteamérica no seguimos ni uno ni otro sistema. La degeneración del papel del padre a la de un cansado y muchas veces temido visitante nocturno, ha hecho que la feliz identificación del hijo con la personalidad paterna fuese imposible. Cuando un niño trata de identificarse con su padre, suele captar generalmente los aspectos más visibles y más genéricos del carácter de aquél: su fuerza física, su voz grave, su modo de vestir, rasgos que son precisamente los más difíciles de imitar para un chiquillo de cinco años. Un niño de esa edad me dijo una vez que nunca llegaría a ser un hombre grande como su padre porque no podía hacer tanto ruido como éste, al soplar por la nariz. El padre es un hombre que puede alzar a uno en brazos, que regresa de noche, que

está en casa el día domingo, que maneja el automóvil, que gana dinero, que debe afeitarse todos los días y que tiene voz de bajo. Tales características no distinguen a un individuo de otros cien, de cualquier comunidad. El hijo se ve obligado a identificarse como un maniquí con pantalones. No se le permite un contacto más íntimo que le habilitaría para conocer a su padre como persona y no sólo como miembro de su sexo.

Las convenciones de nuestra sociedad hacen que la educación de los niños sea considerada, hasta un grado alarmante, tarea exclusiva de las mujeres. Prueba de ello es la abrumadora superioridad del número de mujeres que se interesan en los problemas de educación, de higiene, etc., en relación con el de los hombres, quienes desdeñan casi por completo esos temas. El niño varón pertenece, hasta los seis o siete años, a la jurisdicción de la madre, lo cual produce dificultades de adaptación semejantes a las que afectan a las niñas manus. La identificación con personas del sexo contrario es una cuestión peligrosa en un mundo heterodoxo. Después de los seis o los siete años, el niño pasa a manos de otra mujer. La madre, la niñera, la maestra, la líder de grupo, forman una procesión que lo separan de todo verdadero contacto con hombres. La influencia de esas personas es como una cortina de humo, tras la cual aparece la imagen del padre, deformada, magnificada, irreal. El niño, que responde enérgicamente a la solicitación de un padre dominador, no lo hace de manera positiva y anhelante, como en Manus, sino con un sentimiento de insuficiencia y con inevitable frustración. Los manus mirarían con lástima nuestra larga serie de individuos malogrados cuyos padres fueron célebres, a menudo precisamente *porque* los padres fueron célebres. Tanto si aceptamos la idea de herencia de la capacidad natural como si confiamos primordialmente en el afecto de las primeras enseñanzas, se deduce que los hijos de un hombre enérgico deberían ser igualmente enérgicos, que toda ventaja adquirida por un individuo debería ser conservada y transmitida a la generación siguiente, en lugar de ser disipada o de servir paradójicamente para emponzoñar la vida de los desdichados retoños. Es realmente lamentable observar el cuadro de la vida contemporánea donde las adquisiciones de los hombres de una generación no aparecen por lo general representadas en sus descendientes y donde no existe ese adiestramiento de los jóvenes que hemos visto en Manus, ni opera el artificio de la categoría social como en Samoa.

El fracaso de los hijos en identificarse con sus padres se intensifica en este país a causa de las normas rápidamente cambiantes y de las diferencias de perspectivas que separan a padres e hijos. La evidencia de "Middletown" confirma este aserto, en cuanto revela el reducido número de niños que desean seguir la vocación de sus padres.

El niño reacciona de acuerdo con una concepción acerca del padre, según la cual éste aparece como una fuerza desconocida, difícil de estimar, como un empecinado trabajador [3] que se niega muchas veces a concederle unas pocas monedas, como un miembro de la familia generalmente indiferente, que de pronto impone un veto apoyado en su fuerza física y en la inferioridad económica del hijo, como un vejestorio de cuyas ideas se burla la nueva generación. Pero el hijo varón debe identificarse un tanto con el padre o con otra persona de su sexo a fin de poder adaptarse debidamente a la vida adulta. Por abnegada, afectuosa y digna de admiración que sea la actitud de la madre, ella no podrá ofrecerle una línea de conducta en la vida. Si el apego del hijo hacia la madre es demasiado estrecho, el niño verá obstaculizado su desarrollo emocional; si se identifica con ella, corre el riesgo de llegar a ser un invertido o al menos de verse obligado a efectuar extrañas e incómodas adaptaciones afectivas. El antagonismo del hijo varón frente al padre y un exceso de dependencia respecto a la madre, así como la situación inversa en el caso de la niña, constituyen el tributo más alto que los niños pagan a la vida familiar. Manus exige ese tributo de la niña que se identifica con el padre a costa del despego de la madre y que realiza luego el lastimoso descubrimiento, cuando llega a los siete u ocho años, de que ha incurrido en error y que las costumbres de la virilidad no le corresponden.

Nosotros ordenamos las cosas de modo igualmente pernicioso para el muchacho, lo cual es un error tanto más grave si tenemos en cuenta que el mayor peso de las realizaciones culturales ha de recaer sobre el varón, libre de trabas. Le envolvemos en una atmósfera de afecto femenino y presentamos al padre como un látigo vivo que refuerza el papel de gobernante cariñoso reservado a la madre. Durante los años en los cuales el niño es más impresionable, encuéntrase vinculado a mujeres, entre las cuales no puede escoger un modelo, por interesantes o admirables que ellas fueren. Siendo así, no pudiendo identificarse con los únicos adultos que conoce, puesto que se le niega la estimulante compañía de los hombres, debe recurrir al grupo de niños de la misma edad, sometiéndose a la influencia niveladora y uniformante de la personalidad, que surje necesariamente del mismo. Los jóvenes de este país dependen cada vez más del aplauso de sus iguales y se mofan del juicio de las personas maduras, a la vez que se desentienden en absoluto de la suerte de los que les siguen en edad. El delicado mecanismo mediante el cual las conquistas de una generación se transmiten a la generación siguiente, se está perdiendo. Los hombres maduros, totalmente despreocupados

[3] En inglés *bread winner;* literalmente, "ganador del pan". [T.]

del problema, no muestran interés alguno por los niños ni estimulan a ese respecto el interés de los jóvenes. Cada generación se convierte en un pequeño círculo autosatisfecho que gira constante y estúpidamente en torno de su propia imagen.

El ejemplo samoano muestra que el sistema del grupo de edad influye sobre los individuos. Es posible hacer que la pauta de la edad se imponga sobre todo concepto de personalidad, sobre las dotes inividuales y las diferencias de temperamento, substituyendo esas delgadas capas transversales de la vida humana por un cuadro de conjunto en el que aparece una sucesión de individuos que varían desde el recién nacido hasta el que se encuentra al borde de la tumba. Pero la aceptación de tal pauta se cumple a costa de la pérdida de la individualidad. Es una pauta de muy fácil difusión y asimilación, pero es asimismo la menos indicada para crear inciativa y originalidad. Las normas de vida adulta, aquilatadas a través de largos años de vivir consciente e intenso, pueden transferirse de padre a hijo o de maestro a discípulo, pero difícilmente podrán ser distribuídas en gran escala, por medio del cine, de la radio o de la prensa diaria. Una exhortación destinada a suscitar una respuesta en millares de lectores o de oyentes, raras veces será lo bastante intensa como para seleccionar ciertos aspectos del temperamento infantil y darles forma y coherencia. El contacto personal de los jóvenes con personas maduras profundamente interesadas en que aquellos adquieran personalidad y desarrollen iniciativa, es probablemente el único medio para contener el desborde publicitario dirigido a describir "Lo que siente un joven de diecinueve años" o "Cómo piensa un alumno del último año de la Escuela Secundaria".[4]

Es así como tenemos todas las desventajas tanto del sistema educativo de Samoa como del de Manus, sin contar con ninguno de los beneficios que ambos ofrecen. En Samoa el niño no debe fidelidad afectiva al padre ni a la madre. Estos personajes aparecen fundidos en el conjunto de un vasto grupo familiar de adultos protectores. Libre de los lazos afectivos, el niño encuentra la necesaria satisfacción en el ambiente de suave tibieza que constituye el tono emocional dentro del grupo de edad. De ese modo el niño samoano no recibe ni la pena ni la recompensa que corresponden a la vida familiar. Los niños manus, por otra parte, se hallan tan estrechamente atados por los vínculos de familia, que no cabe esperar de ellos una justa adaptación al exterior y probablemente no puedan realizarla. Pero en cambio el niño varón recibe en Manus lo

[4] *High School,* corresponde a nuestro Colegio Nacional. [T.]

mejor que tan estrecha asociación puede ofrecerle: una vívida sensación de la personalidad del padre.

Los niños norteamericanos no se hallan, como los de Samoa, libres de las exigencias de sentimiento profundo ni pueden encontrar satisfacción en la diluída amabilidad del complaciente grupo infantil. Tampoco reciben la recompensa, como los niños manus, de una estrecha vinculación con el padre y de una feliz identificación con éste. Están ligados a un grupo familiar donde la madre absorbe sus afectos y donde no encuentran un modelo aprovechable; las demandas maternas son, además, demasiado fuertes para permitirles ser completamente felices dentro del grupo infantil. La sombra del padre se proyecta a suficiente distancia sobre sus actividades juveniles, como para echarlas a perder.

Nuestras niñas suelen tener mejor suerte. Cuando las diferencias de puntos de vista entre madre e hija, causadas por las cambiantes normas sociales, no son demasiado pronunciadas, la hija puede realizar una primera identificación con la madre, lo cual le permite disponer de un modelo de vida viable. El antagonismo con el padre no tiene para ella necesariamente el mismo efecto negativo que para su hermano. Muy a menudo la hija no siente tal antagonismo porque el padre no desempeña ante ella el papel de un distante padre romano. Puede aventurarse también que posiblemente la vida emocional de la niña se desarrolle con más libertad que la del varón; en tanto la madre ofrece a la hija un modelo de vida, sólo presenta ante el hijo un obstáculo afectivo, obstáculo que éste debe superar.

Tanto en el hogar como en la escuela, son siempre las niñas más afortunadas que los varones. No deja de tener significación que el interés en las artes, el provechoso empleo de las horas libres, así como el cultivo de la personalidad, sean cosas que se encuentran en este país casi exclusivamente entre las mujeres. Es igualmente significativo que los cursos de literatura inglesa tiendan a atraer a las mujeres superiores y a los hombres inferiores. Los datos de otros países no revelan en la mujer aptitudes especiales para el arte; en realidad, los exponentes de la teoría de la inferioridad femenina pueden presentar numerosas pruebas de lo contrario. Pero en este país el ejercicio de las artes como ocupación masculina, se halla precisamente desacreditado. Y bien puede ser que una de las principales causas del bajo nivel en que ellas se encuentran, resida en el hecho de que las enseñanzas de las mismas sea impartida por el sexo con el cual los estudiantes varones no pueden identificarse.

Ninguna sociedad puede permitirse descuidar los medios a través de los cuales hacen los niños su opción en la vida, ni negar al sexo que tiene la mayor libertad para realizar contribuciones permanentes, el es-

tímulo que sólo puede ser proporcionado por una estrecha vinculación personal. Los conceptos del niño norteamericano acerca de la virilidad, son conceptos diluídos, uniformados, indiferenciados. Sus preferencias son tan genéricas como lo es su visión. Elige el ganar dinero, tener éxito, sin ningún género de especificación personal. El contraste entre lo que podríamos hacer de nuestros hijos y lo que realmente hacemos de ellos, es semejante al que existe entre un conjunto de hermosos objetos elaborados por artesanos amantes de su oficio y una serie de cosas fabricadas a máquina. Sean cuales fueren los argumentos que puedan aducirse para demostrar el embellecimiento de nuestra vida logrado por el ahorro de trabajo que nos trajo la máquina, tales argumentos no son aplicables a los seres humanos, como tampoco lo son al mobiliario. Y es probable que exageren la analogía, viendo una explicación completa en lo que sólo lo es parcial, quienes arguyen que los hombres van siendo mentalmente uniformados en nuestro país por el hecho que vivimos en la edad de la máquina. Los diluídos contactos personales del niño norteamericano bien pueden ser en ese sentido un factor tan importante como la ubicuidad de la máquina.

Si bien se manifiestan ciertas tendencias a superar esa predominante feminidad en la educación; aunque tenemos ya más escuelas para varones con maestros masculinos y abundan las manifestaciones explícitas de psiquiatras y asistentes sociales [5] afirmando la necesidad que el niño tiene de su padre, la mayoría de los niños varones sigue aún aprisionada en la red de una educación defectuosa. Nuestros muchachos se ven obligados a asimilar la inexpresiva idea genérica de *virilidad,* en lugar de acercarse a *hombres* interesantes y conocidos.

[5] En inglés, *social workers,* denominación común en EE. UU. que se aplica a las personas dedicadas a tareas de previsión social, a visitadores de higiene, etc. [T.]

XIV

LA ESFERA DE LA IMAGINACIÓN

En el capítulo anterior examinamos algunos factores que concurren a la formación de la personalidad de un niño normal, señalando el perjuicio que significa para la colectividad el hecho de que padres enérgicos y eficientes no logren criar hijos dotados de iguales impulsos. La identificación con personas vivientes constituye un medio adecuado para conservar los rasgos fundamentales de determinada cultura y para asegurar a los hombres de la próxima generación la existencia de firmes conductores en defensa de la causa en que se encuentran alistados desde el nacimiento. De igual y quizás de mayor importancia es el proceso que determina la personalidad de quienes están destinados a transformar la sociedad a la cual pertenecen, a levantar nuevas construcciones en el mundo del arte o de las ideas y, algunas veces, incluso en concretar sus extraviados sueños en nuevas estructuras políticas y sociales. Esas personas temperamentalmente inquietas que aparecen en la vanguardia de los nuevos ideales o que crean nuevas formas de arte, no recibieron generalmente sus impulsos de la identificación con personas conocidas, de su estrecha relación (si bien es posible que la rebelión contra el padre o el tutor haya decidido su inclinación). En cambio, crearon sus extrañas y fantásticas concepciones a partir de la vida, por propia necesidad; trazaron sus conceptos con elementos del pasado y de distintas civilizaciones y con tan curiosa combinación idearon algo nuevo. Incluso los mejor dotados de los innovadores dependen de dos elementos esenciales: la necesidad socialmente sentida en sus propias vidas y la disposición de ricos materiales para sus creaciones. Sin el aguijón de la necesidad, la capacidad imaginativa habría carecido de estímulo: sin el material indispensable, la imaginación sería inoperante. Es, pues, interesante comparar las posibilidades que Manus y Norteamérica ofrecen respectivamente a sus niños, en lo que se refiere a las creaciones imaginativas. Entiendo por necesidad socialmente definida la presencia en la sociedad de cierto tipo de relaciones humanas que el niño puede apreciar y cuya

falta siente en su propio caso. Esas relaciones podrán ser de diversa índole; la sociedad puede enseñar al niño que cada cual debe tener padre y madre, una niñera, una institutriz francesa, un maestro, una novia o un Dios. Sean de la naturaleza que fueran las necesidades impuestas de ese modo, algunos niños reaccionarán creando entidades imaginarias correspondientes a las personas o cosas reales. El compañero de juego invisible, el padre fabuloso, la experiencia amorosa imaginada, son para nosotros familiares. Pero lo que no siempre se reconoce claramente es que ninguna de ellas representa una necesidad humana básica. Una sociedad que dependiera del manejo de un poder mágico impersonal no enseñará a sus niños la necesidad de un dios personal ni la de determinadas prácticas religiosas; una sociedad que no aceptara el amor romántico, no produciría un James Branch Cabell y lo mismo ocurriría, en el caso opuesto, con un Aldous Huxley. Los hijos de los pobres no se jactarán de tener una institutriz francesa inexistente ni lamentarán la falta de tal institutriz.

Uno de los espacios en blanco más corrientes de que dispone el niño para sus creaciones, es el ofrecido por el deceso de uno de sus progenitores o bien por la incapacidad de éstos para cumplir con las normas que como tales les dicta la sociedad. Esto último ocurre cuando un niño, ya sea por influencia de otros niños o de ciertas lecturas, descubre la deficiencia de sus padres e inventa leyendas según las cuales habría sido robado siendo criatura o bien sería hijo adoptivo. Los estudiosos de la psicología infantil atestiguan la frecuencia con qué tales casos se manifiestan entre nosotros. En Manus, el niño socialmente sin padre es casi desconocido. El índice de mortandad infantil es allí tan elevado y los niños son tan apreciados y queridos, que siempre hay alguien ansioso de adoptar un chico huérfano. Solamente había en Peri un chiquillo, llamado Bopau, cuyo padre había fallecido y que no tenía quien lo sustituyera. Era el único chico que pretendía comunicarse con los espíritus, afirmando que Sori, su difunto padre, le había dirigido la palabra. A pesar de ello, no se sentía ligado a la memoria de su padre hasta el punto de negarse a admitir un reemplazante; como se recordará, recibió con entusiasmo la temporaria adopción de Pataliyan y anteriormente había seguido insistentemente los pasos de un primo adulto, observándole con ávida y esperanzada atención. La presión social que requiere que los niños tengan padres abnegados, es más fuerte en Manus que entre nosotros, pero el hábito de la adopción y el reducido número de niños hace que sea muy rara la existencia de niños sin padre.

Entre nosotros los niños sin padre sufren igualmente la consiguiente presión social, pero encuentran más difícil satisfacerla. El caso más

notable que llegó a mi conocimiento es el de una criatura eugenésica, cuya madre quiso demostrar el derecho de la mujer soltera a tener hijos. La niña no sabía nada de su padre; jamás le había visto ni había oído mencionarle. Pero, tan pronto fué al jardín de infantes y oyó a las demás niñas hablar de sus respectivos padres, su fantasía comenzó a trabajar sin pausa, para crearse un padre imaginario. Es así que solía decir: "Oh, madre, ¿por qué he de ir a la cama? Mi padre jamás me hace acostar antes de medianoche. En casa de mi padre se acostumbra a estar levantados durante toda la noche. Mi padre me da puñados de monedas para gastar a voluntad". Este ejemplo demuestra claramente el doble papel que desempeñaba la creación imaginativa de la niña; por una parte le servía como compensación del sentimiento de diferencia con respecto a los demás niños y por la otra era un artificio que le permitía criticar a la madre y al sistema que ésta preconizaba. Pero en Manus, el padre muerto o ausente es reemplazado de inmediato y el sucesor llena el vacío que aquél depara de modo efectivo y realista, lo cual hace innecesario un muñeco cubierto con arreos imaginativos.

Había otra niña, de tres años de edad, que era hija de escritores. La casa de sus padres era muy frecuentada por gentes de letras; a pesar de ser tan pequeña, se hallaba siempre en compañía de adultos y sólo escuchaba conversaciones literarias. A fin de ocupar debidamente un lugar en ese mundo exigente, dióse a inventar una legión de amigos literarios, a quienes oponía frente a sus padres, escritores de novelas, sosteniendo que esos imaginarios amigos eran poetas, que "no se interesaban por la prosa". Sus fantasías tenían una complejidad asombrosa para una niña de tres años. Al día siguiente de haber llegado con sus padres a Inglaterra, inventó un crítico inglés, a quien genialmente llamó "Mr. Stutts Watts"; al llegar a Francia imaginó de inmediato un grupo de amigos que respondían a nombres de fonética eminentemente francesa y que tenían modales distinguidos. Este caso ilustra de manera particular ese proceso de creación imaginativa, precisamente porque se trataba de una criatura excepcionalmente dotada. El grupo social al cual pertenecía, reclamaba importantes amigos literarios; ella los suministraba, del mismo modo con que otros niños inventan robustos compañeros de juego o niñeras de uniforme. En cuanto a los materiales para tal creación, los obtuvo de las brillantes conversaciones que eran sostenidas incesantemente en torno de ella.

Otra pequeña tenía solamente un hermano, en tanto que todas sus amiguitas, así como los personajes que conocía por los libros, tenían hermanas. En consecuencia, compuso una larga historia acerca de una hermana gemela a quien unos bandidos habían robado poco después

de nacer y que podía eventualmente ser rescatada. Durante cuatro años la búsqueda de esa presunta hermanita ocupó la mayor parte de su soñar diurno y algunas veces llegaba a explorar bosquecillos desiertos y edificios semiderruídos, que suponía podían servir de albergue a la banda de ladrones y a la hermana gemela, esa hermana tan intensamente deseada como compañera y confidente.

Salvo raras excepciones, en *Manus* los niños no tienen tales lagunas en su vida social. Ningún niño carece de una compañera de juego, por lo cual no hay compañeros imaginarios; los espíritus infantiles son objeto de mofa. Son menos vivaces que los niños reales; su creación no respondió a una necesidad ni tuvo por objeto llenar un vacío. Las madres tienen poca importancia y están allí presentes. Tampoco sienten los grupos de niños manus la falta de las normas de vida que practican los adultos. Educados para ignorarlas, no tienen el menor deseo de construir una miniatura del mundo de los adultos, así como los hijos de los ricos no suelen imitar las costumbres de la gente pobre y despreciada. Los niños manus no ofrecen por consiguiente señal alguna de construcción imaginativa, ya los observemos individualmente ya en grupos. Su juego, así como su conversación, son completamente áridos. Ello no se debe, sin embargo, a carencia de imaginación. Un muchacho manus que estaba al servicio de una familia blanca en una de las estaciones del gobierno, fué sorprendido haciendo ante un visitante ingenuo el relato, lleno de colorido, de un supuesto viaje a Sydney, donde habría trabajado en un barco de Burns Philps y donde su gran habilidad en el juego de cricket habría sido premiada con la donación de un magnífico uniforme y de hermosas ropas, agregando que había vuelto a Manus porque no le agradaba el clima de esa ciudad. Ese niño sentía la necesidad de ser un mozo importante al retornar a su aldea natal; trabajando en aquella isla, a pocas horas de viaje de dicha aldea, era por cierto bien poca cosa y había aprovechado la oportunidad de convencer a ese crédulo oyente del carácter real de sus grandes aspiraciones. Los relatos de otros muchachos que habían vuelto de Sydney, donde hicieron de niñeros, le suministraron el material necesario para su fantástico relato.

Esta especie de necesidad no aparece en los muchachos manus antes de los trece años. Pero sólo después que han perdido a sus padres se sienten realmente desolados, socialmente mutilados, por así decirlo. Y es entonces cuando se manifiesta su único juego de imaginación. Los jóvenes celebran largas sesiones burlescas en su casa de reuniones. Realizan también exhibiciones dramáticas de los adulterios que habrían cometido si vivieran en la pasada edad de oro, cuando eso podía hacerse

impunemente.) La imaginación tiene libre vuelo respecto a las andanzas del padre en el mundo de los espíritus y esto explica por qué hay tan poca fantasía en la vida manus. Sus mitos son toscos y prosaicos. Su existencia cotidiana es un asunto práctico y descarnadamente realista. Sus relaciones sociales, tan ampliamente determinadas por la economía, son igualmente realistas y prosaicas. Su lenguaje, claro y simple, carente de analogías y de metáforas, no ofrece estímulo a la creación poética. Sus danzas, sujetas a movimientos estrictamente convencionales, no dejan lugar a innovaciones. Sólo el mundo desconocido de los espíritus les permite desplegar la imaginación. Pero ese despliegue es harto limitado. Atribuyen a los espíritus una intensa y concienzuda preocupación por la buena marcha de la sociedad y por la conducta memorable de sus integrantes. La concepción de las virtudes del padre, como varón probo que huye del pecado y que paga escrupulosamente sus deudas, es magnificada cuando aquél pasa a mejor vida. Esa atribución de cualidades morales al mundo de los espíritus constituye la principal fuente de moralidad de los manus. Estos idealizan la personalidad de los difuntos y les conceden poderes sobrenaturales que les permiten expresar su voluntad. (No pretendo hallar el origen de la religión manus en el fruto de la fantasía de determinada generación o de determinado grupo de individuos; pero la forma peculiar que ha tomado el espiritualismo manus, su diferenciación de otros cultos afines, procedentes de una fuente histórica común, autorizan a admitir cierto margen de creación individual.)

Además de atribuir a los espíritus la fundamental misión de vigilar la práctica de la moral, los mortales se entretienen con otros juegos de fantasía, relacionados con aquéllos. Los espíritus practican el levirato, es decir, que el espíritu de un hombre puede contraer matrimonio con el espíritu de la mujer de su hermano; los espíritus de los ancianos suelen también capturar los espíritus de las muchachas que encuentren a su alcance. Ambas prácticas se hallan en plena vigencia entre los pueblos de tierra firme, pero son severamente reprobadas entre los manus vivientes. Es indiferente que tales costumbres hayan sido antes corrientes entre los manus, quienes las habrían abandonado luego, o bien que constituyan modalidades cuya posesión envidian a los pueblos vecinos; el hecho es que se trata de cosas prohibidas, que su imaginación permite sin embargo realizar a los difuntos. De igual modo, hay quienes afirman que los espíritus no están obligados a observar las abrumadoras reglas sobre la evitación entre parientes políticos, que tanto traban la libertad de movimientos de los manus. En el mundo de los espíritus, un hombre puede en verdad contraer matrimonio con la difunta mujer de su hijo.

(Ello fué la supuesta causa de la muerte de un manus. Según informó la medium, el espíritu de la mujer del manus se sentía molesto por las pretenciones matrimoniales del espíritu senil de su suegro y para librarse de ellas hizo morir al que había sido su marido.) Los manus saben que esos tabúes no rigen entre los matankor, pueblo que habita la isla cercana de Balowan, donde los jóvenes comprometidos pueden encontrarse frente a frente y charlar amablemente y donde los padres de los novios asisten a la celebración del matrimonio. Fastidiados por sus tabúes, los miembros de la comunidad manus imaginan que sus muertos se ven libres de ellos.

El contacto con el hombre blanco, que casi siempre deja al nativo vencido y muchas veces humillado, toma un colorido distinto en el mundo de los espíritus. Hay en Peri un gran grupo familiar que tiene como guardianes los espíritus de hombres blancos. Cuando un joven de ese grupo llega a la edad viril, el espíritu protector original, que perteneció a un blanco asesinado años atrás en la isla de Mouke, recibe la orden de reclutar otro espíritu blanco anónimo, condescendiente y de buena conducta, el que ha de cumplir las demandas del nativo con la superior eficiencia propia del hombre blanco, pero sin la soberbia que le caracteriza. Los miembros de otras familias suelen tener igualmente espíritus de hombres blancos. Otros aun han llegado a crear mujeres blancas para los espíritus de sus guardianes nativos. El desagradable contacto con la cultura de los blancos adquiere una expresión distinta en el mundo de los espíritus.

Las mujeres buscan igualmente una compensación por su absoluta falta de autoridad sobre sus hijos varones. Los chicos que en vida sacaban la lengua ante la madre, que escupían, chillaban, se enfadaban o golpeaban furiosamente ante la más ligera tentativa materna por imponerles obediencia, apenas entran en el mundo de los espíritus se convierten en criaturas dóciles, serviciales, incansables en el cumplimiento de los recados. Además, el espíritu de la esposa no se aloja en casa de sus parientes carnales, quienes reclaman su cuerpo y que han cumplido en su obsequio los ritos fúnebres, sino que habita con su esposo del mundo de los espíritus. El lazo del matrimonio, tan débil y poco satisfactorio en la tierra, recibe el lugar correspondiente, en el cielo.

Estas creaciones son ciertamente ínfimas si las comparamos con las infinitas posibilidades de imaginar mundos desconocidos, que tenemos a nuestro alcance. La cultura manus ejerce su presión sobre el adulto —y no sobre el niño— de tal modo que estimula su actividad imaginativa. Esos ligeros esfuerzos de la fantasía sirven para ilustrar cómo

emplean los manus el espacio vacío ofrecido por la indefinida existencia de los espíritus, espacio en el cual depositan ideas de compensación o conceptos tomados de otros pueblos. Y es razonable suponer que la persistente atribución a los espíritus de una moralidad exigente y puritana, representa uno de los resortes más poderosos que erigió el ideal cultural manus. Los pueblos vecinos, cuyas culturas se asemejan a la de los manus en muchos respectos, no participan de ese puritanismo. Sus muertos sólo exigen la adecuada realización de las ceremonias funerarias. Así, las muchachas usiai disponen de un año de licencia, en ciertas casas destinadas a jóvenes de ambos sexos, donde pasan una vida de ocio y jolgorio, antes de casarse con hombres viejos y poderosos, que pueden permitirse comprar mujeres jóvenes en calidad de segunda o tercera esposa. De la frívola isla de Balowan nuestros muchachos trajeron una sola frase, en lengua balowan: *"Ven a la manigua a acostarte conmigo"*. Los pueblos vecinos que habían oído algo acerca de las enseñanzas cristianas relativas al sexo decían que los manus eran "iguales que los misioneros" y se burlaban de su puritanismo. Pero los manus consideran que esta condición corresponde a una nueva etapa de su desarrollo. Su edad de oro, situada más allá de donde llega la memoria de la generación anciana, representaba una época en la cual los espíritus eran menos inquisitivos en lo referente al sexo. Pero, cuando los hombres empezaron a morir a causa del adulterio —explican— los corazones de los difuntos se endurecieron y entonces se dedicaron a castigar a los nuevos pecadores. Proyectando de ese modo sobre los muertos la muy humana pasión de la venganza, llegaron a extender y a hacer más rígida su tradición de austera moralidad. De igual manera, al atribuir a los muertos una ansiosa preocupación por las deudas impagas y por las obligaciones financieras que era preciso cumplir, se logró acentuar eficazmente la honestidad comercial. (Las elevadas normas comerciales de los manus pueden compararse con las de cualquier pueblo del mundo; hay muchos desacuerdos en cuanto al monto de las deudas, debido a la falta de un sistema contable, pero muy pocas tentativas de eludir o desvirtuar obligaciones económicas.) Sobre ese vacío que es la muerte, los manus han escrito un nuevo capítulo que imprime un sello especial a su vida y que les distingue de sus vecinos.

Un proceso similar, aunque infinitamente más complejo, suele engendrar los sueños del hombre civilizado. Mientras los manus sólo pueden basar sus creaciones sobre las reducidas diferencias que median entre su cultura y la de sus vecinos y sobre lo poco que conocen de la cultura de sus conquistadores blancos, nosotros disponemos para tal objeto del inmenso material que nos ofrecen la historia, la literatura y

el arte de muchos siglos. El manus puede dotar a su difunto padre, y por su mediación a todo el mundo de los espíritus, de las cualidades que los propios manus han desarrollado, y elevarlas aun al más alto grado; o bien puede atribuirle las atrevidas y exóticas costumbres de los usiai y los balowan. Pero entre nosotros, el niño sin padre o sin madre, el niño disgustado con los suyos, el niño solitario ansioso de un compañero de juegos, o el hombre que no halle un ser que lo comprenda o que se ajuste a las normas de amor romántico impuestas por la cultura, pueden crearse un progenitor o una amante, acudiendo a los caracteres que ofrecen las vidas de Napoleón o de Cristo, la Ilíada o Shakespeare, los cuadros de Miguel Ángel, las óperas de Wagner o la poesía de Keats. El niño puede forjarse un padre hermoso como el Apolo de Belvedere o una madre semejante a la *madonna* de Rafael o a un ángel de Leonardo. Puede atribuir a su padre el heroísmo de Guillermo Tell o de Roberto Bruce, el dulce ascetismo de San Francisco o las hazañas de César o Alejandro. Puesto que el genio de las generaciones ha creado la imagen de Jesús, nuestro niño puede hacer de ella la efigie de su padre. Y puede aun situar esa figura idealizada en medio de un mundo hecho a base de la lectura de historia griega, de épica irlandesa, de poesía árabe y de leyendas védicas. Los conceptos más dispares, los sueños más imposibles, la historia de las culturas que fueron y la obra de los creadores rebeldes que trataron de evadirse de ellas, todo eso puede ser mezclado y confundido para llenar, en la infancia, el vacío dejado por el padre o la madre; y en la edad adulta, para cubrir la laguna que exista entre la sociedad en que vivimos y el mundo que nuestra imaginación haya engendrado. Cuando tales sueños hacen, por contraste, al mundo real demasiado sombrío e insoportable, suelen conducir al suicidio. Son, en verdad, siempre peligrosos. Pero es posible construir sobre ellos visiones de tal poder de sugestión, que espanten o trastornen la imaginación de un pueblo, siempre que la imagen compleja y radiante sea revelada por alguien que posea el don del artista o del conductor de hombres.

Todo ordenamiento social que imponga ciertas exigencias, así sean las de tener padre y madre, un compañero o un amante, no siempre podrá proveer a esas mismas demandas. Hay quienes sienten un vacío en su existencia, vacío que tratan de llenar de tal modo que puedan vivir en armonía con las normas que la sociedad a la cual pertenecen ha establecido como las más adecuadas a la condición del hombre. Los manus tienen muy pocos materiales para reconstruir la condición de sus muertos, el único vacío importante que les ofrece una sociedad que provee de padres y de compañeros de juego a todos los niños y donde no

se conocen las ideas de amor romántico o de amistad íntima. Pero nosotros poseemos los más diversos y variados materiales para crear concepciones novedosas, concepciones elaboradas por hombres que, sintiendo una perpetua nostalgia por el mundo de sus sueños, tengan la excelsa misión de introducir cambios fundamentales en las normas que condicionan nuestra existencia.

Si generalizamos demasiado las relaciones humanas y exigimos muy poco de ellas, perderemos ese sentido de las lagunas y de las deficiencias que estimula la fantasía de muchos niños. Perderíamos así las valiosas creaciones de quienes se ven obligados a escudriñar toda la historia para hallar materiales que les permitan forjar un amor ideal o crear un padre ausente. Porque semejante creación no se produce por simple automatismo, como creen algunos teóricos. El niño no nace sintiendo la necesidad de tener un padre; llega a conocerla por la felicidad social de los demás. En una sociedad como la de Samoa, donde la relación entre padre e hijo se halla diluída entre varias docenas de adultos, ningún niño soñará con un padre ideal; tampoco crearán los samoanos un cielo con reverberaciones sobre la tierra, puesto que se sienten perfectamente satisfechos en medio de sus tranquilos semejantes. De igual modo, no imaginarán el niño o el adulto manus una madre o una esposa ideales, porque la sociedad no les sugiere la posibilidad de hallarlas. Si reemplazamos las relaciones padre-hijo o maestro-discípulo solamente por contactos con personas del sexo opuesto o por la aprobación del grupo de edad; si establecemos normas de relación fortuita entre los sexos, sin vigor ni responsabilidad alguna, no podremos garantizar el estímulo de la imaginación en el empleo de los ricos y variados materiales que forman nuestra herencia cultural, para la creación de valores nuevos.

La experiencia de Manus sugiere, por otra parte, la necesidad de dar a los niños los elementos sobre los cuales ha de ejercitarse su imaginación, pues demuestra que ellos no producen espontáneamente hermosas creaciones, sino que lo hacen en la medida en que el mundo de los adultos les provee de los materiales adecuados.

Dando por admitido el carácter forzoso de esa educación básica, así como la necesidad de una mayor eficiencia en la enseñanza de las tres "r",[1] nuestras escuelas tienen ante sí el problema de los crecientes lapsos no empleados. Así como nos damos cuenta de que no es preciso enseñar

[1] Designase familiarmente así, en los E.E.U.U. a las tres asignaturas básicas: lectura *(reading)*, escritura *(writing)* y aritmética *(arithmetics)*, en razón de que la pronunciación de las tres comienza con *r*.

la historia de la revolución norteamericana todos los años, durante un curso de cinco, y que el tiempo invertido en aprender los grados convencionales del sujeto puede reducirse considerablemente aplicando métodos más racionales, comprendemos también que el tiempo que los niños viven bajo dirección escolar requiere, en general, ser aumentado. La vida urbana hace peligroso y virtualmente imposible el juego infantil sin vigilancia. Las casas de departamentos no disponen de patios de juego convenientes. La creciente urbanización del país, el número cada vez mayor de familias que habitan en departamentos, así como el de mujeres casadas que tienen empleo, y muchos otros factores, contribuyen a hacer más importante el papel de la escuela, puesto que el niño ha de vivir cada vez más horas diarias bajo la dirección de la misma. Las escuelas progresistas tratan de llenar los lapsos que deja el perfeccionamiento en la enseñanza de las asignaturas de rutina, empleando materiales tomados de otras sociedades, tales como las de Grecia, Egipto y Europa Medioeval. La enseñanza de las disciplinas indispensables es alternada con actividades recreativas, centradas en torno de la construcción de una mansión griega o de la fabricación de un papiro. Sean cuales fueren las objeciones que se opongan contra ese tipo de educación, es indudable que el mismo satisface una cosa de especial importancia: la necesidad de contenido en la vida de los niños. Con ello se coloca en abierta oposición con doctrinas tales como las descritas en "Middletown", donde se subestima el esparcimiento, en favor de cursos formales que sólo ligan más estrechamente la vida de los niños al género de vida practicado en esa ciudad tipo. No basta proporcionar el conocimiento de la cultura norteamericana tal cual es en nuestros días ni enseñarles los principios de las técnicas correspondientes. La cultura norteamericana se halla demasiado uniformada; el conflicto entre los diversos grupos extranjeros que introdujeron tradiciones europeas contradictorias y sólo parcialmente asimiladas, ha neutralizado sus respectivas contribuciones. Si la literatura, y el arte y una cultura general más creadora han de florecer en Norteamérica, debemos tener más contenido, un contenido basado sobre las diversas experiencias de las culturas más antiguas y más individualizadas, las que siempre sirvieron de base a las ideas nuevas.

Si queremos que la imaginación de los niños se desarrolle, debemos dotarles de material capaz de alimentarla. Aunque algún niño excepcional pueda crear algo por su exclusiva cuenta, la gran mayoría no llegará siquiera a imaginar un oso debajo de la cama, a menos que los adultos hayan suministrado el oso. Los largos años que los niños pasan en la escuela pueden ser colmados de ricos y sugestivos materiales, sobre los

cuales habrá de actuar su imaginación. Aquellos que encuentren la vida a su gusto, serán los mejores continuadores de la cultura a la cual pertenecen, gracias a su más amplia comprensión de la riqueza cultural de otras sociedades. Los que sientan, en cambio, la necesidad de reconstruir aspectos de su vida, podrán emplear ese material para crear concepciones nuevas, enriqueciendo así la cultura que recibieron de sus predecesores.

XV

EL NIÑO Y LA TRADICIÓN

HEMOS VISTO que los manus, al igual que nosotros, inculcan a los niños muy poco respeto, con lo cual no los capacitan para desarrollar sentimientos; que el llevar a los niños a envidiar y despreciar a sus mayores, es hacer a los primeros un flaco servicio. Vimos con qué eficacia fomentan los manus la personalidad de sus hijos, especialmente la de los varones y cómo nosotros descuidamos precisamente a los nuestros, al no facilitarles una estrecha asociación con hombres que pudieran servirles de modelos. Hemos visto también cuán infinitamente más ricos somos en elementos de tradición, sobre los cuales pueden los temperamentos inquietos trazar concepciones nuevas. Al mismo tiempo, comprobamos que estamos en peligro de uniformar y generalizar a tal punto las relaciones humanas, que nadie sentirá la necesidad de emplear a ese fin tan preciosos materiales. Son todas éstas cuestiones esenciales sobre las cuales arroja Manus una luz particular. Pero en cuanto a la educación en conjunto, ¿qué conclusión nos sugiere la experiencia manus?

Hemos seguido al niño manus a través de sus años formativos hasta llegar a la edad adulta; vimos cómo su indiferencia por la vida de los adultos se trocaba en una diligente participación en la misma; su vana mofa de lo sobrenatural, en un ansioso sondeo de la voluntad de los espíritus; su suave y generoso comunismo, en un codicioso afán individualista. El proceso educativo está completo. El niño manus, nacido sin hábitos motores, sin lenguaje, sin formas definidas de conducta, sin creencias ni entusiasmo, se ha convertido, en todo sentido, en un manus adulto. Ningún rasgo cultural se ha apartado de la corriente de tradición que los padres transmiten a sus hijos de manera tan irregular e inorgánica, empleando métodos que nos parecen tan aleatorios, impremeditados y muchas veces definidamente opuestos a sus fines últimos.

Y lo que es verdad en ese respecto para la educación manus, lo es también para la educación en cualquier sociedad homogénea, intacta.

Sea cual fuera el método empleado, tanto si los jóvenes son disciplinados, amaestrados o instruídos con cuidado o bien si se les deja vagar cerrilmente o aun si se les hostiliza por parte de los adultos, el resultado será el mismo. El pequeño manus se convertirá en el manus adulto, el pequeño indio, en el indio adulto. Cuando se trata de transmitir el conjunto de una tradición simple, la única conclusión que cabe deducir de los diversos materiales primitivos, es que cualquier método será igualmente efectivo. La capacidad de imitación supera de tal modo el poder de la técnica creada para sacar partido de la misma; la receptividad del niño con respecto a cuanto lo rodea es tan superior a cualquier método destinado a estimularla, que aquél ha de asimilar inevitablemente la tradición, dado que todos los adultos con los cuales tiene contacto, se encuentran plenamente saturados de tal tradición.

Si bien esto es sólo aplicable a una cultura homogénea, tiene sin embargo consecuencias de largo alcance en teoría educativa, especialmente en lo que se refiere a la modificación de la característica fe norteamericana en la educación como panacea universal. Constituye un mentís para el grato optimismo de quienes creen que la esperanza está en el futuro y que las fallas de una generación pueden ser reparadas en la próxima. El padre que no aprendió a leer y escribir puede enviar a su hijo a la escuela y ver cómo éste domina esos conocimientos que a él le son extraños. Una técnica desconocida para el miembro de una generación, pero que es dominada por los demás, puede indudablemente ser enseñada al hijo de ese individuo deficientemente instruído. Cuando una técnica se ha convertido en parte de la tradición cultural, el número de las personas que la poseen puede variar de una generación a otra. Pero se ha tomado como exponente de todo el proceso educativo el caso espectacular de los hijos de analfabetos, que han aprendido a leer y escribir. (Los teóricos olvidan los miles de años que precedieron a la invención de la escritura.) En realidad, se trata sólo de la transmisión de técnicas conocidas, el tipo de educación que se estudia en cursos sobre "Enseñanza de Aritmética Elemental" o de "Ingeniería Eléctrica". En lo referente a la educación formal y especial de esa índole, no es posible hallar analogías en las sociedades primitivas. Aun cuando se introduzca en una tribu alguna técnica nueva, como a veces ocurre, por mediación de un prisionero de guerra o una extranjera y toda una generación aprenda dicha técnica, ese proceso tiene para nosotros escaso valor comparativo. Los métodos groseros y empíricos que allí se emplean para impartir tal conocimiento, tienen poco de común con nuestros sistemas de enseñanza, precisos y altamente especializados.

Es necesario dejar bien establecido que cuando hablo de educación me refiero únicamente a ese proceso mediante el cual un individuo en formación es iniciado en la herencia cultural que le corresponde, y no a los procedimientos específicos que se utilizan para impartir el conocimiento de las complejas técnicas modernas a una cantidad de niños colocados en apretadas filas dentro del aula escolar. El aula interesa a los fines de este estudio en tanto que factor general y muy importante de la educación, no como medio de aplicar un método con preferencia a otro en la enseñanza de la caligrafía. La educación estrictamente profesionalizada es un fenómeno moderno, el resultado final de la invención de la escritura y de la división del trabajo, un problema de transmisión cultural cuantitiva más bien que cualitativa. El impresionante contraste entre el pequeño número de cosas que debe aprender el niño primitivo y la multitud de conocimientos que ha de adquirir un niño norteamericano, sólo sirve, sin embargo, para destacar la conclusión de que a pesar de la gran diferencia cuantitativa, el proceso es cualitativamente similar.

Después de todo, el pequeño norteamericano debe aprender a ser un norteamericano adulto, así como el pequeño manus aprende a convertirse en un manus adulto. La continuidad de nuestra vida cultural depende de los medios que, en cualquier situación, impriman a los niños el sello indeleble de su tradición social. Sea que hayan de ser objeto de halagos y agasajos en la vida adulta, como de engaños o de castigos, no les queda otra opción que la de convertirse en adultos semejantes a sus padres. Pero la nuestra no es una sociedad homogénea. Una comunidad difiere de la otra, una clase social de otra; los valores que admite un grupo profesional no son los mismos que rigen para el que pertenece a una profesión distinta. Tenemos corporaciones religiosas que sustentan conceptos tan profundamente divergentes entre sí como el Catolicismo romano y la "Ciencia Cristiana", las que disponen de gran número de adeptos, siempre dispuestos a inculcar a sus hijos y a los hijos de los demás las tradiciones especiales de su grupo respectivo. Los cuatro hijos de padres comunes pueden orientarse en direcciones tan divergentes, que, al llegar a los cincuenta años, sus premisas sean recíprocamente ininteligibles y antagónicas. ¿No queda así destruída toda base de comparación entre una sociedad primitiva y una sociedad civilizada? ¿No deja pues la educación de ser un proceso mecánico y no se convierte acaso el método en una cuestión de vital importancia?

La observación es indudablemente justa. Dentro de la tradición general hay numerosos grupos que pugnan por la prioridad, procurando mantener y ampliar el número de sus adeptos en la próxima generación. Los métodos de educación cuentan para esos diversos grupos, pero sola-

mente en lo que se refiere a sus relaciones mutuas. Tomemos una pequeña ciudad donde existen tres entidades religiosas. Será indiferente que la concurrencia a la Escuela Dominical sea compulsiva, con la amenaza de azotes de parte del padre si uno no aprende bien la lección o si distrae una moneda del dinero de la colecta, o bien que la tal escuela sea un lugar delicioso donde los jóvenes maestros sirvan refrescos a los admirados alumnos y donde se distribuyan premios pródigamente. Será indiferente en tanto las tres Escuelas Dominicales usen iguales métodos. Sólo cuando una escuela depende de la intimidación paterna, la otra acude al sistema de los premios y la tercera emplea como señuelo las excursiones coeducativas, adquiere particular importancia la cuestión del *método*. Pero al mismo tiempo el proceso que consideramos deja de pertenecer a la educación para convertirse en... propaganda.

Así, pues, si definimos la educación como el proceso mediante el cual se transmite una tradición cultural de una generación a otra o, en casos excepcionales, a los miembros de una cultura extraña —como ocurre cuando un pueblo primitivo cae bruscamente bajo el imperio de las fuerzas organizadas de la civilización—, podemos definir la propaganda como un conjunto de métodos con los cuales un grupo que actúa dentro de una tradición determinada, procura aumentar el número de sus adeptos, a costa de otros grupos. La enseñanza consciente de diversas técnicas, como la de la lectura, la escritura, el arte de remachar, del levantamiento de planos, de tocar el piano, de fabricar jabón o de grabar al agua fuerte, se halla al margen de ambas categorías.

Norteamérica ofrece el cuadro de esos procesos, desarrollándose con gran confusión. La corriente general de la tradición —lengua, costumbres, posición ante la propiedad, el estado, la religión— es impartida sin gran energía al niño y al adolescente, en tanto que la enseñanza de un conjunto de técnicas minuciosas y exigentes es objeto de intensa dedicación. Acá y allá actúan diversos propagandistas, partidarios de "Ciencia Cristiana", comunistas, vegetarianos, antivivisección ionistas, humanistas, adeptos del impuesto único, pequeños y compactos grupos que se concentran en torno de ciertos sistemas filosóficos, o sociales, o religiosos, pero que en los demás respectos son simples partícipes de la corriente cultural norteamericana. La rápida asimilación de millares de hijos de inmigrantes por medio de las escuelas públicas, ha dado a los norteamericanos una fe peculiar en la educación, fe que difícilmente se hubiera desarrollado en una sociedad menos híbrida. Porque hemos convertido en norteamericanos a los hijos de alemanes, de italianos, de rusos, de griegos, creemos poder hacer de nuestros hijos cualquier cosa que nos propongamos. Asimismo, por haber visto como un culto tras otro se

extendían a través del país, pretendemos que un método adecuado puede lograrlo todo, que contando con un buen método puede la educación resolver cualquier problema, suplir cualquier deficiencia, preparar a los hombres para vivir en cualquier Utopía inexistente. Un examen atento de la cuestión nos permite deducir que nuestra fe en el método proviene de nuestra asimilación de los inmigrantes, de la eficaz enseñanza de técnicas cada vez más complicadas a un número creciente de personal, del exitoso despojo de adherentes, logrado por un astuto grupo de catequistas, a costa de un grupo rival. En ambos casos, el método cuenta y cuenta de modo relevante. Una enseñanza eficiente puede abreviar el período de aprendizaje y aumentar la pericia de los niños en aritmética o en teneduría de libros. Una inteligente distribución de melcochas,[1] insignias y uniformes, puede hacer engrosar las filas de la Escuela Bautista Dominical o de la Juventud Comunista. Un padre que expía sus faltas gramaticales corrigiendo incansablemente a su hijo, puede educar a éste de tal modo que hable correctamente; pero no hablará con mayor corrección que los que jamás escucharon un inglés defectuoso. El método hace posible apresurar el dominio de técnicas conocidas o aumentar el número de adeptos de una fe preexistente. Pero estos logros son de naturaleza cuantitativa y no cualitativa; carecen esencialmente de virtud creadora. Tampoco significa crear algo nuevo el hecho de convertir en norteamericanos a los hijos de padres extranjeros: se trata sólo de transmitirles una tradición ya desarrollada.

Los que creen en los cambios forjados por la educación, aluden orgullosamente a la difusión alcanzada por la teoría de la evolución. Estamos, una vez más, ante una realización cuantitativa. El cambio gradual que se produjo en el pensamiento humano y que llevó de la concepción de Tomás de Aquino a la de Darwin, tuvo lugar en la biblioteca y en el laboratorio, no en el aula escolar. Para que el método inductivo pudiera enseñarse en las escuelas, fué menester desalojar antes de las universidades a los escolásticos con su método deductivo. En cuanto a si la deducción o la inducción es enseñada con látigo o con dulce sonrisa, es relativamente de poca importancia para la precisión con que los hábitos mentales de los niños se adapten a los hábitos mentales de sus padres y de sus maestros.

Quienes quisieran salvar al mundo por medio de la educación, confían mucho en ciertas tendencias y capacidades latentes que suponen existir en la infancia y que habrían desaparecido en la edad adulta. Los defensores de esta senda de salvación invocan el "amor al arte",

[1] Tortas hechas a base de miel. [T.]

el "amor a la música", la "generosidad", la "inventiva" naturales en los niños, elaborando planes de educación destinados a definir y estabilizar esas virtudes infantiles, como parte de la personalidad del adulto. Hay cierta porción de verdad en ese aserto, pero es, una vez más, una verdad negativa. Así, por ejemplo, el "amor a la música" es probablemente, salvo esos raros casos que rotulamos irremediablemente de "geniales", una simple capacidad no deteriorada de aprender música. Los niños manus menores de cinco o de seis años solían reproducir torpemente las melodías que escuchaban. Pero los que excedían de esa edad eran en ese sentido prácticamente sordos. En la misma melodía que los pequeños cantaban con relativo éxito, los niños mayores y los adultos sólo percibían diferencias de énfasis. Trataban de repetirla, acentuando fuertemente las sílabas correspondientes a las notas altas, sin ningún cambio de tono y creían ingenuamente repetir íntegramente la canción. Un solo manus, que sabía cantar realmente algunas canciones, había estado en el extranjero, concurriendo a una escuela continuadamente, durante seis años.

Si por la expresión "natural en los niños" entendemos que un niño aprende más fácilmente cosas que un adulto, culturalmente definido y limitado en muchos respectos lo hace con grandes dificultades, es verdad también que toda aptitud que no sea recompensada por la sociedad, será más fácil de enseñar a un niño que a un adulto. Así, nuestros niños parecen más imaginativos que los adultos, porque establecemos un premio para la conducta práctica, estrictamente orientada hacia el mundo de la experiencia sensorial. Los niños manus, en cambio, parecen más prácticos y realistas que los manus adultos, quienes viven en un mundo donde existen espíritus invisibles que gobiernan gran parte de sus actividades. Un entusiasta de la educación que trabajara entre los manus, quedaría impresionado por las "potencialidades científicas" de sus niños, así como otro entusiasta que observara a los nuestros, sentiría igual impresión ante las "potencialidades imaginativas" de estos últimos. Las observaciones serán justas en ambos casos, en relación con la cultura adulta respectiva. Las tendencias imaginativas de nuestros niños, alimentadas por un rico lenguaje y por una variada y múltiple tradición literaria, serán reducidas, atenuadas, suprimidas o deformadas en la vida adulta, en virtud de las necesidades de adaptación práctica, mientras que el franco escepticismo de los niños manus, su interés exclusivo por las cosas que pueden ver, tocar o escuchar, serán dominados por los cánones del sobrenaturalismo que rigen la vida de ese pueblo. El educador que esperara que las capacidades potenciales divergentes de la tradición adulta florezcan y den frutos en un mundo completamente extraño, habría

hecho sus cálculos sin contar con el poder de la tradición, de esa tradición que afirmará sus derechos frente al más sagaz ataque metodológico que pudiera imaginarse.

Tomemos de nuestra experiencia manus un ejemplo de actividad que tratamos de desarrollar valiéndonos de métodos educativos especiales: el dibujo. Algunos educadores que sienten que nuestra cultura es lamentablemente deficiente en materia de interés y de realización artísticos, forman grupos de escolares a quienes proveen de los materiales necesarios, les conceden la mayor comodidad y les invitan a dibujar. Sobre los muros del aula, así como en sus libros, los niños ven constantemente copias de cuadros famosos, de tradición europea. Después de superar los forcejeos iniciales con los problemas de la perspectiva, llegan a dibujar de acuerdo con las reglas elaboradas gracias a la concentrada atención puesta en juego por talentosos adultos, en una época que apreciaba la pintura y que le ofrecía elevadas recompensas. Dejando a un lado los buenos efectos accidentales, tan frecuentes en los dibujos infantiles y que se deben a la frescura, a la ingenuidad y a la casual pero feliz combinación de líneas, se hallarán trabajos realmente meritorios entre los realizados por tales grupos escolares. El maestro observará orgullosamente cuánto puede lograrse permitiendo que el impulso artístico florezca en condiciones favorables.

Veamos, como contraste, los dibujos que realizaron mis niños manus, en una cultura que carece de toda tradición pictórica. Los niños disponían de absoluta libertad. Puse a su disposición papel y lápices, así como superficies lisas sobre las que pudieran trabajar. No les dirigía elogios ni reproches; sólo alentaba algunas veces a los más pequeños, pero en términos muy generales. Durante meses, esos niños se lanzaron de lleno a la nueva y divertida ocupación, llenando ávidamente una hoja de papel tras otra. En sus trabajos se encontraban expresadas muchas de las tendencias altamente desarrolladas en el arte de diferentes pueblos: realismo, conceptualismo, simbolismo, perspectiva atenuada, uso arbitrario de las unidades de diseño, distorsión del tema para llenar el fondo, etc. Pero —y eso es lo único decisivo— no había en esos trabajos nada que pudiera llamarse arte. En la proa de las canoas, en las espátulas de areca, en los bordes de las escudillas había grabados de verdadera belleza, realizados por individuos de las tribus vecinas. Pero los niños no tenían antecedentes en el dibujo y su trabajo denunciaba esa falta. Trabajando sin contar con una tradición orientadora, producían esfuerzos interesantes, pero que no ofrecen apoyo a las teorías de quienes esperan lograr grandes cosas estimulando las capacidades potenciales de los niños, contra el mundo de los adultos. Y sin embargo, tampoco hay lugar

para explicaciones de índole racista que adujeran simplemente la falta de don artístico en los nativos, pues los grabados de madera que ejecutan sus vecinos, pertenecientes a la misma raza, pueden equipararse a los más hermosos trabajos de ese género. Si cada niño se hubiera puesto a trabajar con un cortaplumas, los resultados habrían sido probablemente muy superiores.

Volvamos ahora al grupo de niños artistas de una escuela experimental norteamericana. Bajo el estímulo de una buena tradición, contando con plena libertad para dibujar, con oportunidades para dominar el mecanismo de la técnica a temprana edad y con la recompensa social del éxito, recompensa que no es acordada a ningún artista en nuestra vida nacional adulta, es probable que formemos artistas, los cuales deberán luchar rudamente con la falta de reconocimiento o bien huirán a Europa para vivir allí como semi extranjeros. Gracias a la accesibilidad de otras tradiciones, tradiciones que tienen tanta consistencia y vitalidad que pueden ser trasplantadas a países extraños e instalarse entre un grupo de escolares, podemos educar nuestros niños en simpatía con una cultura que no es la nuestra. Ello sería casi impracticable en un pueblo primitivo. Pero el maestro que desarrolla las preferencias del niño hacia una tradición foránea, a expensas de la adhesión de éste a su propia cultura, no crea algo nuevo. Simplemente desvía de tal modo la corriente de la tradición, que el niño bebe, con perfecta inconsciencia, de una fuente extraña. Arrebozado en el ropaje, en las normas y en la ideología de un mundo diferente, llega a pertenecer más a éste que a la tradición de su propio país. Al llegar a la edad viril y al mirar a su alrededor, sin reconocimiento por la cultura de la que no forma parte, será un vivo ejemplo de lo mucho que puede lograr la educación.

Pero esto es aún parcialmente cierto. Si hubiéramos enseñado a los niños manus las obras de buenos artistas, si les hubiéramos incitado a admirar y a imitar esas obras, si estableciéramos premios para las buenas realizaciones y castigos para las malas, es probable que esos niños, cuyos padres ignoraban por completo el dibujo y la pintura, habrían llegado a producir trabajos que ostentaran la disciplina, el estilo y las convenciones del arte, de un arte que fué expuesto a su observación. La pericia y el interés en el arte pictórico, no habrían traído necesariamente consigo un conjunto de asociaciones de ideas que hicieran socialmente aceptable al artista en Manus. Si éste se sintiera absorbido en la ejecución de su obra hasta el punto de negarse a pescar o a comerciar, a construir casas o canoas, se convertiría probablemente en un inadaptado cultural.

Cuando observamos en nuestro derredor y vemos la diversidad de civilizaciones, así como los estilos de vida tan profundamente diferentes a los cuales se adaptaron los hombres y a cuyo desarrollo han tenido que contribuir, sentimos nuevas esperanzas por el porvenir de la humanidad y por sus cualidades potenciales. Pero esas cualidades no son activas, sino pasivas; la falta de un medio cultural favorable las vuelve inoperantes. Así, los niños manus tienen oportunidad de desarrollar sentimientos sociales generosos, como también de llevarlos a la práctica, en el mundo de sus juegos. Pero esos generosos sentimientos comunistas no pueden perdurar en la sociedad de los adultos, la que establece un premio para quien sobresalga en la puja individualista y egoística de la adquisividad. Los mismos individuos que cuando niños compartían un único cigarrillo o que dividían en parte iguales un *laplap,* exigen con apremio la devolución de una olla o de una sarta de dientes de perro.

Quienes creen poder lograr que nuestra sociedad sea menos agresivamente adquisitiva, educando a los niños en un ambiente igualitario, hacen la cuenta sin consultar con el huésped. Podrán formar un ambiente tal entre un pequeño número de niños que se hallen bajo su absoluta dirección, pero al proceder así habrán dado lugar a una actitud que no hallará medio de expresión en la vida adulta. El niño educado de esa manera, llegará quizás a ser un iconoclasta o un inadaptado de carácter morboso, y sólo hará las paces con la sociedad renunciando previamente a sus actitudes de la infancia, las cuales no tienen aplicación en dicha sociedad.

El experimento espectacular realizado en Rusia hubo de ser estabilizado entre los adultos, antes que se lo pudiera aplicar a los niños. Ningún niño está habilitado para crear el puente necesario entre la sociedad a la cual pertenece y una concepción completamente extraña a la misma. Tales puentes sólo pueden ser construídos lentamente y con gran paciencia, por personas excepcionalmente dotadas. No lograremos transformar al mundo cultivando en los niños rasgos, hábitos y actitudes ajenos a su respectiva cultura. Toda nueva religión o toda nueva doctrina política han tenido que conseguir primeramente sus conversos adultos, creando una pequeña cultura nuclear, dentro de cuyos muros divisorios se formaron y florecieron sus niños. "Middletown" ofrece el caso ilustrativo del arte, de la música, de la historia y de los clásicos, que se enseñan en las escuelas, pero que los miembros masculinos de la comunidad desprecian completamente en la vida adulta. Es indudable que la enseñanza de esas disciplinas es impartida por maestros que carecen lamentablemente, tanto de verdaderos conocimientos como de entusiasmo, pero aun cuando estuviera a cargo de los mejores docentes posi-

bles, el resultado tampoco podría prevalecer frente a la presión en sentido opuesto que ejerce la vida de "Middletown". Prueba de ello son esos pequeños grupos de pintores y de escritores que se apiñan como desamparados en lugares donde no estorben, en Norteamérica, o los que se reúnen en los cafés de París. Las influencia de ideas correspondientes a culturas extrañas les impulsó a la vida del artista, pero no pudieron vivirla dentro de sus comunidades. Y aunque es preferible producir talentosos artistas que deban huir de la tradición que sólo los ha nutrido a medias, antes que dejar de producir artistas en absoluto, el resultado cultural es bastante lastimoso si lo comparamos con lo que pudiera lograrse dentro de los contornos de una tradición rica y de gran vitalidad.

Aun cuando es posible iniciar a un pequeño grupo de niños en una tradición cultural de la cual no son ellos herederos en línea directa, ello no comporta un proceso que eleve a los niños por encima de su base cultural, tomándola en su sentido más amplio. La tradición de la pintura italiana se trueca en Des Moines, Iowa, por la tradición del éxito comercial; los cánones de la vida musical alemana se substituye por los cánones del jazz. Pero los niños no habrán desarrollado cosas nuevas; han tomado simplemente aquello que algunos adultos han querido darles, extrayéndolo del propio acervo cultural. Los cambios reales solamente se efectúan mediante la contribución de los adultos; sólo después que se han cumplido puede producir importantes efectos el alistamiento de la nueva generación.

La verdad de esta conclusión se encuentra vívidamente ilustrada en Manus, donde a pesar de que la sociedad se despreocupa de gran parte de los problemas de la educación hasta que el individuo llega a la edad viril, y aunque permite que los muchachos rebeldes se mofen de sus cosas sagradas y refunfuñen ante sus órdenes, el joven no tiene finalmente otro recurso que la sumisión, porque la cultura a la cual pertenece se ha convertido, a despecho de su voluntad, en la trama y el tejido de su propio ser. El niño recibirá el contenido general de la cultura, sea cual fuere el vehículo que se empleara en ello; lo absorberá de cualquier modo, pero dependerá irremediablemente de la calidad de dicho contenido.

Nuestra subestimación general del contenido en favor del método y nuestra ciega fe en la eficacia de las fórmulas mecánicas, aparecen notablemente documentadas en los cursos que se dictan en los colegios normales para maestros [2] al compararlos con los cursos de artes liberales. Los futuros maestros aprenden cómo hay que enseñar cualquier

[2] *Teachers training colleges.* [T.]

materia existente bajo el sol, pero en cambio se les enseña muy poco acerca del arte, de la literatura, de la historia y acerca de ellos mismos. El maestro transmite al alumno una ligera colección de nociones mal comprendidas en forma muy detallada y poco compensativa. Las consideraciones sobre "la importancia de enseñar empleando citas" o sobre "el uso de mapas" ocupan en los colegios normales el lugar de la verdadera lectura de textos históricos. Los consejos escolares conceden más valor a treinta horas de práctica pedagógica, en cursos donde se explica cómo enseñar historia o biología, que a las distinciones académicas correspondientes a estas materias. Los aspirantes a maestros, que provienen a menudo de hogares cuya tradición cultural es muy pobre, no encuentran en el colegio nada que compense sus deficiencias. Y sin embargo, continuamos dependiendo del maestro individual para la transmisión del rico contenido de la tradición científica y literaria que tenemos hoy a nuestro alcance. Si queremos emplear esos materiales y enriquecer aún nuestra cultura, debemos, ya sea abandonar nuestra dependencia de los maestros individuales, o bien dar a éstos una base más sólida durante sus años de preparación. Si los maestros han de ser la avanzada de la civilización, es necesario que sepan sentirla y comprenderla profundamente.

Otra salida consiste en abandonar nuestra dependencia de los maestros y acudir a métodos distintos para la difusión del contenido de la cultura. El plan educativo adoptado por un importante Museo de los Estados Unidos, simboliza uno de esos métodos. El Museo envía colecciones de láminas, con destino a las escuelas medias municipales. Los alumnos de cada escuela se reúnen en el auditorio de la misma, a una hora determinada y escuchan una plática radial, ilustrada por las láminas, que les dirige desde la sede del Museo una persona altamente preparada. Incluso las señales para cambiar las láminas se dan por radio. Podemos emplear métodos semejantes a éste, usando la radio, la linterna de proyecciones, el cine y una amplia y más asequible provisión de libros, para hacer llegar hasta los niños grandes cantidades de buen material de enseñanza. Un cuerpo relativamente reducido de educadores muy calificados, podría impartir y administrar una enseñanza substancial para millones de niños. A diferencia del viejo libro de texto, estos nuevos métodos se enseñan por sí mismos. Los maestros serían apenas algo más que buenos ordenancistas y archiveros. Es preferible depender de buen material didáctico difundido mecánica e impersonalmente desde centros remotos pero dignos de confianza, antes que del sistema actual donde una maestra que no sabe nada de poesía ha de explicar a sus alumnos la obra de Shakespeare. Quizás haya que acudir a esos pro-

cedimientos mecánicos como a una medida de emergencia, hasta tanto podamos reorganizar los métodos de enseñanza de los colegios normales y proveer a nuestras escuelas de docentes que unan un vasto conocimiento con el don personal de la dirección.

De cualquier modo, los que desean cambiar nuestras tradiciones y que acarician la utópica aunque quizás no imposible esperanza de poder efectivamente lograrlo, deben primeramente alistar un conjunto de adultos suficientemente amplio, que coincidan en el propósito de efectuar tales reajustes en nuestras concepciones tradicionales y presentar sus demandas ante nuestras mentes culturalmente saturadas. Esto es aplicable asimismo a los que se proponen introducir parte de la tradición desarrollada en otras sociedades. Es decir, deben también crear una cultura adulta coherente, en miniatura, antes de pretender educar a los niños en la nueva tradición, aun cuando esperen hacerlo por medio de la radio. Tales cambios en las posiciones ya formadas se producen lentamente y dependen más de individuos doctos o particularmente bien dotados, que de vastos planes de educación.

La sobreestimación del proceso educacional y la subestimación de la férrea potencia que tiene el círculo cultural dentro del cual puede operar el individuo, además de alentar un optimismo harto infundado, engendra otra consecuencia desdichada. Condena a todo niño nacido en la cultura norteamericana a ser víctima de centenares de engreídos catequistas, quienes no quieren esperar lo suficiente para construir una cultura particular, en cuyo seno el niño pudiera formarse una personalidad coherente a medida que se fuera desarrollando. Cada grupo de catequistas impugna los esfuerzos del grupo rival, y el niño moderno que se ve así expuesto a un género de sufrimientos que jamás ha conocido el niño manus, educado de tal modo que se convierte en adulto sin adquirir conciencia de ese proceso. No comenzaremos a resolver nuestros problemas educativos hasta tanto no comprendamos que una cultura pobre no puede transformarse en cultura rica por el hecho de ser filtrada a través de los ingeniosos métodos de innúmeros pedagogos, y que una cultura rica, sin contar con sistema alguno, dejará a los niños mejor preparados que la cultura pobre auxiliada por el mejor sistema del mundo. Una vez que nos hayamos despojado de la fe en la fórmula general de la educación como instrumento mágico que, utilizando las aptitudes pasivas de los niños, es capaz de crear algo de la nada, podremos volver nuestra atención hacia el problema vital de la formación de individuos que, en su condición de adultos, podrán reconstruir gradualmente nuestros viejos moldes, hasta llegar a crear otros nuevos y de más rico contenido.

APÉNDICES

I

EL MÉTODO ETNOLÓGICO EN LA PSICOLOGÍA SOCIAL

La presente investigación fué llevada a cabo de acuerdo con la hipótesis según la cual es imposible estudiar directamente la naturaleza humana, salvo en los términos harto simples e indiferenciados como los que hallamos en los experimentos efectuados por Watson. Se apoya en el supuesto de que la naturaleza original del niño está de tal modo sometida a las influencias del ambiente, que la única manera de llegar a una conclusión válida al respecto, consiste en estudiarla tal como se nos ofrece, es decir como resulta de las modificaciones sufridas por las diversas condiciones ambientales. La multiplicación de observaciones de este género nos dará a su debido tiempo una base de generalización mucho más justa que la que podemos obtener mediante el examen de los individuos dentro de los contornos que limitan un determinado tipo de ambiente social. Podemos realizar observaciones sobre millares de niños, dentro de nuestra cultura; probadas y vueltas a probar en la sociedad a que pertenecemos, sus conclusiones serán válidas, pero si las sacamos fuera de los límites de la misma, resultarán muchas veces deficientes.

Comprendemos que al trasladar la investigación desde el interior de nuestra sociedad, donde los elementos pertinentes y particularmente el lenguaje, se hallan bajo nuestro completo dominio, a una sociedad primitiva en la cual es casi imposible lograr semejante dominio de las condiciones existentes y donde es preciso aprender una lengua extraña, es forzoso hacer ciertos sacrificios en cuanto a la exactitud metodológica. Pero sabemos también que esos inconvenientes de método son compensados con creces por las ventajas que ofrece una cultura homogénea. En nuestra sociedad podemos estudiar un gran número de casos correspondientes a edades cronológicas conocidas, pero estamos obligados constantemente a hacer concesiones a un fondo cultural tan heterogéneo que ningún investigador puede pretender controlarlo. En una sociedad pri-

mitiva, el investigador dispone de menor número de casos; la edad cronológica de los niños, la edad de los padres en el momento del nacimiento de aquéllos, el orden de los nacimientos, las condiciones del alumbramiento, etc., son datos relativamente inobtenibles. Pero en cambio sabemos que las costumbres, la moral, las creencias, las inhibiciones, las repugnancias y los entusiasmos de los padres, se ajustan a determinada norma cultural. Para los fines del estudio de la personalidad, de la adaptación social, etc., es decir, para todas las indagaciones donde el ambiente social constituye el factor más importante, la investigación de las sociedades primitivas es pródiga en recompensas. Podemos conocer las creencias religiosas, los hábitos sexuales, las normas de disciplina y los objetivos sociales de las personas que constituyen la familia del niño, mediante el análisis de la respectiva cultura. El individuo que pertenece a esa cultura no difiere apreciablemente de los otros individuos de igual sexo y edad. Porque es necesario recordar que en una cultura como la de los manus, donde la única división del trabajo está determinada por la diferencia de sexos (existen, naturalmente divisiones de trabajo entre diversas localidades), donde no hay un cuerpo sacerdotal con una gran cantidad de conocimientos esotéricos, ni sistema alguno para registrar los acontecimientos, la tradición cultural es suficientemente simple para caber casi por entero en la memoria del término medio de los adultos. El investigador que penetre en esa sociedad con una preparación etnológica que le permita someter los fenómenos de la cultura manus a categorías científicas bien conocidas, contando con la enorme superioridad sobre los nativos que significa el poder registrar por escrito cada aspecto de su cultura, a medida que lo va conociendo, se hallará en excelentes condiciones para realizar la investigación, al cabo de un lapso relativamente breve. El hecho de que mi esposo trabajara en la etnología manus, hizo posible reducir más aun ese período preliminar. Una cultura primitiva es menos intrincada, como fondo social, de lo que pudiera ser, en nuestra sociedad, el de la aldea rural más aislada, ya que a ésta llegan siempre ecos y fragmentos originarios de cien fuentes diversas, de compleja elaboración cultural.

El estudio del desarrollo humano en una sociedad primitiva ofrece, pues, estas dos ventajas: en primer término, revela el contraste con nuestro ambiente social poniendo de manifiesto diversos aspectos de la naturaleza humana, y demuestra a menudo que la conducta que observan casi invariablemente los individuos en nuestra sociedad, no se debe en modo alguno a causas de origen natural, sino al medio social en que vivimos; en segundo lugar, permite contar con un fondo social sim-

ple y homogéneo, fácilmente dominable, sobre el cual es posible estudiar la formación del individuo.

El antropólogo somete los descubrimientos que realiza el psicólogo dentro de nuestra sociedad, a la prueba de observaciones efectuadas en el seno de otras sociedades. Jamás trata de invalidar las observaciones del primero, sino más bien de comprobar el valor de las conclusiones que de ellas surjen, a la luz de referencias sociales más amplias. Representa una técnica especial dedicada al rápido análisis de la sociedad primitiva. Para adquirir esa técnica, debió emplear mucho tiempo en el estudio de diversas sociedades primitivas y en el análisis de sus formas sociales más características. Tuvo que estudiar lenguas que no pertenecen al grupo indoeuropeo, a fin de adaptar su mente a categorías lingüísticas distintas de las nuestras; profundizar en el conocimiento de la fonética, de tal modo que pudiera reconocer y registrar cierto género de voces que nuestro oído distingue con dificultad y que nuestros órganos vocales tienen más dificultad aún en pronunciar; estudiar las categorías de linaje hasta adquirir tanta comprensión en el manejo de las diversas formas de parentesco, que un sistema como el de los manus, donde, por ejemplo, los individuos de una misma generación se interpelan mutuamente en términos de abuelos, no constituya un obstáculo insalvable, sino que sea sometido de inmediato a pautas mentales perfectamente conocidas. Debe además estar dispuesto a abandonar las comodidades de la vida civilizada y a someterse durante muchos meses consecutivos a soportar los inconvenientes y las contrariedades propios de la convivencia con un pueblo cuyas costumbres, maneras de pensar y prácticas sanitarias, le son completamente extrañas. Debe disponerse a aprender su lengua, a sumergirse en su modo de ser, a identificarse con su cultura hasta el punto de sentir sus repugnancias y simpatizar con sus triunfos. Así, por ejemplo, era necesario acostumbrarse a experimentar en Manus un verdadero horror ante el encuentro de dos parientes tabús, a evitar cuidadosamente el pronunciamiento de una palabra tabú, a sentir una embarazosa contrición si alguien cometía un desliz, a recibir toda noticia referente a enfermedad o desgracia, con la inmediata pregunta acerca del espíritu que pudo haber intervenido en ello. Las investigaciones de esta índole requieren una serie de readaptaciones bastante drásticas, en el orden del pensamiento y en el de los hábitos cotidianos. La voluntad de realizarlas y el conocimiento de las técnicas particulares necesarias para la indagación etnológica, son los elementos que el etnólogo aporta a la solución de problemas psicológicos. Dirigiéndose al psicólogo que ha realizado una larga y prolija investigación dentro del

ámbito de nuestra sociedad, deduciendo o no conclusiones definitivas, le dice:

"Permitidme tomar el resultado de vuestros estudios y someterlos a una nueva prueba. Habéis hecho tal o cual generalización acerca del contenido mental de los niños, de la relación que existe entre el desarrollo mental y el desarrollo físico; de la vinculación que hay entre cierto tipo de vida familiar y la posibilidad de una feliz adaptación; de los factores que concurren a la formación de la personalidad, etc. Considero que vuestras conclusiones son importantes y significativas. Dejadme, pues, someterlas a la experiencia de un ambiente social distinto y así, a la luz de ese nuevo examen, sobre la base de nuestras investigaciones combinadas, es decir, de vuestra definición inicial de esos problemas y de las observaciones que habéis realizado dentro de nuestra sociedad, más las observaciones de comprobación que yo realice en una sociedad distinta, llegaremos a conclusiones que resistirán con éxito la acusación de que no ha sido tenido debidamente en cuenta el efecto del ambiente social. Podréis dividir entonces en dos partes vuestras observaciones sobre los individuos de nuestro medio cultural: de un lado, las referencias a la conducta de los seres humanos, condicionada por la cultura de nuestros días, lo cual será de gran importancia para la consideración de problemas de psiquiatría y de educación, y por el otro, las teorías acerca de la naturaleza humana originaria, de las potencialidades del hombre, basadas en vuestras observaciones y en las mías".

Los psicólogos realmente interesados en la solución de problemas teóricos fundamentales, no podrán menos que responder favorablemente a semejante ofrecimiento. El psiquiatra, el asistente social, el educador, las personas cuyo cometido se relaciona con la adaptación inmediata de los individuos, podrían decir quizás, con justicia: "Acepto vuestra afirmación de que muchos de los fenómenos de la naturaleza humana que ocurren en nuestra sociedad, fenómenos que nosotros consideramos como determinados biológicamente, son en realidad determinados socialmente. Teóricamente, creo que tenéis razón. Pero tengo ahora cinco casos de adaptación defectuosa, que debo tratar de inmediato. El conjunto de datos acumulados acerca del género de comportamiento del cual esos casos constituyen una muestra, aun cuando está basado en la observación de individuos de nuestra sociedad, mejor dicho, precisamente porque es así, constituye en realidad el material que necesito. El primero de esos casos, representa un problema de exhibicionismo. Es muy interesante saber que el exhibicionismo difícilmente podría desarrollarse en Samoa, donde no se observan nuestros tabúes habituales. Pero es el hecho que Juan es un exhibicionista y que debe ser tratado

a la luz que ofrece el material recogido, dentro de nuestra sociedad, acerca de otros niños exhibicionistas". Recibimos con la mayor simpatía las objeciones de esos trabajadores prácticos, tan duramente apremiados. Pero lo que es aplicable a ellos, no lo es a quienes se encuentran detrás de tales realizadores, a los que desarrollan teorías sobre la naturaleza humana, teorías que sirven de base a la creación de planes educacionales y de escuelas de psicología.

Es muy importante que los psicólogos tengan pleno conocimiento de las posibilidades de investigación que existen en otras culturas, que se mantengan en estrecho contacto con la moderna indagación etnológica. Pues la etnología se halla en una situación muy particular.

En muchas otras ciencias, el hecho de que un campo de indagación sea abandonado por una generación de investigadores, no tiene importancia decisiva. La generación siguiente puede retomar la investigación en ese terreno, con igual o quizás con mayor provecho. Tal es el caso, por ejemplo, de las experiencias sobre psicología animal, utilizando ratas blancas criadas en cautiverio. Es de presumir que la cantidad de ratas disponibles será tan grande en la próxima generación como lo es en la presente; la rapidez con que esos animales se multiplican hará que existan siempre los ejemplares necesarios para las experiencias. Pero si el estudioso de la psicología animal descubriera el gran valor que tenían las experiencias con primates en estado salvaje, y echara de ver al mismo tiempo que la creciente expansión del mundo civilizado, reduciendo las áreas salvajes, hacía disminuir el número de los primates y aun amenazaban extinguirlos por completo, es indudable que tendría grandes motivos de alarma y que habría de apremiar a otros psicólogos y a los institutos científicos para que emprendan el estudio de esos primates en estado salvaje, antes de que fuera demasiado tarde. Pero aun así, el caso no sería tan grave como el que plantea la situación equivalente, en el terreno de la psicología social, ya que una sola pareja de monos salvaje podría servir para restablecer una cantidad de ejemplares.

No ocurre lo mismo en psicología social. Puesto que no sólo debemos estudiar a seres humanos, sino que debemos estudiarlos tal como aparecen modificados por el ambiente, es de la mayor importancia que exista una diversidad de ambientes sociales, a los efectos de verificar la justeza de nuestras observaciones. A causa de la rápida expansión de la civilización occidental sobre toda la faz de la tierra, las sociedades se van conformando cada vez más estrictamente a un mismo tipo cultural, desapareciendo por completo aquellas que difieren demasiado del tipo de sociedad dominante. Hermosos casos para prueba van siendo eliminados, semana tras semana, a medida que la civilización occidental,

con su ideología cristiana y con su sistema industrial, penetra en China, en Japón, en el interior de Afganistán, desprovisto hasta ahora de líneas férreas; o a medida que van muriendo los últimos sobrevivientes entre los moriori o los naturales de la isla Lord How, únicos restos que quedan de culturas que existieron en otro tiempo y que no pudieron resistir el choque que significó el contacto de los blancos. Es ciertamente absurdo suponer que las costumbres de la especie humana quedarán un día tan uniformadas que no habrá diferencias entre diversos grupos locales, pero es probable que el perfeccionamiento de los medios de comunicación y de transporte impida que vuelvan a existir sociedades relativamente aisladas. Ningún grupo étnico podrá volver a desarrollar una cultura particular, con poco o ningún contacto exterior, manteniéndose así durante centenares de años, tal como ocurrió en el pasado. Ningún continente podrá resolver sus problemas de adaptación ambiental, sin influencia externa, como resolvieron los aborígenes americanos el problema del cultivo del maíz. Es tal la naturaleza acumulativa de nuestra tradición material, que bien puede ser que hayamos llegado al final de una era que no volverá a repetirse jamás. Entretanto, existen aun en Nueva Guinea, en Indonesia, en Africa, en Sudamérica y en partes de Asia, grupos humanos que pueden servir como valiosas pruebas de verificación respecto a todos los intentos de la ciencia por comprender la naturaleza humana. Dentro de quinientos años, los estudiosos de la psicología social podrán decir: "Si estuviéramos en condiciones de someter esta conclusión a la prueba de observaciones que se realizaron sobre un pueblo formado dentro de un marco social completamente distinto, nuestras conclusiones serían probablemente también distintas. Esto no se puede, sin embargo, realizar actualmente. No existen sociedades donde tal estudio pudiera efectuarse; no podemos, aunque quisiéramos hacerlo, crear asociaciones dedicadas a ese objeto, ni producir las condiciones necesarias para contrastar experimentalmente aquellas conclusiones. Tenemos las manos atadas". Pero nosotros no tenemos en modo alguno tales trabas. Las sociedades necesarias para contrastar nuestras experiencias están ahí, en condiciones de ser estudiadas. Hay un creciente número de etnólogos con la técnica indispensable para tal investigación. El éxito de cualquier tentativa de esa índole depende de la cooperación entre los psicólogos y los etnólogos. Si se quiere aprovechar plenamente la preparación del etnólogo, es preciso hacer que éste invierta la mayor parte de su tiempo, especialmente en los primeros años, en el campo de estudios, recogiendo con la mayor premura posible los inapreciables testimonios sobre la adaptabilidad y sobre las potencialidades humanas, testimonios que van desapareciendo rápidamente. El psicólogo, traba-

jando en el laboratorio y en la biblioteca, planteará los problemas para cuya solución aportará el etnólogo sus importantes contribuciones.

El investigador de la sociedad humana dirige hoy sin esperanza la mirada al pasado, hacia los períodos iniciales de la cultura, comprendiendo que ciertos problemas, tales como el del origen del lenguaje, jamás podrán ser resueltos; que una hipótesis vale tanto como otra y que todas ellas deben ser confinadas al reino de la especulación. El hombre de espíritu curioso siente esta deficiencia como un obstáculo insalvable, pero es poco probable que considere que nuestros antecesores científicos de la edad de piedra necesitan por ello nuestro perdón. Está fuera de toda duda que ellos no podían registrar las interesantes y valiosas experiencias de lenguaje que diferenciaron a los primeros hombres de sus antepasados menos perfectos. Pero nosotros no disponemos de semejante coartada. Ocurren actualmente experiencias sociales que sólo requieren ser estudiadas y conservadas. Tenemos laboratorios para la investigación que no existirán en las edades futuras. Sólo mediante los esfuerzos cooperativos del psicólogo, del psiquiatra y del genetista, pueden plantearse los problemas para cuya solución ofrecen dichas sociedades los adecuados métodos de laboratorio. Sin contar con estímulos de parte del psicólogo, la labor del etnólogo será mucho menos valiosa de lo que podría serlo. Si el psicólogo tomara en cuenta los datos etnológicos, si se familiarizara lo suficiente con el material etnológico para comprender las grandes posibilidades que el mismo encierra, si al formular sus teorías tuviera en consideración la influencia del ambiente cultural; la tarea del etnólogo se habría simplificado enormemente. Este último no desea limitarse a la actividad negativa de refutar teorías forjadas dentro de determinada sociedad y que fracasan cuando se las somete a un ensayo de comprobación; tampoco dispone del tiempo ni la preparación necesarios para encerrarse en una biblioteca o en un laboratorio y elaborar nuevas teorías psicológicas para su propio uso. Por lo demás, no puede hacerlo sin incurrir en deslealtad hacia su ciencia. Su principal obligación consiste en reunir datos sobre las sociedades primitivas antes de que éstas desaparezcan. El trabajo en el terreno es arduo y exigente. El etnólogo debería realizarlo en la juventud, dejando la teorización para cuando la disminución de energías le impida dedicarse a la labor activa. El psicólogo, entretanto, debería sugerir motivos de investigación. Muchas excursiones de estudio que no son hoy únicamente investigaciones históricas, de gran valor en cuanto enriquecen nuestros conocimientos acerca de la sociedad humana y en cuanto éstos pueden ejercer influencia sobre la conducta de los hombres, serían doblemente

fructíferas si al mismo tiempo se encararan problemas psicológicos definidos.

Presento este estudio como exposición de las condiciones que existen en una sociedad primitiva, indicando la influencia que las mismas ejercen sobre los problemas de la educación y del desarrollo de la personalidad. Me interesa mucho más que los fecundos investigadores de otras ramas del saber examinen este material a la luz de problemas susceptibles de ser resueltos con datos de esta índole, que el hecho de que acepten mis conclusiones particulares. La psicología social se halla todavía en la infancia. Es sumamente importante que toda concepción aprovechable, sobre todo aquellas que lo son temporariamente, sean utilizadas en todo su alcance.

ANTECEDENTES DE LA INVESTIGACION

Esta investigación acerca de los niños melanesios fué emprendida con el fin de resolver un problema especial, problema que en este libro sólo tocamos ligeramente: la relación entre el animismo espontáneo y las características del pensamiento de las personas mentalmente inmaturas, especialmente niños de menos de cinco o seis años. Los resultados de la indagación fueron negativos, pues hallamos pruebas en apoyo de la tesis según la cual el animismo no es un fruto espontáneo del pensar infantil, ni surge de ninguna concepción característica de un desarrollo mental inmaturo; su presencia o ausencia en la mente de los niños depende de factores culturales, del lenguaje, del folklore, de la actitud de los adultos, etc., y esos factores culturales tienen su origen en el pensamiento de individuos adultos, no en las concepciones defectuosas de los niños. Esos resultados serán presentados y discutidos ampliamente en otro lugar.

Hemos elegido a Melanesia, porque constituye una región donde existen muchos grupos primitivos, relativamente vírgenes y porque ocupa un lugar destacado en las investigaciones etnológicas, como región donde es muy corriente el fenómeno designado por lo común con el nombre de "animismo". La elección de un área local fué hecha sobre la base de zonas relativamente desconocidas, reduciéndose aquella a la región del archipiélago de Bismarck y luego a la de las islas del Almirantazgo, por ser un territorio acerca del cual teníamos menos información. La elección de la tribu manus fué hecha en razón de diversos motivos circunstanciales. Un funcionario de distrito las recomendó, asegurando que era fácil tratar con los miembros de esa tribu, porque un misionero había pu-

blicado algunos textos en la lengua de la misma; logramos, además, obtener la ayuda de un escolar de Rabaul, quien hizo de intérprete en los primeros momentos. Cuando no teníamos referencia alguna acerca de los numerosos grupos tribales de las islas del Almirantazgo, elegíamos al azar. Subrayo esta circunstancia debido a la sorprendente relación que existe entre la conducta y el lenguaje de los manus y el sentido de mis propias conclusiones. No opté por la cultura de los manus a causa de su actitud hacia los niños, de su lenguaje simple y desprovisto de metáforas o del género de resultados que pude obtener luego. Simplemente elegí una cultura melanesia en estado primitivo, donde pudiera estudiar la educación y el desarrollo mental de los niños.

El método seguido fué principalmente el de observación de los niños en sus condiciones normales, durante el juego, en sus hogares, junto a sus padres. Para el estudio de un problema específico, reunía los dibujos que los niños hacían espontáneamente, pedía que interpretaran manchas de tinta, recogía sus interpretaciones de ciertos acontecimientos y les hacía preguntas destinadas a obtener ilustración acerca de sus concepciones anímicas. Jamás habían tenido un lápiz en sus manos: comencé dando papel y lápices a los niños de catorce años, sugiriéndoles que dibujaran y dejándole la elección del tema. Al día siguiente suministré elementos para dibujo al grupo que les seguía inmediatamente en edad y así continuamos hasta que fueron alistados en esa tarea los chiquillos de tres años. Comprendí que era ése el sistema más aproximado a la enseñanza normal que yo podía aplicar, evitando que dibujaran los adultos, pues ello hubiera modificado los términos de la investigación. Los dibujos eran conservados, con indicación del nombre de su autor, de la fecha correspondiente y de las observaciones especiales, si las había. El análisis minucioso de esos trabajos será objeto de una obra posterior.

Este estudio tiene también como fondo un conocimiento de tallado de la cultura, de la organización social, del sistema económico y de las creencias y las prácticas religiosas. Seguimos con cuidadosa atención todos los acontecimientos corrientes en la aldea, procurando desentrañar su significación cultural y el papel que desempeñaban en la vida de los niños. Las relaciones entre padres e hijos fueron observadas y registradas de acuerdo con un completo conocimiento de la paternidad y de la historia del niño, así como de la personalidad y de la posición social del padre. Los niños fueron estudiados junto con su ambiente social, ya que conocíamos todo lo atingente a su hogar, a su linaje y a la cultura en la que se habían formado. Puede decirse que este estudio ha podido abarcar el conjunto de la situación dada y penetrar en su con-

tenido, en el sentido de que una cultura simple y una población de doscientas diez personas constituye un fondo social susceptible de ser controlado de tal manera como nunca lo será una comunidad más amplia, dentro de una civilización más compleja.

Hemos empleado siempre la lengua nativa, aunque desde luego me era también familiar el *pidgin* y así pude seguir en ambas lenguas las conversaciones y los juegos de los muchachos. Con las mujeres y las niñas, así como con chicos de corta edad, me comunicaba exclusivamente en lengua nativa. Todas las notas relativas a conversaciones, interpretaciones, etc., fueron hechas en lengua manus. Cuando era preciso efectuar traducciones, las hacíamos revisar por el escolar que era nuestro intérprete, quien conocía bastante inglés y hablaba perfectamente el *pidgin,* y volvíamos a verificar su exactitud, entre mi esposo y yo.

He destacado en este libro aquellos aspectos de mi estudio que considero directamente vinculados con los problemas educacionales. Una descripción de los métodos educativos aplicados coherentemente por todo un pueblo, así como de sus resultados en la personalidad adulta, puede ser útil a los educadores que deben formular teorías acerca de las potencialidades inherentes a los seres humanos y del mejor modo con que la sociedad puede desarrollarlas, a través de la educación.

Quiero agregar una nota aclaratoria respecto a la terminología usada en este trabajo. He evitado en todo lo posible el empleo de términos técnicos. No ha sido porque deje de comprender que una ciencia tiene mucho que ganar con el manejo de una terminología especial y exacta. Pero no creo que haya una sola, entre las muchas terminologías actualmente usadas por las diversas escuelas psicológicas, suficientemente establecida como para que podamos augurar su sobrevivencia a costa de las demás. Este estudio tiene, mientras tanto, una finalidad concreta. Dentro de algunos años la aldea de Peri será invadida por misioneros; se introducirán escuelas y la cultura primitiva habrá dejado de existir. Era pues conveniente exponer esta descripción en un lenguaje forjado fuera del campo de controversia —en el terreno del novelista— a fin de que fuera inteligible cuando los actuales problemas dialécticos y las consiguientes disputas acerca de la terminología hayan pasado de moda. Semejante método tiene además la ventaja de hacer más accesible el material a los estudiosos de otras disciplinas.

II

NOTAS ETNOGRÁFICAS SOBRE LAS TRIBUS MANUS

UN ESTUDIO etnológico completo acerca de la cultura manus ha sido realizado por el señor Fortune, a cuya monografía pueden acudir quienes quieran situar las observaciones contenidas en este libro dentro de un examen más detallado. Sólo haré aquí una exposición sumaria, a fin de hacer más inmediatamente inteligible este material para el estudioso de las culturas oceánicas.

Las islas del Almirantazgo constituyen un grupo aproximadamente de cuarenta, situadas cerca del archipiélago de Bismarck, al norte de Nueva Guinea. Se hallan entre 1 y 3 grados de latitud Sur y 146 y 148 de longitud Este. La isla del Gran Almirantazgo, centro del archipiélago, tiene alrededor de sesenta millas de largo. En conjunto, esas islas tienen una superficie estimada en seiscientas millas cuadradas y una población de unos treinta mil habitantes. Estos han sido clasificados, por razones de conveniencia, en tres grupos principales: los manus, o pueblo de vida lacustre; los usiai, que habitan en la isla del Gran Almirantazgo, y los matankor, que viven en las islas menores y que construyen sus casas en tierra firme, aunque también emplean canoas, en cierta medida. El pueblo de los manus constituye el único grupo homogéneo: tanto los usiai como los matankor comprenden tribus que hablan dialectos mutuamente ininteligibles y que ofrecen grandes diferencias en sus respectivas costumbres. Esta clasificación general corresponde a la que han hecho los propios manus; siendo el grupo más emprendedor de los que habitan el archipiélago, han impuesto su terminología al hombre blanco.

Los manus construyen sus casas sobre pilares, en las lagunas próximas a la isla del Gran Almirantazgo o al socaire de las islas menores. Los dos mil individuos que constituyen el pueblo aproximadamente, se dividen entre once aldeas: Papitalai, en la costa norte, Pamatchau, Mbunei, Tchalalo, Pere (Peri, para los fines de este estudio, ya que esta última expresión podría hacer confundir a los que no estén familiari-

zados con las lenguas oceánicas) Patusi y Loitcha, en las lagunas que bordean la costa sur y las poblaciones situadas junto a las islas de Mbuke, Taui, Mok y Rambutchon, todas pertenecientes a la costa sur. Su lengua comprende dos dialectos; en uno de ellos el sonido de la *l* es empleado en lugar del de la *r*, mientras el otro contiene ambos sonidos. (Este último es el que se habla en Peri.) Se trata sólo de una variante fonética, pues ambos dialectos son mutuamente inteligibles. Las poblaciones que hablan un dialecto común tienen, sin embargo, cierto vago sentimiento de unidad, frente a las que usan el otro dialecto. No existen lazos políticos entre una y otra aldea, si bien el gobierno designó recientemente a un nativo de Mbunei, de destacadas condiciones directivas, en el cargo nominal de mantener las relaciones entre las diversas aldeas y la administración. Esas diferentes aldeas aparecen como unidades, solo en dos situaciones: en las muy raras fiestas interaldeanas, de las que ocurrían una o dos veces en el curso de una generación o en ocasionales casos de guerra. Algunas veces las mujeres de una aldea manus eran llevadas como prostitutas a otra aldea manus. Pero la forma corriente de relaciones interaldeanas no está representada por esa gran fiesta que con sus desafíos rituales y sus alardes competitivos participa de la naturaleza de la guerra, no por la guerra misma, sino más bien por una red de interrelaciones entre individuos y familias de las distintas aldeas. Había muchos matrimonios entre personas de diferentes aldeas y cada nuevo contrato matrimonial establecía una multitud de obligaciones económicas y sociales entre las personas afectadas en cada caso por afinidades de parentesco.

Los pueblos manus, con excepción del de Mbuke que se encuentra demasiado alejado de la isla principal, viven de la pesca y del intercambio del pescado por productos de huerta, intercambio que efectúan con sus vecinos usiai y matankor. Diariamente se realiza mercado para el trueque de alimentos y la compra de otras mercancías, tales como corteza para cuerdas, cestos, arpones, etc. Cada uno de los grupos locales, no pertenecientes a las tribus manus, se especializa en alguna manufactura particular, cambiando por pescado los productos correspondientes en la aldea manus más próxima o bien por ollas, si se trata de la aldea de Mbuke. Dichos productos son luego transportados a otras aldeas manus, en canoas igualmente manus. Las anchas y salientes canoas, provistas de dos estiradas velas y de una abrigada casilla, distribuyen por todas partes los elementos de la cultura material. Los manus dominan el comercio de la costa sur. Exceptuando al pueblo de Mbuke, que fabrica ollas, no hacen más que casas y canoas para su propio uso, cuerdas para los trabajos de abalorios y parte de sus aparejos de pesca. Las redes más

finas son hechas, sin embargo, en Lou y en otras poblaciones matankor más distantes. Para la provisión de todas las demás cosas que usan, dependen del mercado diario y del menos regular comercio de ultramar. Trafican con los usiai para obtener sagú, ñame, taro, hojas de taro, nueces de areca, hojas de ají, calabazas de cal, espátulas, nueces de paraminium, empleadas como material gomoso, corteza para hacer sogas y cuerdas, cestos de paraminium, coladores de aceite, sacos para transporte, etc. Sus compatriotas de Mbuke les suministrán las ollas. Los naturales de Balowan y de Lou proveen a sus vecinos manus de ñame ("mammies"), escudillas grabadas y de otros hermosos trabajos en madera, redes de pesca, calabazas de cal, recipientes para aceite, arpones y herramientas de obsidiana. De Rambutchon y de Nauna, los manus obtienen camas talladas, de Pak, talismanes de guerra, constituídos por cabezas talladas y plumas de ave fragata; de todas las islas consiguen nueces y aceite de coco. Peri es la más grande de las aldeas situadas cerca de tierra firme; sus habitantes disfrutan de la ventaja particular de tener sus propias marismas donde crece el sagú, obtenidas de los usiai por medio de matrimonios y de conquista, por lo cual dependen de manera menos inmediata que los demás pueblos manus del mercado local. Las conchas monetarias, usadas por todos los pueblos de las islas del Almirantazgo, consisten en sartas de discos de concha, blancos y chatos, semejantes a collares de concha que llevan actualmente los indios del S. O. de N. A. Son hechas por los matankor de Ponan en la costa norte, desde donde son intercambiadas a través de toda la isla. Los matankor de la costa norte poseen también el monopolio de la pesca del dugong y de excelentes tortugas. En otros tiempos solían producirse guerras entre los matankor y los manus, debido a que éstos invadían la zona de pesca reservadas a los primeros. La costa norte tiene su propio centro de alfarería en la isla de Hus, donde se fabrican cacharros blancos, mientras la costa sur depende de las ollas negras hechas en la isla de Mbuke.

En tanto que los manus dominan prácticamente el comercio de la costa sur, tienen en la costa norte rivales que construyen buenas canoas y que son excelentes pescadores. Pero en la parte del Almirantazgo que les corresponde, son ellos los únicos agentes de comercio; dominan la pesca y el tráfico marítimo y actúan de transportadores entre Usiai y la isla de Matankor. Si bien algunos de sus miembros han aprendido de parientes que pertenecen a otras tribus el arte del tallado, los manus como grupo no producen ningún objeto de arte, salvo los trabajos en abalorios, ni elaboran artículos para exportación, si se exceptúan las ollas de Mbuke. Tampoco son coleccionistas; aunque sus estantes estén cargados de una mayor variedad de artículos de la que pudiera alardear

cualquier casa usiai o matankor, es lo cierto que los mismos están allí para la venta. Venderán celosamente la más hermosa escudilla balowan, el más bello trabajo tallado de los usiai. Después de haber enajenado los primorosos objetos que compraron a sus vecinos, ofrecerán a un blanco los huesos de sus muertos o los cabellos de los mismos, adornados de abalorios, pidiendo un buen precio.

Aunque el dinero es perfectamente admitido y las conchas monetarias y los dientes de perro se hallan en constante uso, se recurre frecuentemente al trueque, tanto en el mercado diario como en el comercio de ultramar. Tiene por objeto, esencialmente, estimular la producción o la venta de determinado artículo. Así, una canoa de Mok cargará nueces de coco de las plantas de Matankor o de las islas vecinas y se dirigirá a Peri, donde el dueño o los dueños del cargamento pedirán a cambio una cantidad de sagú, negándose a recibir dinero u otros objetos de valor. La tarea de convertir el dinero en sagú recae entonces sobre la gente de Peri; los hombres de Mok, que trajeron la mercancía, esperan simplemente hasta que su demanda sea satisfecha. O bien los naturales de Balowan, que suministran huevos de gallinas silvestres al comercio de la costa sur, entregarán tres huevos por dos dientes de perro, pero darán diez huevos por un manojo de sagú que puede ser adquirido por dos huevos en tierra firme.

Junto con este tráfico de diversos objetos que representa la distribución de los productos de las diferentes localidades a través de todo el archipiélago, tiene lugar un tráfico de amuletos para producir o para curar enfermedades, para obligar a los deudores a saldar su deuda, para inducir a los parientes a contribuir generosamente a cierta empresa, para hacer que el esposo vuelva a la casa a tiempo para las comidas o que piense despectivamente de su otra mujer. (La poligamia no es corriente, pero suele ocurrir.) Esos amuletos son vendidos de un pueblo a otro y parecen más estimados cuando más veces cambiaron de manos, siempre a cambio de alguna ganancia. Aspirantes a mediums suelen trasladarse de una a otra aldea para ser instruídas por una medium famosa. Las canoas que transportan personas, artículos de comercio y amuletos, traen también hablillas acerca de nacimientos y defunciones, yendo y viniendo constantemente de una aldea manus a la otra.

Ocasionalmente uno de los clanes paternos, flojamente organizado, se divide en dos partes y el grupo disidente se traslada a otra aldea. Cuando esto sucede, se mantiene una relación nominal entre los miembros de ambas fracciones; se hace valer el parentesco si ello es deseable para arreglos matrimoniales, etc. Pero la regla general es que cada clan esté confinado en una aldea determinada. Los clanes son pequeños; sólo

algunos cuentan hasta con diez miembros adultos, mientras otros no tienen más de dos o tres. Sin embargo, cuando un clan llega a quedar reducido sólo a dos miembros masculinos adultos, se funde con otro clan pequeño o bien desaparece completamente dentro de un clan más grande. Así, Malean es actualmente en Peri el único sobreviviente del clan de Kapet; fué adoptado por Ndrosal y probablemente actuará siempre como un miembro de Peri. Pokanas y Poli son los únicos sobrevivientes del clan de Lopwer, y Kea es el único miembro masculino del de Kamatchau. Estos tres hombres actúan junto con el pequeño clan de Kalo y los demás hablan de ellos como pertenecientes a Kalo. En la medida en que pueden explicarse los nombres de los clanes de Peri, hallamos que ellos fueron tomados de ciertos aparejos de pesca que los miembros del clan correspondiente tenían el derecho hereditario de fabricar. En principio, los miembros de un clan edifican sus casas muy cerca una de otra, pero la costumbre de trasladar la vivienda después de un deceso, ha destruído tal localización (esto puede observarse en el plano).

La actitud general ante la condición de miembro de un clan o ante el parentesco es en Manus muy poco rígida. El parentesco es considerado bilateralmente, pero el niño pertenece por lo general al clan de su padre, salvo, como ocurre a menudo, cuando es adoptado por el hermano de su madre o por el clan al que ella pertenece. Los hijos de dos hermanas se interpelan mutuamente en los mismos términos en que lo hacen los hijos de dos hermanos, agregando, si es necesario, la expresión "de diferente casa". La casa es considerada como equivalente a "línea paterna" y el término "lugar", como equivalente a "clan paterno". Esto expresa claramente el concepto de que la residencia es la cuestión más importante. Las diferencias de edad se reflejan en el sistema de parentesco; los deudos más viejos se clasifican dentro de la generación de los padres, en tanto que los más jóvenes pertenecen a la generación de los hijos. Todo ese sistema se halla organizado en torno de la relación entre hermano y hermana y de las relaciones entre sus respectivos descendientes. La hermana del padre y los descendientes de la misma, en línea femenina, son parientes con los cuales son permitidas las chanzas y que tienen el poder de bendecir o de maldecir a los descendientes del hermano. Los primos carnales masculinos son considerados como socios comerciales en potencia, a través del matrimonio de sus hijos, para lo cual cuentan con preferencia. Aunque en esto el sistema es rígido, se permiten diversas ficciones, con el objeto de facilitar la contratación de un matrimonio a un individuo perteneciente a cierta categoría. Así, puede imaginarse que un hombre sea hijo de la hermana

del clan de la segunda mujer de su padre o del de la mujer de su hermano mayor, teniendo por consiguiente el derecho de volver a dicho clan para pedir una esposa para su hijo. Sólo el primer matrimonio es arreglado dentro de los términos del sistema de parentesco y esa clase de matrimonios son los que tienen menos duración, por ser en ellos donde también se tiene menos en cuenta a las personas afectadas. Las diferencias de inteligencia son las razones más frecuentes para la ruptura de un matrimonio, especialmente en lo que respecta a la familia del marido. Algunas veces, sin embargo, los parientes influirán para que un hombre estúpido se divorcie de su mujer igualmente estúpida y se case con otra más inteligente, a fin de que ésta lo aconseje y lo capacite para que pueda desempeñar algún papel en la comunidad. Conviene notar asimismo que los hombres más ricos e influyentes habían estado casados durante largos años con la misma mujer. Acerca de esto caben diversas interpretaciones. Puede argüirse que permanecieron casados porque marido y mujer poseían el mismo alto grado de inteligencia y que ese elevado nivel intelectual, agregado a un fuerte impulso, les deparó el éxito. (Tal suposición sería confirmada por el hecho de que otros hombres, igualmente casados durante largos años con una misma mujer, con la que tuvieron muchos hijos, no representaban ningún papel en la comunidad, por ser estúpidos y tímidos.) O bien puede sugerirse que el frecuente cambio de socio matrimonial constituye para el hombre un terrible agotamiento económico. Un matrimonio que termina con el fallecimiento de un cónyuge es honestamente liquidado en los intercambios mortuorios, pero los que terminan con un divorcio dejan muchos extremos sueltos y significan una considerable pérdida para los individuos que han contribuído a los intercambios propios del parentesco. Un hombre que se divorcia con frecuencia resulta ser una mala garantía de inversión y la gente prefiere colocar sus bienes en transacciones centradas en torno de matrimonios que han demostrado ser estables.

Existen ligeros vestigios de categoría social en los privilegios que reivindican ciertas familias llamadas *lapan,* para distinguirlas de otras a las que se denomina *lau.* Ambas categorías pueden coexistir en un mismo clan. Los privilegios de los *lapan* son ampliamente decorativos: comprenden el derecho de colgar conchas en la casa, en sus canoas y en sus cinturones; el de ensartar cien dientes de perro en un cordel, en lugar de cincuenta, el de construir sus casas junto a los pequeños islotes y, lo que es más importante, el derecho de jactarse de su condición de *lapan* y de insultar a los *lau* en el curso de una querella. En cada aldea, un miembro de una familia *lapan* es elegido como jefe de guerra o

luluai; se trata de la persona más prestigiosa de la familia. Le corresponde asimismo representar a la aldea en las poco frecuentes fiestas interaldeanas. Fuera de estas funciones y del prestigio que le confiere su título, no tiene poder para dirigir a los miembros de su aldea ni para exigir de ellos cosa alguna. La colectividad aldeana es una democracia inorgánica, sagazmente caracterizada por un informante, en lengua *pidgin,* como un lugar donde "todos pueden hablar".[1] Constituye un agregado de clanes paternos exogámicos, flojamente organizados y ligados mutuamente por obligaciones económicas contraídas a través de los matrimonios celebrados entre sus miembros, obligaciones a las que dan vigor los espíritus de los muertos actuando por conducto de las mediums. Una simple ceremonia de la pubertad puede agitar a todos los habitantes de una aldea, pero cada uno de ellos participará como miembro de una familia o de un clan y no como miembro de la aldea.

[1] Traducción aproximada de la frase en *pidgin:* "altogheter boy, he talk". [T.]

III

EL CONTACTO CULTURAL EN MANUS

En 1912 se estableció en las islas del Almirantazgo un puesto administrativo del gobierno. A partir de esa fecha el archipiélago quedó bajo la autoridad gubernativa, comenzó la recaudación de impuestos y se dictó una ley prohibiendo la guerra, la cacería de cabezas, el rapto de mujeres con fines de prostitución, y el mantenimiento de una prostituta en la casa de los hombres, bajo pena de prisión. Funcionarios del gobierno realizan patrullas varias veces al año, una de ellas para recaudar impuestos y las demás para inspección médica o para otros fines. Las causas civiles son atendidas durante esas patrullas. Los nativos pueden además presentar querellas, ya sean de carácter civil o criminal, ante el oficial de distrito, en cualquier momento.

La administración se halla representada en las aldeas de los nativos por funcionarios nombrados por la misma: un *kukerai* (o ejecutivo), un *tultul,* intérprete y ayudante del ejecutivo en su trato con el gobierno y un curandero. La aldea de Peri estaba dividida en dos unidades administrativas, debido a una contienda civil que surgió diez años atrás, a causa de que los jóvenes habían raptado una mujer usiai, vinculada por parentesco matrimonial con el *kukerai* de la aldea. Se crearon entonces unidades administrativas separadas, de modo que Peri tenía dos *kukerais,* dos *tultuls* y dos curanderos. Esos funcionarios nativos eran portadores de sombreros de policía y estaban eximidos del impuesto de los diez chelines. Dado que generalmente se elegían hombres dotados de personalidad, el nombramiento gubernativo acrecentaba aún su influencia en la aldea. La ingerencia de esa autoridad no alteraba apreciablemente la vida de la aldea, aunque sus representantes podían, si eran astutos, utilizar su posición en ventaja propia. Las teorías nativas acerca de las enfermedades y de su curación son suscritas sin reservas por el curandero, tanto como por cualquier otro miembro de la colectividad. Los portadores de sombreros agregaron simplemente algunos toques de artificio

al escenario social. Cuando fallece un "muchacho que lleva sombrero",[1] todos los demás portadores de sombreros lamentan el deceso mediante la observación de determinado tabú, tal como la promesa de no fumar tabaco Capstan hasta después que los parientes del difunto hayan celebrado la fiesta fúnebre final. Los *kukerais* más importantes ofrecen banquetes llamados *kan pati yap,* o "fiesta que pertenece al extranjero", para los cuales se levantan mesas formadas por tablones colocados sobre troncos, se extienden encima piezas de percal a modo de manteles y se echa mano de toda la cuchillería y de todos los recipientes enlozados que haya en la aldea; esos banquetes se hacen a base de arroz y de "bullamoocow" (carne de buey). Tales fiestas son, sin embargo, poco frecuentes y constituyen el último esfuerzo ceremonial de los nativos, destinado a representar simbólicamente la estrecha unión de los funcionarios nativos y la augusta administración del hombre blanco. La tendencia de los naturales de Nueva Guinea de simbolizar la cultura blanca por medio de manteles y de flores colocadas sobre la mesa, tendencia observada también en Papua, es el resultado de los frecuentes contactos que tienen los hombres de la manigua, en su condición de sirvientes, con las disposiciones domésticas de la vida civilizada.

La creación de los cargos de esos hombres con sombreros, la tendencia de éstos a considerarse como una cofradía, con intereses y ambiciones comunes, el orgullo que sienten por tal causa, el deseo de rodear el cargo de un aura de ritual y de santidad política, todo eso contribuye a crear un suelo propicio sobre el cual pueden actuar los esfuerzos de la administración. Los manus tienen la idea del rango, de la jefatura hereditaria para la guerra, de los méritos de sangre que implican ciertas prerrogativas en cuanto a la vestimenta y a otros privilegios. Esta tradición de la categoría no tiene desgraciadamente ninguna relación con el gobierno ordinario y cotidiano de la aldea. Por consiguiente, la vida colectiva es anárquica, mantenida únicamente por la corriente de intercambios económicos que unen débilmente entre sí a las diversas familias. Ese sistema no es adecuado a ninguna especie de empresa pública. Pero la idea del funcionarismo, instituída por el gobierno, ha caído en buen terreno. Los viejos conceptos de rango y de jefatura de guerra, el respeto acordado a ciertas familias, pueden fácilmente ser utilizados bajo el nuevo sistema, estimulando la formación de un gobierno local, más coherente y eficaz, sin mayor perturbación de la vida de los nativos.

En discursos pronunciados en ocasiones importantes, algunos prominentes nativos se refieren solemnemente al pasado bélico y al pre-

[1] En *pidgin:* "boy he got hat". [T.].

sente de paz y prosperidad de que disfruta el país, desde que el "sombrero" descendió sobre él. Comerciantes hasta la médula, los manus recibieron gustosos el régimen de gobierno que hacía más frecuente y seguro el intercambio entre las tribus; de mentalidad litigante y legalista, disfrutan llevando sus diferendos ante el tribunal del oficial de distrito. Sin embargo, los interminables circunloquios en *pidgin,* agregados a la naturaleza extraordinariamente compleja de las transacciones económicas de los nativos, dan lugar allí a lamentables malos entendidos. Puede ocurrir que llegue ante el oficial de distrito un pleito acerca de un cerdo por el cual un hombre afirma no haber recibido compensación. Dicho cerdo, que A entregó a B, como parte de un intercambio de bodas, ha cambiado desde entonces de manos unas treinta veces, habiendo cada uno de los participantes transferido su obligación, en lugar de comerse el cerdo y tener que pagarlo dentro del sistema monetario corriente. Pues es necesario saber que en tanto un cerdo no es comido, equivale virtualmente a moneda. B, el demandado, trata de explicar que espera que el importe del cerdo le sea devuelto, a través de esa cadena de treinta acreedores, todos los cuales tuvieron posesión transitoria del cerdo.

"Entonces mí dar cerdo a hombre, hombre ser marido mi hermana. Ese hombre dar cerdo a hombre de Patusi, que tener hija para casar. Ella no ser hija suya, pero recibir herencia del padre. Muy bien. Cerdo dar a ese hombre. Hombre no comer cerdo, darlo hermano de su mujer. Ahora ese hombre tener hermano, hermano joven, trabajando en plantación de un malayo. Pronto va a terminar contrato. Cuando terminar tiempo, él recibir mucho dinero, recibir tres libras y muchas cosas más. Ahora, el hermano de la mujer del novio de la hija del hermano de mi mujer". Al llegar a ese punto, el fatigado oficial de distrito, interrumpirá probablemente gritando: "¡Demonios!, el cerdo, del hermano, de la hija, de la mujer, de... ¿qué significa eso?" Si los funcionarios estuvieran más familiarizados con la concepción de que los cerdos constituyen moneda corriente que cambia de manos de igual modo que un billete de banco, no sentirían tan virtuosa indignación ante el hecho de las múltiples peregrinaciones que pudiera realizar un simple cerdo. También suelen presentarse ante el tribunal casos en los que un hombre que ha entregado una importante cantidad a cuenta de un desposorio, quiera recuperarla en vista de que el proyectado matrimonio ha sido anulado, por no importa qué razón. Dentro del curso normal de los acontecimientos, esa deuda habría sido cubierta por la familia de la novia, al cabo de cierto número de años; los dientes de perro y las conchas monetarias que fueran entregados como precio de la novia, volverían, escrupulosamente convertidos en cerdos, aceite y sagú. El

desengañado novio no desea sin embargo un reembolso paulatino, con lo cual no podría iniciar negociaciones en procura de otra mujer, sino que reclama la devolución inmediata de su adelanto. Si el oficial de distrito es novicio y carece de versación en antropología, es probable que pierda la paciencia al tratar de seguir el itinerario cumplido por ese pago, a través de Mok, Rambutchon, y de vuelta a Peri, y que exclame, en *pidgin*: "Ustedes pagar mucho por sus mujeres. Esto no ser buen camino. Es mejor casarse como hacer el hombre blanco". También aquí, un conocimiento más detallado de las costumbres nativas habría demostrado que no hay tal compra de mujer, que cada artículo fijado en el precio de la novia, es equiparado por la entrega de una dote en forma de víveres y que sobre ese constante intercambio de valores descansa toda la estructura de las relaciones económicas de los manus, tanto en lo que respecta al comercio entre las diversas aldeas como el que se efectúa en el interior de cada una de ellas. Bajo el estímulo de ese ostentoso intercambio, se producen víveres, se compran cerdos, se fabrican grandes cantidades de ellos y de sayas de hierbas, asegurando al pueblo manus un alto nivel de vida y una sólida base económica. Las interferencias que se produjeran dentro de ese sistema, tendrían las más graves consecuencias, en cuanto darían lugar a la desintegración y a la desmoralización de la vida de los nativos. Es probable, sin embargo, que la mayor bendición que una educación formal pudiera traer a la cultura manus, sería el conocimiento de la aritmética y la posibilidad de llevar cuentas. El registro de toda operación mercantil, al eliminar del terreno de las discusiones las cuestiones financieras, contribuiría mucho a suavizar la irritabilidad y la disposición a las querellas que caracterizan actualmente la vida de la aldea. Solamente los casos en disputa son hoy registrados por el gobierno; si cada operación fuera anotada de algún modo por los nativos, habría menos disputas ante el tribunal. Pues los manus son gente extraordinariamente honesta, acuciada por una neurosis ansiosa de satisfacer sus deudas. Descubrimos que para contar con una segura provisión de pescado era mucho más eficaz adelantar tabaco a cuenta de futuras redadas, que anunciar simplemente nuestro deseo de comprar pescado. Los nativos restituían el adelanto; algunas veces, cuando la pesca había sido pobre, traían algunos chelines junto con la escasa provisión y los ofrecían a cambio de lo adelantado, pues no deseaban llevar más tiempo la deuda sobre su conciencia. Si esta ansiedad por librarse de deudas estuviera aparejada con un eficiente método de registrarlas, daría por resultado un excelente sistema económico.

Además de las conchas y de los dientes de perro, que constituyen la moneda corriente entre los nativos, se agregó el dinero inglés y el tabaco,

a modo de moneda subsidiaria. Esta moneda tiene su perfecto equivalente en mercancías y en moneda antigua, siendo empleada para el pago de pequeñas deudas de ceremonial, así como por la prestación de ciertos servicios mágicos y también en las relaciones comerciales ordinarias entre personas de distintas tribus. El tabaco tiene una aplicación más definida como moneda de ceremonial. Se ha convertido en parte integrante del ritual fúnebre; en el banquete que se celebra para señalar el fin del duelo, cada uno de los participantes del mismo, que durmió en la casa mortuoria, recibe su paga en tabaco. (Tales banquetes representan una de las razones por la cual los nativos querían obtener tabaco de nosotros. Siendo previsores, hasta el punto de prepararse desde meses atrás en vista de grandes acontecimientos económicos, no pueden ciertamente prever el momento de la muerte, ni estar en condiciones de reunir rápidamente el tabaco necesario para dicha cermonia, que tiene lugar poco después del deceso.) Los que ayudan a la construcción de una casa son también pagados ahora con trozos de tabaco, además de la nuez de areca y de las hojas de ají que se colocan en sus respectivas escudillas. El tabaco al parecer tiende a desplazar a las nueces de areca en las celebraciones ceremoniales y a ser usado de igual modo que los dientes de perro sueltos, en pequeñas transacciones. Los chelines, por otra parte, parecen reemplazar a las sartas de conchas monetarias, en los pagos de ceremonial. Ni el tabaco ni el dinero han logrado, sin embargo, importancia alguna en los grandes intercambios de parentesco, cuando millares de dientes de perro cambian de mano. Las monedas de valor inferior a un chelin, no tienen uso para los nativos. Las delgadas piezas de seis peniques se deslizan con demasiada facilidad entre sus dedos. Pero ese desprecio de los nativos por las monedas pequeñas los lleva a pagar precios más altos de lo que de otro modo sería necesario. Artículos valuados en 6 peniques para el hombre blanco, son vendidos al nativo por 2 chelines. Obtienen dinero mediante la venta de bardas y de sagú a ciertos comerciantes y también a través de ocasionales ventas de conchas de tortuga y de conchas perlíferas, las que se emplean para la fabricación de botones. Los trabajadores que vuelven a la aldea suelen traer dinero, así como mercancías. Ese dinero es en parte invertido en el comercio con lejanos almacenes —todos ellos a cinco o seis horas de viaje en canoa— y en parte reservado para el pago de impuestos: diez chelines por cada hombre hábil, salvo los funcionarios que están eximidos de tal pago. Contrariamente a las actitudes que asumen otras comunidades nativas, los manus no se resienten por el impuesto, sino que alardean del monto que pagan anualmente por ese concepto, aludiendo a su hoja de impuestos como a un signo de riqueza y prosperidad, como

pudieran hacerlo afortunados hombres de negocio entre nosotros. Para un grupo tan rico como los manus, el impuesto no representa una carga; encuentran una satisfactoria compensación en el hecho de verse libres de guerras, que les garantiza la presencia del gobierno. Sobre los más indigentes usiai, el impuesto suele significar un peso considerable y muchos de ellos deben cubrirlo realizando una especie de trabajo de servidumbre.

La introducción del acero y de telas ha representado el factor más importante en la modificación de la cultura material de los manus. Los cuchillos, las azuelas herradas, los taladros, las sierras, reemplazaron completamente a las antiguas y toscas herramientas de piedra, concha y obsidiana. Ello se ha producido sin dañar ninguna industria básica. Las casas y las canoas se siguen construyendo al viejo estilo. El delicado arte de las filigranas de carey, colocadas sobre discos de concha, ha desaparecido prácticamente. La introducción de cuchillos no ha tenido el efecto de estimular un más primoroso tallado; las grandes escudillas que eran uno de los más destacados exponentes del arte de las islas del Almirantazgo, han dejado de elaborarse y la mayor parte de las más pequeñas se hacen con menos destreza. Aunque algunas pocas vasijas de loza y de ágata penetraron en las aldeas, no llegaron a desplazar en modo alguno a las grandes ollas de barro usadas para contener agua y aceite, ni a las chatas ollas que se emplean para cocinar. El uso formal de las ollas en los intercambios de bodas, constituye probablemente un fuerte estímulo para su continuada fabricación. Los tejidos de corteza han desaparecido prácticamente entre los manus, aunque los habitantes de tierra firme, más ricos en cortezas y más pobres de bolsa, aún las emplean, tanto para el uso diario como para ceremoniales. La tela de corteza, siempre de mala calidad, se obtenía batiendo corteza del árbol de pan, sobre un trozo de tronco hendido. Resistía malamente al agua, por lo cual la verdadera tela debía ser bien recibida por un pueblo de vida lacustre. Así, la pampanilla de corteza que usaban los hombres fué reemplazada por otra de tela o por un taparrabos completo, conocido en *pidgin* como *laplap*. Las mujeres conservan aún sus rizadas sayas de hierbas, pero han sustituído por un manto de paño la antigua prenda empleada en el tabú, una simple estera tiesa y cuadrada, plegada hacia el centro y unida por una costura en su borde más estrecho, formando una especie de cúpula rígida y puntiaguda, que cubre la cabeza y la espalda. (Tales prendas se usan aún como capas para la lluvia, lo cual ha evitado afortunadamente la introducción de paraguas, que habrían desfigurado el aspecto de las ceremonias nativas.) El manto de percal consta simplemente de dos longitudes de tela, cosidas en uno de los

bordes y atado en uno de los extremos, formando una capucha para cubrir la cabeza de la mujer. La costura es de las más toscas y se hace generalmente sin dobladillo. Algunas inmersiones en el agua bastan para convertir los ardientes colores rojo y púrpura, en un pardusco borroso, de modo que sólo en los días de fiestas se ven colores foráneos que alivian la monotonía del escenario general de la aldea. Las frazadas, de las cuales hay una o dos en cada casa, son también usadas por las mujeres como prenda de tabú.

Espejos, cuchillos, tenedores y peines de acero, llegaron igualmente a penetrar en la aldea, siendo adoptados como parte del ajuar de una novia. En realidad jamás se emplean tales objetos, pero en cambio se los introduce en los brazales que lleva la novia o se los hace tener a ésta durante las ceremonias. Las cajas de madera de alcanfor han sido una bendición para un pueblo tan interesado en el cuidado de la propiedad como lo son los manus; así vemos ahora cómo sobre muchos pechos desnudos cuelgan, suspendidos de la faja craneana de un difunto, adornada de abalorios, un manojo de pesadas llaves de hierro. Las cerraduras están hechas de tal modo que es necesario dar varias vueltas a la llave para abrirlas y cada vuelta produce un sonido que denuncia al ladrón. Cajas y hachas forman parte de las mercancías obligadas que traen los jornaleros a su retorno a la aldea. Algunos traen linternas de kerosene, que pronto estarán colgadas en desuso, por falta de combustible —aunque siempre habrá una casa que tenga un poco de kerosene— o bien linternas eléctricas que igualmente quedan abandonadas después de haber consumido la primera batería. Suele haber relojes rotos que se emplean como adornos.

El cambio más significativo, que representó algo más que la simple sustitución de la piedra por el metal o la corteza por la tela, fué sin duda el que determinó la introducción de abalorios. Los manus tenían la tradición de atar entre sí los discos de conchas monetarias, valiéndose de una cuerda fina, hecha de corteza. De esa manera se fabricaban delantales formados enteramente por conchas monetarias y se adornaban con ellas brazales y tobilleras, agregando pepitas rojas y negras. El comercio de abalorios halló una técnica apropiada para los manus, quienes acogieron con entusiasmo el trabajo consiguiente, cosa que ocurrió con menor intensidad entre los demás pueblos de las islas del Almirantazgo, los cuales ya tenían sus propios y absorbentes oficios. Todas las posiciones decorativas que ocupaban antes las conchas monetarias y las pepitas, pasaron a los abalorios, con los cuales fueron ideados nuevos motivos ornamentales. El cabello de un difunto era cosido en la parte posterior de una talega adornada de abalorios, la que colgaba del

hombro de la viuda. El sombrero de duelo de las viudas, la tela de corteza con que se cubría a los muertos, los brazales que sostenían las faldillas, así como las faldillas mismas, son otros tantos motivos para decoraciones con abalorios. Los modelos son geométricos, desprovistos de simbolismo, y bien proceden directamente de patrones europeos importados por los comerciantes o son reproducidos de los tejidos. Cuando son nuevos ofrecen escasos méritos de distinción artística; pero después que el agua salada ha marchitado y suavizado los colores, adquieren un aspecto bastante agradable y prestan una apariencia alegre a las reuniones de la aldea. El uso de abalorios ha sido centrado en torno de la elaboración de las vestimentas fúnebres, el adorno de la novia y ocasionalmente también del novio, interviniendo asimismo en la complicación del sistema monetario. Los cinturones de abalorios, que son simplemente varios cordones de abalorios unidos entre sí espaciadamente por abalorios de otro color, se han convertido en un artículo corriente en los intercambios entre parientes políticos. Se trata de valores de menor categoría, que no imponen la debida compensación en cerdos y aceites, como es el caso de los dientes de perro y de las conchas monetarias, sino únicamente con sagú crudo o con alimentos cocidos. Este nuevo rasgo que aparece en el sistema del parentesco, ilustra claramente la influencia indirecta del comercio exterior sobre la economía interna de los manus. Los manus compran abalorios y hacen cinturones que son entregados en los intercambios de bodas, acrecentando el monto de la contribución que realizan, orgullosamente, los parientes del marido. Para saldar el valor de esos cinturones, será necesario elaborar más sagú. Este excedente de sagú será adquirido por un comerciante que recorre el distrito una vez por mes. Con una parte del dinero que reciben a cambio del sagú, los manus compran más abalorios, que convierten en cinturones, introduciéndolos en el sistema financiero e incrementando más aún la elaboración de sagú. De ese modo, sin alterar realmente el nivel de vida, esa forma de comercio aumenta la magnitud y el esplendor de la exhibición que cada familia puede hacer en las ceremonias correspondientes.

Durante la administración alemana, fueron introducidas grandes cantidades de dientes de perro desde China y Turquía, aumentando el dinero circulante, posiblemente en un ochocientos o novecientos por ciento. Esta inflación dió lugar, hasta cierto punto, a una elevación del precio de las mercancías; en otros casos, los antiguos precios fueron mantenidos en los intercambios de parentesco, produciendo disparidades entre ambas partes contratantes; en otros aún, hizo elevar simplemente el monto de la riqueza que cambiaba de manos. Allí donde un hombre

pagó al padre de la mujer de su hijo mil dientes de perro, podía pagarle entonces diez mil. El mayor número de jóvenes que trabajan para los hombres blancos y, consecuentemente, la mayor cantidad de dinero de que se dispone para comprar cerdos al hombre blanco, ha hecho aumentar, desde luego, la cantidad de cerdos que existen en la comunidad, de modo que los parientes por el lado femenino pueden saldar esos importantes pagos en dientes de perro.

La prohibición de las guerras y la eliminación de las cautivas de guerra ha significado una modificación realmente importante, causada por la cultura blanca en el modo de vivir de los nativos. Tal supresión de los intereses corrientes que animaban a los jóvenes solteros, en una sociedad que no permite hacer el amor a sus muchachas ni a sus mujeres casadas, pudo haber tenido serias consecuencias, si no hubiera coincidido con el desarrollo del conchabo. Los jóvenes eran sacados de la aldea precisamente durante un período en el cual no tenía manera de darles ocupación. Se convertían en un valor económico, en lugar de ser un dudoso valor militar. En ciertas sociedades nativas donde hay extraños tesoros de ciencia mágica o de conocimientos esotéricos que los viejos han de pasar a los jóvenes, semejante traslado de la juventud representa un serio problema. Los jóvenes retornan después que sus padres han muerto y se encuentran defraudados para siempre en sus derechos de primogenitura. Aunque esta cuestión no haya sido suficientemente investigada, hay razones para creer que tal es el caso que ocurre entre los usiai, pueblo agrícola y el más sometido a la magia, entre los de la isla del Gran Almirantazgo. Un pueblo agrícola suele sufrir también a causa de la disminución de sus reservas de semillas, mientras los jóvenes se hallan lejos, en lugar de trabajar sus predios. Las comunidades que cuentan con una temprana introducción de los jóvenes en la vida industrial y ritual del grupo, se resentirán igualmente si esos jóvenes son de pronto arrebatados a su normal rutina educacional. Cuando esa perturbación de las normas educacionales corrientes coincide con las tentativas de misioneros, tendientes a desbaratar la cultura nativa, ambos factores obran de consuno para producir discordancias y desorganización social. Afortunadamente, ninguno de esos lamentables resultados se producen entre los pueblos marítimos de Manus como consecuencia del actual sistema de conchabo. A la edad en que los muchachos se marchan a trabajar, han recibido ya todas las enseñanzas que la comunidad les imparte antes del matrimonio, salvo las cuestiones que atañen a la guerra y a la prostitución, actualmente eliminadas del escenario social. Si permanecieran en sus casas, sólo representarían una amenaza para la moral vigente y para los arreglos económicos. Puesto que los elementos de ma-

gia, para cuya retención en la memoria se requiere una larga y paciente aplicación, no forman parte del sistema manus, los muchachos pertenecientes a este pueblo no pierden la herencia mágica y con ella la facultad de obtener éxito en el terreno agrícola, económico o social, como ocurre con los jóvenes que proceden de sociedades dependientes de hechizos y de ritos. Los muchachos manus vuelven ricos a sus aldeas y por consiguiente en condiciones de exigir más respeto de sus mayores que si hubieran permanecido en casa. Comienzan saldando de inmediato una de sus deudas, la que han contraído con quienes han pagado por los funerales de sus padres o por los de otros parientes cercanos. Si bien es cierto que la deuda por el matrimonio penderá durante largos años de sus cuellos, es indudable que este método por el cual la ganancia acumulada por el joven jornalero es destinada a un importante pago inicial de sus deudas, se halla completamente en armonía con el sistema financiero manus. De esa manera ingresan también a la aldea mercancías extranjeras muy estimadas y necesarias, tales como herramientas nuevas y tejidos.

Si se hubiera introducido mano de obra oriental en el territorio bajo mandato, con el probable desplazamiento de la menos eficiente mano de obra melanesia, de modo que los muchachos manus habrían tenido que permanecer en las aldeas desde la pubertad hasta el matrimonio, habría sido necesario realizar algunos reajustes en las costumbres de los nativos. La actual insistencia en la absoluta castidad de las mujeres no podría subsistir junto a la prohibición gubernativa de la prostitución y al hábito de matrimonios tardíos, que rige al presente. El restablecimiento de la prostitución, aunque fuera clandestinamente, sería cosa improbable, pues el respeto que sienten los manus por la virtud de sus mujeres exige que la prostituta sea una cautiva de guerra, y no es posible hacer la guerra sin atraer de inmediato la atención del gobierno. Las alternativas serían, bien una considerable reducción de la edad para contraer matrimonio tanto para los hombres como para las mujeres, pero especialmente para los primeros, o la modificación de la exigente moral actualmente en vigencia. Los vecinos usiai, entre los cuales la prostituta de guerra representaba un fenómeno menos frecuente, resolvieron el problema mediante un sistema de licencia cuidadosamente vigilada, según el cual los jóvenes disponían de un año de libertad con la compañera o las compañeras de su elección, período que pasaban en una gran casa destinada a ambos sexos, mantenida por algún personaje rico para su hija y para otras muchachas de su misma edad. Había allí siempre una vigilancia destinada a cuidar que no se cometieran ultrajes con las personas renuentes y a procurar que la conducta general fuera siempre

decorosa. En la época en que permanecimos allá, sirvió también como escuela de modales y de actitudes sociales. Al finalizar el año, las muchachas volvían a sus respectivas aldeas para casarse con hombres de edad, quienes habían terminado al fin el pago correspondiente por sus esposas, mientras los jóvenes se desposaban con las viudas de sus parientes. Una libertad autorizada, antes del matrimonio, combinada con casamientos a temprana edad, en los cuales uno de los participantes era suficientemente ducho como para llevar la iniciativa en cuestiones que requieren experiencia y juicio, tal resultaba la solución de los usiai. Solución completamente seria y digna, bien integrada en la estructura de sus relaciones sociales. Por desgracia, se halla actualmente interdicta. Las quejas sobre inmoralidad, presentadas por los misioneros ante el gobierno, determinaron la suspensión de ese sistema, al mismo tiempo que el cierre de la casa de prostitución de los manus, designada, de modo muy poco feliz, como "casa bomak", igual que la referida casa de los usiai.

El mayor efecto que produjo la cultura blanca sobre la vida del pueblo manus, manifestóse, como hemos visto, en el dominio de la actividad económica. Desde el punto de vista religioso, los manus han sido escasamente afectados por dicha cultura, excepto el caso de los nativos de Papitalai y la reciente introducción de servicios religiosos en Mbunei, a cargo de un catequista. Papitalai se halla en la costa norte, demasiado alejada para ejercer alguna influencia sobre las aldeas situadas en la costa sur. El comienzo de la labor misionera en Mbunei, por un catequista nativo, ocurrió mientras estábamos en Peri. Algunos jóvenes habían vuelto de su trabajo en el exterior como adeptos de cierta fe religiosa, pero eran demasiado poco versados en sus enseñanzas para transmitirlas a los demás. Algunas frases sueltas, como "Jesús os hará arder" (en las llamas del infierno) daban a los nativos una noción muy particular acerca de la significación del cristianismo. Los manus conocían las dos grandes misiones existentes en el norte del territorio, la católica romana (*Lotu Popi*) y la metodista (*Talatalas*) y habían hecho su elección entre ambas sobre la base de las referencias recibidas acerca de las actitudes de una y de otra. No tenían interés en los *Talatalas* porque éstos hacían mucho hincapié en los diezmos y porque exponían a la confesión y a la censura públicas a los fieles que hubieran incurrido en pecado. En cambio, anunciaban complacidos la llegada de los *Lotu Popi,* porque no iban a exigirles diezmos. Habiendo comprendido la magnitud de la tarea que significa convertir a los centenares de pueblos diversos que habitan Nueva Guinea, los católicos romanos se instalaron, dispuestos a realizar una labor que demanda el esfuerzo de varias generaciones, esta-

bleciendo una vasta y próspera plantación, bajo el rubro de Sagrado Corazón de Jesús, Ltda., etc., con el fin de mantener a los hermanos y hermanas, en tanto éstos realizan su misión. Los nativos oyeron también algo respecto a la confesión al oído y piensan que ese procedimiento ha de representar un grato alivio en relación con la costumbre actual de proclamar en voz alta los pecados de cada uno, delante de sus vecinos. Creen también que la llegada de la misión les permitirá aprender a leer y a escribir. La misión católica romana compró una isla en Peri, siendo pues razonable esperar que los nativos tendrán finalmente la misión en su aldea, lo cual, de acuerdo con los rumores que llegaron al respecto, les parece sumamente deseable.

Aquí y allí se manifiestan ciertos reflejos del contacto cristiano, tales como la creencia que existe en la isla de Mbuke de que el hombre blanco adora al sol porque siempre mira hacia arriba cuando reza. Pero aparte de esta deformación de observaciones fortuitas, la vida religiosa de los nativos sigue intacta, salvo en lo que respecta al reconfortante pensamiento que si abrazaran eventualmente la nueva fe, podrían arrojar a sus caprichosos espíritus al mar. Entretanto, el poder de los espíritus permanece incólume.

La disposición gubernativa prohibiendo la conservación de los cadáveres durante veinte días, mientras se les sometía a un lavado diario en el mar, ha sido cumplida sin grandes dificultades, debido a las contiendas que se producían entre individuos y entre aldeas, dando lugar a toda clase de abusos. Dicho plazo fué reducido a tres días; el antiguo requisito de matar a un hombre al final del duelo o al menos de tomar un prisionero utilizando el rescate para pagar los funerales, ha sido trocado en el más simple de matar una gran tortuga. Los cuerpos de los difuntos son expuestos sobre los islotes más lejanos, hasta que los huesos quedaran limpios, bajo la acción del agua, siendo entonces recogidos el cráneo y algunos otros huesos para ser colocados en los cuencos del ritual. Las costumbres funerarias y los procedimientos económicos han sufrido cierto reajuste, siempre dentro de la antigua estructura, para hacer frente a las nuevas condiciones.

En resumen, el contacto de los manus con el hombre blanco ha sido, hasta ahora bastante afortunado. La guerra, la cacería de cabezas y la prostitución, fueron eliminados. El reclutamiento de trabajadores ha evitado que esas supresiones crearan nuevos problemas sociales; el período de reclutamiento y la correspondiente paga han sido ajustados dentro del esquema económico social vigente; el comercio con el hombre blanco los ha provisto de abalorios, desarrollando así un nuevo arte decorativo y suministrando nuevos estímulos para la producción de alimentos; el

régimen de paz produjo condiciones más favorables para el comercio inter-tribal. Los manus son actualmente un pueblo pacífico e industrioso, que domina admirablemente su ambiente y que sólo sufre un tanto de enfermedades que pueden ser prevenidas. Su sistema ético combina de tal modo con sus creencias sobrenaturales que recibe de éstas gran vigor e intensidad. No toman medida alguna para reducir el número de sus integrantes, ignorando aparentemente los abortivos medicinales (así como ignoran, debido a su vida acuática, la mayor parte de las propiedades de las hierbas), y raras veces acuden a procedimientos mecánicos. Desde el punto de vista gubernativo, han realizado una satisfactoria adaptación a las pocas exigencias que el contacto con los blancos les ha creado. (Todo ello, al margen del tipo de personalidad que se ha formado bajo sus métodos de educación y sus actitudes ante el matrimonio y vida familiar. Son éstas cuestiones más sutiles que el gobierno no tendrá tiempo de considerar.)

IV

COSTUMBRES RELATIVAS AL EMBARAZO, AL ALUMBRAMIENTO Y AL CUIDADO DE LOS NIÑOS

Es característica de la sociedad manus, donde los principales ritos son concebidos en términos económicos, que el embarazo, el alumbramiento, la pubertad, etc., aun cuando sean objeto de grandes festejos, sólo impliquen para las personas directamente afectadas el cumplimiento de muy ligeros tabúes. Ese tipo de tabú prenatal, inspirado en la magia imitativa, que prohibe a la mujer comer una banana doble por temor a que tenga mellizos, etc., se reduce en Manus a proscribir que la mujer embarazada corte el pescado o la madera con un cuchillo o con un hacha, pues se teme que al hacerlo corte un miembro de su hijo. Todos los demás defectos físicos, ceguera, sordera, pies torcidos, etc., son atribuídos a la descuidada ruptura de uno de los tabúes protectores de la propiedad por parte del padre o de la madre. Esos tabúes se llaman *sorosol*. El dueño de un árbol le pondrá un sorosol si lo tiene, o bien pagará a alguien para que lo haga. El *sorosol* posee el poder mágico de imponer penas a los trasgresores, las cuales adoptan formas diversas. Cierta clase de *sorosol* lleva en sí la posibilidad de provocar un aborto o el nacimiento de un niño muerto. Este último caso suele ser atribuído a la acción malévola de los espíritus de los muertos. Si la madre muere durante el parto y el niño fallece poco después, se dirá que la madre "se ha llevado a su hijo".

Los manus comprenden la naturaleza de la paternidad física; creen que el niño es un producto del semen y de la sangre menstrual. Los hombres suponen que ellos provocan la menstruación de sus mujeres y luego, al hacerlas concebir, logran coagular la sangre. Hay en las mujeres cierta vaga creencia de que su fecundidad depende de los espíritus pertenecientes a la casa de sus respectivos maridos. Si los espíritus desean tener descendientes, resolverán que la mujer quede embarazada. Ellos ejercen ese poder de la misma manera con que regulan la provisión

de pescado, es decir, actuando en cooperación con las fuerzas naturales. El hombre sólo espera de su espíritu protector que haga llegar a los peces, ya existentes, a la laguna próxima. De igual modo, piensa vagamente que los espíritus pueden facilitar la concepción, pero no cree que una muchacha pueda quedar embarazada sin la mediación del contacto sexual. Éste no se halla prohibido durante la menstruación ni durante el embarazo. Sólo está vedado hasta treinta días después del parto, pero como la mujer ni puede siquiera ver al esposo en ese lapso, tal prohibición resulta obvia.

Las mujeres cuentan diez lunas en el embarazo, a partir de la última menstruación. Guardan un atado de astillas, que les sirven de fichas. Las personas interesadas en el acontecimiento conservan la fecha en la memoria, en razón de los grandes preparativos económicos que es necesario efectuar. Unos días antes del esperado alumbramiento, el "hermano" de la mujer vaticina el lugar más adecuado al efecto. En ese caso, el "hermano" es el pariente masculino que asume la responsabilidad financiera por los intercambios económicos a realizar con el marido. Puede ser en realidad el padre, el primo, el tío, etc., de la parturienta. Como cada individuo debe planear sus actividades económicas ordenadamente, de modo que entrega hoy cierta cantidad de sagú y de ollas para recibir mañana objetos realizados en abalorios, resulta que no siempre conviene al mismo pariente realizar las operaciones de intercambio que corresponden a un nacimiento. Es así como hay mujeres que han tenido para cada uno de sus cuatro o cinco hijos, un pariente distinto, encargado de celebrar la fiesta correspondiente; en otros casos, dos hombres asumían la responsabilidad, alternativamente. El vaticinio relativo al lugar del parto decide si el esposo debe abandonar su domicilio, dejando que su cuñado, la mujer de éste y otros miembros de la familia se trasladen al mismo o bien si la mujer embarazada debe ser llevada a casa de su hermano. Se supone que tal decisión depende de la voluntad de los espíritus, aunque generalmente responde a las exigencias de los planes inmediatos elaborados por el hermano.

Solamente mujeres que hayan tenidos hijos pueden presenciar el acto del alumbramiento. Hombres, niños y muchachas, quedan excluídos. Este sentimiento que rechaza la presencia de la mujer que no tuvo hijos es tan intenso, que me fué imposible dominarlo. Ir contra él abiertamente, hubiera perjudicado seriamente mi trabajo, de modo que no pude ver un parto en Manus y obtuve los detalles siguientes a través de varios informantes.

Se hace colocar a la mujer en cuclillas, sosteniéndose con una cuerda de bambú, que pende del techo. Esa cuerda es cortada con un trozo de

bambú y considerada como un objeto bueno, mientras que la placenta es cosa mala, de suerte aciaga. Dicha cuerda, *kaichaumbotoi* será dividida en pequeños trozos; uno de ellos será envuelto, junto con la placenta, *mbut,* en una pequeña estera de pandánea. El resto será ahumado y conservado para dar buena suerte. No hemos observado costumbres relativas a un probable empleo de la cuerda para influir en el futuro del niño. La parturienta era colocada luego sobre varias esteras, dentro de un pequeño cuadrado formado por troncos, habiendo otra estera colgante que la apartaba del resto de la casa. Muy cerca de la mujer ardía una hoguera, que representaba su fuego personal, así como tenía también sus vasijas personales, en las cuales sólo se podían cocer los alimentos destinados a ella. La pequeña estera que contiene la placenta y el trozo de cuerda, está arrimado a la pared, detrás de la parturienta. Después será arrojado fuera.

El niño es lavado y atendido por mujeres de cierta edad, pertenecientes a la familia del padre y a la de la madre. La parturienta recibe como alimento una mezcla llamada *bulokol,* hecha con taro y leche de coco. En cuanto al recién nacido, no se le alimenta hasta veinte o veinticuatro horas después de haber venido al mundo, momento en que recibe la leche del pecho de otra mujer y un bocado de taro que su madre ha masticado cuidadosamente. La madre no amamanta al niño sino tres o cuatro días más tarde. Entretanto, lo hacen, turnándose, las demás mujeres que crían, recibiendo más tarde la retribución consiguiente. Si la madre estuviera enferma y no pudiera amamantar a su hijo durante cierto tiempo, deberá devolver la leche a los hijos de tales nodrizas, en el caso de que recuperara la salud.

La esterilidad es atribuída al poder sobrenatural de maldición ejercido por la hermana del padre o por la hija de la misma. Esa facultad de detener la línea de descendencia de un hermano o de un hermano de la madre es esencialmente una execración, pero un matrimonio que no quiera tener más hijos, puede invocarla como una bendición. La tía paterna del niño bendice también ritualmente a la madre y ordena que no tenga otro hijo hasta que el que acaba de nacer sea bastante grande para caminar y nadar. Una mujer estéril es llamada una *pilalokes;* los manus agrupan bajo el mismo concepto a las mujeres que jamás han tenido hijos y a las que sólo los han tenido muchos años atrás. Se dice de tales mujeres que están *cerradas.* La menopausia es designada por una palabra que significa "ella no puede hacer más nada". De una mujer casada se dice que está "terminada". No crecerá más.

Los abortos, *ndranirol,* son recibidos del mismo modo que los nacimientos reales; se da nombre a la criatura y todas las ceremonias econó-

micas tienen su curso normal. Las mujeres distinguen de este modo el momento en que sintieron una vida en sí: "Se ha hecho un ser humano. Su alma está ahí".

Los casos de mellizos ocurren de vez en cuando. Pero jamás supieron de trillizos, y una mujer a quien hablamos de uno de nuestros raros casos de quintillizos, exclamó con voz entrecostada, en el escaso *pidgin* que conocía (la lengua manus era inadecuada para la ocasión): "Oh, ustedes número Uno".

Los niños son alimentados con taro desde el principio. La falta de una abundante provisión de nueces de coco representa una seria dificultad en la alimentación de los niños. La caña de azúcar tampoco existe en abundancia. Las papayas son bien apreciadas, cuando se consiguen, pero el taro es siempre el principal alimento. El sagú es demasiado pesado y el pescado se considera indigesto para los niños, antes de los tres años. Se les da cigarrillos y el pellejo exterior de las nueces de coco, desde que tienen dos y medio o tres años. Raras veces se desteta a un niño antes de que haya cumplido tres años, salvo cuando la madre ha quedado nuevamente embarazada. Si el segundo hijo llega a morir, el otro vuelve a mamar. Para facilitar el destete, las madres atan a sus pezones manojos de cabellos.

La tasa de morbilidad infantil, sobre todo de criaturas muy pequeñas, es enorme. La indagación genealógica no constituye un método muy seguro para verificarlo, especialmente cuando la madre tiende a confundir los casos de aborto, los niños que nacieron muertos y los que murieron varios días después del alumbramiento. En cambio, la afirmación de que el niño había fallecido antes de la fiesta del cumplimiento de los treinta días, era generalmente correcta. Dicha fiesta implica el retorno de la mujer hacia el marido o del marido hacia la mujer y representa un acontecimiento suficientemente importante y obligado como para ofrecer cierta seguridad de cómputo. Más adelante expongo una enumeración de los nacimientos de acuerdo con los informes que me suministraron las mujeres de uno de los extremos de Peri, informes que he podido contrastar con los procedentes de otras fuentes.

La prueba genealógica indica que los más altos grados de mortandad se producen en los niños de pocos meses y en las personas comprendidas entre los veinte y los treinta años. En ambos casos hay una tasa diferencial en perjuicio de los individuos masculinos. Entre los adultos, ello puede atribuirse a la mayor exposición a la intemperie que sufren los hombres en la pesca nocturna y en sus largos viajes por mar. Cierta parte de las muertes tempranas que se producían en generaciones pasadas, eran debidas a la guerra.

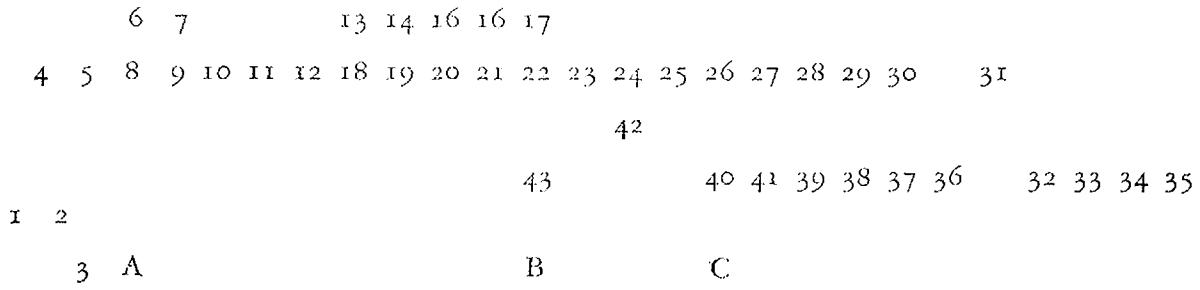
La fiebre malaria permanentemente causa estragos en la salud de los nativos. En muchos casos degenera en fiebre cerebral, lo que equivale a la muerte; en otros, da lugar a una neumonía. Los manus no tienen concepto de la medicina. Todos los tratamientos son de orden sobrenatural: ya procuran apaciguar a los espíritus, ya acuden a fórmulas mágicas, recitadas generalmente por la misma persona cuyos hechizos se supone que provocaron la enfermedad. Las fracturas de huesos se tratan manteniendo el miembro lesionado en posición natural y también aplicando calor. El calor es asimismo aplicado en cortaduras, magulladuras, etc., así como a las muchachas, en la primera menstruación y a las mujeres, después del parto.

Creo que el alto nivel de mortandad que se registra entre niños pequeños, debe atribuirse especialmente a la alimentación insuficiente e irracional (la leche materna queda empobrecida después de amamantar durante años a chicos ya crecidos), a la falta de luz solar y de protección contra los cambios de temperatura. Los pisos de tablillas separadas dejan pasar constantemente corrientes de aire y la disminución de un grado en la temperatura hace tiritar a toda la comunidad. No existen ropas para un cambio de tiempo. Las criaturas están expuestas además a llagas malignas. Por otra parte, los niños que sobreviven después del año parecen ser bastante fuertes. Hay relativamente pocas enfermedades entre ellos, exceptuando los ataques de malaria y algunos casos de úlcera tropical. La elevada proporción de la mortandad infantil y las numerosas defunciones que tienen lugar en la edad madura, contribuyen a concentrar la atención de los acuciados manus sobre sus propios pecados. Toda ligera enfermedad implica confesión y pagos propiciatorios y difícilmente transcurra una noche sin que se deje oír el silbido de la medium en alguna casa visitada por la enfermedad. La malaria es particularmente adecuada para provocar una insistente preocupación en torno a pequeños pecados; se hacen promesas de enmienda y el paciente se repone, generalmente, demostrando que la ira de los espíritus fué aplacada.

V

DIAGRAMA DE LA ALDEA CON DESIGNACIÓN DE LOS PROPIETARIOS DE LAS CASAS, CLANES A QUE PERTENECEN Y RESIDENCIA

PLANO DE LA ALDEA DE PERI



Casa Nº	*Propietario*	*Clan*	*Jefe de familia subsidiaria*	*Clan*	*Relación con el propietario de la casa*
1	Pomalat	M			
2	Topas	M	Polau	M	Primo paralelo línea paterna
3	Pokanau	Po.			
4	Luwil	M	Saot	P	Medio hermano, por padre nativo de Peri
5	Tchaumtchin	M			
6	Dropal	Po			
7	Ngandiliu	Lo.	Drauga	Pat.	Esposo de la tía paterna por parte de mujer
8	Desocupada				
9	Maku	Pat.			
10	Kampwen	Po.			
11	Ngapo	Kt.			
12	Selan	Po.			
13	Ngamoto	Kt.	Pongi	b	Esposo de la hija de la viuda
14	Pope	M	Ngandirai	Po.	Esposo de la hija
15	Pomele	Lo.			
16	Kalowin	Po.			
17	Poiyo	M			
18	Tunu	P			
19	Bosai	M			
20	Pomat	M			
21	Pwisio	P			
22	Paleao	P			
23	Ngapotchalon (viuda)	Kt.			
24	Nane				
25	Banyalo	P.			

Casa Nº	*Propietario*	*Clan*	*Jefe de la familia subsidiaria*	*Clan*	*Relación con el propietario de la casa*
26	Pondramet	M	Pomo	M	Esposo de la hija
27	Ndrosal	P	Sisi	Loitcha	Esposo de la sobrina
28	Pokanas	Lp	Malcan	Kp.	Hijo adoptivo. Miembro de una familia extinguida
29	Kea	Km.			
30	Talikawa	P.	Kala	Km.	Pariente materno lejano
31	*Casa de los Jóvenes*				
32	Tchanan	Kt.			
33	Ngapolyon (viuda)	Km	Kaloi	Kt.	Hijo de la viuda
34	Casa de juegos de Kalat				
35	Sanau	Kt.			
36	Tuain	Ko.			
37	Poli	Lp.			
38	Ngamasue	Ko.			
39	Ndrantche (viuda)	Lo.			
40	Kemai	Lo.	Polin	Rambutchon	Hijo adoptivo
41	Talikai	P			
42	Koroton	P	Tcholai	P	Hijo
43	Ngamel	P			

A. Islote Pontchal — Barraca. Nuestra residencia durante dos meses

B. Islote Peri — Nuestra casa

C. Islote Peri — Nº 2

ABREVIATURAS EMPLEADAS PARA DESIGNAR LOS NOMBRES DE LOS CLANES

M. Matchupal
P Peri
Po Pontchal
Lo Lo (Vástago de la estirpe de Tchalalo que se ha trasladado a otra parte.
Patusi Miembro de la aldea de Patusi.
Ko Kalo
Kt Kalat
Lp Lopwer
Km Kamatachau
Kp Kapet

Comentario

En las residencias de los hombres más jóvenes existe una clara diferenciación entre los que pertenecen a familias ricas y prósperas, quienes habitan junto con sus padres, padres adoptivos o hermanos mayores y los que forman parte de familias pobres y que viven donde pueden. Entre los más indigentes y los casados irregularmente (p. e. Sisi, casa 27, quien robó a su mujer de otro hombre y que aun no ha hecho por ella el pago correspondiente. A causa de ella riñó con su hermano y no tenía, por consiguiente, donde vivir en Loitcha, su aldea natal), se manifiesta con frecuencia la disposición a la residencia matrilocal, sistema que hace muy difícil la situación del hombre afectado, ya que el tabú de la suegra jamás puede eludirse. Al estudiar el sistema matrimonial tomé en consideración las condiciones consideradas como normales, pues en los matrimonios irregulares y deficientemente financiados intervienen muchos factores de diversa índole que complican el cuadro.

VI

PANORAMA DE LA ALDEA VISTO POR DOS NIÑAS, UNA DE CINCO Y OTRA DE ONCE AÑOS, CON COMENTARIOS EXPLICATIVOS

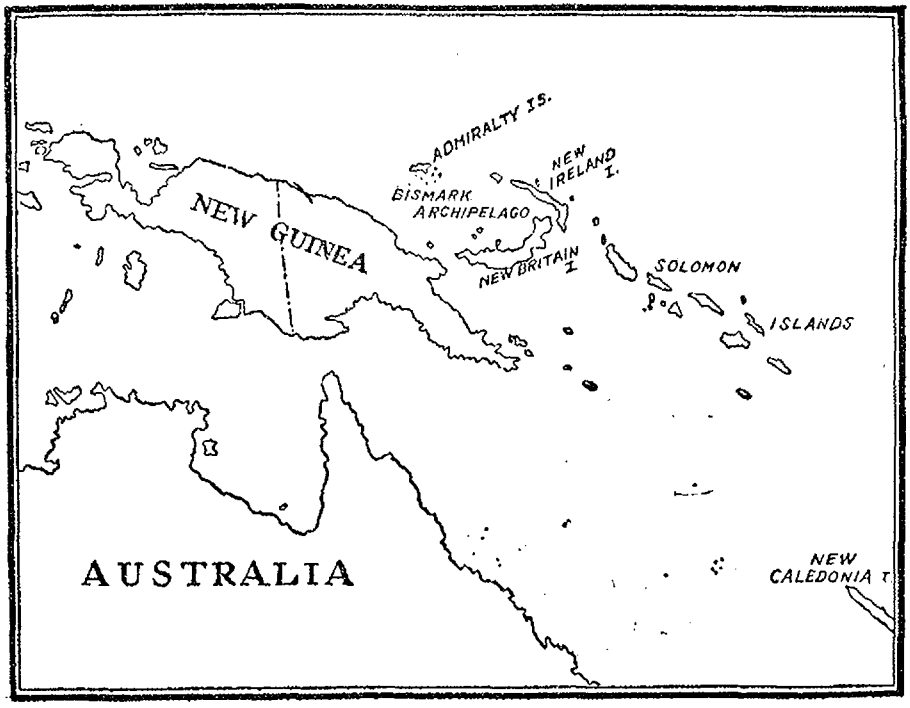
Ni los MUCHACHOS ni las niñas pueden decir exactamente a cuáles clanes pertenecen los dueños de las diversas casas. Todos ellos reconocen las casas de Kalat porque éstas se encuentran apartadas y porque Kalat es un nombre conocido por ellos y que se usa para designar la parte de la aldea donde se encuentran los miembros de los clanes de Pontchal y Matchupal. Pontchal ha sido convertido por el gobierno en unidad administrativa, con sus propios funcionarios y los niños lo ven a la luz de esta circunstancia. No saben a quiénes pertenecen las casas ni conocen a cuáles clanes corresponden las mujeres. Sólo conocen a los espíritus guardianes de sus respectivas casas y algunas veces, cuando son varios los espíritus que guardan una misma casa, ignoran sus nombres.

El cuadro precedente ofrece una descripción de la aldea, tal como pueden hacerlo un hombre o una mujer maduros. No es posible establecer hasta qué punto intervienen la atención o el interés particulares en la visión ofrecida por un individuo adulto, pues el mismo suele referir muchas cosas en las cuales no se halla particularmente interesado. Contempla la ubicación y la afiliación de los diversos clanes del mismo modo formal con que nosotros nos referimos a los estados y a sus respectivas capitales.

Vistas de la aldea [1]

Cuadro expositivo de la aldea de Peri, tal como aparece ante los ojos de Kawa, de cinco años de edad (casa 12); cómo ve Ngasu, niña de once años (casa 22), las mismas casas, con algunas notas explicativas acerca de las familias en cuestión.

[1] En ambos casos, las constancias provienen de niñas. Se debe tener en cuenta que los muchachos no están en condiciones de ofrecer tales informes. Pasando menos tiempo junto a las mujeres, ignoran lo que ocurre dentro de las casas.



Mapa que señala la posición de las Islas del Almirantazgo.

CASA Nº	*Observaciones de Kawa. Kawa es hija de Selan, miembro del clan de Pontchal.*	*COMENTARIOS*	*Cómo ve Ngasu, niña de once años, la misma parte de la aldea. Ngasu es hija de Panau, quien ha fallecido. La niña y su hermana Salikon fueron adoptadas por Paleao, hijo del padre adoptivo de Panau. (Ver capítulos II y IV.)*
4	1. La hermana de mi padre vive aquí. 2. Piwen vive aquí. 3. Creo que Pwendrile vive aquí.	1. Se refiere a Molung, mujer de Luwil. Molung fué adoptada por Ngandiliu, hermano mayor del padre de Kawa. Ella es realmente hija de Kali, un tío que ha financiado el matrimonio de Ngandiliu. Selan, padre de Kawa, la llama "hermana" y Kawa la llama *pateien,* "hermana del padre" 2. Piwen es una chiquilla de tres años, hija adoptiva de Molung. Kawa no menciona a Kalowin, hijo de Molung, de nueve años. 3. Pwendrile es un niño de dos años hijo de Saot, medio hermano de Luwil, más joven que éste, quien vive junto con su mujer en el fondo de la casa Nº 4. Pwendrile fué adoptado por Pokanas y por su mujer Nyambula, que es hermana de clan de la primera mujer del padre Saot. Pwendrile pasa mucho tiempo junto a Nyambula, la que lo llevará consigo del todo, una vez que haya sido destetado. No puede hacerlo antes pues es estéril, no una mujer que haya perdido recientemente al propio hijo y que pudiera amamantar al hijo adoptivo. Pwendrile es hijo único de Saot y éste lo quiere mucho, pero Nyambula y Pokanas han ayudado a financiar su matrimonio. Son ricos y pueden empezar a pagar anticipadamente por la futura mujer de Pwendrile.	La casa de Luwil, hermano de Paleao. La parte de la casa que pertenece a Luwil está en el frente Están ahí Kalowin y Piwen. Saot vive atrás. "La mujer de Luwil" y "la mujer de Saot" huyeron de Paleao. Son sus parientes tabú.

5	1. Itong vive aquí. 2. Ngaleap vivía aquí.	1. Itong es una chiquilla de cinco años. 2. Ngaleap es la hija del hijo de un hermano de clan del padre de la madre adoptiva de Mutchim. Cuando su padre y su madre murieron, aquél la adoptó, llevándola a su casa. Era una niña alegre, muy querida por los demás niños. Más tarde incurrió sin embargo en un escándalo y otro tío la llevó consigo, pensando que Mutchim era un mentor demasiado bondadoso.	La casa del "abuelo". Este es hermano de Paleao. Yesa, Kapamalae, Pindropal, Itong y Songan viven ahí. Ngaleap se rompió la rodilla saltando y Sain dice a Popoli (hijo adoptivo de Paleao) que a él le ocurrirá lo mismo si no va a tiempo a la cama.
	3. Mutchim rompió el brazo de su mujer.	3. Mutchim rompió el brazo de su mujer en el curso de una querella sobre una escudilla de comida que ella quería enviar a una fiesta de alumbramiento que celebraba la mujer de su hermano, mientras el marido deseaba emplearla como contribución a un banquete que se realizaba en celebración de la puesta de pilares para una casa de jóvenes, destinada a los hijos de su medio hermano, adoptado por el clan. Prevaleció la opinión del marido, pero al día siguiente, ella no fué a buscar la fuente en la cual debía remitirse la comida. La mujer respondió con desacostumbrada rudeza cuando él le dijo que la vecina de la casa próxima había retirado la escudilla como si fuera de su propiedad y entonces Mutchim le rompió el brazo.	
	4. Pindropal vive aquí.	4. Pindropal es una niña de siete años, hija de Mutchim. (Hay además en esa casa tres niños varones, de tres, diez y doce años de edad, a quienes Kawa no menciona.)	
1	Nada sabe acerca de esta casa		Aquí vive el curandero de Pontchal. Su mujer tiene una criatura y Paleao celebró la fiesta por su nacimiento. (Ver capítulo VII.)

CASA Nº	*Observaciones de Kawa.*	*COMENTARIOS*	*Cómo ve Ngasu, niña de once años, la misma parte de la aldea.*
3	1. La casa hacia donde madre huyó cuando padre estaba enojado porque ella no tenía tabaco.	1. La mujer de Selan no tiene parientes cercanos en Peri, pues es oriunda de la isla de Taui. Pokanau, propietario de la casa Nº 2, es primo lejano suyo y en esa casa buscó refugio Mateum, mujer de Selan, junto con su hija Kawa.	3. Esta es la casa del Kukerai de Pontchal, que siempre está en lucha con Paleao.
	2. Masa tiene un solo ojo. Lo mismo ocurre con Sori.	2. Masa, de cuatro años de edad, es hija de Pokanau. Uno de sus ojos está cubierto por tejido cicatrizado, a consecuencia de un grave ataque de conjuntivitis. Sori es hermano menor de Masa; tiene también un ojo enfermo. Kawa no menciona a Pomitchon, de seis años, el hijo mayor de Pokanau.	
	3. Creo que Bopau duerme aquí.	3. Bopau es hijo del difunto hermano mayor de Pokanau, Sori. Nadie se cuida mucho de él, de modo que aunque la casa de Pokanau sea nominalmente su hogar, raras veces se encuentra allí, pues anda vagando por todas partes. Bopau es de naturaleza tranquila y reservada y Kawa lo quiere más que al ruidoso y presuntuoso Pomitchon.	
6	Sin comentarios.		
7	1. La casa del abuelo.	1. Esta es la casa de Ngandiliu, hermano mayor de Selan, a quien aquél llama "padre" y Kawa llama "abuelo". En el fondo de la casa de Ngandiliu vive la tía materna de su mujer y su anciano marido. Kawa no los menciona.	1. La casa de la "hermana de padre". Abuela vive aquí. (Es la mujer de Ngandiliu, hermana de Paleo, y Komatel, mujer de Potik y madre adoptiva de Paleao y de Panau, padre de Ngasu.)
	2. Topal vive aquí.	2. Topal, chiquillo de siete años, es en realidad hermano de Kawa, habiendo sido adoptado al nacer por Ngandiliu, carente de hijos.	

8	Nadie vive aquí.	Esta casa fué abandonada después de la muerte de su propietario. La mujer de éste huyó y contrajo nuevo matrimonio, sin haber completado el período de luto correspondiente. Todos los parientes del antiguo dueño lo eran con carácter lejano; la casa era vieja y se estaba desmoronando. Poiyo buscó allí refugio durante un tiempo, en ocasión del conflicto entre sus dos mujeres, lo cual le hizo imposible tenerlas juntas. Era demasiado pobre para construir una casa nueva para su segunda mujer.	Nadie vive aquí. La mujer de Sakaton huyó.
9	1. Alupwa vive aquí.	Esta es la casa del viejo Maku, quien tuvo cinco mujeres y ningún hijo. Sus cuatro primeras esposas están muertas. Su quinta mujer, Melen, estuvo casada dos veces anteriormente. Abandonó a su primer marido, con quien no tuvo hijos y se casó con Talikake, de Matchupal, a quien dió seis hijas. Una de ellas se casó en Munei y tuvo seis hijos; de ellos, dos niñas han muerto y cuatro varones viven aún. Uno de ellos se casó en Patusi y tuvo dos niñas, una de las cuales vive. Dos de las hijas de Melen murieron de un soplo (de los espíritus de extranjeros) y dos viven con ella. De ellas, Kompon, la mayor, fué heroína de dos lances amorosos ilícitos y tuvo un hijo ilegítimo con Selan, padre de Kawa. Ello ocurrió antes del matrimonio de Selan. Este huyó entonces hacia el norte de las islas del Almirantazgo, después de haber confesado su pecado a Paleao. Cuando el embarazo de Kompon fué evidente, la vistieron como novia y la llevaron a casa de Ngandiliu, hermano mayor de Selan, con quien éste vivía. Ngandiliu, advertido a tiempo, huyó a la manigua, dejando bien cerra-	Casa donde vive la segunda mujer de Poiyo. Alupwa vive ahí, pero siempre se halla ausente, visitando Mbunei.

CASA Nº	Observaciones de Kawa.	COMENTARIOS	Cómo ve Ngasu, niña de once años, la misma parte de la aldea.
		da la puerta de la casa. Kompon dió a luz a un niño, que murió poco después. Luego ella tuvo un enredo con Poiyo, que estaba casado y tenía varios hijos. Se casó con ella obligado; Topal, hijo de ambos, vive unas veces con su madre, otras, con más frecuencia, con su padre, si bien la otra mujer de éste no lo trata muy bien. Kompon tiene además otros dos hijos, Kilipak, de tres años, y una niña. Ella riñó con Poiyo, a consecuencia de lo cual dejó la casa abandonada de Sakaton (número 8), donde vivía esta pareja y volvió a instalarse en casa de Maku, tercer esposo de su madre. Su hermana menor, Lompan, es mentalmente anormal, tiene miedo a los hombres y no se ha casado. 1. Alupwa, de quien habla Kawa, es una niña de diez años, hija del hijo del hermano de Melen, fallecidos ambos.	
10	1. Aquí vive Kandra. Es una muchacha mala.	Esta es la casa de Kampwen y de su mujer Ngaten. Kampwen se había casado en su juventud con Sasa, de Patusi, quien le dió cuatro niñas, las cuales murieron siendo muy pequeñas, falleciendo la madre poco después. Luego contrajo matrimonio con Aluan, de Mok, la que murió sin tener hijos. Entonces se casó con Ngaten, quien a su vez había estado casada con Talikotchi, de Patusi. Con éste tuvo dos hijos, un varón y una niña, que fallecieron siendo criaturas. Dejó entonces a Talikotchi y se casó con Kampwen, de modo que éste resultaba ser su segundo esposo, mientras ella era la tercera mujer del mismo.	Casa donde vive Kandra. Es una niña "muda".

Con Kampwen ella tuvo primeramente un hijo que murió siendo muy pequeño. Atribuyó la muerte de este niño, al igual que la de sus dos hijos del primer matrimonio, a los maleficios causados por su abuelo, quien jamás le había perdonado el haberle robado sus redes de pesca, cosa que ocurrió cuando ella era niña (2). Luego tuvo otro hijo, Manuai, que vivía aún y que era un chiquillo enfermizo, de tres años de edad.

2. Manuai vive aquí.

1. Kandra, la hija menor de la primera mujer de Poiyo y que tuvo por padre a Pampai, hermano difunto de Kampwen, había sido adoptada por éste último. Es una chica malhumorada, de mal genio, causante de muchas molestias por sus furiosas arremetidas. Su padre murió cuando ella tenía cerca de cinco años. No quiere a Kampwen, amedrenta e intimida a Ngaten con sus berrinches, y divide su tiempo entre la casa de Kampwen y la de su madre. Ha sido ya concertado el matrimonio de esta chica con un muchacho de Patusi.

En esta casa vive también una mujer anciana llamada Kanwet, la que estuvo casada tres veces: la primera, con un hombre de Matankor, en Lombrun, con el cual tuvo una hija, que murió; la segunda, con un nativo de Manus, en Papilatai, sin tener hijos y la tercera con un hermano del segundo marido de la madre de Ngaten, la mujer de Kampwen. Trajo consigo a Iamet, hija de su hermana, la cual está casada con Talikai, uno de los hombres más destacados de la aldea y que se rehusa a vivir junto con la otra mujer de éste. Talikai ha jurado no ceder, negándose a construir otra casa para ella, de modo que la mujer refun-

CASA Nº	Observaciones de Kawa.	COMENTARIOS	Cómo ve Ngasu, niña de once años, la misma parte de la aldea.
		fuña y divide su tiempo entre esta casa, donde habita la hermana de su madre, Kamwet, y la de su propia madre, donde tienen un hijo que vive con la abuela.	
12	Mi casa. Padre, madre y Kiap viven aquí. Madre está embarazada.	Selan está casado con Mateun, de Taui. La madre de ésta perteneció a la isla de Mbuke, de modo que ella no tiene parientes cercanos en Peri y permanece casi siempre en su casa. En momentos de disgusto busca refugio en casa de Pokanau, bajo el socorrido pretexto de que éste último es *lom pen* (descendiente en línea femenina) de cierto pueblo de Patusi que es a su vez *lom pen* de Taui y a quien ella llama primo carnal. Selan no se casó con otra porque había cometido dos pecados sexuales, uno con Kompon, la mujer de Poiyo, y otro con Main, la pecadora perteneciente al linaje de Tchalalo, que había enviudado cinco veces. En cuanto a los antecedentes de la familia de Selan, cabe señalar que la madre de éste, Pwoke, de Patusi, se había casado con Popot, de Taui, que era llamado *lapan* y disfrutaba de ciertos privilegios especiales, tales como el de llevar los dientes de perro dispuestos diagonalmente sobre su pecho. Pwoke tuvo ocho hijos, tres varones que viven aún y cinco niñas, todas las cuales murieron. Tres de ellas fallecieron después del matrimonio; una tuvo un niño varón que vivía, otra murió estando embarazada y la tercera tuvo un niño varón, que murió. El hermano mayor quedó en Taui. Pero cuando Popot murió, Pwoke volvió a Patusi	Aquí vive Kawa. Su madre está embarazada. Su padre tuvo una pelea con el Luluai. Padre escuchó que el Luluai pronunciaba un encantamiento antes de la llegada del día.

		con los otros dos hijos, Selan y Ngandiliu, y se casó con Kali, de Tchalalo. Con éste tuvo a Molung (casa 4). Kali financió a Ngandiliu, quien luego adoptó y financió a su medio hermana Molung. Selan fué adoptado por Tchokal, de Tchalalo, que no tenía parentesco con él. El espíritu guardián de Selan es Topal, hermano postizo que también había sido adoptado por Tchokal. Selan actúa ahora como medium, bajo la dirección de Topal. Tchokal legó también a Selan el derecho de trabajar sus tierras de sagú. Pero cuando Tchokal murió, la financiación del matrimonio de Selan fué realizada por Ngandiliu, a quien aquél entregó a su hijo mayor, Topal. Inmediatamente después de Topal viene Kawa, la niña mayor del matrimonio. Luego vino otra niña, llamada Ipwen, la que murió sofocada, siendo muy pequeña. Se cree que fué estrangulada por el espíritu de un hombre de Taui. (El padre de Selan y la madre de Mateun procedían ambos de Taui. Esa era la versión materna acerca de la muerte de la criatura. Es frecuente atribuir la muerte de los niños a la perversidad de los espíritus paternos. Ello ocurre cuando se consulta la opinión de las madres.) Kiap, la más pequeña, tiene alrededor de tres años y Mateun espera otra criatura para dentro de algunas semanas.	
18	Casa donde Alupwa está por morir. Luego habrá tabaco.	Esta es la casa de Tunu, hijo de Kometol y de Potik, y de su mujer Alupwa. Son los padres de Piwen (casa 4), que fué adoptada por Luwil, hermano menor de Tunu, cuya mujer, Molung, acababa de perder una criatura y podía amamantar al hijo de Alupwa, cuando ella estaba	Casa de Tunu, hermano menor de "padre". Tunu es también hermano de Luwil. La "mujer de Tunu" está muriendo. Los usiai dijeron que tenía una víbora en el vientre, por

CASA Nº	Observaciones de Kawa.	COMENTARIOS	Cómo ve Ngasu, niña de once años, la misma parte de la aldea.
		demasiado enferma para hacerlo. Alupwa había dado a luz hacía poco y la criatura fué puesta bajo el cuidado de la madre del marido, que vive en el fondo de la casa de Ngandiliu. Alupwa está muy enferma a causa de una infección que siguió al alumbramiento y todos los recursos de su familia han sido agotados para pagar a los magos usiai, a los curanderos matankor y a los enfadados espíritus manus, los cuales fueron señalados por varios mediums. Alupwa ha confesado todos sus pecados, incluso un contacto físico accidental que tuvo con Panau, en ocasión del hundimiento de un bote. Panau había muerto dos años atrás. Pwasa, hermana de Alupwa, de nueve años de edad, también vive en esa casa. Llama "madre" a su hermana y "abuela" a su anciana madre, Ndrantche.	trepar sobre un árbol de nueces de areca. Pwasa vive aquí. Pwasa viajó por mar con Talipotchalon y casi naufragó. Perdieron todos los víveres. Pwasa lloró.
43	Casa donde viven Ponkob y Nauna.	Esta es la casa de Ngamel un anciano de Peri, que vive con su mujer Ngatchmu. Ver capítulo II.	Casa donde viven Ponkob y Nauna. Nauna se casará con Sapa y pertenece a Kalo.
42	Casa del Luluai. Este riñe con padre.	El viejo y ciego Luluai de la aldea emplea su superior poderío mágico y su ceguera, que lo hace inmune a la prisión, para no cumplir con sus deudas. Tuvo un furioso altercado con Selan a causa de un cerdo que Selan le entregara y que él se comió, sin haber realizado jamás el pago compensatorio. El Luluai amenazó de muerte a Selan y éste acudió a Pataliyan, quien posee una magia muy poderosa, a fin de inmunizarse contra la magia del Luluai. Junto con el Luluai vive su hijo Tcholai, quien ha sido casado muy joven, de modo que su vista	Casa del Luluai. Este come todos sus cerdos y nunca paga sus deudas. No ha pagado por el matrimonio de Tcholai.

		declinante pudiera ver aún la unión; la mujer de Tcholai proviene de Tuai y tienen dos hijos, Salieyao, de tres años y otro chiquillo, de meses. Tcholai anda muy molesto porque su padre no paga las deudas y porque tampoco ha pagado debidamente por la mujer de Tcholai. También viven con el Luluai, Taliye, hija de la difunta mujer de éste y hermana de Main. Taliye guía a su padre, dondequiera el ciego vaya. Su hermana mayor, Ngakakes, ha sido adoptada por Nyambula, la mujer de Pokanas.	
40	Casa de Popitch. Casa de duelo.	Esta es la casa de Kemai y de Isali, Ha muerto Popitch, medio hermano de Nane, hijo del hijo del hermano del padre de Kemai y el duelo ha sido efectuado en la casa del "hermano" mayor de Nane, a quien él llama padre. En todas las sesiones que se efectuaron en torno de la enfermedad de Popitch y de su muerte, Isali hizo de medium, comunicándose con el mundo de los espíritus por medio de Tchaumilo, quien murió a causa de las intrigas amorosas que tuvo Main, hija del hermano del padre de Kemai, con Selan, padre de Kawa. En casa de Kemai vive Kisapwi, hija de Iamet, en su tercer matrimonio. Kisapwi tiene quince años y ha sido comprometida, habiéndose roto las correspondientes negociaciones, en varias oportunidades. Su padre perteneció a Tchalalo, el clan de Kemai, por lo cual Kemai la adoptó. Aquí vive también Lauwiyan, la hija de Kemai y de Isali (ver capítulo VIII) y Pomat (capítulo VI), el hijo de la hermana de Isali, fallecida. Aquí está también Main y Nane y su mujer, con sus hijos Kutan, Posuman, Tchaumilo y Mwe,	Casa de Popitch. La casa de duelo. Fuimos a dormir allí e Isali celebró una sesión y dijo que Tchaumilo dijo que padre golpeó a Popitch con un hacha, en la parte posterior del cuello. Luego madre, Ngasu y yo nos fuimos. Isali dijo que había sangre sobre nuestro piso, pero no era sangre de Popitch, sino del pie de Nauna cuando se cortó con una concha filosa. Lauwiyan vive ahí. Noan se fué con ella. Ahora ella tiene la cabeza afeitada. Por eso murió Popitch. Isali no quiere a Paleao. Toda la gente que pertenece a Lo no es buena.

CASA Nº	*Observaciones de Kawa.*	*COMENTARIOS*	*Cómo ve Ngasu, niña de once años, la misma parte de la aldea.*
		todos los cuales han venido para la ceremonia fúnebre por Popitch; también vive aquí Kalowin, hijo de una mujer de Tchalalo. Antes de la muerte de Popitch, cayó enfermo Posuman, el hijo de Nane y los espíritus, hablando por intermedio de Isali, ordenaron a Kalowin (el que solía tener accesos de locura durante los cuales iba hasta el arrecife y hacía construcciones amontonando piedras, tal como lo hacen las mujeres en los pequeños islotes) a que llevara a Posuman de vuelta a su padre Nane y que fuera él mismo a vivir allí con su mujer Tchomole y sus dos hijitos, Selemon e Inong. Solamente el viejo Kali, padre de Nane y de Molung y segundo marido de la madre de Selan, fué dejado en la casa de Nane, donde murió Popitch, y donde los espíritus guardianes de Nane traicionaron las casa dejando morir a Popitch, la casa que debía ser derrumbada y reconstruída junto al viejo islote de Tchalalo, teniendo como guardián a Popitch, después que su cabeza haya sido disecada y debidamente instalada. La muerte de Popitch fué atribuída a múltiples causas: una de las versiones, según la cual habría sido abatido por Panau, quien estaba celoso de Nane debido a que éste estaba preparando su *metcha* (ver capítulo III), fué lanzada después del deceso de Popitch por Isali, en una sesión celebrada en la casa mortuoria, cuando ella creyó que la viuda de Panau y Salikon y Ngasu estaban dormidas.	

19. Casa de Bosai. Es también nuestra casa. La mujer de Bosai vino de Mbuke.

20. Casa del Tultul de Pontchal. No está mucho aquí. Su mujer es tonta. Su hijo (Pope) no habla mucho. (Ver Cap. VI).

21. Casa de Pwisio. Tuvo una pelea con su mujer debido a que Noan durmió allí y la vió con la falda de hierbas levantada.

13. Polam vive aquí. Es un chico extraño que no quiere jugar con nadie. Su madre es la otra mujer de Talikai (ver casa 10). Hay en esta casa una mujer anciana que nunca sale. (Es la madre de Iamet, la mujer de Talikai.)

14. Tchokal vive aquí. Pelea mucho y es más viejo de lo que parece. Noan vive aquí. Es un muchacho malo. Dice que ha seducido a Salikon (su hermana) pero no es verdad. En cambio, sedujo a Lauwiyan. Por eso ella se cortó el cabello.

15. Melin, hermana de Sain, vive aquí. A su marido lo llaman "Hijo de Lalinge". (Lalinge es Paleao, padre adoptivo de Ngasu.). Lalinge pagó por Melin. Su casa no es fuerte. El piso podría hundirse si entrara en ella mucha gente.

16. Kalowin vive aquí. Vivía antes en casa de Nane, después se mudó a casa de Kemai, cuando murió Popitch, pero ésta es su verdadera casa. Inong, su hija, va a casarse con Pokus. Pero ella es todavía demasiado pequeña para comprenderlo.

17. Ponyama, la primera mujer de Poiyo, vive aquí. Pelea constantemente con Kompon, Kisapwi y Kandra son sus hijos, pero Kandra vive en la casa de Kampwen. Kandra está comprometida en matrimonio.

22. Esta es la casa de Paleao. Aquí es donde vivimos ahora. Esta fué antes la casa de mi padre. La cabeza de mi padre está allí, en su cuenco. A Popoli (hijo adoptivo de Paleao) le cortarán pronto el cabello. Paleao tiene montones de nueces de coco apiladas en el fondo de la casa, para la ceremonia de *kekanbwot* (primera menstruación) de Salikon.

23. Ngapotchalon, madre de Sain, vive aquí. No debeis decir su nombre ante Paleao. Está prohibido. Ella está siempre dentro de la casa. Popoli va siempre allí, llorando para que le den comida. Cuando Banyalo estuvo enfermo permaneció aquí porque el espíritu guardián de Popoli así lo ordenó. Banyalo llevó también consigo su cofre. Peleao no quiso construir esta casa.

24. La casa de Nane. La va a derrumbar a causa de la muerte de Popitch. Anteayer mató una tortuga.

25. La casa del hermano de Paleao. Tiene cuatro hijos. Uno de ellos es recién nacido. Es una casa pequeña y asquerosa. Los chicos nunca juegan. Siempre andan en la canoa de su padre.

26. La casa de Pondramet. Su mujer está muy enferma. Paleao dice que es porque quiso atarse una cuerda alrededor del vientre. (Tentativa de aborto de resultas de la cual murió poco después.)

27. La mujer de Ndrosal tiene los ojos llagados porque Ndrosal echó en ellos cal, porque el niño lloraba. Ese niño llora siempre. Sisi y Pwondret viven ahí. (Ver capítulos II y IX.) Paleao robó a Pwondret para Sisi; de todos modos, el marido de Pwondret tiene otra mujer.

28. Esta es la casa de Pokanas. Algunas veces vivimos nosotros allí. Su mujer sabe mucho más cosas que él. Es medium. No tiene hijos. Komatel es hija de Pokanas. Se casará pronto. No puede pronunciar el nombre de Sain porque se casará con un muchacho de Kalat. La semana pasada Pokanas golpeó a Nyambula y ella llamó a Ndrosal, que es su hermano, el que vino y golpeó a la madre de Pokanas y entonces Ndrosal y Pokanas pelearon y ambos cayeron al agua. La novia de Taui vive en el fondo de la casa. Estaba enojada conmigo porque estuve atisbando. Ella no me quiere.

29. Mentun, la hija de Kea, es una ladrona. Sólo juego con ella algunas veces. Recoge las cosas que caen de las habitaciones ajenas. La mujer de Kea es loca. Pelea con todo el mundo y cree que todos son mentirosos.

30. Talikawa es el curandero de Peri. Mi padre fué el curandero de Peri. Su nueva mujer acaba de tener un niño. Tuvo otras dos mujeres, pero las echó. Su pequeña hija, Molung, acaba de regresar de Mok.

31. Esta es la casa de los jóvenes. Podemos entrar cuando ninguno de ellos está allí. Cuando el hermano de Sain volvió a Rabaul, trajo un montón de cajas y bailaron toda la noche.

32. Este es Kalat. Sain pertenece a Kalat. Mi hermano (que fué a trabajar fuera) se casará con una muchacha que acaba de tener su menstruación. Ella es mi cuñada. No podemos pronunciar mutuamente nuestros nombres. Tamapwe también vive aquí. Se casará con una muchacha de Pomatchau.

33. Esta casa pertenece a la viuda de Polyon. Cuando la "mujer que será de mi hermano" tuvo su fiesta de la menstruación, todos dormimos aquí durante varias noches y llevamos antorchas y sagú en torno de la aldea.

34. Esta pequeña casa es donde jugaban todos los chicos de Kalat, porque no tienen ningún islote.

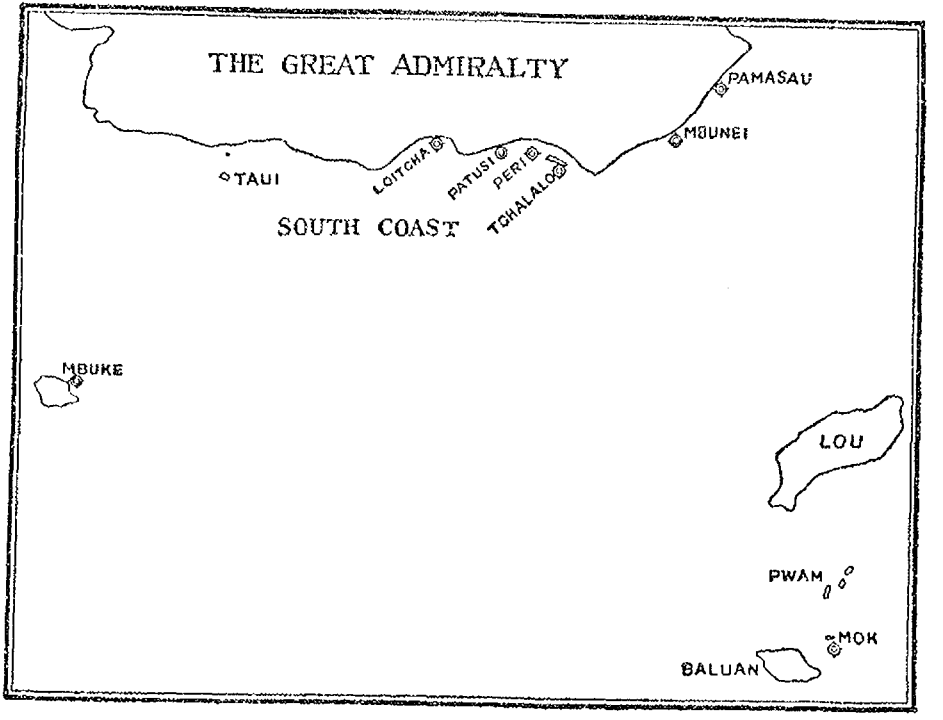
35. Sanau vive aquí. Su mujer no tiene hijos. Tiene los pechos como los de una niña.

36. Esto es Kalo. Esta casa pertenece a Tuain. El es hermano de mi madre. Va a ir a vivir en la casa de Kemai cuando Kemai vaya a Tchalalo a pescar.

37. Esta casa también pertenece a Kalo. Mi madre pertenece a Kalo. También Sain es de Kalo, pero ella también pertenece a Kalat.

38. Aquí es donde vive Sapa. Ha de casarse con Nauna. Ella lo sabe y por eso no puede venir a nuestro islote a jugar.

39. La madre de Kapeli vive aquí. También vive aquí Kapeli.



Mapa que señala la ubicación de los poblados *Manus*.

VII

UNA LEYENDA TÍPICA. LA HISTORIA DEL PÁJARO "NDRAME"

NDRAME contrajo matrimonio con Kasomu.[1] Un día decidió ir a trabajar en la elaboración de sagú. Y dijo: "Kasomu, lleva a mi boca un poco de sagú, pues tengo hambre". Kasomu contestó: "Ndrame, estoy enferma". Ndrame tomó el alimento y comió. Luego llevó las herramientas para cortar sagú y el saco de cuerdas para guardarlo. Se fué a trabajar. Luego, el sol llegó al ocaso, Ndrame volvió a la aldea. Y dijo: "Kasomu, dame un poco de sagú, pues quiero comer". Kasomu, simulando estar enferma, se había cubierto de cenizas. Ndrame se llevó el alimento a la boca y comió. Luego fué otra vez a elaborar sagú. Kasomu se levantó. Se puso la falda de hierbas. Llevóse el saco al hombro, poniendo dentro polvo de cal, nueces de areca y hojas de ají. Fué hasta la marisma de los mangles. Llamó a Karipo:[2] "No hay peces Kailo, no hay peces Mwasi, no hay peces Paitcha. Ndrame se ha ido. Ven aquí y estaremos juntos". Karipo se acercó. Ambos estuvieron juntos. Los dos juntos. Kasomu dijo: "Ahora volverá Ndrame a la aldea. Vete volando y yo iré a la aldea". Ella volvió a la aldea. Atóse fuertemente la frente. Atóse fuertemente el vientre. Atóse fuertemente las muñecas. Se cubrió de cenizas. Durmió en la casa de los hombres. Ndrame llegó hasta allí. Dijo: "Kasomu, dame un poco de sagú, pues quiero comer". Kasomu dijo: "Ndrame, he aquí que estoy enferma. ¿Quién quiere traer un poco de sagú para mi boca?" Ndrame llevó alimento a su boca y comió. Luego durmió. Al amanecer, tomó la herramienta para cortar sagú y se fué a trabajar. Kasomu arrojó las cuerdas. Se lavó. Se puso la falda de hierbas. Tomó su cesto, puso en él nueces de areca, hojas de ají y polvo de cal. Fué hasta la marisma de los mangles. "Karipo, no hay peces Kailo, no hay peces Mwasi, no hay peces Paitcha. Ndrame se ha marchado. Ven

[1] Almeja de agua dulce.

[2] Un pájaro.

aquí, conmigo". Y los dos estuvieron juntos. Ndrame volvió a la aldea. Tomó el cortador de sagú. Tomó la vaina de la palmera de sagú, vacía. Buscó a Kasomu. Ella no estaba allí. Fué hasta la marisma de los mangles. Y allí encontró juntos a Kasomu y a Karipo. Tomó una cuerda de mangle. Con ella golpeó a Karipo en el cuello. Desde entonces Karipo adquirió un cuello alargado. Hizo pedazos a Kasomu. Por eso hay muchas almejas a lo largo de las marismas de mangles.

Este es el tipo de mito que los manus comparten con otros muchos pueblos melanesios y al cual asignan poca importancia. Tales mitos no intervienen en la explicación de fenómenos naturales. La identidad de los principales personajes, como pájaros y almeja, ha sido prácticamente olvidada, pues muchos individuos humanos llevan esos nombres. Los niños que han oído algo de esas historias tienden a imaginar a esos personajes como seres humanos que vivieron en otros tiempos. La monótona repetición de adulterios, que aparece en esos cuentos, no interesa a los adultos. Si los adultos hubieran estimulado su interés iniciando el relato con preguntas como "¿sabes por qué el karipo tiene un cuello tan largo?" o "¿sabes por qué hay tantas almejas en las marismas de mangles?", es probable que el interés de los niños por tales relatos hubiera aumentado considerablemente.

VIII

ANALISIS DE LA POBLACIÓN DE PERI

210 personas
44 parejas casadas
87 niños que recién llegaron a la pubertad o que aún no la alcanzaron
9 jóvenes que pasaron de la pubertad sin haberse casado
20 viudas
6 viudos
1.9 niños por cada matrimonio
53 familias
1.6 niños por familia

De los 87 niños, un 24 ó un 26 % son adoptivos.

Proporción sexual en los individuos de menos de 40 años: 100 %.

Proporción sexual para la población en conjunto: 86.92 %.

(esto es debido al excesivo número de viudas de cierta edad).

EXAMEN DE QUINCE MUJERES DE PERI [1]

Nombre de la mujer	*Orden de los matrimonios*	*Nacim.*	*Sexo*	*Niños* *Edad a la que murieron*	*Edad de los vivientes*
Ngasaseu	1	0			
	2	1	f		
		2	m	menos de 1 mes	
		3	f		3 años
		4	f		2 meses
Ilan	1	1	m		3 años
		2	f		6 meses
Pwailep	1	0			
Indalo	1	1	f	menos de 1 mes	

[1] He comprobado suficientemente la autenticidad de esos datos como para considerarlos absolutamente seguros.

Nombre de la mujer	*Orden de los matrimonios*	*Nacim.*	*Sexo*	*Niños* *Edad a la que murieron*	*Edad de los vivientes*
		2	m	menos de 1 mes	
		3	f	menos de 1 mes	
		4	m	menos de 1 mes	
	2	5	m	al nacer	
		6	f	al nacer	
		7	f		4 años
		8	m		1 año
Indolo	1	1	m		12 años
		2	m		10 años
		3	f		7 años
		4	f		5 años
		5	m		5 años
Ngalen	1	1	m	menos de 1 mes	
		2	m		3 años
	2	3	m	menos de 1 mes	
		4	f	menos de 1 mes	
Mateun	1	1	m		7 años
		2	f		5 años
		3	f	al nacer	
		4	m		2½ años
		5	m		bebé
Iamet	1	1			
	2	1	m	nacido muerto	
		2	m	menos de 1 año	
		3	m	menos de 1 año	
		4	m	menos de 1 año	
		5	m	menos de 1 año	
		6	m	menos de 1 año	
Melen	1	1	f	menos de 1 mes	
		2	f		3 años
Patali	1	1	f		8 años
	2	2	m	menos de 1 mes	
		3	f		3 años
Sain	1	1	f	1 mes	
Main	1	1	f	1 mes	
	2				
	3				
	4				
	5				
Ngakam	1	0			
	2	1	f		13 años
		2	f		11 años
		3	m	menos de 1 mes	
		4	f	menos de 1 mes	
		5	f	menos de 1 mes	
	3	6	f		6 años

		7	m	2½ años
		8	m	menos 3 meses
		9	f	3 meses
Ngakume	1	1	m	aborto
	2	2	m	menos de 3 meses
	3	3	m	menos de 1 año
		4	m	2½ años
Natchumu	1	1	m	menos de 3 meses
		2	m	menos de 3 meses
		3	m	menos de 3 meses
		4	m	menos de 3 meses
		5	m	menos de 3 meses
		6	m	8 años
		7	f	5 años
		8	m	3 años
		9	f	1½ años

EL RESULTADO DE ESTE ANALISIS DEMUESTRA
LA EXISTENCIA DE

15 mujeres en edad de tener hijos
30 matrimonios
65 nacimientos

Nacieron muertos, 34
De los nacimientos, 40 pertenecían al sexo masculino, muriendo 25; 25 eran del sexo femenino, muriendo 9
Resultado: 15 varones, 16 mujeres.

IX

Planillas empleadas para reunir material

PLANILLA FAMILIAR

Propietario de la casa — *Clan* — *Genealogía*

Matrimonios — Cómo fué quebrantado
Niños tenidos en cada matrimonio
Paradero actual de esos niños — Si han muerto, causas del deceso

Relaciones que mantiene con su primera mujer
Quién financió su matrimonio
Cuál es su espíritu protector
Si tiene el don de la adivinación
Si tiene tierras con sagú o el derecho de elaborar sagú en alguna parte
Cuáles intercambios de nacimiento ha financiado
Cuáles matrimonios ha financiado

Esposa del Propietario de la Casa — *Genealogía*

Matrimonios — Cómo fué quebrantado
Niños tenidos en cada matrimonio — Si han muerto, a qué edad
Relaciones con el primer marido
Quién financió sus matrimonios
Quién financió sus banquetes de alumbramiento — y por cuáles causas
Si es medium
Quién la controla
Si tiene tierra con sagú o derecho a elaborarlo
Hijos propios, en el matrimonio actual — edad — sexo — comprometido — Adoptado en alguna parte ¿Por quién?
Hijos adoptivos — edad — sexo — comprometido — Parientes de quienes fueron adoptados

Otras personas que viven en la misma casa, edad, sexo, relaciones maritales.
Si conviven suegro e hija política, ¿ha sido eliminado el tabú?
Si el marido ha arrojado su hueso de adivinación ¿por qué?
Si la mujer ha renunciado a su condición de medium, ¿por qué?

PLANILLA RELATIVA A LOS NIÑOS

Nombre *Familia número*

Nombre del padre	Casa número	Clan
Nombre de la madre	Casa número	Clan
Adoptivo		
Comprometido		
Amamantado	Fecha en que cesó	Alimento
Si masca areca, nueces, hojas de ají		Fuma pipa, cigarrillos
Si lleva ropas	Si orina en público	Danza
Si nada	Nada debajo del agua	maneja una canoa pequeña, con pértiga
	maneja una canoa grande	rema
Posee una canoa		
Posee brazaletes un cinto	abalorios	
Pesca peces pequeños	usa arpón arco	
Familiares		
Lugar preferido para el juego		
A cuál de los progenitores prefiere		
Compañeros elegidos		

Juegos que practica: 1 2 3 4

1. — Juego de las sombras. Consiste en adivinar la identidad de un niño cuya sombra se proyecta intencionalmente deformada.
2. — *Cockero.* Una forma de juego de "arrojar el pañuelo" donde la persona debe tocar a uno de los jugadores de la rueda.
3. — *Caleboosh.* Una forma de juego de prisioneros.
4. — *Muli ball.* Una especie de fútbol, empleando como pelota un limón silvestre.

(Los juegos 2, 3 y 4 son casi seguramente foráneos.)